

100 AÑOS de
FELIPE
ÁNGELES



GENERAL FELIPE ÁNGELES

Alberto Calzadías Barrera

GENERAL FELIPE ÁNGELES

100 AÑOS de
FELIPE
ÁNGELES

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés

Director General

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Alejandra Cantú Westendarp

Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

GENERAL FELIPE ÁNGELES

Alberto Calzadías Barrera

MÉXICO 2019

Con el fin de mejorar la calidad de las fotos en la presente edición, las imágenes de baja resolución de la publicación original fueron sustituidas por otras del mismo tema y/o personajes. Sólo las fotos de las páginas 181 ab. y 185, pudieron reponerse conforme al original.

Fotografías contenidas en este volumen:

ARCHIVO CASASOLA.INAH.SINAFO/BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS/ACERVO INEH185RM/INAH.SINAFO.FN.

Portada: Felipe Ángeles, militar, 1913, © (5087)
SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Edición impresa:

Primera edición, Editorial Patria, S. A., 1982.

Edición en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2019.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-100-4

HECHO EN MÉXICO.

Índice

Introducción.....	7
General Felipe Ángeles.....	11
CAPÍTULO I	
Regreso del general Felipe Ángeles	17
CAPÍTULO II	
Documentos para la historia (Venustiano Carranza y Felipe Ángeles)	27
CAPÍTULO III	
Villa y Ángeles	35
CAPÍTULO IV	
El avance al sur.....	43
CAPÍTULO V	
Gloria de las armas mexicanas.....	53
CAPÍTULO VI	
Lealtad del general Ángeles.....	67
CAPÍTULO VII	
Batalla de Trinidad	81
CAPÍTULO VIII	
Aguascalientes.....	113

CAPÍTULO IX

El [último] regreso del general Ángeles 129

CAPÍTULO X

Primera decena de enero de 1919 145

CAPÍTULO XI

Campaña de 1919. A sangre y fuego 159



Introducción



Estas memorias son hechos reales de la Revolución y, a la vez, historia narrada por jefes y oficiales que no deben ser olvidados, no pueden ser olvidados, hicieron lo mejor que pudieron: el viejo general de brigada Enrique León Ruiz, soldado de la Revolución, general tropero, hombre de acción que tuvo la virtud de saber valerse de su tropa. Al referirse a sus compañeros lo hace con afecto, y respetando la verdad hace el recuento de los generales maderistas cuyo fin fue casi siempre trágico, principalmente del señor general don Felipe Ángeles, recordándolo con profundo respeto. Veamos su Hoja de Servicios.

Copia certificada

Secretaría de Guerra y Marina

I. Ingresó a la Revolución Maderista, el día cinco de marzo de 1911, causando alta como soldado en las fuerzas del capitán Miguel S. Samaniego. Folio número 82. Cabo. 15 de abril de 1911. Folio 85. Sargento 2o. primero de mayo de 1911. Folio 85. Sargento primero 11 de mayo de 1911. Subteniente 2 de agosto de 1911. Folio 85. Teniente 15 de enero de 1912. Folio 85. Capitán primero 1o. de septiembre de 1914. Folio 85. Mayor 20 de noviembre de 1914. Folio 85. Teniente coronel 1o. de octubre de 1915. Folio 85. Coronel 1o. de diciembre de 1916. Folio 85. General brigadier 1o. de agosto de 1920. Folio 85. General de brigada 21 de marzo de 1923. Folio 71.

II. Los empleos de soldado a coronel los justifica con Certificados que le expide el general Plutarco Elías Calles; los empleos de teniente y capitán 2o. los expide el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y el general Felipe Ángeles, Subsecretario Encargado del Despacho; los empleos de mayor, teniente coronel, general brigadier y de brigada, los comprueba con autógrafos de esta Secretaría. Folios 82, 85, 15 y 71.

He aquí lo que me ha llevado de la mano al intento de escribir esta obra, que son hechos reales de la Revolución¹ y, por lo mismo, es historia.

EL AUTOR



¹ N. del E. La presente edición, que publicamos con el título *General Felipe Ángeles*, corresponde al tomo VIII de la obra de Alberto Calzadías Barrera, *Hechos reales de la Revolución, general Felipe Ángeles*.

General Felipe Ángeles



*¡Allí donde Ángeles está,
está la razón!*

Nos dijo el C. general de división Jesús Arias Sánchez:

En Zacualtipán, Hidalgo, nace Felipe de Jesús, el 13 de junio de 1869, hijo del patriota coronel Felipe Ángeles, que combatió a los norteamericanos invasores de 1846-1847 y luchó con bravura contra el imperio desde 1862 hasta la Restauración de la República por Benito Juárez en 1867; su progenitora fue doña Juana Ramírez.

Inicia la primaria en Huejutla y la termina en Molango, prosiguiendo sus estudios en el Instituto Literario de Pachuca, que trunca por su afición a las peleas de gallos, motivando su ingreso al Colegio de Chapultepec.

Su clara inteligencia, en particular en matemáticas, le vale las distinciones y ascensos, al grado de confiársele la cátedra de mecánica analítica, siendo sargento alumno, sin remuneración.

Comprueba su valor civil y honestidad en su discurso de reparto de premios ante el asombro del presidente Díaz y militares del más alto rango, renunciando a [sic] quienes mandan fuerzas, carentes de cultura, arbitrarios y brutales, en

conflicto con la moderna educación castrense. Don Porfirio se niega a procesar al atrevido cadete, expresando a los inconformes que se ha apegado a la verdad.

El ingeniero Vito Alessio Robles lo describe admirablemente: alto, erguido y esbelto, tipo mestizo de tez bronceada, de amplia frente, nariz aquilina, que recuerda a los caballeros águila, ojos negros expresivos, boca grande y bigotillo ralo —años después usará engomado al estilo prusiano—. Agrega que su nombre ya, en 1898, tenía para el Colegio, prestigio y una aureola de leyenda, que inspiraba confianza y respeto. Ángeles era considerado como el oficial más inteligente y culto del ejército, en mancuerna con Rafael Eguía Liz, su condiscípulo. Era, además, un atleta vigoroso y ágil, excelente gimnasta y consumado caballista. Se imponía por su saber, fuerza física y moral, destacando su modestia, corrección y caballerosidad, sin afectación: siempre con una sonrisa amable que descubría una perfecta y blanquísima dentadura.

El capitán Ángeles, en 1901, es comisionado a Francia, y allá estudia artillería y ciencias sociales, regresa de mayor a fines de 1904, encargado del detall¹ del heroico plantel y profesor de geometría descriptiva. Su discípulo y más feraciente panegirista, recién fallecido, general Federico Cervantes,² dedicó sus mejores años a reivindicar la memoria

¹ N. del E. *Detall*, según glosarios militares, es la oficina administrativa de una unidad de tropa donde se prepara, formula y archiva toda la documentación referente a la administración de la unidad.

² N. del E. Federico Cervantes falleció en 1966 y la primera edición de esta obra de Alberto Calzadías (tomo VIII de *Hechos reales de la Revolución, general Felipe Ángeles*) fue publicada en 1982. Calzadías Barrera nació en Namiquipa, Chihuahua, al iniciarse el siglo XX, entre 1900 y 1902, según refiere el investigador Jesús Vargas Valdés, quien escribe:

“Entre los recuerdos que le quedaron de sus años infantiles contaba que en una ocasión estaba parado en la puerta de su casa, adonde Villa había ido a cenar, y que cuando éste se apeó del caballo, se



del pundonoroso militar y valioso revolucionario, víctima de rencores, calumnias y por qué no decirlo: de la envidia; su biografía es testimonio de su honestidad, nobleza, inteligencia superior y grandeza del alma.

Ángeles, con su inusitado valor civil, rectitud y honradez, opina desechar la compra de la pólvora sin humo, inventada en Estados Unidos por Hudson Maxim, que auspicia el influyente Rosendo Pineda. El propio Maxim reconoció la justicia de los tres fallos contrarios; en época posterior, cuando milita bajo Villa y se le deturpa, dicho científico declara: “¡Allí donde Ángeles está, está la razón!”.

Resulta extenso enumerar sus diversas comisiones al extranjero con valiosas aportaciones al Ejército y al movimiento revolucionario; resumiremos que fue leal a Madero, y de no haber sido por la indecisión, bondad y confianza necia depositada en el traidor Huerta, Ángeles habría salvado al Apóstol y cambiado el curso de la historia trágica y sangrienta de ese periodo.

dirigió a él, y mientras le revolvía el cabello con la mano derecha, le decía amigablemente y entre risas: ‘¿No te quieres unir a mi tropa?... la próxima vez que yo venga, quiero que tengas listas tus cosas porque te vas a ir conmigo’”.

En opinión de Vargas, Calzadías fue un precursor de la entrevista, como fuente historiográfica. “Podemos apostar a que ningún otro historiador de la Revolución tuvo la fortuna de entrevistar a tantos revolucionarios como lo hizo él. Y no sólo entrevistaba a los protagonistas del villismo, sino también a quienes habían militado en las otras corrientes: carrancistas y obregonistas; así se refleja en cada uno de sus libros. Calzadías empezó a escribir a los 35 años, durante la época en que gobernaba el país el general Lázaro Cárdenas, y aprovechando que durante los vuelos que realizaba en su avión por la sierra se llegó a encontrar con personajes muy interesantes y conocedores”.

La Fragua de los tiempos, 13 de septiembre de 2009 # 831, “Namiquipa tierra de revolucionarios”, disponible en <<http://erecursos.uacj.mx/bitstream/handle/20.500.11961/1460/Fragua%20831.pdf?sequence=1&isAllowed=y>>. Consultado el 19 de agosto de 2019.



El absolutismo e intransigencia de Carranza, aunados al repudio de algunos de los revolucionarios de última hora —los exfederales de prestigio— empujaron al ameritado estratega y artillero a servir en la División del Norte, colaborando muy eficazmente en las victorias del Centauro de 1914-1915.

Aquí presentamos al general Felipe Ángeles en su trayectoria acompañando al general Villa, en la lucha contra los despóticos durante los últimos 11 meses de vida.

Ángeles, el personaje más importante en torno a Villa, tuvo el cometido más peligroso: compañero y consejero del Centauro.

El hombre que se sacrificó por la causa democrática. Tal vez lo más obvio de él es que siempre dijo lo que pensaba y siempre sonriendo, una postura muy peligrosa y una contradicción cerca de Villa.

El general Hipólito Villa admitió que Ángeles fue el único jefe que en todo momento expresó a su hermano lo que él sabía que era lo justo y en oposición al parecer de los otros jefes.

Fue impresionable figura cerca del Centauro porque habló derecho, con sentido del honor y de la historia. Jamás perdió la fe en la causa de la libertad, por la que luchaba al lado del general Francisco Villa y por un México mejor.

EL AUTOR



CAPÍTULO I

Regreso del general
Felipe Ángeles



Entretanto llega don Venustiano Carranza a Sonora, da principio a la organización de su gobierno y manda llamar al general Felipe Ángeles, que estaba en Europa.

Primero aclaremos algunas cuestiones del ambiente que prevalecía en el estado de Sonora: en honor a la verdad, no era ni más ni menos que un rompecabezas psicológico de gran magnitud...

Sobre este tema, el general Alfredo Breceda nos afirma, en *La hecatombe en Sonora*:¹

Sin embargo, permanecí unos días en Hermosillo con objeto de imponerme a los nuevos acontecimientos y después salir a encontrar al Jefe adonde estuviera.

Salvador Alvarado era el jefe de los yaquis en el frente de los federales en las serranías de Guaymas; Diéguez, con el mando de las fuerzas, era el único jefe de confianzas de Obregón; el general Cabral era jefe del Departamento de Guerra en Hermosillo; Calles, además de presidente municipal de Nogales, era jefe del Departamento de Incautaciones, y Obregón no se consideraba seguro en el sur y la mayor parte del tiempo permanecía en Nogales. "El día que se me antoje voy a traerlo de las orejas a Obregón", decía Maytorena. Escapados de la tiranía huertiana en la metrópoli, o venidos del extranjero llegaban todos los días a Sonora distinguidos revolucionarios,

¹ N. del E. No hemos encontrado referencias bibliográficas ni hemerográficas de este título.

los cuales eran bien recibidos por todos, menos por el general Obregón, que sentía celos hasta de su sombra. El licenciado Miguel Alessio fue nombrado juez de primera instancia en Cananea; el coronel Cenovio Rivera Domínguez, jefe de la Guarnición en Cananea; el licenciado Isidro Favela, oficial mayor del Gobierno del Estado; Juan Sánchez Azcona, secretario general del Gobierno del Estado. Los de procedencia maderista y de antecedentes revolucionarios, immaculados: Hermenio Pérez, los hermanos Campero, doctor Ramón Puente, Heriberto Barrón, Heriberto Frías, Carlos Esquerro, Luis G. Peredo, José Salido, D. Suárez Gamboa, doctor Felipe Dussart, Francisco S. Elías, Roberto V. Pesqueira, Luis Montes de Oca (pequeño físicamente, pero muy cultivado, hablando idiomas, se disputaban sus servicios don Francisco S. Elías, Pesqueira, Calles, De la Huerta y todos a quienes les hacía falta un cerebro). “Este muchacho es el verdadero agente financiero”, dijo una vez, en Agua Prieta, Plutarco E. Calles.

Pocos días después el general Pesqueira ordenó se nombrara a De Negri cajero de los ferrocarriles, desempeñando ese puesto una temporada corta; haciéndose muy amigo del general Alvarado de quien ya hemos dicho intentó o planeó dar un cuartelazo, y como para ello contara entre otros conspiradores con De Negri, el general Obregón lo supo a tiempo y dictó varias medidas para evitarlo, expulsando a De Negri y otros fuera del territorio nacional. Después veremos cómo aparece en Chihuahua don Ramón P. De Negri, y por el correr de los tiempos cómo se vuelve íntimo amigo del general Obregón y se hace miembro de su gabinete. (Traicionó a Villa.)

El general Salvador Alvarado era considerado como el tipo torvo de la política doméstica sonorenses. Odiaba a Obregón, haciéndole toda clase de cargos, empezando por el de que Obregón, sin haber sido revolucionario de 1910, el gobernador Maytorena lo hizo de golpe y porrazo teniente coronel al mando del 49 Batallón para combatir el orozquismo; entretanto él



con méritos revolucionarios y ya veterano en el servicio de las armas sólo ostentaba el grado de mayor. Para Alvarado, Obregón tenía los defectos y ninguna de las virtudes. Obregón no era cristiano, era hereje y en consecuencia era un peligro.

Por fin, llegamos a septiembre de 1913 y don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, arriba a Sonora, en busca de elementos económicos y militares... sembrando, por donde pasa, la semilla de la cizaña. El señor Carranza llega a Sonora en condiciones lamentables tanto en lo económico como en lo militar, encontrándose con la grata sorpresa de que los revolucionarios sonorenses ya habían limpiado de huertistas el estado. Por lo tanto, allí pudo don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, organizar su gobierno con calma y sin peligros. Encuentra en el general Obregón el apoyo militar, en el gobernador Maytorena el apoyo económico que tanto necesitaba. Es opinión general que, sin estos apoyos que encuentra en Sonora, el Primer Jefe ahí mismo habría terminado su aventura, quedando rezagado, con su comitiva disuelta y él, en el último de los casos, pasándose a Estados Unidos.

Llega, pues, el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista a Sonora y se encuentra con que los jefes revolucionarios sonorenses se hallaban distanciados unos de otros por puras cuestiones de mando: en el general Álvaro Obregón había despertado la ambición de mando, origen de las desavenencias.

Mientras tanto, el C. Primer Jefe, don Venustiano Carranza, organizó su gobierno y, entre otras cosas, mandó llamar al general Felipe Ángeles que se hallaba en Europa.

Durante la segunda semana de octubre de 1913 arriba a Nogales el general Felipe Ángeles, recién incorporado a la Revolución...



Una nutrida comisión de jefes y oficiales le reciben en Nogales, con el coronel Plutarco Elías Calles en representación del C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Desde el primer instante que pisó tierra sonorenses, el general Ángeles fue objeto de toda clase de atenciones y de honores por parte del C. Primer Jefe, y sobre todo por los elementos de origen maderista.

Algunos días después, el señor Carranza nombra al general Felipe Ángeles ministro de Guerra y Marina. El general Ángeles aceptó agradecido por aquel nombramiento, pero declaró categóricamente: “Puedo serle más útil a usted y a la Revolución, en campaña”.

PERO NADIE VA CONTRA LO QUE ESTÁ ESCRITO

Comenta el viejo soldado de la Revolución de 1910, general Enrique León:

Durante la segunda semana de octubre de 1913 —comenta el viejo soldado de la Revolución de 1910— estaba yo con un escuadrón, de guarnición, en Ures, cuando recibí la orden de concentrarme en Hermosillo. Se me designó el Cuartel del Palomar, recibiendo la orden de dar servicio de guardia en Palacio de Gobierno, y en la residencia designada al general Felipe Ángeles.

Puse guardia: en Palacio una fracción con el teniente Castro; otra fracción, con el teniente Díaz, en la residencia del general Ángeles.

Los de la escolta del Primer Jefe, don Venustiano Carranza, estaban acuartelados en el Cuartel del 14. Muy bien atendidos de ropa y de comida. Muy orgullosos, sobre todo ante nosotros los revolucionarios maderistas. Es lo cierto.



Poco después, el Primer Jefe salió para el norte, y visitó Cananea, donde el coronel Cenovio Rivera Domínguez le hizo los honores, como comandante militar de la plaza. Don Venustiano quedó muy complacido y felicitó a Rivera Domínguez, y ordenó que se alistara para presentarse en Hermosillo, donde ya estaba nombrado comandante militar de la plaza.

Poco tiempo después, allí en Hermosillo, se reunieron algunos de los precursores de la Revolución, y juntos decidieron hacer una atenta invitación al señor general Felipe Ángeles, para que cenara con ellos en el restaurante “Tamazula”, el más popular de la época.

Se reunieron los generales Juan Antonio García, Benjamín Enríquez, Francisco Beltrán, Anacleto Girón, Tranquilino Moreno, Pedro Bracamonte y yo.

El señor general Ángeles nos recibió y muy agradecido con todos nosotros, aceptó.

Nos sugirió la conveniencia de invitar también a don José María Maytorena, quien lleno de gusto aceptó. Don Venustiano Carranza se encontraba en esos días por Nogales.

Con Juan Antonio García llegaron Adalberto Trujillo y el profesor Vieyra. Se trataba de precursores de la Revolución de 1910 y miembros, todos ellos, del Partido Liberal; por ende, floresmagonistas.

Fue un momento que el señor general Ángeles pasó muy contento, y a medida que se iban presentando uno por uno, se explicaba de quién se trataba.

Coronel Cenovio Rivera Domínguez, precursor y miembro del grupo de los hermanos Flores Magón; Juan Antonio García, miembro del Partido Liberal de Camilo Arriaga, precursor de la Revolución, con antigüedad de 1900; Anacleto Girón, precursor de la Revolución de 1910; Francisco Beltrán, precursor de la Revolución de 1910; Benjamín Enríquez, precursor de la Revolución de 1910, con antigüedad de 1906; Adalberto Trujillo, precursor y miembro destacado del Partido Liberal, con el



mérito de haber sido él, y el profesor Vieyra, precursores que pagaron “ese delito” con prisión de dos años, en Hermosillo, y luego remitidos a las galeras de San Juan de Ulúa, hasta el mes de mayo que triunfó la Revolución... Total, el señor general Felipe Ángeles los felicitó a todos, y luego uno por uno fueron recibiendo un fuerte abrazo del distinguido ex director del Colegio Militar de Chapultepec.

Luego, el general Ángeles nos pidió un momento de atención, y por espacio de una hora nos habló de la historia del hombre,² del marxismo, del socialismo, y de historia de

² Al hablarnos de la historia del hombre, el general Ángeles lo hizo a conciencia:

“Hace ya muchos siglos que el hombre se encuentra en el camino de la evolución, y ha venido caminando desde muy lejos. Todo lo encontramos en el misterio de la Biblia y el significado de la Biblia, de Troward. El hombre perfecto es la cima de la pirámide de la evolución: esto ha hecho necesaria una secuencia.

“El hombre ha pasado por cinco etapas evolucionarias.

“Esto es, el hombre ha viajado como un peregrino:

“Comenzó en el periodo mineral (I). Luego vino el periodo vegetal. Aquí encontró el hombre vida más activa e inteligente para conseguir alimentos, sembrar y reproducir, pero todavía incapaz para salir de su pequeño dominio.

“(II) Luego vino el periodo vegetal. Aquí el hombre ha encontrado una forma de vida más activa.[sic]

“(III) Luego lo encontramos en el periodo animal. Aquí encontramos al hombre en una etapa más avanzada y forma más inteligente, con habilidad para moverse de un lugar a otro.

“(IV) Luego vino la etapa humana, o sea el periodo del hombre pensante. Aquí se encuentra la vida en su forma más alta e inteligente; porque el hombre puede pensar, y debido a ese pensamiento es la más alta forma conocida de energía organizada.

“Siempre que ha surgido una nueva sociedad, ha estallado la violencia. Ha corrido sangre.

“Hemos visto arribar al hombre al quinto periodo. Es el más grande y más peligroso de todo lo que el hombre ha experimentado: es el periodo del pensamiento. Es tan grande este poder, que de no tener cuidado de lo que se puede hacer, el hombre podrá crear su propia destrucción. El poder del pensamiento es el poder más gran-



Juárez, de Lincoln... Nos dijo: "Creo yo que la libertad se alcanza con trabajos en incesante buscar... pruebas de fuego...", etcétera.

Cuando nos despedimos del señor general Felipe Ángeles, todos y cada uno de nosotros teníamos humedecidos los ojos.

Vinieron luego otras varias pláticas con el señor general Felipe Ángeles, pero yo, lo confieso, desde esa primera plática que nos concedió en el restaurante "Tamazula" en la ciudad de Hermosillo, admiré a ese gran hombre hijo del glorioso Colegio Militar de Chapultepec.

Enrique León Ruiz. Rúbrica.



de de todo en el mundo. Creo yo que la libertad se alcanza con trabajos en incesante buscar... pruebas de fuego...".

CAPÍTULO II

Documentos para la historia
(Venustiano Carranza y Felipe Ángeles)



Después de haber rechazado el señor Carranza el manifiesto que el general Felipe Ángeles tenía proyectado dirigirles a los militares que fueron sus alumnos en el Colegio de Chapultepec, expresó vivamente este jefe que deseaba prestar sus servicios al movimiento constitucionalista como soldado. Entonces el señor Carranza invitó al general Ángeles para que ocupara la Secretaría de Guerra. El antiguo director del Colegio Militar aceptó ese nombramiento; pero expresó, a la vez, que sus servicios serían más útiles en campaña. Algunos días después, el licenciado Francisco Escudero, ministro de Relaciones y de Hacienda en el gabinete constitucionalista, notificó al general Ángeles que el señor Carranza había decidido nombrarlo subsecretario de Guerra, encargado del Despacho, y no ministro como se le había ofrecido en vista de ciertas circunstancias que se presentaron. El general Ángeles aceptó ese puesto, volviendo a expresar sus deseos de ir mejor a campaña.

Los generales Obregón, Diéguez, Hill, Iturbe y otros jefes revolucionarios, desde El Fuerte, Sinaloa, donde se hallaban al frente del ejército que iba a tomar la plaza de Culiacán instigados por el primero, enviaron un mensaje de protesta al señor Carranza por la designación que había hecho como ministro de Guerra a favor del antiguo director del Colegio Militar. Esta circunstancia motivó que el general Ángeles fuera nombrado subsecretario en lugar de ministro. ¿Llegó a tener conocimiento este militar, en ese instante del telegrama de protesta que enviaron al señor Carranza aquellos

jefes constitucionalistas que iban a atacar la ciudad de Culiacán, ocupada por el ejército de Victoriano Huerta? Al ocupar el ejército revolucionario esa plaza, el Primer Jefe llegó a la capital de Sinaloa procedente de Hermosillo, acompañado del gobernador de Sonora, don Jose María Maytorena, y del general Felipe Ángeles. Todas las tardes, antes de que se ocultara el sol, salíamos con él Diéguez, con Aarón Sáenz, con Martín Luis Guzmán, con Carlos Robinson y con Lorenzo Muñoz, a recorrer los hermosos alrededores de Culiacán con sus huertas floridas en pleno invierno, y que tanto me recordaban las huertas fragantes en verano de mi Saltillo, olorosas a pomos y albahaca. Charlábamos de los bloques de mármol sobre los cuales se levantaría serena y majestuosa la estatua de la Justicia, para que esplendiera eternamente como la lanza de oro de la Atenea de la Acrópolis, en las noches diáfanas del Atica; charlábamos de nuestros sueños, porque entonces todavía soñábamos, como dice Paul Valery, con los ojos abiertos, para revestir a cada funcionario público con el albo e inmaculado ropaje de la austeridad y de la moralidad, y descendieran de sus puestos, como muchos de los virreyes, con la conciencia limpia y el corazón entero. Por una ineludible asociación de las ideas se agolpaban en mi mente los recuerdos de mi pobre tierra natal, y anhelaba ardientemente que las fuerzas de don Pablo González rescataran al Saltillo del dominio de los soldados del general Victoriano Huerta para irme a vivir allí, al lado de mis padres, mientras el Ejército Constitucionalista ocupaba la capital de la República. Una tarde me paseaba yo por esos bellos alrededores de Culiacán con el general Ángeles. Juntos contemplábamos el soberbio paisaje, donde se unen los ríos Tamazula y Umayá, y el sol prendía sus últimos fulgores en la confluencia de aquellas aguas de diferentes tonalidades, que al entrecerse producían una mágica combinación formando un inmenso espejo de plata para reflejar en su seno todos los



matices del cielo. En medio de las exclamaciones de admiración que nuestros labios prorrumpían ante ese magnífico panorama, repentinamente el general Ángeles volvió a deplorar que sus servicios no se utilizaran en la campaña militar, a mayoría de razón cuando en el gabinete de la Primera Jefatura, la cual le había ofrecido el Ministerio de la Guerra, y después lo nombró subsecretario.

—Pero no llego— me decía Ángeles con profunda amargura —ni a subsecretario porque soy un simple amanuense.

Con la mayor sencillez y creyendo que ya él tenía conocimiento de ese incidente le dije que no lo habían nombrado ministro de la Guerra por el telegrama de protesta que le enviaron varios generales al señor Carranza.

—Nada sabía yo de esa protesta —dijo Ángeles, nervioso, inquieto, asombrado—, y lo que siento es que se me va a juzgar como a un hombre falto de dignidad, pues yo les he tendido toda clase de atenciones a los que firmaron ese mensaje.

Era cierto: el general Ángeles les ofreció una comida en Hermosillo al general Obregón y a otros jefes militares en la fonda del célebre “Tamazula”, que servía platos exquisitos y deliciosos; y les ofreció esa comida a Obregón y a otros jefes militares precisamente cuando el soldado de Santa Rosa y Santa María llegó a esa ciudad procedente de El Fuerte, acatando la orden de la Primera Jefatura para que se presentara a explicar el contenido del mensaje de protesta enviado por el nombramiento del antiguo director del Colegio Militar como ministro de la Guerra.

Al mismo tiempo que el general Obregón tomaba la plaza de Culiacán, el general Francisco Villa daba un golpe de audacia inconcebible, ocupando por medio de una habilísima maniobra la plaza de Ciudad Juárez. Esta victoria tuvo resonancia inmensa en todas partes. Entonces las fuerzas de Victoriano Huerta marcharon precipita-



damente a recuperar esta importante ciudad fronteriza, pero Villa salió al encuentro del enemigo, en Tierra Blanca. Allí se libró la célebre batalla que lleva ese nombre. Las fuerzas constitucionalistas derrotaron completamente al Ejército Federal, y marcharon inmediatamente sobre la capital de Chihuahua, la cual es abandonada con toda precipitación por los soldados del general Mercado. Tras de una larga y penosa caminata, los soldados de Mercado llegaron a Ojinaga, adonde marcha el general Villa al frente de su ejército victorioso y derrota al enemigo en feroz y reñido combate. Todo el estado de Chihuahua, desde ese momento, quedaba en poder de las fuerzas constitucionalistas. El Primer Jefe de la Revolución, de acuerdo con el general Ángeles, traza el plan de campaña para seguir combatiendo al ejército de Huerta. Tres columnas de soldados constitucionalistas marcharían del norte de la República hacia el centro. El Cuerpo de Ejército del Noroeste, al mando del general Obregón, marcharía sobre Tepic y Guadalajara. La División del Norte, al mando del general Francisco Villa, marcharía sobre Torreón y Zacatecas. El Cuerpo de Ejército del Noreste, al mando del general Pablo González, marcharía de Monterrey al Saltillo y del Saltillo sobre San Luis Potosí. En el Bajío se reunirían las tres poderosas columnas formadas con soldados del pueblo, equipados con muchos sacrificios y armados con elementos que se le quitaron al enemigo en muchas ocasiones, en medio de la lucha heroica y sangrienta. Entonces el Primer Jefe de la Revolución asumiría el mando directo de todas las fuerzas, para dar la batalla definitiva en caso de que el Ejército Federal presentara todavía resistencia.

Tanto Carranza como Ángeles regresaron a Sonora, a fines de enero de 1914. Iban a preparar su viaje. Tenían que internarse a Chihuahua. Pero el 5 de febrero de ese mismo año, se registró un hecho de una grandísima



significación. Casi en la misma fecha el gobierno inglés, 20 de febrero de 1914, por conducto del Departamento de Estado norteamericano, envía a la Primera Jefatura una enérgica nota diplomática, porque el general Villa mandó matar a Benton, que reclamaba unos animales que le habían quitado. El señor Carranza no admitía esa reclamación por el conducto de la Cancillería de los Estados Unidos. Pretendía que la formulara directamente Inglaterra. Pocos días después el Primer Jefe de la Revolución emprendió la travesía que iba a realizar desde Nogales hasta Ciudad Juárez. En el trayecto recibió un mensaje del licenciado Luis Cabrera, insinuándole la conveniencia de que el general Felipe Ángeles acudiera a prestar sus servicios en la División del Norte, para que cooperase en la toma de Torreón. El señor Carranza accedió a esas indicaciones, y el antiguo director del Colegio Militar recibió órdenes para que se incorporase a las fuerzas que mandaba el general Francisco Villa. Parece que el señor Carranza se arrepintió momentos después de haber accedido a que Ángeles fuera a darle mayor preponderancia a la ya famosa División del Norte, pues en la oficina de información, establecida en Ciudad Juárez, se recibió un telegrama cifrado para el licenciado Cabrera, en el cual el Primer Jefe le hacía ver la conveniencia de que conferenciara con el general Ángeles con el fin de disuadirlo de sus propósitos. Ya era tarde, pues uno o dos días antes se había incorporado al ejército que triunfó en Tierra Blanca y en Ojinaga. Ese mismo ejército va sobre Torreón, y después de haberle arrebatado esa plaza, tras de reñida y sangrienta pelea, a las tropas federales que mandaba el general José Refugio Velasco, obtuvo otra espléndida victoria en San Pedro de las Colonias. Aquí la lucha fue encarnizada y feroz. La División del Norte derrotó completamente al ejército de Victoriano Huerta, a cuyo



frente marchaban veintidós generales federales, de los más brillantes, de los más aguerridos, de los hábiles. El gobierno de Victoriano Huerta estaba ya completamente derrotado y no había quién pudiera detener el empuje arrollador de la Revolución.

MIGUEL ALESSIO ROBLES



CAPÍTULO III
Villa y Ángeles



ARENGAS DE PANCHO VILLA;
LLEGA, VE Y VENDE EN OJINAGA

El rudo soldado del pueblo les expresa estas palabras:

Jefes y soldados de la libertad: He venido a cumplir con mi deber. Estoy aquí para que tomemos Ojinaga, y espero que todos ustedes se conduzcan sumisos a mis órdenes. Ya conocen la consigna: al venírse nos las sombras de la noche, o más bien dicho, cuando se pierda de vista la mira del rifle, todas las brigadas avanzarán, todas irán hasta el centro del pueblo, y no habrá un solo hombre que retroceda. De coronel a subteniente, muchachitos, todos los jefes y oficiales me vigilarán la marcha de la tropa, para que si alguien hay que no progrese, o vacile, o se atrase, allí mismo sea pasado por las armas...

Villa vence en Ojinaga; sólo le tomó 90 minutos de combate...

El general Felipe Ángeles se comunica con Pancho Villa, lo felicita y le dice: "Me gustaría presenciar su próxima batalla".

A Villa, que todo le "gustaba calentito", más tarde en conocer la opinión del genial artillero, que en comunicarle

al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, señor don Venustiano Carranza, la necesidad que tiene de la presencia del general Ángeles, para la organización de su artillería, que ya es mucha.

Sabía yo —dijo Villa— que al general Ángeles lo tenían arrumbado en Sonora por las desconfianzas y celos de Obregón, que temía empañarse en sus campañas si llevaba cerca grandes hombres militares, por lo cual estimé seguro que el Primer Jefe me lo mandaría y comprendí cómo era aquél el artillero que yo necesitaba. Es decir, que la razón de ser Felipe Ángeles hombre de muchos conocimientos tocantes a la guerra, mala para Obregón, era razón buena para mí.

Al llegar yo a Chihuahua supe que el general Felipe Ángeles había salido de Sonora con destino a mis fuerzas —dice Villa, y agrega—: Llegó Ángeles a Ciudad Juárez. Cuando me anunció su llegada a Chihuahua, mandé que en la estación se pusiera, aguardándolo, una banda de música, más mi escolta y otra gente, y yo me adelanté a recibirlo con mi Estado Mayor. Conforme nos saludábamos, mostró él en su cara la sonrisa de su gusto. Nos expresamos con trato muy cariñoso.

Le dije yo:

—Señor general, yo y mis tropas miramos en usted el hombre militar y el hombre revolucionario, y por eso es nuestro parecer que sus servicios en los campos de batalla los necesita la causa de la Revolución. Señor, quiero tenerlo a usted junto de mí, pues no siendo yo militar de carrera, sino soldado hecho en los azares de la vida, la enseñanza de sus conocimientos me ayudará y ayudará a mis tropas, y será para beneficio de la lucha en que andamos todos.

Él me contestó:

—Señor general, lo hecho por sus hombres en el terreno de las armas muestra lo que valen ellos y lo que es su jefe.



No espero yo poder enseñarles nada, pues nada tienen que aprender. Si usted me llama a sus órdenes para darme el mando de su artillería y para ayudarse de mi consejo, viva seguro de que cumpliré siempre con mi deber, pero no abrigaré nunca en mi ánimo la creencia de que ninguna superioridad, que ninguna tengo: obraré tan sólo con el pensamiento de estar unido a hombres revolucionarios y militares como yo. Tocante a la persona de usted, mi general, quiero decirle, porque así me lo dicta mi juicio, que son muy grandes sus hazañas en la guerra. Batallas suyas como la de Tierra Blanca honrarían a cualquier militar criado en los colegios. Esa sola batalla supera todas las que hasta aquí han librado los hombres de la Revolución. Es usted un general, y gustoso vengo a ponerme a sus órdenes.

Dice Villa:

Yo estimé mucho la alabanza de aquellas palabras, mas que no me envaneciera con ellas. Y como comprendiera yo que el general Ángeles me hablaba con toda la sinceridad de su ánimo, *pues siendo él un militar tan grande nada tenía que esperar de mí, le hablé del mismo modo.*¹

Dice Villa:

Es decir, que tanto por aquella plática que entonces tuvimos, como por otras que vinieron luego, conocí pronto que el general Ángeles era persona de conocimientos sobre muchas cosas, y que sus consejos tocantes a la guerra me serían de muy

¹ N. del E. Subrayado del autor.



grande ayuda. Según mi trato con él me lo acercaba, pensaba yo entre mí:

“Si este es el hombre que no aprecian los consejeros del señor Carranza, creo yo que no son buenos esos consejeros y que el señor Carranza vive en la ignorancia acerca de quienes lo deben aconsejar”.²

Con todo, el general Felipe Ángeles, precisamente, cansado de las maniobras hipócritas de Carranza y de Obregón, llega a Chihuahua respirando un aire más puro cerca del hombre rudo, tal vez, pero sincero y del cual conoce y admira la lealtad en el combate.

Tres días después, el general Ángeles recibe una invitación de varios jefes y oficiales sonorenses a cenar. Desde luego aceptó.

El general Ángeles fue saludado por los coroneles Pedro F. Bracamontes, Anacleto Girón, Tranquilino Moreno; oficiales José Cañedo, Guadalupe Zamora, Ernesto Higuera y Carlos N. Durazo. Y algunos otros de menor significación. Toca al coronel Martiniano Servín dirigir la palabra al general Ángeles, haciendo la presentación de cada uno de los asistentes, todos sonorenses.

Esa noche conoció el general Ángeles a Carlos N. Durazo, quien fuera el intermediario entre los Flores Magón y Manuel M. Diéguez, durante la huelga de Cananea (1906), quien tomó parte muy activa durante la campaña del maderismo y activa en la Revolución de 1910. Manuel M. Diéguez fue sentenciado a varios años de prisión en las galeras de San Juan de Ulúa, y al triunfo de la revolución maderista salió libre. De regreso

² N. del E. Aquí el autor omite citar la fuente. Para casos similares, en toda la obra, las transcripciones se dejan a bando (tipo menor y sangría mayor). Sólo en los casos en que exista referencia, ésta se indicará.



a Cananea, fue electo presidente municipal, y siendo Carlos N. Durazo uno de los luchadores cerca de él durante la citada huelga, lo llevó en su planilla como primer regidor. Luego, apareció Álvaro Obregón y durante 1912, cuando el oroquismo comenzó a pelear la presidencia municipal, y Diéguez solicitó permiso y tomó las armas con el grado de coronel. Entonces Carlos N. Durazo, primer regidor, asumió la presidencia municipal. Pero por haber sido maderista, no contó con las simpatías de Obregón al finalizar el término legal. El día 16 de noviembre de 1913, Villa tomó Ciudad Juárez por medio de una maniobra táctica, y ese mismo día, Carlos N. Durazo se presentó en el cuartel general con Rodolfo L. Fierro, quien lo llevó a presencia del general Villa. Causó alta como capitán contador en la pagaduría de la División del Norte. Y posteriormente pasó a la División Ángeles, como pagador general. Lo veremos adelante.

Desde esa fecha, marzo de 1914, el general Villa tuvo largos diálogos militares con el general Ángeles. Y Martiniano Servín, Carlos N. Durazo, José Herón González y Gustavo Bazán, siempre estarán cerca.

Eran horas de mucha actividad: se preparaba el avance de la División del Norte hacia el sur.



CAPÍTULO IV

El avance al sur



El general Villa era el comandante en jefe de la División del Norte.

Para unos, el general Felipe Ángeles era el brazo derecho. Según otros, era el cerebro de la División del Norte. En realidad éste era el caso.

El general Ángeles era el jefe de la artillería de la División del Norte, hecho que por sabido se calla; pero en realidad era muchas otras cosas cerca del general Villa.

ASPECTOS DEL CARÁCTER DE ÁNGELES

Exploremos contra este fondo algunas de las cualidades personales del culto militar, sus principales fuentes de poder. Su característica dominante, después del valor, es probablemente el ego. Algunas de sus características más útiles, como la confianza, el magnetismo y la capacidad de inspirar una devoción total por parte de sus subordinados. De él proceden también algunos rasgos negativos, tales como su susceptibilidad y su sensibilidad a las críticas. Tal fue el caso cuando se enteró de las intrigas de que fue víctima en Sonora. También tenía una tendencia a recompensar demasiado la lealtad, y apoyarse demasiado en antiguos compañeros de armas que evolucionaron con él. Cualquiera de sus hombres podía arriesgarse a ser primera categoría. Ángeles mismo lo apoyaría.

Ni el sentido del deber pudo convertir a Felipe Ángeles en un egoísta. No era severo ni desafiante. Su capacidad

de persuadir fue una de sus cualidades más relevantes. Sin embargo, pocas personas fuera de su ambiente inmediato le quisieron realmente... Eso se pudo comprobar cerca del círculo en torno a don Venustiano Carranza. Siempre dispuestos al aplauso...

Reconocía Ángeles que Villa era el único hombre —jefe— del mundo que no se contagiaba, que su sola presencia bastaba para que en término de cinco minutos los borrachos estuvieran sobrios y listos para todo servicio.

De un modo general, Ángeles y Villa se complementaban de manera sorprendente. Uno y otro nunca olvidan nada.

El día 16 de marzo de 1914, la fecha vale la pena recordarla: ese día se inició el avance hacia el sur. Dieciséis trenes parten de la ciudad de Chihuahua, con destino a Estación Yermo... Punto para la concentración.

El avance se realizó según se planeó.

Dieciséis días de combate, y Gómez Palacio, Ciudad Lerdo y Torreón cayeron en poder de la División del Norte. Primera de las batallas en que dirigen Francisco Villa y Felipe Ángeles. Ambos se felicitan por el nuevo triunfo de la causa de los pobres de México.

Decía Villa:

Había dejado yo en Escalón el tren del servicio sanitario. El tren mío llegó como a las seis de aquella tarde a la estación que nombran Estación Yermo. Allí estaba concentrada ya lista para el avance la gente de todas mis brigadas. Los efectivos y los jefes de aquellas fuerzas los voy a decir: la Brigada Villa, con 1 500 hombres, al mando del general José Rodríguez; la Brigada Benito Juárez, con 1,300 hombres, al mando del general Maclovio Herrera; la Brigada Zaragoza, con 1 500 hombres, al mando del general Eugenio Aguirre Benavides y del coronel Raúl Madero; la Brigada González Ortega, con 1 200 hombres,



al mando del general Toribio Ortega; la Brigada Cuauhtémoc, con 400 hombres, al mando del coronel Trinidad Rodríguez; la Brigada Madero, con 400 hombres, al mando del coronel Máximo García; la Brigada Hernández, con 600 hombres, al mando del coronel Rosalío Hernández; una fracción de la Brigada Juárez de Durango, con 500 hombres, al mando del coronel Mestas; la Brigada Guadalupe Victoria, de 500 hombres, al mando del coronel Miguel González; la artillería, al mando del general Felipe Ángeles y de los coroneles Martiniano Servín y Manuel García Santibáñez, formada por dos regimientos de tres baterías cada uno, más los cañones el Niño y el Chavalito, montados en sus plataformas...

De este modo se me transparentaba bien en mi ánimo cómo la pelea de La Laguna sería de muy grande furor, pues se cifraba en sus resultados la caída de Victoriano Huerta o el retroceso de nuestra causa, y le decía yo al general Felipe Ángeles que sentía yo que mi deber de militar revolucionario me obligaba al logro de aquel triunfo, aunque me costara la vida...

Después de dieciséis días de feroces batallas vino el triunfo. Los huertistas fueron derrotados. Los constitucionalistas entran a Torreón victoriosos. Luego, dieciséis días de batalla, y viendo yo como nuestros ejércitos se lanzaban con arrojo, me decía Felipe Ángeles:

—Ya ganamos, mi general Villa.

Y, como sucede en todas partes, después del triunfo viene la borrachera de la victoria con licor...

Cayeron muchos prisioneros. Aquí surgió un problema. Por ley, todos los prisioneros tienen que ser fusilados. Así lo había dispuesto el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza.

Felipe Ángeles es militar por vocación y por ideal. Quiere que todo prisionero, principalmente los que estén heridos,



sean primero atendidos de sus heridas y luego se les juzgue para ver qué ley se les debe aplicar.

Y Villa, a quien todo le gustaba en calientito, piensa distinto a como piensa Felipe Ángeles.

Don Venustiano Carranza exigía el cumplimiento al decreto suyo de 14 de mayo de 1913, y de la Ley Juárez de 25 de enero de 1862 que puso en vigor. Este decreto fue publicado en el *Periódico Oficial* del gobierno del estado de Chihuahua, con fecha 28 de diciembre de 1913.

Artículo único. Desde la publicación de este decreto se pone en vigor la Ley de 25 de enero de 1862 para juzgar al general Victoriano Huerta, a sus cómplices, a los promotores y responsables de las asonadas militares operadas en la capital de la República, en febrero del corriente año; a todos aquellos que de una manera oficial o particular hubieren reconocido o ayudado, o en lo sucesivo reconocieren o ayudaren al llamado gobierno del general Victoriano Huerta, y a todos los comprendidos en la expresada ley.

Por tanto, mando se imprima, publique por bando, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en el Cuartel General de Piedras Negras, Coah., a 14 de mayo de 1913.

Para el general Villa este decreto era lo de menos. A él el que se la hacía se la pagaba.

La Ley Juárez y el decreto que la puso en vigor fue reforzada por el propio don Venustiano Carranza, cuando contestó el escrito que el gobernador de Arizona, Geo W. P. Hunt, le dirigió el 17 de noviembre de 1913, reclamándole por el fusilamiento de algunos de los oficiales que mandaban la guarnición federal de Ciudad Juárez cuando esta plaza fue tomada por Villa. Decía el Primer Jefe:



Con sujeción estricta a esa Ley (la Ley Juárez) preexistente, fueron ejecutados los oficiales huertistas en Ciudad Juárez, entre los cuales había algunos que en Torreón fueron aprehendidos por el mismo general Villa, quien además de perdonarles entonces, accedió a que se incorporasen a nuestras fuerzas, en las cuales intentaron después, infructuosamente, la defección de los hombres cuyo mando se les confió... Y en el caso de Ciudad Juárez, debe verse antes que una crueldad con prisioneros de guerra, el castigo conforme a la ley de delincuentes contra la paz y la seguridad pública.

Con todo, el general Felipe Ángeles insistió en que los buenos militares saben respetar la vida de los prisioneros.

Luego vino la batalla de Paredón, y muchos federales fueron capturados por los constitucionalistas, y se presentó un caso, que Rodolfo L. Fierro aprovechó:

El coronel José Ballesteros tomó varios jefes federales prisioneros. Rodolfo L. Fierro se presentó con una orden del cuartel general para fusilar a dichos jefes y oficiales huertistas que tenía Ballesteros.

El coronel Ballesteros no los entregó.

Fierro dio parte en el cuartel general. Villa llama al general Ángeles y le pide que entreguen a los prisioneros.

Ángeles explica que dichos oficiales están heridos y que primero había que curarlos y luego se vería si alguna ley de muerte les alcanzaba.

Pero uno de dichos prisioneros les dirigió una serie de insultos a todos los constitucionalistas. Fierro lo llevó a presencia del general Villa, que en esos momentos estaba debajo del mezquite, tomando sus alimentos en compañía del licenciado Acuña y otros señores enviados del Primer Jefe don Venustiano Carranza.



Dijo Villa:

Yo llamo a Felipe Ángeles y le digo:

—Señor general, hay un jefe prisionero que por disposición de usted no entregan para su muerte, según está mandado que se haga por providencias del señor Carranza.

Ángeles me dice:

—Mi general, el jefe que quiere fusilar Rodolfo Fierro es hombre que cayó herido.

Yo le respondo:

—Muy bien, señor; fusilándolo lo libraremos pronto de sus penas.

Él me contesta:

—No, mi general. Los sentimientos humanitarios mandan curar primero las heridas de nuestros enemigos, y luego se ve si alguna ley de muerte les alcanza.

Y es lo cierto que oyendo yo aquellas palabras, comprendí cómo Felipe Ángeles tenía razón; es decir, que vi claro que estando herido un hombre, nuestros sentimientos tenían que ser de misericordia, no de castigo ni de venganza, aunque las leyes así nos lo impusieran.

Dice Villa:

No queriendo entrar desde luego a Paredón, acabado el combate mandé servir la comida en el sitio donde yo estaba, para mí y para las personas que venían conmigo, que eran el licenciado Jesús Acuña, el capitán Juan Dávila, mi secretario Luis Aguirre Benavides y algunos otros acompañantes.



Empezábamos todos a comer debajo de unos mezquites, cuando vienen a traerme dos oficiales prisioneros, un coronel y un mayor, y a preguntarme qué trato les dan. Yo contesté, sin dejar mi plato, que allí mismo los fusilen, conforme a las disposiciones del Primer Jefe. Y como los dichos oficiales oyeran aquellas palabras mías, uno de ellos se puso a mirarme, y con palabras serenas expresó que él no objetaba nada, que podíamos fusilarlo cuando quisiéramos y donde quisiéramos, y que él también, de ganar su ejército la batalla y caer nosotros prisioneros, nos habría aplicado con mucho gusto aquella ley de muerte, y con más gusto él a mí que yo a él, porque él era hombre militar que andaba al cumplimiento del deber —sus deberes—, mientras que yo no era, con todos los míos, más que un bandido encumbrado que andaba al fruto de mis depredaciones.

Oyéndolo yo no me enojé, siendo injuriosas y muy injustas, aunque tranquilas en el tono, aquellas palabras que el dicho oficial me dirigía. Sin dejar de comer, hice seña de que mi orden se cumpliera.

La escolta que traía aquellos prisioneros hizo los preparativos para pasarlos por las armas. Entonces el señor licenciado Jesús Acuña se me acercó a la oreja para pedirme que aquellos fusilamientos no se hicieran delante de nosotros. Me dijo él:

—Mi general, yo le ruego que nos evite la visión de estas muertes. Nosotros estamos comiendo; estamos contentos por nuestro triunfo de la mañana. ¿Vale enturbiar nuestra alegría mirando lo que nada ni nadie nos obliga a que suceda enfrente de nuestros ojos?

Yo le contesté, sólo que en voz muy alta, para que la oyeran todos:

—Muchachito, anda usted muy equivocado en los sentimientos que lo conmueven. Yo no estoy alegre; los triunfos de las armas se mojan siempre con la sangre de muchos hermanos nuestros, amigos y enemigos. ¿No es usted un buen



revolucionario? ¿Por qué se asusta de ver cómo se cumplen las leyes de nuestra Revolución, cuanto más que son leyes que su jefe, el señor Carranza, nos da? Lo que pasa, amiguito, es que ustedes los políticos chocolateros quieren ir al triunfo sin acordarse de los campos de batalla que nosotros empapamos con nuestra sangre, y con la sangre de los hombres enemigos que nuestras manos matan por nuestro amor a la causa de la justicia, y se imaginan que no viendo ustedes las cosas, las dichas cosas no existen en el panorama de su acción. Ustedes en su ánimo de políticos, hacen las leyes de la Revolución triunfante y sólo esperan gobernar al pueblo, y saben cómo el triunfo no vendrá si nosotros, los revolucionarios de armas, no vencemos al enemigo y aniquilamos las familias explotadoras del pueblo. Pero ustedes quieren que sólo nosotros seamos, muy lejos de las oficinas donde ustedes escriben las leyes, los ejecutores de la acción sanguinaria, para que todo el desdoro de matar sea solamente nuestro, y ustedes sigan tan puros y sin mancha, y en nada les alcance el lado negro de la Revolución...

Así fue. Repetí yo mi orden de que allí mismo se fusilara a los dichos prisioneros, según lo disponía con su ley el Primer Jefe, y allí los fusilaron, enfrente de nosotros...



CAPÍTULO V

Gloria de las armas mexicanas



En su tiempo el general Felipe Ángeles fue uno de los más grandes generales en el Ejército Mexicano.

Egresado del Colegio Militar de Chapultepec; del Colegio Militar de Francia, Saint Cyr, donde se graduó en ciencias sociales. Tuvo una educación científica... Fue un jefe de ciencia.

Sólo un reaccionario de los muchos retrógrados necios se atreverá a negarlo: ningún acontecimiento de los últimos años de la Revolución Mexicana conmovió a la República y causó tanta impresión en los países civilizados de ambos continentes, como el fusilamiento del exgeneral federal Felipe Ángeles, antiguo director del Colegio Militar de Chapultepec, y cuya ejecución se llevó a cabo en la ciudad de Chihuahua, en esta tierra donde primero estallara la Revolución Mexicana... Sí, en esta tierra misma en que años antes el licenciado don Benito Juárez encontrara refugio para salvar la República.

Tuvo un importante papel durante el régimen democrático del presidente Madero, y fue uno de los más sinceros amigos del Apóstol, cuando éste cayó al golpe de la traición. Se afilió a la causa que proclamara el restablecimiento de la Constitución, de cuya jefatura se revistió el C. Venustiano Carranza.

El general Ángeles se hallaba en Europa, y desde Francia vino a incorporarse a la Revolución, llamado por Venustiano Carranza.

Pero su ineptitud para la vida cortesana, su repulsa por todo lo que representa el espíritu de servilismo, lo hizo fracasar cuando acababa de sumarse al movimiento revolucionario iniciado en contra de la usurpación huertista. Francisco Villa lo acoge entonces.

Aquel rebelde venido de la entraña misma del pueblo, terrible como los huracanes y recio como sus montañas nativas, lo distingue con acatamiento. Al lado de Villa, el hombre en estado de naturaleza, Ángeles significa la comprensión, la inteligencia cultivada, el concepto de la vida civil, la norma moral que intenta ordenar los anhelos vagos, difusos y románticos del mejoramiento nacional, en una obra vertebrada y orgánica.

En páginas atrás hemos visto cómo fue el encuentro de estos dos hombres. Cómo se conocieron y comprendieron en el mismo instante en que estuvieron frente a frente.

Villa era por naturaleza un guerrillero. Lo fue siempre. Pero así como generales procedentes de academia, a quienes no les cabe en la cabeza más de un batallón, Villa, que siempre fue un táctico de primer orden, era también un estratega, aunque ciertamente más intuitivo que científico.

En esa rama del arte militar estaba aconsejado por el general Felipe Ángeles, a quien escuchaba y le daba su lugar con el indudable don de gentes que siempre tuvo.

Villa, con la ayuda de sus generales y jefes de brigada adoptaba el plan de batalla, luego Ángeles le hacía modificaciones y Villa lo aprobaba. Y de ahí en adelante los jefes acudían al general Villa para resolver los problemas tácticos que se presentaban en el curso del combate.

El plan de batalla sobre Torreón lo propuso Villa, lo modificó Ángeles y, Villa, junto con todos los generales y jefes de brigada, lo aprobaron. Tras 16 días de batalla cayeron Lerdo y Gómez Palacio y después Torreón.



En San Pedro de las Colonias los generales trazaron el plan de batalla, Ángeles lo modificó y Villa lo aprobó. El resultado: dos días y cinco horas de combate. Cayeron San Pedro de las Colonias y Paredón. Veintidós generales de lo mejor con que contaba Victoriano Huerta fueron arriados por Villa.

Pero don Venustiano Carranza, tan celoso como malintencionado, retiró al general Felipe Ángeles el nombramiento de subsecretario de Guerra y Marina, encargado del Despacho. Ángeles fue fiel a Villa y a la causa de la Revolución.

Por fin, Villa se niega a obedecer a don Venustiano Carranza que le ordena desmembrar su División para auxiliar en Zacatecas al general Pánfilo Natera. Carranza insiste. Villa renuncia al mando de la División. Carranza la acepta.

El día 15 de junio de 1914, los generales y jefes de brigadas de la División se solidarizan con Villa y le obligan a retirar su renuncia.

En todo momento el general Felipe Ángeles apoyó a Villa.

El general Andrés U. Vargas tuvo esta exclamación:

“Este mentado Primer Jefe, no es más que un espantapendejos...”.

El general Ángeles recomendó, en todo momento, obrar con prudencia.

El 23 de junio de 1914, en la más grande batalla de la División del Norte, Villa ocupa Zacatecas, derrotando a la flor y nata del Ejército Federal. El orden en que atacaron las tropas de la División del Norte la plaza de Zacatecas fue el siguiente, según el informe del Estado Mayor de Villa:

Por el noroeste y el norte, para atacar desde Plata y Veta Grande el cerro de Tierra Negra y el de Tierra Colorada, avanzarán las tropas del general Tomás Urbina, Severino Ceniceros, Eugenio Aguirre Benavides, Raúl Madero y el coronel Herón



González (Gonzalitos). Estas tropas estuvieron bajo las órdenes del general Felipe Ángeles, en número total de 5000 hombres. Por el noroeste, para el ataque de flanco, del cerro Tierra Colorada, o sea el de Loreto, avanzarían viniendo de Pilas y Hacienda Nueva, las fuerzas de José y Trinidad Rodríguez —allí iba el regimiento de Martín López— y las de Rosalío Hernández, en número de 5000 hombres. Estas fuerzas quedarían bajo el mando directo del general Villa, donde entrarían los oficiales de estado mayor y toda la escolta. Por el poniente y a la derecha, contra el cerro de La Sierpe, avanzarían las fuerzas de Mateo Almanza y Martiniano Servín, en número de 2500 hombres. Por el suroeste y el sur, de la parte de San Antonio, avanzarían sobre los fortines de la estación, en la falda que hacia allá corre desde lo alto del Grillo, es decir sobre el cerro de los Clérigos, o sea el del Padre, las fuerzas de Toribio Ortega, Maclovio Herrera y Manuel Chao, en número de no menos de 3000 hombres. Por el sur y sureste —movimiento hacia el dicho cerro y otros rumbos de las mismas lomas y que se llama del Refugio—, avanzarían las fuerzas de Bañuelos, Natera, Cervantes, Domínguez y Caloca, en número no menor de 5 000 hombres. Por el oriente, sobre el pueblo que se llama Guadalupe, y hacia las alturas conocidas por el Crestón Chino, rumbo a la Bufa, avanzarían, y en otra parte estarían de reserva, las fuerzas de Arrieta y Triana, de Carrillo, más otros jefes de Durango, en número de 2000 hombres.

En aquel instante supremo, el general Felipe Ángeles manda decir a Villa. “Ya ganamos, mi general”.

Las tropas victoriosas iban entrando a Zacatecas.

El reloj marcaba las 17 horas en punto.

Tarde del 23 de junio de 1914.

Y el día 15 de julio de 1914, Victoriano Huerta se embarcaba en el barco alemán *Ypiranga*, con destino a España,



adonde arriba el 2 de agosto, dos días antes de que estallara la Primera Guerra Mundial.

El día 2 de diciembre de 1914, dice Villa:

Para mi memoria, llegué yo a México, o más bien dicho, a lo que allí se llaman municipalidades de Tacuba y Azcapotzalco, el día 2 de aquel mes de diciembre de 1914. En dicho paraje quedó mi cuartel general, yo en espera de concertarme con Eulalio Gutiérrez sobre la forma en que deberíamos entrar todos. En México estaban ya las fuerzas de Emiliano Zapata, más la vanguardia de las fuerzas mías, al mando de Felipe Ángeles.

A Felipe Ángeles le había yo dicho:

—Señor, van nuestras tropas a la ocupación de la capital, y va usted con el mando de toda la vanguardia. Mi ánimo es que no se turbe para nada la paz de los moradores pacíficos ni se consientan los más leves actos de los hombres criminales, pues este triunfo de nuestra Revolución tiene que consumarse con el orden; cuanto más que están allí los representantes de todas las naciones, llamados ministros diplomáticos, que serán ojos que nos miren y voces que nos enaltezcan o nos rebajen de acuerdo con los actos de nuestra conducta.

Y en llegando Ángeles con la vanguardia estableció su cuartel general en el Castillo de Chapultepec, publicó bando militar con amenaza de pena de muerte para todos los malhechores y trastornadores. Era pues, nuestro acuerdo proteger la tranquilidad de aquellos habitantes, y mirar por sus derechos, y por sus intereses y sus vidas.

EL PLAN DE ATAQUE QUE PROPONÍA ÁNGELES

Me había dicho a mí Felipe Ángeles, al consumarse nuestra llegada a la Ciudad de México:



—Mi general, según yo creo no debemos consentir que se rehaga el enemigo que ahora huye delante de nosotros hacia las comarcas de Veracruz. Venustiano Carranza es político tenaz; Álvaro Obregón es militar de muy grande malicia y de muchos recursos. Viva seguro, señor, que si nosotros les damos tiempo se organizarán y fortalecerán. Enredará Carranza en Washington mediante aquellos licenciados Rafael Zubaran y Eliseo Arredondo, que allá lo representan; nos debilitará Obregón con sus calumnias, que nos traerán la cizaña, y nos inculcará la desconfianza de unos para con los otros, y nos acarreará muy grande desprestigio. Yo le aconsejo que con toda nuestra División del Norte nos echemos desde luego sobre los territorios de Veracruz, y que no paremos hasta desbaratar aquel enemigo, y dejarlo sin acción, y hundirlo en el mar para que ahogue.

Dice Villa:

Yo le contestaba:

—Señor general, son muchos los caminos que la causa del pueblo anda para su triunfo. Reflexione cómo no podemos quitarle a Emiliano Zapata la ruta de sus armas, que es la de Puebla, la de Oaxaca y la de Veracruz. Si no contentos con la fama de todos nuestros triunfos —grande fama—, caemos en el yerro de escatimarle a Emiliano Zapata las victorias que él espera, ¿cómo lo confirmo yo luego en el desinterés de nuestro ánimo? ¿Cómo evito que entonces me niegue su fe? Cuanto más, señor general Ángeles, que son mayores otros peligros que nos acechan. Está Manuel M. Diéguez en Jalisco, con Iturbe en Sinaloa; está Luis Gutiérrez en Saltillo, con Villarreal en Monterrey, y con Caballero en Ciudad Victoria, y con no sé qué otras fuerzas en Tampico y sobre la línea de San Luis; está Lucio Blanco por Acámbaro, en actitud que no comprendo; y



así está Zuazua en Salvatierra, y así están otros jefes que todavía no me otorgan su confianza.

Respondía el general Ángeles:

—Oigo lo que me dice, mi general; pero considere que esos peligros desaparecerán en cuanto pase el más grande peligro, que Carranza representa. Aquellos jefes son como sombreros colgados de un perchero, que es Venustiano Carranza, y aconseja el buen uso de nuestros elementos no ir descolgando uno a uno los sombreros, mi general, sino quitar el perchero, para que de esa forma todos los dichos sombreros se caigan.

Y en verdad que considerando yo cómo Felipe Ángeles podía tener razón, le hablé así mis palabras:

—Señor general, viva seguro que si Emiliano Zapata no resiste este primer encuentro con las fuerzas de Obregón, iremos nosotros hasta las playas de Veracruz, y con ese ánimo tenga usted listos sus setenta y siete cañones, que de modo igual tendré yo listos todos los hombres que me siguen.

Pero sucedió que luego recibí noticias de Emilio Madero sobre los preparativos de Villarreal y Maclovio Herrera para venir al ataque de Torreón, ellos en su propósito de cortarme de mi base de operaciones. Comprendí cómo no podía ni debía retrasar más mi plan de ir a la destrucción de todo aquel enemigo que me amenazaba por mi retaguardia. Llamo entonces a Felipe Ángeles y a mi compadre Tomás Urbina, y a José Isabel Robles, el cual, según antes indico, era ministro de la Guerra, y les digo:

—Señores, mi base de operaciones sufre el amago de fuerzas que se mueven para el ataque de Torreón. A lo que yo opino, ese peligro no lo podemos conllevar. Estas son mis providencias: mientras yo, con cuartel general en Irapuato, mando tropas que consumen la derrota de Manuel M. Diéguez en Jalisco, usted, señor general Ángeles, va con una columna a la toma de Monterrey, y usted, señor general Urbina, se prepara



para salir a la conquista de la línea que corre desde San Luis hasta Tampico.

Ángeles me declaraba:

—Ese no es buen plan para nuestra campaña, mi general. Dueños nosotros de la capital de nuestra República, aquí radica nuestra base de operaciones con tal que logremos el dominio de la línea de Veracruz. Yo le prometo que no me engaño. Si damos tiempo a Carranza, él crecerá y se elevará, pues puede contar con los recursos de aquellas comarcas petroleras. Vamos primero sobre él, hasta desbaratarlo y aniquilarlo, ahora que sus fuerzas son pocas, y luego será obra fácil recobrar cuanto perdimos en el norte.

Pero le contestaba yo:

—No, señor. Tengo aquí cuarenta mil máuseres, y setenta y siete cañones, y dieciséis millones de cartuchos, con lo cual no dudo que lleguemos a Veracruz, y que nos extendamos por todos aquellos territorios. Pero ¿concibe, señor general Ángeles, lo que será de mí si en las peripecias de esta lucha pierdo el dominio del norte y la parte de la frontera que me favorece? ¿Qué futuro me aguarda sin la plaza de Torreón, y sin Chihuahua, y sin Ciudad Juárez? Reflexiónelo, señor general Ángeles; allá están mis recursos, y mis elementos, y mis organizaciones. Con solo el dominio del más remoto de aquellos territorios hemos conseguido una vez llegar hasta aquí; con ese solo dominio llegaremos aquí otra vez. ¡Yerran sus luces de inteligencia si no estima que el buen camino es el camino conocido!

Y es lo cierto que Felipe Ángeles me oyó en mi razón y recibió por buenas aquellas providencias que yo estaba dictando, con lo que se dispuso la salida de las referidas columnas.

El día 4 de diciembre de 1914, 23 000 hombres de la División del Norte habían desfilado por las principales avenidas, entre edificios y torres de cemento, causando magnífica impresión.



La marcha la iniciaron las caballerías norteñas y los generales Villa, Ángeles y Zapata, en la primera línea.

El día 17 de diciembre de 1914, una parte de la División del Norte, al mando del general Felipe Ángeles, sale al norte, y ocupa Torreón, Saltillo y Monterrey, Nuevo León.

El general Villa sale de la Ciudad de México y establece su cuartel general en Irapuato, dejando en la capital dos brigadas: primera “Guerrero”, con el general Agustín Estrada, y una parte de la Tercera Brigada Villa, todas bajo el mando superior del general Manuel Madinabeitia.

Dice el general Carlos N. Durazo:

Recibí nombramiento de pagador general, en la División Ángeles, con fecha 20 de enero de 1915. En esa fecha venía de jefe de estado mayor del general Ángeles el teniente coronel Bruno Treja, y la oficialidad se componía de puros militares jóvenes, en su mayoría egresados del Colegio Militar; todos ellos veían con el general Felipe Ángeles a su guía.

De la Brigada Ceniceros el general Ángeles sacó los oficiales y clases para la integración de la Brigada Triana. Fue una de las mejores brigadas de infantería, no sólo de la División Ángeles, sino en la División del Norte.

La Brigada Ceniceros era mixta: la caballería la comandó siempre el propio general Severino Ceniceros; de ésta se integraron dos brigadas, una la comandó el general Pedro Favela.¹

No es posible citar a todos los elementos, uno por uno, que se distinguieron en la Revolución y que luego figuraron prominentemente en la División Ángeles.

¹ En ésta se contó al actual general de División Eulogio Salazar, y también al general de división Cristóbal Guzmán Cárdenas.



Por supuesto, la Brigada Triana fue una de las mejores, pero no la mejor... Ese sitio le correspondió a la brigada del general Martiniano Servín, uno de los hijos del glorioso Colegio Militar de Chapultepec, nativo de Toluca, México. En esta brigada figuraron los jóvenes generales José Herón González (Gonzalitos) y Gustavo Bazán, discípulos del general Ángeles en el Colegio Militar. ¡Qué grupo!... Las caballerías comandadas por los generales Máximo García, Lorenzo Ávalos, Porfirio Ornelas, García Gutiérrez y Juan Castro...

Dijo Villa:

También por esas fechas empecé a recibir noticias de la campaña de Felipe Ángeles sobre los territorios del noreste. Con el grueso de sus tropas hizo él la marcha de Torreón a San Pedro de las Colonias, por el ferrocarril internacional que es la línea de Monterrey, pero que desde Paredón tiene ramal hacia Saltillo. Llegó a San Pedro de las Colonias. Hizo marcha de San Pedro a Marte. Llegó a Marte. Y conforme él se movía así, dispuso que Emilio Madero avanzara de Torreón a Viesca por el ferrocarril directo de Torreón a Saltillo; y que de Viesca avanzara hasta Parras, punto que Emilio Madero atacó y tomó a sangre y fuego; y que de Parras siguiera aquel avance hasta amagar el lugar que se nombra General Cepeda, rumbo a Saltillo.

Sabíamos —dice Villa— que Antonio I. Villarreal y Maclovio Herrera venían con 14000 hombres y artillería.

Con esto, Felipe Ángeles, para el enemigo, parecía ir al ataque de Saltillo por la línea de Paredón, o parecía ir al ataque de Monterrey, por lo que lo más de aquellas tropas enemigas, mandadas por Maclovio Herrera y Antonio I. Villarreal, se acumularon del lado de acá de Paredón, propuestas a dar allí la batalla. Pero sucedió entonces que Ángeles, muy buen general de maniobra, los entretuvo con el hincapié de unos



ataques de caballería, a los cuales acudió el enemigo en previsión de que la dicha batalla se estaba ya preparando, y que podía ya empezar. Y mientras ellos estaban en eso, Felipe Ángeles abandonó de noche a marchas forzadas aquella línea que traía, sin que el enemigo lo sintiera, y se pasó con el grueso de sus tropas a la línea que llevaba Emilio Madero. Eso hizo él. Mas como al mismo tiempo Emilio Madero recibió orden de seguir también su avance a marchas forzadas y atacar con grande furia la guarnición de General Cepeda, así lo consumó, con fuerzas suyas y de Raúl Madero, de Orestes Pereyra y de Máximo García; el resultado que aquella guarnición enemiga quedó desbaratada y prisionera, y prisionero el general que la mandaba, de nombre Ignacio Ramos.

Sobre esta acción de armas, el general Villa hizo el comentario siguiente:

Yo, Pancho Villa, estimo muy grande hazaña militar la maniobra de Felipe Ángeles, que de esa forma burló las providencias de Antonio I. Villarreal y Maclovio Herrera para dar la batalla en el lugar que ellos querían, y los obligó a mover luego todo su frente a la línea de Saltillo a Monterrey, con lo que logró a seguidas consumir, sin lucha, la toma de Saltillo, por haber desamparado aquella guarnición, mandada por Luis Gutiérrez todas sus posiciones ante el amago del número de las fuerzas que se le echaban encima.

Esta acción en General Cepeda, Coahuila, pasó el día 5 de enero de 1915. Otro día siguiente Felipe Ángeles hizo su marcha sobre Saltillo. Otro día siguiente estaba en Saltillo; y la tarde de ese mismo día rechazó allí ataques que vinieron [a] hacerle las fuerzas enemigas mandadas por Maclovio Herrera, que ya tomaba posiciones en la nueva línea de Saltillo a Monterrey más las de Luis Gutiérrez, que se iban retirando. Por último,



al otro día en horas de la mañana y a amparo de muy fuerte niebla, que lo ocultaba y protegía, Ángeles se echó sobre todo el ejército de Maclovio Herrera y Antonio I. Villarreal, que ellos apenas estaban concentrando en Ramos Arizpe, para estorbar el camino a Monterrey. Lo cual hizo Ángeles con tanto ímpetu que desbarató allí todo el ejército, y le causó miles de prisioneros, y le cogió todos sus trenes, y sus municiones, y sus demás materiales, menos la artillería, que se salvó apenas porque no había llegado todavía al lugar de los combates. Es decir, que el general Felipe Ángeles alcanzó en Ramos Arizpe una de las más grandes victorias de aquella guerra, y se puso en pie de dominar todos los estados del noreste, si los elementos y los hombres no le escaseaban. De ese triunfo, y sin más pelea, ocupó también la plaza de Monterrey.

Dice Villa:

En la dicha batalla de Ramos Arizpe pelearon 10000 hombres míos contra 15 000 de Villarreal y Maclovio Herrera, y de entre mis generales murió allí Martiniano Servín, muy buen hombre revolucionario precursor de la Revolución, que me había acompañado en mis mejores triunfos y por el cual lloré.



CAPÍTULO VI

Lealtad del general Ángeles



Dice Villa:

Por esas fechas, según luego supe, que Eugenio Aguirre Benavides llegó a San Luis, donde ya había tropas de Lucio Blanco, y que desde allí pidió a Emilio Madero salvoconducto para presentarse en Saltillo. Y llegó a Saltillo, convocó a junta de generales míos que allí estaban, y a los de Monterrey, propuesto a convencerlos de cómo debían abandonarme en defensa de Eulalio Gutiérrez. Mas todos ellos le contestaron que no, que ni me desamparaban en mi lucha, ni menos llevaban su auxilio a la causa de Eulalio Gutiérrez, que sólo buscaba conchabarse con Venustiano Carranza y Álvaro Obregón. Y creyendo él entonces, por no ver en dicha junta a Felipe Ángeles, que la voz de ese jefe podía serle favorable, le puso telegrama para hacerle aquellas mismas proposiciones, que Ángeles repudió y desbarató con buenas ideas de su pensamiento.

Rigurosamente histórico. Aguirre Benavides le decía:

Juzgo grave yerro el no haber usted asistido a la junta que celebré en Saltillo con Emilio Madero y Raúl Madero, más Orestes Pereyra, más Santiago Ramírez. Porque usted, señor general Ángeles, que es buen político revolucionario, y de conocimientos tocante a todas las cosas, no podrá aprobar, después de cuatro años de lucha, que nuestro país caiga

debajo de la tiranía de un hombre como Francisco Villa. Dígame, pues, lo que piense, señor, que yo espero de su buena fe no la defensa de una nueva tiranía, sino su apoyo para la causa del pueblo y su justicia, que nosotros representamos.

Le contestó el general Felipe Ángeles:

Le recuerdo, señor general Aguirre Benavides, nuestro juramento de Aguascalientes, según quedó consagrado en la bandera de la Convención. Y esto más le digo: Eulalio Gutiérrez no es un presidente leal. Luchábamos nosotros en defensa de su gobierno, y él, entre tanto, andaba en negociaciones para que el enemigo avanzara sobre nosotros desde Saltillo y Monterrey, y desde Tampico y San Luis, lo cual supimos al coger el archivo de Antonio I. Villarreal y Maclovio Herrera en Ramos Arizpe. No se engañe, pues, ni espere que nosotros nos engañemos. Veo en usted ahora el mismo hombre que en Chihuahua conspiraba con Álvaro Obregón; pero su propio error lo desengañará. El general Villa es hombre grande y patriota, y si no lo fuera, bastarían los actos de ustedes para engrandecerlo. *Felipe Ángeles.*

Son los postreros días del mes de febrero de 1915. El Ejército del Norte convencionista se encuentra destacamentado en distintos frentes de guerra; pero la médula del problema no estaba allí.

Villa ha entrevistado en Ciudad Juárez por última vez al general Hugo Lenox Scott, quien siempre se ha mostrado amigable y sincero con él. Mas en seguida se presentó el licenciado DuVal West, emisario especial del presidente Wilson.



Una vez más, Villa no acepta la firma del convenio que Wilson propone, como condición previa para el reconocimiento del gobierno de la Convención, por la Casa Blanca.

Hasta aquí todo seguía bien. Pero, cuando el general Villa, después de haber derrotado en La Cuesta de Sayula a los generales Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía, vuelve al norte, atendiendo el llamado del general Ángeles, Villa comienza a encontrar toda clase de estorbos que le pone el gobierno de Estados Unidos.

Villa, sin más explicación, tuvo esta exclamación:

“¡Cómo les gusta a los *güeros* la manta fiada! ¡Ya se les presentará algún día la cuenta!...”¹

Para entonces ya Villa había llamado de Chihuahua al licenciado Francisco Escudero —secretario de Finanzas en el gobierno convencionista— para encargarle la formulación y estudios de la Ley Agraria, porque el general Felipe Ángeles estaba plenamente convencido de que “la tierra era uno de los puntos más dolorosos”.

Decía Felipe Ángeles:

General Villa, nosotros no estamos combatiendo contra Venustiano Carranza, sino en contra del porfiriato. ¡Vea usted! Con Carranza está el 90 por ciento de lo efectivo del porfiriato. Y ese porfiriato tiene ligas amistosas con todas las aristocracias de los demás países.

Esa aristocracia capitalista de los Estados Unidos es en estos momentos la fuerza que se opone a que el presidente Wilson simpatice con la Revolución Mexicana.

“Arribó el ingeniero Manuel Bonilla —jefe de la Comisión Agraria en Chihuahua—, con él estaban numerosos ingenie-

¹ Testimonio del general Carlos N. Durazo.



ros agrarios: entre éstos Francisco Q. Salazar vive en Hermosillo, Francisco Terminel vive en Ciudad Obregón, y otros que ya no recuerdo”.

Decía Ángeles:

“Los pobres son parte de nosotros mismos, necesitan algo más efectivo de las puras promesas. Hay que repartirles la tierra”.

Para esa fecha Villa ya había extendido nombramiento y autorización al general Roberto Martínez y Martínez, para que procediera a repartir entre los peones las haciendas en el estado de Hidalgo.²

Cuerpo de Ejército del Norte
General en jefe

En acuerdo de hoy he tenido a bien autorizar al señor general Roberto Martínez y Martínez para que emprenda, desde luego, como lo crea más conveniente, a fraccionar las grandes haciendas del estado de Hidalgo y repartirlas entre el pueblo, quedando igualmente facultado para dictar las medidas que juzgue conveniente para el mejor éxito de las operaciones en el estado de referencia, en la inteligencia de que todos los jefes que en él operen quedarán a sus órdenes.

Lo comunico a usted para su conocimiento y fines consiguientes.

Constitución y Reformas
México, diciembre 27 de 1914.
El General Jefe de Operaciones.
Francisco Villa. Rúbrica.

Al C. Gral. Roberto Martínez y Martínez. Presente.

² Estado de Hidalgo, tierra natal del general Felipe Ángeles.



INTENSA CAMPAÑA DE DIFAMACIÓN

Recuerde el estimado lector que la Revolución Mexicana estalló el 20 de noviembre de 1910, y que no contó con la simpatía del gobierno de Washington. William Howard Taft, que gobernaba entonces, tenía intereses creados con Porfirio Díaz. En marzo 3 de 1913, Woodrow Wilson, un profesor de filosofía, y con ideas modernas, apoyado en su promesa de *New Freedom*, el Partido Demócrata lo llevó a la presidencia de Estados Unidos. El Partido Demócrata simpatizó con la Revolución Mexicana. Primera revolución del siglo xx. La revolución de los peones y los *pelados* de México.

Afirmaba el general Felipe Ángeles:

Desde el primer momento en que Wilson dejó ver sus simpatías por los maderistas al sur de su frontera, comenzó a ser presionado por todos los magnates de la banca, inversionistas, terratenientes fabulosos, petroleros, mineros, y de ahí vienen los estorbos que nos están poniendo en el camino.

Agrega el ingeniero Manuel Bonilla:

Señores generales. A lo anterior hay que tener bien presente que uno solo de los terratenientes en el norte de México, Luis Terrazas, se apropió una extensión mayor que la que ocupan tres estados juntos de la República. Esto es, la extensión, o mejor dicho, superficie de cinco estados federales es menos que la mitad de todo lo que un solo individuo, Luis Terrazas, se ha apropiado en la provincia de Chihuahua. Pero esto no es bastante; la extensión territorial de las repúblicas de Costa Rica, El Salvador, Haití y Panamá es de 18 790 000 hectáreas, lo que significa que los ocho hombres estadounidenses: los Hearst, los Guggenheim, la United States, la Anaconda Corpo-



ration, la Standard Oil, Edward L. Doheny, John D. Rockefeller, Harris Gray Otis, William C. Greene, poseían en conjunto una superficie mayor que la formada por cuatro países independientes. Esta política permitió, a menos de 3 000 familias, ser propietarias de casi la mitad de México. Esto es un hecho rigurosamente comprobado: en 1910 el 97 por ciento de la tierra cultivable pertenecía a 830 latifundistas, casi todos ellos extranjeros...

Decía el general Ángeles:

General Villa, estos son los intereses creados que, con su fabuloso poder económico, pagan en la prensa mundial la campaña de difamación contra nosotros. Pero lo curioso de la cuestión es que, ¿por qué todos los ataques y calumnias son en contra de la División del Norte? ¿Por qué no mencionan a otros? ¿Qué nosotros somos los únicos generales de la Revolución?

Explicaba una vez el coronel Enrique Pérez Rul, secretario entonces del general Villa, que el mes de marzo de 1915 empezaron a sentirse los efectos de la bien organizada campaña de difamación en la prensa mundial, pues el cuartel general reiteró las órdenes al banquero Lázaro de la Garza, que sin pérdida de tiempo se trasladara a Nueva York a gestionar la contratación de la producción de municiones para el Ejército Convencionista, contratos que deberían celebrarse directamente con las fábricas, previo el depósito en metálico para garantizar la remesa de 100 millones de cartuchos.

Bien, el banquero Lázaro de la Garza se confabuló con el agente de compras de la División del Norte, señor Sommerfield, y retiraron de The Guaranty Trust Company, de Nueva York, los dineros del fuerte depósito que la agencia



financiera de la División del Norte había hecho, plenamente confirmado por el general Hipólito Villa, jefe de dicha agencia, en Ciudad Juárez.

El judío Sommerfield y el banquero Lázaro de la Garza se ocultaron y ni el Servicio Secreto del gobierno americano los pudo localizar, hasta después de que ya todo había pasado.

El coronel Estefan Harris, agente del Servicio Secreto, entonces, afirma:

Todo caminaba muy bien. La prensa no tenía para el general Villa y su lugarteniente, general Felipe Ángeles, más que elogios; pero un día, Ángeles, con voz robusta, le dijo a Villa:

—General Villa, la tierra es el punto más doloroso.

Y a Villa, que todo le gustaba en calientito, respondió:

—General Ángeles, explíquese.

Luego lo que siguió fue un diálogo quemante. Terminó el diálogo; pero ya estaban las bases para la organización de la primera Comisión Agraria, presidida por el señor ingeniero Manuel Bonilla, que se encargó de formular los proyectos de Leyes de Expropiación por Causas de Utilidad Pública, Agraria, Aparcería Rural, Patrimonio Familiar, Reavalúo de la Propiedad Rústica y establecimiento de colonias agrícolas, que se imprimieron, desde luego, en la ciudad de Chihuahua, y constituyó el primer estudio serio sobre los problemas nacionales de la Revolución, ejecutado en pleno periodo de la lucha armada. Estas disposiciones motivaron la campaña de difamación, en la prensa mundial, contra la División del Norte y los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles.

Son los postreros días del mes de marzo de 1915. El Ejército del Norte convencionista se encuentra destacamentado en distintos frentes de guerra, podía decirse desmenuzado:



Los generales Tomás Urbina y Manuel Chao, con un efectivo de 15000 hombres de las tres armas con valerosos jefes subalternos, entre los que iban Eulogio Ortiz, Alfredo Rueda Quijano, Alberto Carrera Torres, Luis Meave, Ángel Ocón, Margarita Orozco, Francisco y Donato Reza, Saturnino Cedillo, Mateo Burrola, etcétera, ponen sitio a El Ébano, en un intento para apoderarse de Tampico, centro petrolero, fracasando lamentablemente. La columna hace alto en Estación Auza, donde queda el cuartel general y la artillería en —Las Palmas también la impedimenta— y, desde luego, se dispone el ataque. No se pudo hacer nada; los carrancistas se hallaban dentro de una muralla rodeada por los tajos y campos inundados por un mar de chapopote. Conocimos personalmente al valiente general Lázaro Segura, pagador de la Morelos y un hombre de todas las confianzas del general Felipe Ángeles.

Dice Villa:

Me había dicho Felipe Ángeles, en sus partes tocante a la lucha que estaba sosteniendo en Monterrey:

Señor general Villa, me honro en comunicarle que esta división de mi mando rechaza todos los ataques de las fuerzas carrancistas, las cuales nos acechan por líneas de Laredo, Matamoros y Ciudad Victoria. Pablo González ha tenido que retirarse con sus fuerzas hasta Cadereyta, y Antonio I. Villarreal hasta Los Ramones, y otras tropas suyas, hasta Villaldama, las de José I. Santos. No son fuerzas enemigas bastante poderosas para moverme de donde estoy —dice Ángeles—, pero tampoco soy yo bastante fuerte para salir a aniquilarlas en las tres líneas por donde atacan...

En Querétaro se hallaba el general Agustín Estrada como jefe de una fuerte columna de caballería, compuesta por las fuerzas de los generales Roberto Martínez y Martínez, Joa-



quín de la Peña, Tito Ferrer y Tovar, Cruz Domínguez y Fernando Reyes —norteños— con la Brigada Guerrero.

En Michoacán operaban José I. Prieto y, con él, Pablo López, José Ruiz Núñez, César Felipe Moya, Manuel Roa, Luis Hernández, Isidro Gaytán y Emilio Orozco —zapatista—. ³

En Sinaloa operaban los generales Felipe Riveras, José Ochoa, y otros con el general Rafael Buelna; en Sonora los generales Francisco Reyna Canizales, Ramón V. Sosa, Francisco Urbalejo, Jesús Trujillo, Juan Antonio García y otros menos conocidos.

En el norte de Coahuila el general Rosalío Hernández, con los señores generales José Torresdey, Francisco Carrasco, Rafael Licón y el general de generales Agustín García; estos jefes son quienes derrotaron a Maclovio Herrera en todos los encuentros que se libraron en el norte de Coahuila.

Dependiendo del general Felipe Ángeles, operaba con toda su brigada el general Orestes Pereyra, en la región colindante de Nuevo León y Coahuila. Unos días más tarde, murió el valiente general Maclovio Herrera. Paz a su espíritu.

Por el estado de Tamaulipas operaban los generales Máximo García, con la Brigada Madero, y toda la brigada del general Severino Ceniceros;⁴ fueron los que se apoderaron de Ciudad Victoria.

LA DIVISIÓN DEL NORTE SE ACERCABA AL MOMENTO CRUCIAL

Son los últimos días del mes de marzo de 1915. Se reunieron en junta de emergencia los generales Felipe Ángeles, Raúl

³ Para esa fecha se inician los *cañonazos* de \$50000.00 y comienza la desbandada de los convencionistas.

⁴ Entre los sobrevivientes aún se cuentan el general de división Eulogio Salazar.



y Emilio Madero, con Villa. Estuvieron presentes también los licenciados Miguel Díaz Lombardo y Francisco Escudero. De lo que se trató en dicha junta se conoce muy poco. Se sabe que Villa le dijo al licenciado Escudero: “Señor, es mucho el oro que a nosotros nos hace falta para el pago de los equipos y municiones”.

El licenciado Escudero era el encargado de Hacienda y Fomento en el gobierno convencionista. Y oportunamente había informado a Villa de que las compañías mineras de Chihuahua y Durango no trabajaban. Pagaban puntualmente las contribuciones, pero no había trabajado ni un solo hombre. Escudero había dicho, y seguía respondiendo: “Nosotros no dispondremos de más oro mientras sigan en holganza las minas de Chihuahua y Durango”.

El general Hipólito Villa, jefe de la oficina financiera de la División del Norte, seguía esperando que el Servicio Secreto localizara a Sommerfield y al banquero Lázaro de la Garza, quienes desaparecieron con los fondos de la División del Norte. Se necesitaba hacer el pago de un pedido de 10 millones de cartuchos máuser.

Los hermanos Madero y unos amigos del general Ángeles proporcionaron la cantidad de dólares, y el cargamento de municiones se embarcó con destino a El Paso, Texas.

El día 3 de abril de 1915, el coronel Primitivo Uro, proveedor general de la División del Norte, dio parte de que: “A la una de la mañana de este día, salió de Ciudad Juárez el tren especial de municiones”.

El día 7 de abril de 1915, Villa se lanzó a la batalla, con la División escasa de efectivos y municiones. Los soldados llevaban 15 a 20 cartuchos por cabeza.

Con furia como huracán, Pancho Villa arrolla las fuerzas de Obregón desde el Guaje hasta las goteras de Celaya. En sus ansias de vencer a Obregón, Pancho Villa se agota frente a Celaya y hace posible que el enemigo lo rechace.



Mientras tanto, el general Felipe Ángeles reúne a todas las fuerzas de su División, y marcha hacia el sur, a ver qué pasa con el general Villa.

Juntos los dos generales, Francisco Villa y Felipe Ángeles, se preparan para la batalla de Trinidad, que será la más grande batalla de la Revolución.



CAPÍTULO VII
Batalla de Trinidad



LA BATALLA MÁS GRANDE DE TODAS LAS BATALLAS DE LA REVOLUCIÓN...

Mientras tanto, la vanguardia del general Álvaro Obregón se aproximaba a Irapuato, donde aún permanecían las tropas de la extrema retaguardia villista, Brigada Bracamontes. Serían las tres de la tarde de ese día 20 de abril de 1915, cuando una locomotora empezó a pitar. Inmediatamente los villistas se alistaron y presentaron combate formal, rechazando a la extrema vanguardia del general sonoreense Álvaro Obregón. En Salamanca se estaban concentrando los contingentes del general Obregón. Por su parte los villistas se repliegan a Irapuato, y de ahí a Silao. Allí estaba la Brigada Artalejo, de José I. Prieto y Nieves Quiñones. Los días 22 y 23 la vanguardia del general Obregón ocupó las plazas de Silao y Guanajuato. Los villistas se replegaron obedeciendo órdenes del cuartel general.¹

LA OPINIÓN DEL GENERAL ÁNGELES

El general Felipe Ángeles aconsejó la conveniencia de resistir en Aguascalientes, y hasta se hizo un estudio del terreno en los alrededores de dicha plaza, donde él creía que debería librarse la batalla, y en efecto se levantó un plano. Villa lo objetó. Según los sobrevivientes, el general, soldado nato,

¹ El desarrollo de esta batalla, que fue decisiva, se describe, paso a paso, en primer y segundo tomos de mi obra *Hechos reales de la Revolución*.

había ya concebido un plan y escogido el terreno donde quería enfrentarse al poderoso ejército del general Álvaro Obregón. El general Felipe Ángeles proponía abandonar la plaza de León, Lagos y fortificarse en Aguascalientes. Pero Villa no escuchó las razones del gran artillero, y le ordenó hacer un reconocimiento del terreno entre León y Silao, y disponer la línea de posiciones que habían de ocupar las fuerzas de la División del Norte, para dar la batalla decisiva.

Sin pérdida de tiempo, el general Ángeles se traslada a León, y desde luego estudia el terreno futuro de la sangrienta batalla ayudado por su Estado Mayor, al mando del coronel Luna.

El día 29, los contingentes del general Obregón están a la vista de los exploradores norteños del general José Galaviz, ocupando la estación Sotelo, y los villistas observan desde la hacienda del mismo nombre. Se trataba del convoy en que viajaba el propio general Obregón. A medida que avanzaba el tren del general Obregón, avanzaba también la caballería carrancista que por ambos lados protegían, y los dragones de los generales villistas José Galaviz y Marcial Ortiz se replegaban, sosteniendo ligeras escaramuzas para no perder el contacto. El tren explorador del general Obregón se adelanta desde estación Trinidad, dejando atrás al grueso del Ejército de Operaciones. Los villistas continuaban replegándose. Hasta aquel momento los norteños se ven obligados a replegarse rápidamente, burlando un movimiento de flanqueo del enemigo por la hacienda de La Loza. Los pobladores de esas haciendas, en su mayoría, eran simpatizadores de los norteños.

EL ATAQUE AL TREN

El tren explorador, al mando directo del general Álvaro Obregón, avanzó resueltamente disparando un cañón mon-



tado en la góndola delantera, y ametralladoras, sobre los dragones de las avanzadas villistas.

De vez en cuando detenía el tren su marcha —rememoran los norteños—, y los nuestros, creyéndolo oportuno, lo atacaban por ambos lados, y de frente. Pero en cuestión de instantes salían por ambos lados de la vía echándose encima y nos teníamos que batir en retirada. Así que mientras nos retirábamos el tren avanzaba. Por fin, a unos cuantos kilómetros de León de los Aldamas, hizo alto. Y entonces dos columnas de caballería norteña se lanzaron al ataque del citado tren. Por el lado derecho se desplazó la caballería de Canuto Reyes, y por la izquierda la del general Isaac Arroyo. Para entonces ya había llegado la Brigada Villa —Primera—, que comandaba el general José R. Rodríguez.

Ante el fulminante movimiento de la caballería villista, tanto el tren del general Obregón como la caballería que por ambos lados lo protegía, retrocedieron hasta estación Trinidad, donde toman ventajosas posiciones para resistir el movimiento de retroceso que desarrollaba el Ejército del Norte. Durante ese impetuoso avance de la vanguardia villista murió el coronel Petronilo Vázquez, de las fuerzas del general José Isabel Soto, revolucionario de 1910, duranguense. Salió herido el coronel Donato Alvarado, natural de Pasaje, Dgo.; también el general Enrique Banda y muchos otros jefes, oficiales y tropa. El coronel Petronilo Vázquez murió arriba del tren del general Obregón, al cual abordó desde su caballo. ¡Tales eran los pantalones de esos hombres! Cuando cargaba la caballería de Félix Guzmán y Pablo Díaz Dávila —con la Tercera Brigada Villa—, las balas de las ametralladoras abrieron muchos claros en las filas de los dragones villistas. Sin embargo, nadie se detenía, llegaban hasta alcanzar el tren y rebasarlo. Es digno de admiración el hecho de que el general Obregón se



haya expuesto tanto al peligro. Pues en esa ocasión se adentró mucho con su tren explorador a terreno enemigo, y cuando lo atacamos, estuvo en inminente peligro de ser atrapado por el arrollador ataque de la caballería villista que lo acosaba por ambos lados de la vía. Pero así son los hombres, tan hombres como lo eran ellos: temerarios; tanto Obregón, como Villa y Felipe Ángeles.²

Mientras tanto, el general Villa, empujado por su desesperación y ansias de venganza, llega a León y establece su cuartel general en la casa conocida por Las Monas, residencia del general Abel Serratos, gobernador de Guanajuato. Ese mismo día terminaron su concentración las fuerzas del señor general don Felipe Ángeles, procedentes de Monterrey, y también caballería de la Brigada Fierro, con los generales José Valles y Tomás Rivas.³ Igualmente se concentró el general José Rodríguez, con los generales Miguel Hernández y Francisco Hernández Díaz; y las fuerzas de los generales Margarito Salinas, Jerónimo Padilla y Guillermo Maya, las cuales reemprenden la marcha saliendo a tomar posiciones frente al enemigo, el cual rápidamente se ha atrincherado en estación Trinidad, disponiéndose a la defensa. Allí en estación Trinidad están, con el general Álvaro Obregón, los generales Francisco R. Manzo, Severiano A. Talamante, Fermín Carpio, Fortunato

² De los generales villistas que tomaron parte en esa acción, acaba de morir el señor general Pablo Díaz Dávila, y compaginaba estos apuntes de *Hechos reales de la Revolución*. Cito su nombre con profundo respeto.

³ En las fuerzas del general Felipe Ángeles arribaron oficiales que luego destacarían; con Porfirio Ornelas militaban muchos oficiales que llegarían al generalato y a la historia: Albino Aranda y su hermano Miguel —actualmente general de división—; en las fuerzas del general Severino Samaniego, Cristóbal Guzmán Cárdenas —llegó a ser director de la Escuela Superior de Guerra—; el actual general de división Eulogio Salazar, y un oficial que primero militó en la escolta de Dorados y que con el tiempo fue director del Colegio Militar y secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán.



Maycotte, Francisco C. Contreras y, sobre todo, Benjamín G. Hill, Francisco Murguía, Cesáreo Castro, Manuel M. Diéguez y numerosos generales más, porque los contingentes eran enormes, numéricamente... A cada momento que pasa nos vamos acercando al punto donde hemos de presenciar la más grande batalla de toda la Revolución.

Y, entretanto, ya no hay tiempo que perder, nunca lo ha habido; por otra parte, tras arribar a León los contingentes norteños, parten inmediatamente a tomar posiciones contra el poderoso enemigo que es el Ejército de Operaciones, frente a estación Trinidad, en una extensión de 22 kilómetros, desde la hacienda Otates hasta Santa Ana del Conde. Se advierte un frenesí en los frentes por fortificar sus líneas, pues uno y otro ejército toman la ofensiva.

El día 30 de abril la caballería de la Segunda Brigada Chao, comandada por los generales Eulogio Ortiz y Amador López Payán, ataca y derrota al general Francisco Murguía en la hacienda de La Sandía, causándole al bravo zacatecano carrancista sensibles pérdidas. Los villistas levantan el campo y al siguiente día se repliegan, ocupando nuevas posiciones.

La línea de fortificaciones adquiere la forma de semicírculo y todos aquellos preparativos presagian una sangrienta y decisiva batalla.⁴

VUELOS DE OBSERVACIÓN

Entretanto, se dispuso que uno de los tres aeroplanos de que disponía la División del Norte efectuara unos vuelos

⁴ Referido por el coronel Desiderio Nevárez, por escrito y bajo su firma, al igual que los otros, al señor general de brigada Enrique León Ruiz. [N. del E. En el presente capítulo, Calzadías cita ampliamente testimonios recogidos por el general Enrique León Ruiz, al parecer recopilados en *Memorias de un soldado*, título del que no hemos hallado referencias.]



de observación sobre las líneas del general Obregón. Media hora después regresó dicho aeroplano, aterrizando frente a la fundición de León, Gto. Los informes que el piloto pudo dar fueron llevados inmediatamente al cuartel general, y Villa y Ángeles los estudiaron. *El general Ángeles, rodeado de todos los jefes y oficiales competentes, resolvían todo, y Villa aprobaba.*⁵ El piloto Bonney resultó herido, y el aeroplano con averías causadas por las balas del enemigo. Casi enseguida, Villa, acompañado del general Manuel Madinabeitia y los coroneles Práxedes Giner y Gregorio Casas, y una parte de la escolta de Dorados, monta a caballo y hace una exploración del terreno para darse cuenta exacta de la situación estratégica que guardaba el general Obregón, y del dispositivo de combate de sus propios contingentes.

Al acercarse Villa y acompañantes a los potreros de la hacienda de Duarte, se encuentra a los capitanes Leobardo Álvarez y Martín D. Rivera, que con unos oficiales de ordenanzas le indican el camino hasta el punto en donde se presentan los generales Cleofas y Saturnino Cedillo, a quien acompaña el coronel Gonzalo Rodríguez y la escolta personal de Saturnino, informando que sus fuerzas, con su hermano Magdaleno, estaban por arribar. Desde luego el general Ángeles les asignó las posiciones que debían tomar en las faldas de la sierrita, hacia el norte de la hacienda de Duarte, al lado izquierdo de los norteños, y Villa decide establecer su cuartel general en el Mirador de Otates. Allí es donde se establece el señor general Felipe Ángeles, y todo el personal del cuartel general. Allí estuvieron los coroneles Enrique Pérez Rul —secretario de Villa— y todo el personal del coronel Pablo Luna —en dicha fecha fue ascendido a general, por indicaciones del general Felipe Ángeles—, más un numeroso grupo de ordenanzas. Como primera providencia se ordena despejar de enemigos

⁵ N. del E. El subrayado es del autor.



los cerritos del lado oriental de Otates. Orden que cumplan los generales Cruz Domínguez, Canuto Reyes y Rodolfo L. Fierro. ¡La batalla estaba por principiar!...

Como se ordenó se hizo. Los norteños avanzaron resueltamente en línea de batalla, y los carrancistas los esperaron, y se inició la dura pelea. Se combatió toda la tarde, con furia de huracán, y al caer la noche, los carrancistas abandonaron el campo, dejando muchos muertos, pero llevándose a sus heridos; hicieron algunos prisioneros. Salió ligeramente herido en un muslo el temerario general Fierro, y en una mano el coronel Julián Cárdenas. Los villistas sufrieron sensibles pérdidas. Los prisioneros fueron estrechamente interrogados por los oficiales del general Ángeles, pues el cuartel general se interesaba por saber el punto fijo, en qué parte del frente actuaba el general Obregón. Los norteños fueron muy castigados. Estaban combatiendo. Fue el primer parte, que llegó al cuartel general en Otates.

Esa misma noche y sin pérdida de tiempo se acordó la división de la extensa línea de fuego en sectores. Estuvieron presentes los generales Calixto Contreras, José I. Prieto, Eduardo Ocaranza y Fructuoso Méndez. El ala izquierda villista quedó bajo el mando de los generales Fructuoso Méndez y Eduardo Ocaranza; y el ala derecha al mando de los generales Calixto Contreras y José I. Prieto. Se trabajó durante toda la noche, y antes de que pintara el alba se terminaron de establecer las comunicaciones telefónicas a lo largo de la extensa línea de batalla. Veintidós kilómetros abarcó la precitada línea. El cuerpo de zapadores y oficiales de comunicaciones no habían tenido ni un momento de descanso, al igual que los jefes y oficiales del cuartel general. Y en las primeras horas de la madrugada se presentaron los jefes de la artillería: Manuel García Santibáñez, José María Jurado, Miguel Saavedra Pérez, José María Saavedra, José Licona, Durón González y otros, ante el general Felipe Ángeles.



Villa ha pasado revista, calculando, midiendo a cada contingente; quisiera adivinar quién, en un caso decisivo, estaría con él, y quién le fallaría. La derrota que sufrió en Celaya le ha causado una indeleble impresión. Sus oficiales lo escucharon musitar varias veces: “los güeros se han aque-renciado a la manta fiada... algún día se acabará el crédito”. Cuando hizo el recuento de las municiones, se puso furioso con un informe que le dieron y repitió: “Los primos siempre echarán piales al que no entregue lo suyo”.

Entretanto, frente a la hacienda de Duarte se emplazó la artillería al mando del general José María Jurado, con un sostén bajo el mando del general Julián Granados. Estas piezas apuntaban sus fuegos sobre estación Trinidad.

Frente a la hacienda de Santa Ana del Conde se emplazó el tercio de artillería que comandaba el general Miguel Saavedra Pérez, con un sostén bajo el mando del general José Torresdey, de la Brigada Artalejo;⁶ estas piezas en combinación con la artillería de Licona, tuvieron bajo sus fuegos a Santa Ana del Conde y El Resplandor, con un sostén bajo el mando del general Pablo López.

La extensa línea de fuego quedó dividida por la vía del ferrocarril; el ala derecha del mando superior, como ya se dijo, quedó bajo la responsabilidad del general Calixto Contreras y José I. Prieto como segundo en el mando. Gran parte de la caballería de la Brigada Calixto Contreras la comandó su hermano, el general Eladio Contreras.⁷ Y el ala izquierda quedó bajo el mando superior — como se ha afirmado líneas atrás— de Eduardo Ocaranza y Fructuoso Méndez, con la infantería; y en el punto donde se juntaron dichas alas, una extensión de once kilómetros, se tendieron las fuerzas de los

⁶ Allí estaba el tercer regimiento que comandaba Juan Murga, quien aún vive, y el capitán primero J. Arturo Rodríguez.

⁷ Quien en 1966 aún vivía en la Ciudad de México.



hermanos Cedillo, que suponíanse unos 8 000 hombres. Con Fructuoso Méndez el grueso de la infantería villista.

El cuartel general villista dispuso que sobre el sector de Santa Ana del Conde se desplazaran las mejores baterías y en mayor cantidad —25 cañones—, comisionando al general Miguel Saavedra Pérez frente a la hacienda de El Resplandor. El general Felipe Ángeles personalmente vigiló que se cumplieran esas disposiciones. De los informes sacados a los prisioneros recién capturados, se deducía que el general Obregón no actuaba en estación Trinidad que es cerca de donde se hallaban todos sus trenes, sino en Santa Ana del Conde. Se supo que en este último sitio se hallaban varias personas comisionadas por don Venustiano Carranza, con el señor Adolfo de la Huerta.

Comenzó la caballería a entrar en acción. Y desde el día 29 de abril las cargas de caballería villista se suceden. En la hacienda de La Sandía, los contingentes chihuahuenses, al mando del general Julio Acosta y Cruz Domínguez, combaten con el aguerrido zacatecano general Francisco Murguía...

OCHENTA CARGAS DE CABALLERÍA VILLISTA

¡Las cargas de caballería villista se suceden una tras otra hasta llegar a ochenta! ¡Ochenta cargas de caballería es algo digno de ser retenido por la pupila de un soldado!

No quiero describirlas —dijo el coronel Mena Brito—. Egoístamente me las quiero llevar dentro de mí hasta la tumba. Sobre todo en esta época de mistificaciones, ¿quién entendería el amor, la fe, los ideales que fortalecieron el espíritu para dar esas famosas cargas y para resistirlas?



Solamente diré que antes de que se sintiera la presión de la temible caballería villista se venía tendiendo una nube tan densa, que impedía ver todo; parecía una columna de humo lanzada para proteger los corceles. ¡Era la naturaleza que se anticipaba al invento del *camouflage*!

Nuestros soldados —sigue recordando Mena Brito—, desde la primera línea de defensa, rechazaban a los villistas, pero estaban fatigados, nerviosos y, ¿por qué no decirlo?, llevaban dentro el temor de ser barridos por aquellas compactas hileras de corceles desbocados que conducían hábiles jinetes y temibles tiradores.

La desesperación era causada por el polvo que en los ojos, en la nariz y en la boca hacía estragos, al grado de quien parecía tener estos órganos de papel esmeril.

El color, el olor y sabor del polvo, constituían la pesadilla principal de los combatientes. El campo se había comenzado a llenar de muertos y las bajas causadas por uno y otro lado llegaron a contarse por miles, de general a soldado. ¡La saña con que se peleaba y comenzó a pelear no tenían rival! ¡La guerra era a muerte! ¡No se pedía perdón, ni se tenía misericordia!

¡Lucha salvajemente destructora de nuestras guerras civiles!
¡México que destruye a sus juventudes valientes para dejar escondidos en las ciudades a los cobardes y falaces que van a sustituir a los muertos a la hora del triunfo! ¡Críticos de la Revolución que no vivieron estas horas de angustia y desesperación!

Madres que tuvieron ojos con que llorar a sus hijos muertos, la desventura de su pueblo y la miseria de su hogar, y que, ahora, abandonadas casi siempre van cargando el peso de un lisiado por la guerra de la Revolución.



El paisaje de la tarde —lo recuerdan los chihuahuenses—, empezaba a pardear. Los fusiles denunciaban sus disparos con el amarillo eléctrico de sus fogonazos. Toda actividad empezaba a decaer en los campamentos; el polvo también empezaba a bajar, el enemigo se retira hasta ponerse fuera del alcance de nuestros proyectiles. Los disparos se hacían intermitentes, y, en un momento, como si alguien lo ordenara, ¡se hizo el silencio!

Desde el día 30 de abril, las fuerzas de los generales Marcial Ortiz y José Galaviz acantonaron en el punto señalado por el cuartel general del Ejército del Norte, y a una distancia de no más de dos kilómetros lo hizo parte de la Brigada Morelos (Segunda), que comandaban los generales Carlos Almeida y Baudelio Uribe. Oscureció... Los soldados, acompañados de sus guitarras, entonaban la popular *Adelita*, canto de guerra favorito de los norteños. Pero desde el instante en que tocó el clarín silencio, todo entró en sosiego. Al aclarar el alba se pudo apreciar a la infantería villista de los generales José San Román, Antonio Orozco y José Herón González (Gonzalitos), y contingentes de los generales Juan Banderas y Gabino Durán que iban tomando posiciones frente a las trincheras del general Obregón. Se combatía por los terrenos de la hacienda de Barretos, donde se encontraban las fuerzas del general Manuel M. Diéguez. Y seguía la concentración de elementos de guerra.

Los generales Ángeles y Villa, como si estuvieran ante un tablero de ajedrez, movían y reunían todos los contingentes de que se podía echar mano...

Los cordones interminables de trenes arrastraban ambas fuerzas por su camino. Los improvisados ferrocarrileros militares hacían su aprendizaje en medio del continuo caminar. Las locomotoras eran renovadas en plena marcha; los carros reconstruidos, y toda la vía se iba reparando; reparación que equivalía a una reconstrucción. Y así se improvisaban tam-



bién los puentes con los famosos “aguacalados” mexicanos. Las fuerzas combatientes hacían lo mismo; construyendo y destruyendo, parecía que en el eterno batallar se estaba forjando la nueva alma de nuestro sufrido país.

Curioso. Las dos fuerzas se decían reaccionarios, y las dos habían nacido de la Revolución. Cada quien quería ser más radical pero el terreno que se pisaba era el Bajío, donde el ambiente religioso clerical hace pensar en la presencia de Dios.

El general Álvaro Obregón odiaba al general Felipe Ángeles. Sin embargo, Ángeles lo ignoraba. En su espíritu no cabía el odio.

Más bien, era la envidia: el general Felipe Ángeles era el más grande de todos los generales de su tiempo...

Mientras tanto, los campos de estación Trinidad, en pleno mes de mayo, [se llenaban] con las fuerzas del general Álvaro Obregón en dirección norte, y por los contingentes convencionistas y norteños en dirección sur.

Los dos ejércitos estaban rumiando silenciosamente su próxima victoria.

Las caballerías villistas denunciaban sus movimientos por las largas polvaredas que verticalmente se erguían hasta las nubes... Por las sendas polvorientas y desiertas se agitaban fácilmente los cascos de los corceles de guerra. Preparativos para la gran batalla.

Los generales Villa y Ángeles, juntos recorrieron toda la extensa línea de fuego, la cual se había extendido hasta cubrir los flancos de las líneas de fuego del general Obregón, desde las lomas altas del oriente de estación Trinidad, prolongándose, desde ese punto, por el Cerro de la Cruz, del Mirador de Otates, al cerro de La Capilla y atravesando el valle frente a la hacienda de Santa Ana del Conde. Apenas si es necesario decir que se combatía casi todos los días, a mañana y tarde, y que cada ejército confiaba en la victoria.



El general Ángeles se estableció con su cuartel general en el sector de Santa Ana del Conde, y el general Villa en el Mirador de Otates. Como he afirmado los ejércitos se fortificaron uno frente al otro. En el cuartel general se recibían, constantemente, partes de novedades de los jefes de estado Mayor, por medio de la línea telefónica, informando de los continuos combates que se libraban a lo largo de toda la línea de batalla. Se iniciaban los combates por la mañana muy temprano y por la tarde iban disminuyendo, y luego ambos ejércitos aprovechaban aquella calma para recoger a sus heridos y dar sepultura a los muertos. Allí estaban los dos ejércitos frente a frente; Villa confiaba en la bravura de sus caballerías, y el general Obregón en el empuje de sus infanterías...

LOS DOS EJÉRCITOS ESTABAN LISTOS

En toda batalla se presenta un momento decisivo en que el triunfo está en juego. Los dos ejércitos estaban decididos, y confiados esperaban la victoria. Pero habría de ser el destino quien decidiera cuál de los dos ejércitos sería el primero en perder el equilibrio... Sin embargo, hasta aquel momento no había indicios de que se acercara el instante supremo de la ruptura, que decide toda batalla.

(Se necesita de que un escritor competente, surgido del glorioso Colegio Militar, y esencialmente mexicano, nos escriba esta batalla: la parte militar. Pues no se olvide que el señor general Felipe Ángeles fue un militar con profundos conocimientos de la ciencia de la guerra. Bien; pero en la batalla de Trinidad se halló rodeado de militares revolucionarios hechos —como dijo el general Villa—, a fuerza de golpes, por los azares de la vida.)⁸

⁸ N. del E. Nuevamente se refiere al general Enrique León Ruiz.



Allí estaban, pues, los dos ejércitos, frente uno al otro. Son labriegos, hijos de sastres, de comerciantes en pequeño, vaqueros e hijos del pueblo, convertidos en soldados de la Revolución. Desde soldado a general, son hombres que salieron de la tierra. Nada conocen de las técnicas de la guerra, desde el punto de vista del militar de profesión. Ellos son hombres que tomaron las armas para combatir un sistema de privilegios, y no para hacer ostentación de capacidades militares. Son muchos los errores que se cometieron, desde el punto de vista de la táctica y la estrategia militar... Pero si los conocimientos militares son indispensables en un soldado, más necesario es el corazón de hombres, y esto es lo que estos soldados salidos de la tierra poseían... Mucha canilla, mucho nervio. Lo estamos viendo...

Allá por el año de 1923, en Pueblito, Chih., me tocó oír al señor general Albino Aranda, comentar lo siguiente: “La artillería de ambas partes sostuvo un duelo, llegó a tomar proporciones al extremo de que pensábamos en la posibilidad de ser sepultados completamente. Las granadas abrían enormes boquetes en la tierra, y todo temblaba y al más pintado se le enfriaba el coraje. El temor de que allí todo terminara nos acompañó, y la muerte estuvo junto a nosotros en todo instante, durante esos duelos”.

VILLA DERROTA A LA CABALLERÍA OBREGONISTA

Tras de sopesar los medios con que se contaba para continuar aquella batalla, Ángeles y Villa conciben un plan, y el cuartel general prepara su ejecución de inmediato. Se decide emprender una retirada estratégica a la ciudad de León, y se ordena reforzar las fuerzas de infantería al mismo tiempo que se establecía un servicio de ambulancia y proveeduría de León a la



línea de fuego. Y, mientras tanto, se organizaba una poderosa columna de caballería para retaguardiar al ejército del general Álvaro Obregón.

Para realizar esa acción se destinaron las Brigadas Primera y Segunda Robles, que comandaban, respectivamente, los generales Margarito Salinas y Canuto Reyes; Primera y Segunda Villa, comandadas por los generales José E. Rodríguez y Pablo C. Seáñez; Primera y Segunda Chao, bajo las órdenes de los generales Manuel Chao y Eulogio Ortiz; la Brigada Fierro, comandada por los generales José Valles y Tomás Rivas, y la Brigada Madero, bajo el mando de su jefe nato, general Máximo García. Todos esos contingentes se pusieron a las órdenes directas del general Villa, y quedó como segundo en el mando el general Manuel Chao.

Al atardecer del día 30 de mayo —1915— fueron revista- dos todos aquellos contingentes por el propio general Villa. A fin de no despertar sospechas en el enemigo, el general Ángeles dispuso un movimiento de tropas con dirección a las posiciones que defendían las fuerzas del general Cedilla en las faldas de la cordillera del norte.

Rememoran los norteños:

Emprendimos la marcha por senderos poco transitados y muy quebrados, por la citada cordillera del norte. Serpenteando cañadas caminamos toda la noche, y nos fue a amanecer muy lejos del punto de partida. El día 31 hicimos alto dentro de una enorme cañada, se dio agua y forraje a la caballería, y descanso a la tropa. Se ultimaron los preparativos para reanudar la marcha al pardear la tarde. Ejecutamos un gran rodeo y fuimos a salir al pie del mineral La Luz, de cuyo lugar nos desplazamos como avalancha huracanada sobre la retaguardia de los carrancistas del general Obregón, al rayar el alba del día 19 de junio de 1915.

Sucedió que al salir de la última cañada, y ya para entrar a una mesa, el general Villa dio las últimas instrucciones a



todos los jefes, estando a la vista el enemigo. Se dispuso como contraseña un moño rojo y blanco, y los puños de las guerreras arremangados. Se tendió la línea de asalto, la cual abarcó Silao y la hacienda de Nápoles.

Por las lomas que hay al norte de Nápoles (hacienda), avanzó resuelta la caballería de la Segunda Brigada Chao, yendo en la primera fila el Güero Ortiz, así le decían cariñosamente al general Eulogio Ortiz. Llevando en su mano izquierda la bandera villista. En cuestión de minutos arrollamos la primera línea de infantería, luego la segunda y, por último, levantamos todas aquellas líneas que formaban indios juchitecos, y las refundimos hasta Nápoles haciendo que la caballería carrancista retrocediera, en desbandada, sin poder organizar. (En la misma línea de batalla fue felicitado el general Ortiz por nuestro comandante en jefe.)

Tomamos prisioneros muchos soldados carrancistas, y hay que hacer hincapié en que no fue fusilado ningún prisionero, como por ahí lo cuentan. Se les dejó en libertad, por orden del general Manuel Chao, una vez que se les desarmó.

Mientras se les prendía fuego a los puentes del ferrocarril, alguna caballería al mando de los generales José Valles y Eulogio Ortiz se tendió en línea de fuego, partiendo desde el oriente de la hacienda de Nápoles hasta el sur de Santa Ana del Conde. Es en ese punto donde se concentró la caballería obregonista derrotada en Nápoles. Otra caballería obregonista huyó derrotada con dirección a Silao, siendo perseguida por la caballería villista de los generales Manuel Chao y Máximo García.

En Silao se hallaban los trenes con las soldaderas de los indios juchitecas y los yaquis de Sonora. Por orden expresa del general Villa, a todas las mujeres se les repartió dinero villista. Luego se les prendió fuego a los tanques que estaban llenos de chapopote, y el fuego se propagó hasta donde estaban los trenes hospitales llenos de heridos. Los heridos que



podieron saltaron a tierra, y los que se hallaban muy graves fueron rescatados por los soldados villistas.

Un grupo de personas civiles andaba denunciando los sitios en donde se encontraban ocultos soldados carrancistas. Allí, en Silao, sí se fusiló a mucha gente por orden del jefe de estado mayor de la Brigada Fierro, coronel José Morán (el Chino Morán). El general Fierro no tomó parte en esa ocasión, se hallaba herido en el hospital Abraham González, en la capital de Chihuahua. Por orden del general Manuel Chao se suspendieron las ejecuciones. En estación Silao se descargó todo el parque máuser de un vagón que estaba lleno de municiones, y, desde luego, todas éstas fueron repartidas entre la tropa. El general Carlos Almeida se encargó de todos los carros, cargando con toda la impedimenta que les recogimos a los carrancistas y la mandaron hasta Otates. Era bastante provisión. Luego se le prendió fuego a la estación en Silao.

Para esa hora se presentó el general José Valles, con fuerzas de caballería, y a una orden del general Chao tomó el camino a Guanajuato, cayendo sobre la citada plaza como unos demonios, encontrándose con que unos minutos antes se habían “pelado”, saliendo por la única entrada y salida que hay en la mencionada plaza. La columna villista iba compuesta por una parte de la Brigada Fierro y los contingentes de la Brigada Madero del general Máximo García —gente de Durango.

Y nosotros —reseñan los mayores Juan B. Muñoz, Arturo Rodríguez, Marcial Ortiz, Martín D. Rivera, etcétera— nos fuimos con el coronel Félix Álamo, hasta la hacienda de Otates, donde se encontraba en esos momentos el general Felipe Ángeles, a quien se le rindió un informe, escrito a mano. Con el general Felipe An-



geles se hallaban en esos momentos los generales Juan Bandejas y García Aragón. Se estaba concentrando a muchos heridos. Los coroneles Pablo Luna y Pablo Alvarado fueron ascendidos a generales, propuestos por el general Ángeles. Al pasar por los potreros, cerca de las líneas de los contingentes del general Magdalena Cedillo, nos confundieron y nos hicieron fuego los sombreroños de San Luis Potosí. Desde Otates, y por teléfono, el general Eduardo Ocaranza y unos coroneles, entre los cuales se contaba Juventino Espinoza, llamaron al general Ángeles, quien ya para entonces se hallaba en su puesto de mando, frente a El Resplandor, en el sector de Santa Ana del Conde. Al atardecer llegó el general Ángeles en el automóvil Packard del general Villa, conducido por el capitán Benjamín Bustamante. Cuando nosotros salimos del Mirador de Otates, llegó el general Madinabeitia, que se hallaba revisando un contingente de caballería, y tuvimos que esperar. Una vez que el general Ángeles se enteró de la orden del general Villa, junto con el general Gabriel Valdivieso se retiró. Ya muy noche arribó el general Madinabeitia, en cuyas manos entregamos las órdenes, por escrito, del general Villa. Nadie externaba ni una palabra ni hacía una sola pregunta. Durante las primeras horas nos regresamos con el coronel Félix Álamo, y se juntó a nosotros su hermano, el teniente Juan del mismo apellido. Villa se había establecido, por el momento, en un punto cerca de Nápoles. Por el lado del sector de Santa Ana del Conde se escuchaba la artillería, a esa hora, igual que por el lado de la hacienda de La Loza. En ningún momento dejó de oírse el bramido de la artillería de uno y de otro lado. De regreso pasamos por el sector de los hermanos Cedillo; nos alcanzó el coronel Candelario Cervantes —con escuadrón de Dorados—. Adelante de ellos venían los coroneles Benedicto Fierro y Ponciano Vázquez. Todos cumplían órdenes específicas del cuartel general. Todos confiados en la próxima victoria. Madinabeitia mandó un correo al general Villa. Madinabeitia recibió un parte, y luego comentó: “Se cerró el sitio”. Pues para esa hora ya la caballería



villista estaba combatiendo desde las líneas recién levantadas al sureste, sobre la retaguardia enemiga, comenzando con el asalto a las posiciones próximas a la loma de las Ánimas, que es donde estaban los trenes del general Álvaro Obregón, héroe de Santa Rosa y Orendáin. Los trenes del general Obregón se hallaban bien ocultos, pues no obstante que nos acercamos tanto a ellos, apenas si los podíamos apreciar. Lo recuerdan los norteños de la brigada Artalejo. Allí, como en el ataque a la caballería del general Obregón, también la caballería de la Brigada Artalejo tomó parte muy activa, bajo el mando de los generales José Ruiz, José Torresdey y Pablo López. Aquí combatieron los capitanes Alejandro Rascón, Miguel Armendáriz, comandantes, y el primer y tercer escuadrones del tercer regimiento Brigada B. Artalejo. Como jefe de la escolta del general José Torresdey, combatió el capitán Joaquín Rodríguez C., hermano del llorado general Nicolás Rodríguez. Se cita sus nombres en los partes de guerra.

Desde el momento en que derrotamos —sostienen los sobrevivientes—, a la caballería carrancista en Nápoles, se estableció allí mismo el puesto de mando del general Villa, y con una gran parte de las fuerzas del general Manuel Chao, permaneció en Silao, como reserva; y hacia el norte de la hacienda de Nápoles, en el monte de mezquites que hay allí, se ocultó la caballería de la Segunda Brigada Villa, bajo el mando del general Pablo C. Seáñez, fuerte en 2 000 hombres.⁹

Fuimos a donde se hallaba el general Fructuoso Méndez —continúan los norteños—, a entregar la dotación de parque, y allí vimos a los coroneles Ernesto Silva, Manuel Valenzuela y Juan Bautista Húmar, sonorenses los tres. El general Méndez le preguntó, en son de guasa, al capitán Ustorcio Bailón: “¿Qué clase de parque han traído? ¿No es del parque que ya anda por ahí?”. Pues para esa hora ya se hablaba de parque

⁹ Recuérdelo el lector, el movimiento de esta caballería será el motivo que precipite, indirectamente, el desastre villista.



malo, entre la tropa. Así mismo lo han afirmado los generales Carlos N. Durazo¹⁰ y Juan N. Medina.

Ese mismo día 2 de junio de 1915, los contingentes de la Brigada Artalejo, combatieron para el lado de El Resplandor, y notaron por vez primera que las balas de sus cartuchos no llegaban más que a unos treinta metros adelante de ellos; asombrados, descubrieron que su parque no era bueno. Hasta aquellos momentos se había estado combatiendo durante 30 días, sosteniendo encuentros de gran importancia y combates aislados por distintas partes de aquel extenso frente de guerra. y todavía ese mismo día 2 de junio, se levantó una segunda línea de fuego, con caballería que había combatido el día anterior, en Silao. Esa línea se prolongó por el sureste hasta hacer contacto con las líneas del sector de Santa Ana del Conde, donde se encontraban los generales Calixto Contreras y José I. Prieto.

El ejército del general Álvaro Obregón se reducía a fortificarse desde la Loma Colorada, en el norte; Trinidad en el centro, y en el sur Santa Ana del Conde. El general Obregón había quedado completamente sitiado con todo su poderoso Ejército Expedicionario.

Todo ese día se practicaron reconocimientos sobre el campo de batalla, el cual en varios días había cambiado, según lo refieren los miembros del estado mayor de Villa, añadiendo: el general Villa, inquieto y dinámico, continuaba sosteniendo la ofensiva, y como en una tabla de ajedrez, entre él y el general Ángeles llevaban a cabo sus jugadas, ceñidas y peligrosas, para que se decidiera la suerte de aquella batalla que ya costa-

¹⁰ El general Carlos N. Durazo primero fue miembro del Estado Mayor del general Villa; luego, pagador de la División Ángeles, y terminó siendo jefe del Estado Mayor de Villa. Sonorense, de los organizadores de la huelga de Cananea, y hombre de todas las confianzas del general Ignacio Pesqueira. De todas las confianzas del general Felipe Ángeles.



ba millares de vidas, y que todavía presagiaba costar mucha sangre a los dos ejércitos.

El general Obregón, comandante en jefe del Ejército Expedicionario, prácticamente sitiado por los villistas, operaba con parsimonia, con una flema sajona; pero con precisión observaba los movimientos del ejército villista y procuraba escatimar hombres y elementos de guerra, para cuando llegara el momento decisivo.

Los reconocimientos que practicaba el general Villa frente a las líneas enemigas tendían a arrimar más las nuestras para atacar al día siguiente en la ofensiva general, cuyo preliminar se anunciaba e iniciaba con el estruendo espantoso de la artillería de la División del Norte sobre las posiciones del ejército carrancista; extendido a todos los sectores, preparaba el ataque de las demás armas: infantería y caballería, facilitando el movimiento de retaguardia.

Al decir de los jefes villistas, el general Villa y Ángeles tomaban esas precauciones para emprender el ataque, colocando las reservas en la población de Silao, bajo el mando superior de los generales Manuel Chao y Máximo García. Solamente un punto se había descuidado, cuyas consecuencias lamentó posteriormente el Ejército del Norte, porque el general Obregón tampoco dormía en sus laureles, pues era hombre de mucho empuje y de muchos recursos: atisbaba con ojos de lince los dispositivos de la División del Norte, que lentamente le iban cercando, extendiendo sus efectivos en círculo de fuego, con el propósito de estrechar a su ejército en una formidable tenaza que le aniquilara. Es la verdad pura.

La sorpresa que el general Obregón reservaba al Ejército del Norte —agregan los sobrevivientes—, la estimaremos adelante en todo su valor estratégico, que el genial sonorenses puso en práctica con las luces de sus generales, entre quienes descollaban, en primera fila, como primeras figuras, los generales Benjamín G. Hill, Francisco Murguía, Cesáreo Castro



y Manuel M. Diéguez, con quienes el comandante en jefe del Ejército Expedicionario de Veracruz, preparó su plan defensivo, cuya realización no le cupo la satisfacción de presenciar.

Al cabo de esa mañana, villistas y carrancistas se disputaban el pozo de agua frente a El Resplandor. Se trataba de gente de la Brigada Benito Artalejo. Los soldados villistas se dan cuenta, al disparar sus carabinas, que apenas si tronaban los cartuchos: “¿Qué jijos... pasa? Este rifle no sirve”.

Al cabo de esa mañana, en otra parte del extenso frente, ese mismo día también se combatió encarnizadamente por la posesión del tajo de agua subterránea frente a la hacienda de La Loza, cuando los soldados duranguenses del general Ceniceros se quedaron con la boca abierta, viendo que las balas que no llegaban a más de unos cuantos metros de ellos, y que apenas si tronaban los cartuchos. “¿Qué demonios estaba sucediendo?”, se preguntaban los villistas. Ese mismo día se informó al general Villa, desde el cuartel general, que el parque estaba saliendo malo, pues entre el parque bueno salían cartuchos malos.¹¹

Lo repetimos: ocurrió que el señor Lázaro de la Garza, agente comercial de Villa en Los Ángeles y Nueva York, adquirió para el gobierno de la Convención antes de irse del bando villista, unos millones de cartuchos máuser, en el estado de Texas, donde permanecieron detenidos por el gobierno de Estados Unidos, que no concedía el permiso para la salida de ese país, y pasarlo al lado mexicano. Ese parque se estuvo pasando de contrabando, ahora se sabe, por Columbus, Nuevo México, y que aquí está la clave: ese parque pasó por manos de los agentes huertistas, establecidos en Canutillo, Texas. Allí, lo prepararon, y luego se lo vendieron

¹¹ El general José Ruiz nos afirmó, en Chihuahua, que el parque malo, por fortuna, había sido poco.



al traficante de la frontera Sam Rabel, dueño de las principales casas comerciales en Columbus. El coronel Jack Harris, del Servicio Secreto, hizo la revelación. Más adelante veremos qué fue lo que sucedió.

El señor Lázaro de la Garza compró ese parque, ahora se sabe, a los agentes alemanes que trabajaban por restablecer en el poder al general Victoriano Huerta. Esos agentes adquirieron primero ocho millones de cartuchos en San Luis, y posteriormente tres millones más en Nueva York, los llevaron de ese lugar al norte de El Paso, Texas, y allí lo tenían cuando se lo vendieron a Lázaro de la Garza, y de entre ese parque resultó el parque malo. Luego Lázaro de la Garza retiró los fondos que garantizaban los pedidos de pertrechos que se habían hecho a la fábrica The Winchester Firearms Company, de Nueva York, y vendió los contratos para la fabricación de elementos de guerra para el gobierno de la Convención, División del Norte. La guerra europea se hallaba en todo su apogeo y, por lo tanto, necesitaban adquirir elementos, y los agentes franceses compraron los contratos del citado señor De la Garza. Fueron los agentes extranjeros que trabajaban en favor del retorno del general Victoriano Huerta, los responsables de tamaña felonía. Adelante lo confirmaremos.

OBREGÓN QUEDA MANCO Y DERROTA A LA DIVISIÓN DEL NORTE

A las primeras horas de la madrugada del día 3 de junio de 1915, el general Villa abandona la hacienda de Silao y se establece en un cerrito que está al sudeste de estación Trinidad, siempre dentro de la retaguardia de los carrancistas, operando desde ese punto. Distribuyó puestos avanzados a distancia; se comunicó con el general Felipe Ángeles que, en estos instantes, se hallaba en el puesto de mando en Otates, y quien



acababa de recibir los siguientes informes: “En el pozo subterráneo frente a El Resplandor, del que beben agua los contingentes de la Artalejo, hay dos muertos, y la tropa tiene sed”. (Único pozo, en ese lugar.) También se peleaban por la posesión del tajo de agua subterránea frente a la hacienda de La Loza. Estos informes inquietaron a todos en el Estado Mayor.

El cuartel general trató de localizar a todo trance el punto principal del sector norte, de donde operaba el general Obregón. Este dato se lo arrancaron a los prisioneros carrancistas en poder de la División del Norte. Éstos relataron que el general Álvaro Obregón tenía su cuartel general en la hacienda de Santa Ana del Conde.

Ese mismo día al pintar el alba, del puesto de mando del general Felipe Ángeles salió la orden para que los generales Cruz Domínguez y Fernando Reyes atacaran sobre Santa Ana del Conde, y al mismo tiempo se dio la orden al Tercio de Artillería que comandaba el general Miguel Saavedra, *cañonera* dicha finca principal.¹²

Ahora veamos lo que a este respecto dejó escrito el propio general Álvaro Obregón:

El día muy temprano, marché a Santa Ana del Conde, acompañado del general Diéguez y algunos jefes y oficiales de nuestros respectivos estados mayores. Llegamos a dicha hacienda a las 7 a.m., y en seguida de desmontar subimos al torreón de la finca principal que sirve de mirador, donde se encontraban los generales Cesáreo Castro, Murguía y Alejo González. Aquel sitio ofrecía un magnífico punto de ob-

¹² Reseñado por el general Carlos N. Durazo, coronel Stefan y teniente coronel Julio Martínez. Tomado directamente por el periodista Adolfo Wilhelmy y publicado en *La Voz de Sonora*.



servación, de donde podían ser vistos con toda claridad, los movimientos y la colocación del enemigo. Éste había suspendido sus asaltos a la hacienda y se concretaba a hacer fuego poco nutrido por el frente, y con algo más de intensidad por el poniente de la hacienda. Sin embargo, la situación allí se hacía cada vez más crítica por la absoluta falta de agua, pues aunque la bomba que proveía de este líquido a la hacienda, y que estaba instalada en el valle, había sido puesta en funcionamiento por los nuestros, el agua no llegaba a la finca porque un tramo de la tubería que la conducía quedaba sobre el nivel del suelo y había sufrido, por los proyectiles, un sinnúmero de perforaciones por las que se escapaba el agua.

Habíamos resuelto ya la hora y la forma en que debería efectuarse el asalto sobre el enemigo, y dábamos por terminada la observación, siendo un poco antes de las nueve de la mañana, cuando descubrimos una columna que se aproximaba a paso veloz, y pocos momentos después pudimos distinguir claramente que era artillería la que con tanta precipitación hacían avanzar los villistas rumbo a la hacienda.

Como en aquellas posiciones no teníamos artillería, y ellas ofrecían un magnífico blanco al enemigo, comprendí, desde luego, que sus fuegos serían eficaces, por lo que ordené a los generales Murguía y Castro que hicieran salir violentamente toda la caballería e impedimenta que había en las cuerdas de la finca y cuyo número pasaba de mil dragones.

La caballería e impedimenta comenzaron a hacer su retirada con toda actividad, marchando el general Castro a donde se encontraban sus tropas, y el general Murguía hacia la línea de fuego, al oeste de la hacienda, cubierta por el 209 batallón de Sonora; mientras que el general Diéguez se dirigía a Trinidad y yo mandaba retirar nuestros caballos a retaguarda. Entonces, seguido del coronel Serrano, del coronel Piña, de los tenientes coroneles Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, de los capitanes Ezequiel Ríos, Rafael Valdez y de algunos otros miembros



de mi estado mayor, me dirigí a las trincheras del frente, que estaban compuestas por el 189 batallón de Sonora. El tiempo empleado por nosotros para hacer ese recorrido fue reducidísimo, pero el enemigo obró con tal diligencia e impunidad, porque no teníamos artillería con que obligarlo a conservar la suya a larga distancia, que había emplazado ya sus cañones a distancia no mayor de 1 200 metros de nuestra línea.

El fuego no se hizo esperar, pues cuando faltaban unos setenta metros para llegar a nuestras trincheras, explotó cerca de nosotros la primera granada, y a ésta siguieron otras que eran dirigidas sobre el grupo que formábamos, en tanto que seguía yo avanzando con el coronel Piña, el teniente coronel Garza y los capitanes Ríos y Valdez.

Faltaban unos veinticinco metros para llegar a las trincheras, cuando en los momentos en que atravesábamos un pequeño patio situado entre ellas y el casco de la hacienda, sentimos entre nosotros la súbita explosión de una granada, que a todos derribó por tierra. Antes de darme cuenta de lo ocurrido, me incorporé y entonces pude ver que me faltaba el brazo derecho, lo que me hacía suponerlo desgarrado también por la metralla.

Hasta aquí el relato del señor general Álvaro Obregón.

La fuerza de caballería a que alude el general Álvaro Obregón era la columna de los generales Cruz Domínguez y Fernando Reyes.

El tercio de artillería del general Miguel Saavedra se componía de 25 cañones, y como sostén estaba el tercer regimiento que comandaba el coronel Barajas.



Esa fue, militarmente, la fase verdaderamente crítica de la batalla de Trinidad, porque al caer herido el general Álvaro Obregón, se le dio por muerto, y con la velocidad de meteoro cundió la noticia por todo el frente carrancista, creando al instante una sensación de desorientación entre la tropa, que experimentó el abatimiento.

EL DESASTRE

La guerra reserva muchas sorpresas —rememoran los villistas—. Tras de haber estado combatiendo casi a diario por espacio de 32 días, los villistas han terminado por sitiar completamente al poderoso ejército del general Álvaro Obregón, en estación Trinidad. Derrotada la caballería del caudillo sonoreense en la hacienda de Nápoles y Silao, se concentra en la hacienda de Santa Ana del Conde, quedando dentro del círculo de fuego que los villistas les pusieron y que les han ido cerrando cada vez más. Por el extremo sur habían unido los villistas sus nuevas líneas de fuego, pasando por la retaguardia de los carrancistas, con sus extremos en Santa Ana del Conde, que comandaban como comandantes del ala derecha villista los generales Calixto Contreras y José I. Prieto, y por el extremo norte vinculaban con los fuegos de los hermanos Cedillo y José Rodarte.

Como reserva se contaba con las caballerías de las Brigadas Villa, comandadas por los generales José E. Rodríguez y Pablo C. Seáñez. Los contingentes bajo el mando de Pablo C. Seáñez estaban acantonados en el monte que está hacia el norte de Nápoles, monte de mezquites que hay en las lomas dentro de los terrenos de la citada hacienda de Nápoles; y en la hacienda de Silao esperaban las fuerzas al mando del general Manuel Chao, con Sóstenes Garza, Merced Arroyo y los coroneles Alfredo Nevárez, Antonio Márquez, Pedro Gómez y Rosalío Morales; la caballería de las brigadas del ge-



neral Máximo García, con los también generales Juan Pablo Estrada y Carlos García Gutiérrez. También se contaba con las brigadas zacatecanas de los generales Tomás Domínguez y Félix Bañuelos, y algunas otras corporaciones y brigadas, entre éstas la Querétaro del general Joaquín de la Peña, y el regimiento Hidalgo, del general Tito Ferrer y Tovar. Más un escuadrón de la escolta de Dorados, y dos regimientos, bajo el mando de los coroneles Miguel Gutiérrez y Francisco Licón, todos bajo el mando superior del general José Ruiz. Todos estos contingentes constituían la reserva, con el general Villa, en la retaguardia del enemigo.

HABLA MENA BRITO

Aquí invoco el testimonio del coronel Bernardino Mena Brito, persona de quien no se podrá sospechar, puesto que se trata de quien con mayor pasión defiende la memoria de don Venustiano Carranza, algo muy digno de admirarse, por cierto. El coronel Mena Brito dice:

De este combate de Trinidad, en el cual tomé parte, se ha dicho que por desobedecer las indicaciones de Ángeles, el general Villa comprometió su situación y perdió la batalla.

Nada más injusto que esto. Villa siguió las indicaciones del general Ángeles en el sentido de reunir a todos los elementos para atacarnos por un solo punto, durante más de un mes, y mientras eso hizo, fue derrotado (?) con grandes pérdidas; pero, cuando el guerrillero optó por seguir su táctica de sorpresas, fue cuando comprometió nuestra situación, pues primeramente nos cortó la retaguardia el general Fierro —no era Fierro, él estaba encamado en el hospital Abraham González, de Chihuahua—, derrotando a nuestra caballería y a las fuerzas que se encontraban en Silao (allí destruyó la fábrica de pólvora y bombas de Mariñelarena, que yo tenía instaladas en



unos carros y que formaban parte del equipo de mis fuerzas), y después, cuando Villa personalmente llevó a cabo otra acción, volvió a derrotar a nuestra caballería, y estuvo a punto de romper nuestra línea de retaguardia, colocándonos en una situación tan difícil que, cortados de nuestra base de operaciones, y obligándonos a sostener combates todos los días, agotadas completamente todas nuestras reservas, a tal grado que nos vimos obligados a jugar nuestra última carta cuando se hubieron consumido las provisiones de boca y solamente contábamos con escasísimos elementos de guerra, atacando ferozmente a los villistas para resolver nuestra situación.¹³

VILLA PIERDE EL EQUILIBRIO Y ORDENA LA RETIRADA

Como haya sido, al rayar el alba del día 5 de junio de 1915, espoleados por el ansia de librarse del círculo de fuego que los estrangulaba, y ardiendo en decisión, con tremendo empuje, lograron los obregonistas, al mando del bravo zacatecano Francisco Murguía, abrirse paso (?) a través de las líneas villistas. Allí, exactamente, en la parte de la línea, donde los traidores coroneles Canales y Congo abandonaron, dejando libre esa parte de la línea de batalla, es por donde una fuerza de infantería del general Benjamín G. Hill, y parte de la caballería del general Murguía, salieron del sitio y se fueron al cerro de Jerez, el cual está en dirección a la ciudad de León. De allí fueron desalojados por la caballería villista del general Canuto Reyes, que los dispersó y los echaron fuera.

No hay motivo que valga ante el hecho brutal de la derrota. De acuerdo. Pero, la historia tiene que recoger la verdad de cómo sucedieron los hechos. La historia exige la verdad.

¹³ Obsérvese bien.



Invoco el testimonio del general Carlos N. Durazo, miembro del Estado Mayor del general Felipe Ángeles, y testigo ocular de los hechos. En el puesto de mando del general Felipe Ángeles se recibieron numerosos partes de los distintos jefes en la línea de batalla.

Tan luego como se enteró de la defección de los generales Saturnino y Magdaleno Cedillo, que con 8000 hombres se retiraron de la línea de batalla, dejando un trecho de 11 kilómetros, y la retirada de los coroneles Canales y Congo, se alarmó y se comunicó con el general Villa, diciendo: "General Villa: ordene usted la retirada. Hay que salvar al ejército".

Inmediatamente después, el general Ángeles concentra a toda la artillería. Se dispone la retirada.

No se está hablando de memoria y no se recrimina a nadie: viven cientos de soldados, clases, oficiales y varios coroneles y generales que pueden atestiguar si es o no cierto lo que aquí afirmamos. En servicio activo hay jefes y oficiales muy distinguidos que fueron testigos de estos acontecimientos.

En esas circunstancias, los generales Villa y Ángeles ordenaron la retirada. Se forzó el paso de todos los trenes por la estación de León. Por el lado derecho de la población se movió una parte de los contingentes. Como lo son todas las retiradas, fue desastrosa para la División del Norte. El general Felipe Ángeles no desatendió ningún detalle, nada abandonó. Forzó el paso de los trenes con las infanterías y puso a salvo toda la artillería. En la estación de León, Ángeles, con todos los oficiales y jefes del Estado Mayor, combatió con pistola en mano como simple oficial. Aquí es cuando Ángeles y Villa, con su escolta de Dorados, se reúnen y deciden que, mientras Villa atiende el paso de todos los contingentes, Ángeles se haga cargo de la concentración de las fuerzas que se reunieron en Aguascalientes, y las reorganice.

Mientras tanto, Villa cuida de la extrema retaguardia del Ejército del Norte en su retirada.



CAPÍTULO VIII
Aguascalientes



Arriba el general Felipe Ángeles a la ciudad de Aguascalientes, y a medida que se concentran los contingentes del Ejército del Norte, los organiza y toman posiciones alrededor de la población.

Los norteños primero se concentraron en Lagos de Moreno, para de ahí emprender la marcha con destino a Aguascalientes. Toda la tarde del 5 de junio se fueron reuniendo los contingentes que iban en retirada. El cuartel general había estado dictando toda clase de providencias para lograr la eficaz reorganización, y ya en esas condiciones marchar a la plaza de Aguascalientes, donde se presentaría batalla al enemigo en pleno avance. Este choque en que se había dividido el Ejército Constitucionalista habría de ser el último que se librara en el centro de la República.

La suerte estaba echada. No podía ser de otro modo. La actitud autocrática de don Venustiano Carranza provocó la escisión de los constitucionalistas, ayudado hábilmente por la fuerza del sector norteamericano, representado por el *Old guard* del Partido Republicano.

Don Venustiano Carranza era todo un patriota, nadie lo duda; pero su actitud autocrática, en aquellos momentos, fue aprovechada por los mismos intereses que en Estados Unidos combatieron contra el gran patriota americano Abraham Lincoln...

TELEGRAMAS DE WASHINGTON

El general Villa, como ya se ha dicho, arribó a la plaza de Aguascalientes el día 11 a las 3 de la tarde, y ya se encontraba presente el licenciado don Miguel Díaz Lombardo que, procedente de Chihuahua, había llegado por la mañana de ese mismo día. Inmediatamente el general Villa se reunió con todos sus colaboradores civiles y militares, encabezados por el licenciado Díaz Lombardo y el general Felipe Ángeles, y fue durante esa junta cuando el general Villa se enteró de las declaraciones del presidente de Estados Unidos, míster Woodrow Wilson. He aquí copia de tan importante documento:

Washington, junio 2 de 1915.

A su excelencia J. M. Cardoso de Oliveira, ministro del Brasil, encargado de negocios de Norteamérica, en México.

Se servirá usted exponer a las autoridades de la ciudad de México, para su conocimiento, las siguientes declaraciones que públicamente ha hecho el presidente:

Por más de dos años ha prevalecido un estado de revolución en México; el propósito de la Revolución fue librar a México de los hombres que, no haciendo caso de la Constitución de la República, usaban del poder con menoscabo de los derechos del pueblo, propósito con que el pueblo de los Estados Unidos simpatizó instintiva y generosamente; pero los jefes de la Revolución, en la precisa hora del triunfo, se han puesto en desacuerdo y han vuelto sus armas los unos contra los otros.

No obstante que todos persiguen el mismo objeto, no pueden o no quieren obrar de acuerdo; apenas se establece en la capital de México una autoridad central, se empieza a trabajar por minarla, y su autoridad es desconocida por aquellos de quien era de esperarse la sostuvieran.



Al parecer, México no está ahora más cercano a la solución de sus trágicas dificultades, de lo que estaba cuando estalló la Revolución, sino que el país ha sido devorado por la guerra civil como por un incendio; sus cosechas son utilizadas para el uso de las facciones armadas; sus habitantes huyen a la montaña, temerosos de que su sangre sea derramada estérilmente, y parece no haber hombre alguno que vea o señale el camino de la paz y el orden.

No existe protección eficaz para sus propios ciudadanos, ni para los de otras naciones que residen y trabajan en su territorio. México padece de hambre y carece de gobierno.

En estas circunstancias, el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos no pueden permanecer indiferentes y sin hacer algo para ayudar a sus vecinos. Los Estados Unidos no desean para sí nada de México; menos aún pretenden arreglar sus asuntos ni reconocen derecho alguno para hacerlo; pero tampoco desean ver que la más completa ruina caiga sobre México, y consideran que es su deber, como amigos vecinos, prestar ayuda que propiamente puedan, a aquel que demuestre ser eficaz para llevar a cabo un arreglo que contenga los verdaderos fines de la Revolución, el establecimiento de un gobierno constitucional y los derechos del pueblo.

Los mexicanos patriotas están ya desesperados y claman por la paz, por cualquier sacrificio que sea necesario hacer para alcanzarla. El pueblo pide a gritos sustento, y pronto odiará, tanto como teme, a cualquiera que dentro de su país o fuera de él, se interponga entre ese mismo pueblo y su pan cotidiano.

Es tiempo, por lo tanto, de que el gobierno de los Estados Unidos declare francamente la política que en estas extraordinarias circunstancias ha llegado a ser un deber adoptar. Debe hacer, desde luego, lo que hasta aquí no ha estado en libertad de hacer; prestar activamente su apoyo moral al hombre o grupo de hombres, si acaso puede encontrarlos, que puedan atraerse al sufrido pueblo de México, esforzándose por hacer a un lado, si no pueden unirlas, a las facciones contendientes del país; y establecer en la Ciudad de México un gobierno que las grandes potencias del mundo puedan reconocer y con él



puedan tratar; un gobierno con el cual el programa de la Revolución sea un hecho y no sólo una promesa.

Por tanto, pública y solemnemente hago un llamado a los líderes de las facciones de México, para que obren de común acuerdo y con la mayor prontitud para el alivio y redención de ese desolado país. Creo de mi deber manifestarles que, si no pueden arreglar sus dificultades, y unirse para ese elevado fin en un periodo de tiempo, este gobierno se verá obligado a decidir cuáles medios deberán emplear los Estados Unidos para ayudar a México a salvarse a sí mismo y salvar a su pueblo.¹

¹ Las declaraciones del H. presidente Wilson nos obligan a recordar una poca de historia:

Al finalizar el siglo pasado, las grandes naciones se hallaban trabajando en paz. El zar Nicolás II gobernaba a Rusia. El káiser gobernaba a Alemania. Las guerras mundiales estaban más allá de toda conjetura. La Revolución Rusa parecía una idea quimérica acariciada por unos cuantos políticos desterrados y sin ninguna influencia. Los hermanos Wright planeaban máquinas voladoras; Henry Ford comenzaba apenas a producir el modelo T de su automóvil; y los horrores de la guerra nuclear estaban fuera del alcance de la imaginación humana, pues los experimentos que conducirían a la escisión del átomo ni siquiera se habían iniciado.

Mientras tanto, el presidente de Estados Unidos, William McKinley, dos años antes de que terminara el siglo pasado, declara la guerra a España (25 de abril de 1898), y el 1o. de mayo siguiente, el comodoro Dewey, comandante de la escuadra asiática, destroza a la flota española en la bahía de Manila, Filipinas; el 19 de julio siguiente, arriba a Manila la fuerza expedicionaria norteamericana; y el mismo día (1o. de julio de 1898), los españoles derriban el primer globo militar en combate, en Santiago de Cuba; el 7 de julio de 1898 Estados Unidos se anexa las islas Hawái; en diciembre del mismo año se firma el Tratado de París: España concede la independencia a Cuba y cede Puerto Rico, Guam y las Filipinas a Estados Unidos. España recibe 20 millones de dólares por las Filipinas, y es así como Estados Unidos de América se convierte en potencia mundial. Luego, el 14 de diciembre de 1902, el presidente Theodoro Roosevelt interviene en la República de Venezuela; atizan la guerra civil en Colombia y maniobran para que Panamá se separe, y ellos, Estados Unidos, se quedan con el Canal del mismo nombre.



Y, entretanto, a mediados del mes de noviembre del año de 1907, llegó a la Ciudad de México el periodista estadounidense James J. Creelman, perteneciente al cuerpo de redactores de *The Pearson's Magazine*, de Nueva York, con el objeto de entrevistar al señor presidente de la República Mexicana, general Porfirio Díaz, entonces en el apogeo, todavía, de su prestigio dentro y fuera del país. Míster Creelman era portador de una carta muy explícita del presidente Theodoro Roosevelt dirigida al gobernante mexicano, y que favorecía en gran manera las intenciones del periodista viajero, pues aunque el tono de dicha carta era amistoso y cortés, en ella se traslucía la exigencia o necesidad grave que tenían el gobierno y los capitalistas norteamericanos, de saber oportunamente si el caudillo de Tuxtepec pensaba reelegirse o no después de que finalizara su sexto periodo presidencial, y cuando el hombre hubiera cumplido ya los 80 años.

Ante todo importaba tener certidumbre de que la tranquilidad pública de México no corría peligro de alterarse, ni aun en el supuesto de que el poder supremo tuviese que pasar a otras manos, y para ese fin era deseable que el general Díaz dejase a tiempo la residencia, apoyando con todo su prestigio e influencia indiscutibles el advenimiento de un sucesor idóneo (simpatizador de ellos, los norteamericanos). El caso, por lo demás, entraba lógicamente en el carácter general de la vigilancia y superdirección coactiva que había impreso el coronel Theodoro Roosevelt a la política internacional de Estados Unidos de América, respecto a las repúblicas latinoamericanas, y de seguro que el general Díaz y sus consejeros se preocuparon tan profundamente al anuncio de aquella novedad inopinada, como en otro tiempo Motezuma II y los suyos ante las primeras noticias de que los españoles habían arribado a las costas orientales del imperio azteca.

Nada menos que por conducto de la Embajada estadounidense, se puso en conocimiento del Jefe de la Nación la presencia en esta ciudad, y el propósito con que venía, de un reportero emisario de la prensa, los hombres de negocios y el gobierno de Estados Unidos; y en subsecuente audiencia, míster Creelman fue presentado al presidente por el excelentísimo señor David Thompson, quien era, a la sazón, embajador en México de Estados Unidos. Míster Creelman fue invitado, en cuatro ocasiones, a comer en el Castillo de Chapultepec (juntamente con el embajador), para que pudiera conversar ampliamente con el señor general Díaz. También habló el mismo escritor con varios de los hombres más prominentes del gobierno...



Lo que antecede está en franco desacuerdo con las proposiciones que su enviado especial, licenciado míster DuVal West, hiciera al general Villa en las conferencias de Ciudad Juárez, durante el mes de diciembre de 1914, y que el rudo

"—¿Sabe usted —le dijo míster Creelman— que en los Estados Unidos hay alguna excitación con motivo de la probabilidad de un séptimo periodo presidencial?

"—Sí —respondió el general Díaz; por supuesto que lo sé. Y es un sentimiento muy característico de los pueblos democráticos desear que sus mandatarios se sucedan con frecuencia en el poder. Yo estoy conforme con ese sentimiento".

El general Díaz dijo a míster Creelman, de buena fe, que se hallaba resuelto a dejar el poder al concluir el periodo constitucional de su sexta reelección; y si no lo cumplió fue por la presión que sobre él hicieron varias personas de su familia y algunos de sus amigos, como don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz, quienes aseguraron al general Díaz que su separación de la presidencia en aquellas circunstancias, sería la ruina del país.

Mas, en relación con la crisis política de la República Mexicana de 1908, y después de la famosa entrevista Díaz-Taft, celebrada en octubre de 1909, en Ciudad Juárez, el gobierno y capitalistas estadounidenses influyeron decisivamente, por diversos caminos, para precipitar la caída del presidente Díaz, hasta el envío de barcos de guerra frente a puertos de México, y la aparatosa movilización de tropas estadounidenses en la frontera de ambos países. Y, a la vez, permitiendo que la Junta Revolucionaria operara libremente en El Paso, Texas, y en Nogales, Arizona.

El gobierno y los capitalistas norteamericanos apoyaron decididamente a don Francisco I. Madero... ¿Por qué? ¿Qué fue lo que propusieron al general Díaz y que éste no aceptó?

El general Díaz prefirió sacrificarse...

Madero llegó a la Presidencia de la República. Pero algo disgustó al gobierno y capitalistas norteamericanos, puesto que en el mes de febrero de 1913, el embajador de Estados Unidos patrocinó a los enemigos del presidente Madero, y dentro de la oficina de la Embajada estadounidense se fraguó la traición y asesinato de los primeros mandatarios de la nación: Francisco I. Madero y el licenciado José María Pino Suárez.

Es un hecho rigurosamente histórico que el presidente Taft pretendió establecer en México una especie de Vietnam, con un pelele en la presidencia. Escogieron a Victoriano Huerta.



mexicano rechazó. Y que el 21 de abril de 1915 volvieron a proponerlas, unos días después de la primera batalla de Celaya y que Villa volviera a rechazar; y que todavía más: este manifiesto se recibió en México el 3 de junio de 1915, y que a Villa le llegó el día 11 del mismo mes y año. Y por si fuera poco al siguiente día, o sea el 12 de junio de 1915, el enviado especial del presidente Wilson vuelve a entrevistar con Villa en Aguascalientes y le vuelve a proponer lo mismo. Nadie había olvidado que, precisamente el presidente Wilson fue quien ordenara el bombardeo sobre el puerto de Veracruz. Estos otros hechos nos revelan que el presidente Woodrow Wilson no se expresaba con la verdad de un Abraham Lincoln.

Rodeado de todos sus colaboradores civiles y militares, Villa y Ángeles, que no se separan, se enteran de muchos otros importantes acontecimientos, y entre los informes que más les interesaban estaban las noticias que desde la Ciudad de México mandaba el general Roque González Garza, presidente de la Soberana Convención y encargado del Poder Ejecutivo de la nación:

México, junio 3 de 1915.²

Señor general Francisco Villa. Donde se encuentre:

Supongo que para esta fecha se habrá usted ya enterado de las declaraciones hechas por el H. presidente Wilson, y que constituyen una demanda para todos los jefes de armas en la República. Ruego a usted encarecidamente que, por este mismo conducto, se sirva darme su opinión sobre el particular, para saber a qué atenerme; pues generalidad habitantes territorio

² Con retraso de ocho días.



dominado por nosotros, Ciudad de México y Convención, se inclinan en favor de unificación revolucionaria.

Deseo conocer las ideas de usted sobre el particular para orientarme y obrar, como siempre, de conformidad con usted. Suplécole se sirva transmitir mis deseos al gobernador Maytorena, general Ángeles, gobernador Felipe Riveras, y demás jefes revolucionarios.

Lo saludo con el afecto de siempre. El presidente de la Soberana Convención. Encargado del Poder Ejecutivo.

ROQUE GONZÁLEZ GARZA.

En el cuartel general de la División del Norte, allí, Aguascalientes, todo era actividad: Villa y Ángeles ocupadísimos enterándose de todos aquellos informes de vital importancia para la causa convencionista, cuando el general Manuel Madinabeitia les pasa un oficio, por medio del cual el general Tomás Urbina solicitaba licencia para ausentarse del servicio a fin de atender su salud. El general Villa se impuso de la solicitud del general Urbina, y con marcado desprecio devolvió el oficio, diciendo, al mismo tiempo: “Ya resolveremos”. Y enseguida, dirigiéndose al licenciado Miguel Díaz Lombardo, comentó:

—Mi compadre anda mal.

—El general Tomás Urbina —dice Ángeles—, está en la lista de los generales que ya recibieron carta de Álvaro Obregón. El licenciado Díaz Lombardo tiene la documentación que les quitamos a los generales Antonio I. Villarreal y Maclovio Herrera, en Ramos Arizpe. Si usted no pone el remedio, este hombre nos causará muchos daños.

Desde ese instante, el licenciado Miguel Díaz Lombardo es quien se encargará de poner en claro los motivos que había



tenido para transformarse el valiente y voluntarioso general Tomás Urbina en triste, reservado y taciturno... Una cosa sí era ya de todos conocida: la enorme riqueza que éste tenía acumulada, gracias a su desmedida inclinación por lo ajeno.

Por otro lado, y para su desgracia, el licenciado Miguel Díaz Lombardo odiaba a los indefinidos y a los desleales, por algo era el ministro de Justicia en el gobierno convencionista.

Recuérdelo el lector, Villa y Ángeles se reunieron ese día 11 de junio de 1915, allí, en Aguascalientes, y desde las 3 de la tarde comenzaron a revisar la situación. Eran las 6 de la tarde cuando, reunidos todos los colaboradores, civiles y militares, discutieron y aprobaron la respuesta a las declaraciones del presidente Woodrow Wilson, y con tal objeto se redactó un extenso manifiesto, del cual reproduzco la parte final:

No es, pues, la autorizada voz del presidente Wilson la que nos sugiere, por primera vez, deseos de concordia, ni tampoco es móvil de nuestra resolución, la creencia de que nuestra docilidad a plegarnos a extrañas indicaciones pudiera atraernos simpatías de un poderoso.

Los convencionistas, nosotros, no hemos luchado por ambiciones de poder ni deseamos en ningún caso obtener por otro medio que por voto popular del pueblo mexicano; pero puesto que están aceptados por la facción carrancista nuestros deseos de consultar al país para restaurar el régimen legal de nuestra Constitución, ante la inminencia de que un poder extraño pretenda intervenir en nuestros problemas nacionales, estamos dispuestos a invitar nuevamente a la concordia a todos los mexicanos para que, unidos, colaboremos en obra de afianzar los principios revolucionarios, en especial la cuestión agraria y la difusión de la enseñanza entre las clases populares, exceptuaremos de esta invitación a los que, según la frase



del señor presidente Wilson, desconocieron la Constitución de la República y usaron del poder en menosprecio de los intereses del pueblo.³

Aguascalientes, a los 11 días del mes de junio de 1915. El encargado del Departamento de Relaciones y Justicia.

LIC. MIGUEL DÍAZ LOMBARDO

En cuanto al señor don Venustiano Carranza, contestó en los mismos términos más o menos, pero cargando sobre Villa las faltas de la Revolución.

Villa, hombre cuya actividad estremece desde el instante en que llegó a esa plaza, juntos él y Ángeles se entregan por completo a resolver tantísimos asuntos que reclamaban su presencia. Desde las 3 de la tarde que llegó, hasta las 6, estuvieron los dos jefes con sus principales ayudantes, y luego hablaron con el general Santiago Ramírez, gobernador de Coahuila; enseguida recibieron a los generales José María Ochoa y Rafael Buelna, y tras largas horas de trabajo se fueron a visitar los distintos campamentos.

La presencia del general Felipe Ángeles fue siempre una garantía de seguridad: a pesar de que el Ejército del Norte ha sufrido tres derrotas, el desastre no es inmediato; tiene aún buenas cartas que jugar. El grueso del ejército, lo esencial de la División del Norte, continúa obedeciendo ciegamente, como su comandante en jefe, al Centauro.

Desde las primeras horas del día 12 de junio de 1915 comenzó una actividad sin paralelo en el cuartel general, donde no se dieron ni un momento de reposo. Las ordenanzas se mantuvieron en un ir y venir durante todo ese día. El telégrafo estuvo vibrando en continua comunicación con Chihuahua. Varias veces se pidió conferencia telegráfica con el

³ Los huertistas asesinos del presidente Francisco I. Madero.



coronel Primitivo Uro, proveedor general de la División del Norte. Muy temprano avisaron desde Ciudad Juárez que ya venía en camino un grupo de personas en misión oficial del gobierno de Estados Unidos. De la ciudad de Chihuahua otro mensaje telegráfico, anunciando el viaje de unos emisarios especiales del presidente Wilson. Firma el licenciado don Federico González Garza. Llegarían a la ciudad de Aguascalientes ese día, como en efecto sucedió.

Ese mismo día 12 de junio de 1915 se dio a conocer la terminante orden: “Queda estrictamente prohibido a los elementos militares el uso de bebidas embriagantes. El comandante militar de la plaza, general Cristóbal Cabral”.

Esa mañana, 13 de junio de 1915, se presentó en el cuartel general el señor Gastón Schmutz, cónsul de Estados Unidos en Aguascalientes, anunciando la llegada a esa plaza de un enviado especial de su gobierno. Lo recibió el licenciado Miguel Díaz Lombardo. Se trataba del licenciado míster DuVal West, e iba acompañado del representante del gobierno de la Casa Blanca ante el general Villa, míster George C. Carothers.

Míster DuVal West presentó las credenciales que le fueron dadas por el presidente Woodrow Wilson, y las cuales estaban concebidas en dos cartas; una de ellas terminaba con la siguiente afirmación: “... *The United States wants to be neighbour to Mexico and is only anxious to bring about conditions that will make this possible*”. (“... Los Estados Unidos quieren ser un buen vecino de México y tan sólo desean procurar las condiciones que harán esto posible”).

Para esto, ya desde el 9 de marzo de 1915, el coronel Jesús H. Alba se había encargado de dar cumplimiento al decreto sobre el reparto de tierras y expropiación de latifundios en el estado de Aguascalientes como, por ejemplo, las haciendas de Santa Cruz y Anexas, San Bartolo y, entre otras, Peñuelas, San Antonio de las Torres, San Salvador, San Isidro y San Rafael. Así es que sobre este asunto, el honorable míster



Gastón Schmutz había estado informando ampliamente a su gobierno; sobre estos repartos y confiscaciones de las propiedades, sin ninguna exclusión, ordenado por el general Villa.⁴

Míster DuVal West manifestó sus deseos de tener un cambio de impresiones directamente con el general Villa, en forma privada. Y así sucedió. Míster West y su intérprete estuvieron conferenciado con el general Villa por espacio de una hora, teniendo éste último a su intérprete, señor don Enrique Llorente, a su lado. Y del otro, al señor general Felipe Ángeles, que no se apartó de Villa ni un momento. Todavía después de la cena volvieron a reunirse con Villa y Ángeles las mismas personas.

Fue en esta ocasión cuando por tercera vez le ofrecieron al general Villa el dominio militar, y 500 millones de dólares para encarrilar el gobierno de la Convención.

La respuesta de Villa fue esta:

“Diga usted a su gobierno que no soy yo quien debe conocer, ni tratar y mucho menos aceptar un convenio de esta naturaleza”.

Una hora después partió el tren con míster DuVal West, acompañado de míster George C. Carothers. Fue entonces cuando el general Felipe Ángeles hizo la interesante observación:

“Puede acusarse al general Villa de ser un hombre incul-to, y de ser brutalmente sincero; pero jamás de poseer la desordenada ambición para llevarlo a cometer traición al país”.⁵

El coronel Clarence C. Cledenon, autor de la estupenda obra *The United States and Pancho Villa*, publicada por la Universidad norteamericana de Cornell para la American His-

⁴ El original de este documento lo conserva en su poder el señor general Lázaro Cárdenas del Río, por habérselo obsequiado el general Lorenzo Ávalos.

⁵ Señor don Enrique Llorente, intérprete del general Villa en dicha entrevista.



torical Association, y financiada por el Beveridge Memorial Fund, creado por muchos ciudadanos del estado norteamericano de Indiana, para honrar y perpetuar la memoria del distinguido estadista e historiador Albert J. Beveridge, dice muchas verdades.

En esa obra el lector encuentra la interesante observación: “Una política equivocada: primero hicieron de Pancho Villa un héroe; pero como éste no se prestó a servir como un dócil instrumento, lo hicieron bandolero”.

Los generales Villa y Ángeles sostuvieron una prolongada conferencia con todos los consejeros civiles y militares. Todos, de acuerdo, acordaron comisionar al señor general Felipe Ángeles para que llevara el encargo de entregar personalmente una carta al general Hugh Lenox Scott, jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense. El general Ángeles llegó a El Paso, Texas, el día 16 de junio de 1915, y de allí salió con destino a Washington, donde fue recibido por el general Hugh Lenox Scott. También llevó en su poder una carta personal de Villa para el presidente Wilson. Iba como ayudante del general Ángeles el —entonces— coronel Carlos N. Durazo.

La prensa norteamericana comentó en diversas maneras ese viaje del general Ángeles, y se insistió en que el motivo de la presencia de ese alto jefe villista en Estados Unidos obedecía al propósito de buscar el apoyo necesario para reforzar el cada día más débil ejército villista. Pero los enemigos de Villa en Estados Unidos hicieron correr el rumor de que el general Felipe Ángeles ya había roto sus compromisos con su antiguo jefe. No hay que olvidar que en esa época, en Estados Unidos corrieron los rumores más fantásticos y ridículos sobre la Revolución Mexicana. El general Felipe Ángeles fue recibido, pero no oficialmente, por el general Scott, y por cierto que unos días después, con el mismo coronel Carlos N. Durazo, le contestó a Villa, dándole las gra-



cias por la oportunidad que le había brindado al ponerlo en contacto con un militar tan distinguido como era el señor general Felipe Ángeles. En esa ocasión es cuando por primera vez el general Scott le asegura a Villa que el presidente Wilson cumpliría su promesa de permanecer neutral.



CAPÍTULO IX

El [último] regreso
del general Ángeles



Treinta meses habían pasado, desde junio de 1915, que fue cuando el general Felipe Ángeles se internó en Estados Unidos, comisionado por el general Villa, al 11 de diciembre de 1918, que regresa.

VA DE HISTORIA

El día 2 de enero de 1916, Villa disolvió el Ejército de la Convención en la hacienda de Bustillos, dejando a todos los generales en completa libertad para tomar el camino que mejor les conviniera.

Más de 70 generales escucharon la voz del caudillo vigoroso en derrota, no la del caudillo triunfante, y muchos de aquellos generales le escuchan, por última vez, decirles:

No acepté las condiciones que me imponía el gobierno de la Casa Blanca para la firma del reconocimiento del gobierno de la Convención. He preferido irme a la sierra y seguir combatiendo. Conmigo se irán los que estén dispuestos a seguir mi suerte, y los que no, pueden tomar el camino que mejor les convenga.

ADIÓS, COMPAÑEROS DE ARMAS

Villa se fue, seguido de los que le fueron fieles, y se acantonó en la hacienda de San Jerónimo.

Y se organizó la guerra de guerrillas, que resultó ser una guerra terriblemente cruel y sin cuartel.

Desde esa fecha, enero de 1916, los villistas atacaron, dispersaron y, en otras ocasiones, aniquilaron a 136 guarniciones carrancistas en el estado de Chihuahua, Coahuila y Durango... y se hartaron de burlarse de la persecución de los soldados de la Expedición Punitiva, y fuerza rural del estado.

AHORA

Diciembre de 1918. El general Felipe Ángeles arribó a El Paso, Texas, acompañado del general Carlos N. Durazo y del coronel Alfonso Gómez Morentín, donde los esperaba el ingeniero Manuel Bonilla. Otro día por la noche se despiden de la familia Bonilla, Ángeles y Morentín. Durazo, agente de Villa, permanece en Estados Unidos.

Cruzó el Río Bravo por un punto conocido por Barranco Seco, al poniente de Ojinaga, y se internó a territorio nacional. Era el día 11 de diciembre de 1918, siendo recibidos por el coronel Miguel Castorena, y elementos de la gente del general Albino Aranda. Y el mero día 14, muy de mañana arribaron a la hacienda de Tosesihua, en pleno desierto, escoltados por el coronel Ramon Córdoba, de las fuerzas del general Albino Aranda.¹

VILLA Y ÁNGELES

Los dos generales frente a frente. Ambos se encaminaron a encontrarse, y Ángeles, con el sombrero en la mano, se apresura a dar un abrazo al general Villa, al que éste corresponde.

¹ El general de brigada Miguel Aranda Calderón es hermano del extinto general Albino Aranda. Vive en la actualidad en Cesáreo Castro —del Red. Huizachal—, México 10, D. F.



—Mi general Villa, qué bien le ha caído a usted la campaña —dijo el general Ángeles, y agregó—: Su salud es notable.

—Y a usted no le ha caído mal la vida en los Estados Unidos —le replica, y agrega—: La última vez que nos vimos fue en Verrendo, usted se veía muy fuerte...

—Efectivamente, durante esos días pasé una semana en el rancho de nuestro mutuo amigo señor doctor Joseph, quien por cierto me encargó que lo saludara de su parte. Allí en ese rancho monté a caballo por las mañanas. Mejoró mucho mi salud.

Luego pasaron los dos generales a la pieza de la casa que servía de sala, con dos puertas al portal, muy amplio. Allí estuvieron platicando solos los dos generales, hasta que llegó la hora de la comida.

Cuando Ángeles vio al capitán Rosalío García, jefe del equipo de cocina del general Villa, no vaciló un instante; con mucho gusto le dijo: “Pero, Chalío, por ti no pasan los años. Estás igual que en 1914...”. Lo estrechó en fuerte abrazo. Era opinión de jefes y oficiales del general Villa que no había nadie que hiciera un café, tan bueno, como lo preparaba Rosalío. Era capitán y tenía a su mando a varios ayudantes, en el equipo de cocina, del Estado Mayor de Villa. Luego comenzaron a llegar jefes y oficiales, y de inmediato reconocieron al general Felipe Ángeles, y lo saludaron con tanto gusto como respeto.

Mientras tanto, el general Villa reía de puro gusto.

El general Ángeles tenía en muy alto concepto la lealtad. Cuando reconoció a una gran parte de los nuevos jefes, oficiales y hasta clases, a muchos de los que él ya conocía, no vaciló ni un instante para felicitarlos, por la lealtad y perseverancia en la lucha. Luego le dijo al coronel Baltazar Piñones: “Todo esto habla de la calidad del general Villa”.



Por las noches, en torno a la mesa, platicaban con el general Ángeles todos los jefes que en esa fecha acompañaban al jefe Villa. Y era ya una costumbre abordar temas de carácter militar. Al general Villa siempre le gustó que se discutieran experiencias napoleónicas, y de las grandes batallas de la guerra mundial, que apenas había terminado.

¡DURANTE ESAS NOCHES!

El general Felipe Ángeles habló por horas acerca del conflicto mundial. Pues allí estuvimos todo el mes de diciembre y parte de enero siguiente.

Sucedió la noche del 20 de diciembre de 1918. Después de la cena, el general Villa le pidió al general Ángeles que, en vista de que a todos los jefes y oficiales les interesaba mucho saber algo de lo mucho que seguramente sucedió en la guerra mundial, y que la prensa de Estados Unidos sin duda comentó, hiciera algún comentario.

—Sí —aclaró el general Ángeles—. Ciertamente tengo algo de qué platicarles. Primero quiero que usted, mi general Villa, se entere de algo que se refiere a usted. Aquí le traigo el libro del general Scott...

Enseguida sacó de su maletín un libro, cuyo título era *Some Memories of a Soldier*, por Hugh Lenox Scott, mayor general del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos. 1914-1917.

Después de una interesantísima plática acerca de la política en los Estados Unidos durante la fecha en que él se presentó en el despacho del general Scott, en Washington, procedió a leer en español.²

² Del archivo del general Hipólito Villa, hermano del Centauro.



Esta es la traducción de los conceptos e informaciones esenciales contenidos en las páginas 513-518 de la citada obra, que se refieren íntegramente al general Villa, jefe de la División del Norte:

Junio de 1915.

Todos los generales de la Revolución confiscaron propiedades en dondequiera que las encontraron, precisamente como lo hizo Villa, pero muchos fueron más egoístas en su proceder, labrando una fortuna privada para ellos mismos. Se me informó por el banquero que manejaba su dinero, que Villa no tenía ninguna fortuna depositada en su propio nombre; que todo lo que él conseguía lo gastaba precisamente para alimentar, vestir y proveer de municiones a sus hombres, de cuyo bienestar se cuidaba poniendo en ello lo mejor de sus habilidades... “Él nunca violó sus compromisos conmigo, aunque fueron pactados sin ninguna consideración y ni aun siquiera con el tradicional *un dólar*”.

Villa me dijo una vez que él había empezado esta revolución con nueve hombres. No se puede encontrar —agrega Scott— un hombre común y corriente que pueda surgir con nueve secuaces y logre elevarse hasta el comando de cuarenta mil hombres y llegue a ejercer el control de la Ciudad de México. Carranza concibió celos con sus hazañas en los días en que Villa estaba ganando batallas en favor del Primer Jefe, y éste mandó cortar sus fuentes de aprovisionamiento, de municiones y de carbón, estableciendo el control de que el único puerto de entrada para las municiones sería Tampico, y posesionándose de las minas de carbón de Coahuila. Villa muy pronto inició su descenso por un precipicio hacia su ruina, como consecuencia de lo anterior [...].

Me trasladé a visitar al presidente Wilson cuando regresé de la línea fronteriza para darle parte de lo ocurrido y mani-



festarle que existían rumores de que él iba a reconocer a Carranza, y le rogué que no hiciera tal cosa. Entonces él no reveló sus intenciones, pero reconoció a Carranza... en octubre de 1915. Yo nunca supe los motivos. Pregunté a los oficiales del Departamento de Estado, subordinados al secretario, por qué tal cosa había sido hecha y todos me dijeron que no lo sabían, porque ellos habían opinado contra el mismo reconocimiento un mes antes de que éste se efectuara. Esta información convirtió este paso dado por el presidente en un misterio aún más grande para mí.

El reconocimiento de Carranza tuvo el efecto de afirmar el poder del hombre que nos había tratado a puntapiés en todas las ocasiones, y convertir en un bandolero al hombre que nos había ayudado. Nosotros permitimos a Carranza enviar sus tropas a través de los Estados Unidos, por nuestros caminos de hierro, para aplastar a Villa. Yo hice todo lo que pude para evitarlo, pero no fui suficientemente poderoso para lograrlo.

Nunca —agrega el general Scott— me había encontrado en toda mi vida en una posición tan difícil. Después de que Villa nos había dado millones de dólares a petición del Departamento de Estado, hecha por mi conducto, ellos lo convirtieron en un hombre fuera de la ley. Él... pudo muy bien haber pensado que yo lo había traicionado, si no hubiera tenido tanta confianza en mí...

A Villa se le habían colgado muchos pecados. Él poseía los gérmenes de la grandeza, y la capacidad de las más grandes proezas, si él se hubiera encontrado en más felices circunstancias...³

Fue la noche del 20 de diciembre de 1918. Dentro de la pieza que servía de sala en la finca de la hacienda de Tosesihua.

³ *Ibid.*



Además del general Villa, escucharon al señor general Felipe Ángeles los siguientes jefes y oficiales: generales Albino Aranda y Porfirio Ornelas; coroneles Miguel Trillo, José María Jaurrieta, Miguel Castorena, Francisco Hernández y José Natividad Rodríguez; mayores Francisco Arciniega, Miguel Beltrán y el suscrito Martín D. Rivera. Ya para terminar entró a la pieza el coronel Frías.

El lector debe tener en cuenta que lo que antecede fue escrito por Scott después de la invasión de Villa a Columbus, hecho que colocó al general Ángeles en difícil situación. Se vio obligado a permanecer alejado de elementos oficiales que le fueron adictos a la Revolución.

Continúa el general Ángeles:

Mi general Villa, todo lo que yo le comuniqué a usted, es sólo una parte de lo que ocurría en esos días. El general Matt, antiguo jefe del general Scott, solicitó y obtuvo su retiro; adquirió una propiedad caballar y allí se estableció. Me hizo el honor de invitarme a su casa, y me platicó de cómo y por qué habían sucedido tantas desgracias a la División del Norte. Pues para esa fecha ya el presidente Woodrow Wilson no podía realizar su famosa promesa de *New Freedom*; el famoso y muy poderoso *Old guard* del Partido Republicano patrocinó el bien organizado *mexican bureau of information*, establecido en la ciudad de Nueva York, con oficinas enormes en el edificio Witehall, y sostenido por los gordos de Wall Street. De ahí surgieron todos los estorbos que tuvimos en nuestro camino. Ellos fueron quienes forzaron el cambio de frente en la política exterior de los Estados Unidos, y la intervención en los asuntos internos de México. Desde tiempo atrás le informé detalladamente a usted, general Villa. Fue una política muy puerca...⁴

⁴ *Ibid.*



Muchas fueron las horas en que los dos generales hablaron a solas, sin que nadie los molestara.

Una de aquellas noches el general Villa le preguntó al general Ángeles que, de acuerdo con su criterio, ¿cuál de las batallas que se libraron en la guerra mundial era la más importante?

¡Bueno! Fueron muchas las grandes batallas que se libraron. Pero a mí lo que verdaderamente me impresionó fueron *los diez días que hicieron vacilar al mundo*. Sucedieron cuando el hambre del pueblo derribó a los zares en Rusia...

Recuerde el lector que el señor general Felipe Ángeles fue el soldado número uno de México, en su tiempo... Así lo describen los grandes técnicos de la ciencia de la guerra, en Francia y en Estados Unidos.

GRANDES NOVEDADES

Una vez que el coronel Gómez Morentín terminó de apartar la correspondencia, la entregó a los coroneles Miguel Trillo y Francisco Hernández, y fue seleccionada por el coronel Baltasar Piñones, portavoz del general Villa. Fue el día 21 de diciembre de 1918. Los generales Ángeles y Villa en esos momentos pasaban revista a un pequeño contingente de caballería del general Gabriel Valdivieso. Rigurosamente histórico.

Al filo de la media tarde ambos jefes entraron a la pieza que servía de sala a la finca principal de Tosesihua.

Ambos guardaban, hacía rato, un profundo silencio.

En esos momentos se presentó el coronel Baltasar Piñones, diciendo:



—Mi general Villa, estas son las principales noticias de la prensa, y que si usted lo permite, daré lectura. En el *Washington Even Post*, de fecha 18 de agosto de 1918, el Partido Socialista afirma que “en la vecina República del sur se comienza a poner en relieve que el actual gobierno llega a su final”.

En el mismo diario, de fecha 25 de agosto de 1918, escribe el corresponsal: “Los destacados miembros del Congreso, Mr. W. Dudley, Mr. Moore y otro, entrevistaron al general Plutarco Elías Calles. ¿De qué se habló en dicha entrevista?”.

En el mismo diario, fechado el 19 de septiembre de 1918, el Partido Socialista —oficina en Nueva York— elogia al señor general Felipe Ángeles:

“El soldado número uno de la República Mexicana.

“¿Qué clase de persona es el general Felipe Ángeles? Como jefe militar, es un verdadero elogio. Es un gran mexicano que ama a su país. Un jefe militar que respeta a todos los hombres libres que luchan por su libertad”.

En este momento interviene el general Villa, diciendo:

—De modo es que no estamos equivocados nosotros cuando hemos afirmado todo lo que ahora nos dice la prensa americana de usted, general Ángeles. Continúe usted. ¿Qué más dice la prensa?— inquiere Villa.

—En este número del mismo *The New York Evening Post*, hay una noticia acerca de nuestro antiguo amigo, John Reed. Traducido del inglés al español con cierta libertad, dice: “Los diez días que hicieron vacilar al mundo”. También lo publicó el *Washington Evening Post*.

—Un momento —dijo Villa—. Me han dicho que Juanito murió en Rusia. Aquí estuvo conmigo cuatro meses, y yo lo quise mucho. Un muchacho muy decente. Juanito, lo recuerdo, fue quien hizo popular aquello de que: “¡Aun Dios está del lado de Francisco Villa!”.



Para esa hora ya era la madrugada. La pieza que servía de salón se había llenado con oficiales y jefes. Muchos sentados en el piso, vivo suelo.

—Casi todos los que estamos aquí —hizo notar el coronel Baltasar Piñones— somos descendientes de los viejos luchadores del partido liberal juarista que combatieron en las guerras de Reforma, el Imperio y la Intervención Francesa. Esa sola circunstancia nos hace ser amigos de los socialistas...

En ese momento el general Ángeles comenzó haciendo un relato que para todos resultó muy interesante:

—Ciertamente no conozco ese folleto de John Reed, pero el día 15 de enero de 1918 leí, en *The New York Evening Post*, la traducción al inglés del folleto de V. I. Lenin, *Los partidos políticos de Rusia y las tareas del proletariado*.

“Esta es la historia que yo conozco —hizo notar el general Ángeles—: Un reducido grupo de revolucionarios rusos fueron desterrados de Rusia, mismos que obtuvieron asilo político en Suiza, estableciéndose en Zúrich. En el grupo iban tres a quienes se les consideraba como los revolucionarios más peligrosos. En septiembre de 1913, yo me encontraba en Francia donde fui amigo de varios de mis profesores en el Colegio Militar francés, en artillería y ciencias sociales, quienes habían conocido, desde tiempo atrás, a tres de dichos revolucionarios, siendo ellos Lenin, Zinoviev y Radek. Se trataba de revolucionarios muy preparados en ciencias sociales y pensadores profundos y psicólogos muy agudos. El coronel Noel Laffont me invitó para que lo acompañara en viaje a Zúrich, para saludar a estos tres revolucionarios, y no recuerdo por qué motivo no se hizo el viaje. Mientras tanto, fui llamado a México, y me vine a incorporar a la Revolución Mexicana. Como sucedió en los primeros días de octubre de 1913 arribé a Nogales, Sonora”.



Mientras tanto, oficiales y jefes del Estado Mayor del Centauro guardaban, hacía un rato, un profundo silencio. Afuera corría un viento muy fuerte.

—Pues bien. Fue una batalla espantosa... Lenin regresó en un tren sellado atravesando Alemania, y lo que sucedió después es lo que él mandó publicar en *The New York Evening Post*, y que apareció el 15 de enero de 1918. Me interesó porque me hizo recordar el Manifiesto en que usted, general Villa, publicó denunciando las maniobras de Venustiano Carranza para que la nación juzgara a uno y a otro.

Preguntó Villa:

—General Ángeles, en dos de sus últimas cartas, fechadas en Nueva York, propone usted la conveniencia de lanzar un Manifiesto a la nación firmado por numerosas personas. Todo está bien, pero entre las personas que usted menciona hay unas de las que yo tengo malos informes. El licenciado Gunther Lessing los ha investigado.

“También me propone usted intensificar los objetivos de la Revolución. ¿Tiene usted un plan ya bien maduro? Le digo, porque es la verdad, yo no entiendo cuáles puedan ser las enseñanzas que se puedan aprovechar, con provecho, en beneficio de nuestra causa...

“Usted, general Ángeles, me ha preguntado varias veces de que cuáles fueron las causas, y cuándo y cómo comenzó mi distanciamiento con don Venustiano Carranza, ¿verdad?

“Cuando yo, con mi ejército victorioso ocupé la ciudad de Chihuahua rendí parte a don Venustiano, que entonces estaba en Sonora. Todo muy bien. Fue el 8 de diciembre de 1913. Ocupé el puesto de gobernador del estado por quince días, y entre diecisiete decretos que expedí estaba el de confiscación de bienes a los Terrazas, hermanos Creel, hermanos Falomir, José



María Sánchez, hermanos Cuilty, hermanos Luján y Francisco Molinar (decreto del 13 de diciembre). Y qué sucedió. Don Venustiano no sólo no lo aprobó, sino que me ordenó devolver las propiedades a sus dueños y no confiscar ni un metro de terreno a nadie.

“Entonces a mis generales se les comenzó a enfriar el coraje.

“Escuche usted, general Ángeles: Combatía yo al frente de mis tropas en la región lagunera, cuando recibí noticia de la llegada a Chihuahua del Primer Jefe don Venustiano Carranza.

Mi primer impulso fue de respeto hacia aquel anciano que traía la representación del honor y de la justicia, por la que nuestra gente se moría en los combates. Lo abracé muy conmovido, pero en las pocas palabras que hablamos, mi sangre se empezó a helar, porque comprendí que no podría abrir mi corazón, pues para él no era yo un amigo, sino un rival. Jamás me miraba derecho, y toda su conversación se reducía a recalcarme nuestras diferencias de origen, haciéndome ver que él lo había sido todo: desde presidente municipal, jefe político, gobernador y senador —porfirista—, hasta Primer Jefe, y en explicarme cosas de derecho y leyes que yo no entendía, pero que no eran el punto clave de nuestras conversaciones.

“Entonces me limité a escucharlo, fijándome en todos sus movimientos, y cuando vi que se levantaba las antiparras para leer algún escrito, aquello sin saber por qué no me gustó, porque di en figurarme que lo de traer anteojos era nada más que puro pretexto. Creí entonces tener frente a mí a un escribano y no a un caudillo popular; al amo de una hacienda y no al intérprete de las esperanzas de los labriegos. Nada había en común entre aquel hombre y yo; él era un político y yo un luchador; él quería a toda costa la presidencia de México y yo quería muchas cosas para mi patria, que él no podía entender; pero ni así se me achicó el entusiasmo, y acepté para dentro



de mí todos los riesgos de la lucha: iría hasta contra él si las cosas no se encarrilaban por donde debían orientarse”.⁵

A lo que antecede, el psicólogo Frazier Hunt, agregó: “El antiguo peón comenzó por defender la propia vida y terminó por defender la vida de todo un pueblo”.⁶



⁵ Versión taquigráfica, archivo del general Hipólito Villa, hermano del Centauro, proporcionada al general Enrique León Ruiz, para Memorias de un soldado, del mismo autor.

⁶ Publicado en *The Chicago Tribune*.

CAPÍTULO X

Primera decena
de enero de 1919



Fueron muchas las horas que Villa y Ángeles dedicaron a platicar, ahí en ese lugar.

Tosesihua era una vieja y solitaria hacienda, perdida en el desierto de la parte norte del estado de Chihuahua, que en tiempos remotos sirvió de posta, sobre el camino que, partiendo de Ojinaga, lo atraviesa con dirección poniente hasta las haciendas que fueron propiedad de la familia Terrazas en el inmenso valle entre Ciudad Juárez y la ciudad de Chihuahua. También sirvió de base militar durante las correrías del legendario indio Victorio.

Que si los carrancistas fueron alguna vez a esa citada hacienda, nadie lo sabe.

Corrían los días de la primera decena de enero de 1919. Se recibió una regular remesa de cartuchos que, precisamente, ese era el motivo de nuestra, permanencia en dicho lugar.¹

Frente a Barrancos de Guadalupe, Chihuahua, y al poniente de Ojinaga, hay un pueblito al otro lado del Río Bravo, donde habitan familias mexicanas-texanas, y hay una sola tienda que pomposamente se llama “Estrella del Norte” que, a su vez, era ferretería, tienda de abarrotes, ropa y botica. El lugar se llama Ruidosa, Texas. El dueño de dicho negocio era nada menos que el coronel Estefan, quien desde julio

¹ N. del E. Como ya se mencionó del autor en las páginas preliminares, fue un personaje que estuvo cerca de los hechos y testimonios de la actividad guerrera de Francisco Villa, a quien conoció desde sus años de infancia.

de 1913 causó alta en el cuerpo de los Dorados. Un hombre muy valiente y útil al general Villa.²

Otro día muy temprano por la mañana se inició la marcha. Para entonces, se le habían asignado al señor general Felipe Ángeles asistente (el sargento primero José Laya, nativo del Distrito Guerrero) y caballo (un hermoso alazán).

En la cabeza de la columna iba la gente nativa de la región del general Albino Aranda. Seguía el personal del cuartel general con Hipólito Villa y con ellos el general Ángeles.

En medio del general Porfirio Ornelas y el coronel Ramón Vega cabalgaba el general Ángeles, con quienes charlaba por horas y horas. Siendo Ángeles una persona muy culta, serena y muy observadora, pronto descubrió muchas cosas que él ignoraba. Le sorprendió el estado de miseria; sin embargo, a los pocos días de convivir con aquel conjunto de hombres, que a pesar de no conocer las escuelas militares, ni de vista siquiera, era notable en ellos un espíritu de cuerpo y sentido de la disciplina que no conocen muchos militares de colegio. Los admiraba.

En el caudillo, cuya estrella mirara apagarse un día, como él públicamente lo declarara, reconoce ahora una virtud: es aquella que los críticos señalan como la más elogiosa en el soldado: la fortaleza. Lo que distingue a Federico de Prusia de Napoleón Bonaparte, que no supo sobreponerse a la derrota y se entregó, cuando todavía contaba con algunos recursos, a la “generosa caballerosidad” que creyó encontrar en los ingleses, después de haber titubeado si se refugiaba en Estados Unidos, en México o en otros países de América.

Cuando salieron de Tosesihua, los primeros días del mes de enero de 1919, caminaron por dos días con rumbo al sur, para luego contramarchar de nuevo a Tosesihua, desandando el camino andado; de aquí partieron, al día siguiente, con

² El coronel Estefan era nativo de Maricopa, Arizona.



rumbo al rancho de La Majada, donde pernoctaron el día 10 de enero. El general Ángeles, como ya es bien sabido, se acababa de juntar con Villa, y por lo mismo ignoraba la situación geográfica que guardaba el enemigo. Lo prueban las observaciones que hizo al coronel Alfonso Gómez Morentín, durante la marcha, al sur de Julimes, Chihuahua:

Yo no entiendo las tácticas de mi general Villa —decía el general Ángeles—. ¿En qué colegio militar se encuentran señaladas estas clases de marchas? Mire, Gomitos: he leído las leyes militares de todos los países y en ninguna he encontrado algo que indique que las tácticas de mi general Villa son en apego a lo que han dispuesto los grandes técnicos y generales.

Alfonso Gómez Morentín guardó silencio, se concretó a escuchar al famoso artillero. Pero unas horas más tarde, el general Villa se juntó al grupo que iba con Ángeles, y acercándose a éste, le dijo:

Mire, mi general Ángeles, allá al pie de aquella sierrita que está mirando usted, hoy un rancho, y allí está ahorita una gente que jefatura Jesús Antonio Almeida. Nosotros contramarchamos por no convenir presentar combate. Nosotros llegaremos al presón de Álamos al pintar el alba, y ellos no se atreverán a caminar por la noche y llegarán hasta mañana al oscurecer; nosotros ya estaremos a una jornada de distancia de ellos. Los dejaremos muy lejos, y también sin nada de agua para sus bestias.

El general Felipe Ángeles, ciertamente, había leído todas las leyes militares de todos los países, pero muy pronto tuvo que aprender, también, que estaban en una guerra de las que no vienen en los libros. Ya Pershing lo había descubierto también. Conocía las leyes militares, pero no conocía la geografía del terreno que pisaba, sino por el mapa. Pronto aprendió



que aquellas contramarchas tenían por objeto engañar a un enemigo tenaz, numeroso y muy fuerte, que en número de 28 000 hombres, regados por el estado, lo perseguían. En ese eterno desviar la ruta, estaba el meollo de aquello de burlarse de sus perseguidores. Esta táctica no estaba en las leyes militares, pero años más tarde la pondría en práctica el famoso mariscal Erwin Rommel³ en la guerra del desierto, con mucho éxito.

La columna se componía de dos escuadrones del cuerpo de los Dorados, bajo el mando de los coroneles Ríos y Frías. Y con Villa a la cabeza pasa a corta distancia de la ciudad de Chihuahua, por el poniente, y se interna en la sierra de Calabacillas, y tras de reunirse con otros jefes en la hacienda de La Quemada, cinco días más tarde se acantona en La Catarina, donde se reunieron con un fuerte contingente de la columna del general Martín López.

PRIMERA DECENA DEL MES DE FEBRERO DE 1919.

Martín López se junta al grueso de las fuerzas que van bajo el mando directo del general Villa, y, con él, el general Felipe Ángeles. Unos dicen que fue en la hacienda de La Rueda, Durango, y otros que en la hacienda de Santa Gertrudis. Como haya sido. Fue en este último lugar. Allí saludaron al señor general Felipe Ángeles los generales y coroneles, oficiales y tropa villista. Frente al distinguido exdirector del glorioso Colegio Militar, se cuadran aquellos jefes forjados con el fuego de cientos de combates, y bajo la disciplina casi heroica del general Villa.

³ N. del E. En la primera edición, de 1982, el autor menciona a Manfred Rommel en lugar de Erwin Rommel. Manfred fue en realidad el único hijo del famoso mariscal alemán Erwin Rommel, el Zorro del Desierto, y luego de la Segunda Guerra Mundial fue un destacado político en su país; murió en noviembre de 2013.



Desde mediados del mes de noviembre de 1918, Villa, con los oficiales y jefes de su Estado Mayor, más dos escuadrones de su escolta de Dorados, se internó en el desierto, y desorientando por completo al enemigo, se fue y estableció en la hacienda de Tosesihua, a esperar al general Felipe Ángeles. Y, mientras tanto, ¿qué hacía el grueso del ejército villista?

Pese a todo, y a todos los enemigos de Villa, lo cierto es que por aquellos días los veteranos de la Revolución, de rostros tostados y endurecidos por el fuego de las batallas del Bajío, Guanajuato, se incorporaban de nueva cuenta a las filas del legendario Centauro del Norte.

Aquí cabe recordar las palabras del licenciado, maestro y poeta chihuahuense José Muñoz Cota:

... Yo nací en el estado de Chihuahua,
un motín de montañas y cielos venaderos.
México está cruzado por guitarras libertas.
Sobre el polvo el caballo. Sobre el caballo el
hombre.
Sobre el hombre el sombrero.
Sobre el sombrero el águila devorándose al
tiempo.
Con la guerra civil en el hombro, así ha vivido
México.
La historia de mi patria, carga de corazones.

Eran los pobres más pobres, más lágrimas las
lágrimas,
más desnudo el maíz,
por eso es que la sierra ciudadana se llamó
Pancho Villa,
y los montes, por él, llegaron a la edad de los
fusiles.



¡Con qué amoroso afán limpia la estrella su
treinta treinta villista!
¡Ah qué viento tan rebelde,
con la pistola de Villa
viene escribiendo su nombre
en las proclamas del cielo!
Cada pistola escondía
las lágrimas de los niños
que no tuvieron pañuelo.
Por el filo de la sierra
Francisco Villa cabalga.
Un pueblo niño le sigue,
toca su clarín y canta.

Por la prensa estadounidense se conoció la noticia de que el general Felipe Ángeles se había internado en territorio mexicano para unirse a Pancho Villa. Y comenzaron a engrosar las filas del Centauro.

Todos aquellos descendientes de los reaccionarios enemigos del gobierno de don Benito Juárez huyeron de los pueblos oportunamente, por eso a ninguno de ellos agarraron. Pero, con Villa, en cambio, iban los nietos y biznietos de los patriotas que lucharon contra la invasión francesa y contra el Imperio...

Para decirlo con las palabras del licenciado José Muñoz Cota: “La sierra llegó a la edad de los fusiles. Cuando el torbellino se llamó Pancho Villa”.

Las columnas volantes villistas cabalgaban por los caminos y senderos que conducen a la hacienda de Santa Gertrudis. Y, al pasar por haciendas y rancherías, se encontraban con antiguos compañeros, que desde luego se incorporaban a las columnas, cada vez más numerosas.



TESTIMONIOS DE VARIOS SOBREVIVIENTES

De la hacienda de El Charco, nos fuimos para la hacienda de Tepehuanes, que es donde nace el río del Carmen, y allí nos hicimos de buena caballada. Allí vivía, y aún vive, una hermana mía que, por cierto, conserva aún la pistola que portaba el coronel Silvestre Quevedo, cuando fue fusilado. De este punto salimos, a la medianoche, con rumbo al sur, pero luego quebramos a la derecha, y ocultando nuestros movimientos a la vista del enemigo, marchamos por pura sierra, y nos acantonamos en pleno cañón, que para unos es Cañón de Santa Clara, y para otros es Cañón de Encinillas [...].

Se establecieron puestos de vigilancia en las dos entradas o puertos del cañón. Y así pasamos cinco días; pero el último de la noche se supo de una poderosa columna enemiga que, por el camino de la hacienda de Santa Clara, avanzaba con dirección al rancho de Ojos Azules, el cual está en la entrada o puerto del cañón.⁴

El Cañón de Santa Clara era, hasta la fecha, completamente desconocido; sólo unos cuantos tenían noticias de que existiera un cañón con ese nombre. Pero, desde entonces, para los chihuahuenses de la región del noroeste y oeste es una emoción.

La columna carrancista, de 1500 hombres, bajo el mando del general Eduardo Hernández (brazo derecho de Murguía), marchaba por la llanura que separaba la hacienda de Santa Clara y el rancho de Ojos Azules, el cual queda en la orilla del monte, y como a unos cinco kilómetros al puerto del cañón. Como a unos tres kilómetros, en la retaguardia, marchaba la columna de los de la Defensa Social, compuesta

⁴ Testimonio de Cristóbal Macías.



por algunos voluntarios como jefes, y el resto de reclutados a la fuerza, por orden del gobernador Ignacio C. Enríquez, en los pueblos de Namiquipa, Bachíniva y otros. Entre esos sociales, malamente llamados así, puesto que iban casi todos a fuerza y bajo la amenaza de muerte, se contaron mis tíos Ramón y Emilio Barrera.⁵

Llegaron los soldados carrancistas al rancho de Ojos Azules, y lo ocuparon en su mayor parte dejando a los 600 sociales el lado montoso que limita la llanura.

A decir del extinto coronel Joaquín Rodríguez C:

Eduardo Hernández, ordenó que sus fuerzas se hicieran cargo de la vigilancia. Y todo parecía hallarse en paz. En el monte todo era quietud. Lo único que se oía era el murmullo tan peculiar que hace el viento al roce con las hojas verdosas y el pasto. Hacía una semana que nada se sabía de los villistas. Desde el tiroteo que sostuvieron en la hacienda de Santa Clara se perdió la huella de éstos.

Las avanzadas del general Martín López observaron todos aquellos movimientos y los dejaron acampar, sin molestarlos para nada. Esa fue la orden del bravo general villista. Los vieron matar algunas reses. Después dirían que los bandidos villistas habían matado aquel ganado. Se hizo el silencio de la noche.

A mitad del cañón, en la parte que se denomina Las Tinajas, Martín López dispuso el ataque, y esperaron a que amaneciera el nuevo día (11 de diciembre de 1918: ese día, y a la misma hora, el general Felipe Ángeles cruzaba el Río Bravo, para ir a donde el general Villa lo esperaba). Aclara-

⁵ Véase Alberto Calzadías Barrera, *Villa contra todo y contra todos*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1963.



ba el alba cuando las tropas carrancistas emprendieron la marcha, mucho antes de que los sociales se alistaran. Y, cosa curiosa, inexplicablemente la columna de 1 500 carrancistas, con el general Eduardo Hernández a la cabeza, no entró al puerto, sino que antes de llegar a este punto el camino se bifurca, y tomaron el que sigue hacia el sur y se alejaron.

LA EMBOSCADA

Los jefes de los sociales decidieron seguir rumbo a Encinillas, creyendo que era el camino que habían tomado los carrancistas. Se acercaron al puerto del cañón y comenzaron a subir la cuesta, pero sólo habían caminado unas dos horas, desde el instante en que emprendieron la marcha, cuando repentinamente se vieron las fuerzas sociales envueltas por los villistas, que, desde ambos lados del camino, los cogieron a dos fuegos, muriendo mucha gente, sobre todo la de Bachíniva, que iba a la cabeza de la columna.

Por alguna razón, Martín López no atacó a los sociales con toda su gente, sino que dejó que el grueso de sus fuerzas permaneciera a la expectativa. Entraron en acción una parte del regimiento de Arcadio Ramírez, otra parte de la gente del coronel Jesús Verdugo, otra del también coronel José María Llaguna, y el propio Martín López con su escolta.

¡Un grito! ¡Sólo un grito se dejó oír!... “¡Viva Villa, jijos de...!”.

Por su parte, la prensa carrancista anunció a toda plana: “El bandido Francisco Villa escapó milagrosamente. Su gavilla fue casi aniquilada en un punto de la sierra de Santa Clara”.

De allí, Martín López emprendió la marcha, cruzando las llanuras de la hacienda de La Quemada, dejándose ver de los carrancistas, y se acantonó en la hacienda de Rubio.

De la ciudad de Chihuahua salieron fuertes contingentes carrancistas, en auxilio del general Eduardo Hernández



y, sin pérdida de tiempo, pusieron sitio a Martín López, en la hacienda de Rubio.

COMBATE EN LA HACIENDA DE RUBIO

El general Eduardo Hernández reunió el mayor contingente de tropas para cerrar el cerco sobre la hacienda de Rubio. Y, mientras tanto, Martín López observaba y esperaba el momento para entrar en acción.

Fue el 18 de diciembre de 1918, tan sólo siete días después del combate en el Cañón de Encinillas. Los carrancistas, confiados en su victoria, se fueron acercando cada vez más al casco de la hacienda, cuando, repentinamente, salieron, con la fuerza de un ciclón, los villistas al mando de los coroneles Arcadio Ramírez, José María Llagunas y Jesús Verdugo (el Zarco), por el flanco de los carrancistas y sociales de Ciudad Guerrero, y en ese preciso instante aparecieron, al galope de sus caballos, los dragones del bravo general Martín López. El agarrón fue tremendo. Pero desde el primer momento se supo ver de parte de quién estaría la victoria. Martín López se había hallado muchas veces en trances verdaderamente críticos, pero no se sabe por qué razón nunca le importaron esos hallazgos. Los soldados de Martín López combatieron, corriendo al galope de sus caballos, sobre los soldados carrancistas. Rompieron el sitio. La llanura de esa polvorienta hacienda de Rubio fue, una vez más, un testigo vivo de un furioso combate en que los villistas del Güero Martín López les hacían morder el polvo a sus adversarios. ¡Canilla la de este pelado! ¡Gloria eterna a su memoria!

De ahí, Martín López se internó en la sierra de Los Tanques.

En la misma fecha, por el sur del estado, norte de Durango, el general Nicolás Fernández operaba, haciendo correr la voz de que con ellos iba el general Villa. Otro tanto hacía el



general Ricardo Michel, y todos decían que con ellos iba el general Villa...

Mientras tanto, allá muy lejos, en el desierto del norte del estado de Chihuahua, los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles estudiaban, hacían planes, discutían, etcétera.

Bien. Tal y como lo hemos dejado asentado líneas atrás, a mediados del mes de febrero de 1919 Martín López se juntó al grueso de las fuerzas que ya van bajo el mando directo del general Francisco Villa, y, con él, el general Felipe Ángeles, en la hacienda de Santa Gertrudis.

TESTIMONIO DEL MAYOR MARTÍN D. RIVERA

Fue el 23 de febrero de 1919. Fecha histórica. A las primeras horas de la mañana, arribó a Santa Gertrudis la vanguardia. Llegaron juntos los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles. Se instalaron en la casa-habitación de dicha hacienda. Unas tres horas después, comenzaron a llegar las fuerzas de los generales Martín López, Nicolás Fernández, Alberto Jiménez, Juan Cárdenas, Ricardo Michel, Pablo Alvarado y Albino Aranda.

Luego, se dejó oír la voz robusta del Centauro:

—Compañeros. Van a ser revistados por el señor general Felipe Ángeles.

El general Felipe Ángeles, en uniforme de kaki color amarillo, sombrero de fieltro color olivo claro, de los que siempre se usaron en la División del Norte, dio un paso al frente, en medio de los coroneles Miguel Castorena y José Natividad Rodríguez. Avanzó hasta quedar en medio del cuadro que formaban las fuerzas, para dirigirles las palabras siguientes:

Entre jefes y oficiales que conocí, durante la campaña contra Victoriano Huerta, veo ahora muchas caras nuevas. Pero para



mí, y para la historia, este momento tiene un gran significado: saludo a los soldados, clases, oficiales y jefes que, con el general Francisco Villa, han desafiado la ira de dos pueblos, en forma de gobiernos.

De ustedes se ocupó la prensa mundial, y por medio de la misma circuló el nombre de México por todo el universo. ¡Viva México!

PRIMERA PARTE DEL PLAN

Relación del mayor Martín Rivera Domínguez:

Allí estaban los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles. Puede parecer extraña esa alianza. Quizá lo sea... Puede pensarse que los jefes y oficiales villistas eran personas terribles, distintas de lo que podría esperarse de los carrancistas... Pero, para decir verdad, era todo lo contrario.

Se organizó el Estado Mayor del general Ángeles: jefe, coronel Daniel Rudecindo; con los coroneles J. M. Zermeño, José Natividad Rodríguez y Javier Franco; y ayudantes, mayores Martín Rivera Domínguez, Ponciano Domínguez Rascón, Antonio Domínguez Leyva y Manuel Muñoz,⁶ y capitán José García Márquez.⁷

Del día 25 de febrero al 10 de marzo, mi general Ángeles se dedicó a la preparación de jefes y oficiales, impartiéndonos conferencias, que se prolongaban por horas. Mañanas y tardes: disciplina, táctica y moral de los revolucionarios...



⁶ Primo hermano del mayor José Muñoz.

⁷ Llegó a general de división y fue jefe de las Guardias Presidenciales de Adolfo López Mateos.

CAPÍTULO XI

Campaña de 1919.
A sangre y fuego



Una de las más, o la más perdurable satisfacción en la vida, es la que proporciona la entrega total de uno mismo en su trabajo. Para esa clase de hombres que se entregan cabalmente a la tarea que tienen en mano, no hay noche, nunca es tarde y jamás se cansan, nunca hace calor ni frío. A toda hora están dispuestos y, además, saben “resolverse”: Francisco Villa y Felipe Ángeles.

OH, DESTINO INEXORABLE

Una de estas noches, el coronel Baltasar Piñones —un hombre instruido y juicioso— le contó al general Ángeles, con detalles, algo acerca de las hazañas del bravo general Martín López. Ángeles se interesó vivamente, y luego tuvo esta exclamación:

“—La ciencia y la cultura podrán alumbrar el cerebro del individuo, pero nunca cambiar el corazón del hombre”.

Conmovido por lo que le habían contado, mandó buscar a Martín López, y en presencia del general Villa, lo abrazó y lo felicitó, diciéndole:

“—General Martín López, lo admiro a usted. Créame, se lo digo con toda sinceridad”.

Y cuando Villa ordenó que se nombrara una escolta personal del general Ángeles, éste se adelantó, diciéndole:

“—Mi general Villa, quisiera yo que de la gente del general Martín López se tomaran los elementos para formar

mi escolta, y de la suya me diera oficiales para integrar mi Estado Mayor”.

Ahora bien, quiero que el lector lea con atención lo que a continuación escribo: Ángeles pidió a Villa que los elementos para formar su escolta se tomaran de la gente del general Martín López. Evidentemente, alguna razón inspiró la idea. El caso es que entre esos elementos del general Martín López se hallaba el oficial que dentro de nueve meses, a partir de esa fecha, lo habría de traicionar. ¿Era la voz de su propio destino? Quizá. Porque cuando era conducido preso para Chihuahua, en Parral un grupo de sus amigos lo quisieron salvar, y él les dijo: “No, no se puede. Debo morir”.

La escolta del general Ángeles quedó integrada por 15 soldados, bajo el mando de los capitanes Cornelio Oaxaca y Trinidad Irigoyen, y como jefe el mayor José Muñoz. Todos estos elementos le fueron leales al señor general Felipe Ángeles, hasta la muerte.

Pero el mayor Félix Salas, jefe de la escolta del general Martín López, será el Judas que se confabule con otro infeliz, al cual el general Ángeles le había salvado la vida...

Entre los oficiales que en esa fecha militaban en la escolta de Dorados, aún viven, que yo sepa, los capitanes Francisco del Valle Uribe y Librado Suárez. El capitán Cornelio Oaxaca aún vivía en la sierra de Los Matalotes en 1967. También vivía, en esa fecha, el capitán primero Jorge Hernández—clarín del general Urbina, y en 1919, clarín de órdenes del general Ángeles—. Todos estos jefes y, oficiales fueron testigos de los hechos que aquí se citan.

Testimonio del mayor Martín Rivera Domínguez:

Los generales Villa y Ángeles discutían la situación, y concentraron su atención en las fuerzas, después de sopesar los recursos de guerra y boca de que se disponía, para iniciar la



campana —como en efecto se inició— la primera semana de abril de 1919.

El día 20 de febrero, el general Ángeles me nombró jefe de asistentes. Ese mismo día se presentó un grupo de seis personas, procedentes del estado de Hidalgo, conocidos del general Ángeles, pues se trataba del general Melo y cinco oficiales.

Para esa fecha se estaban concentrando las fuerzas en la hacienda de Santa Gertrudis.

Desde un principio, el general Villa le asignó un buen caballo al general Ángeles. Y durante una tarde le preguntó el general Villa al general Ángeles:

—¿Qué tal es ese caballo?

El general Ángeles respondió:

—General Villa, usted trató de hacerme un favor. Yo lo agradezco. El caballo es un buen caballo. Pero yo prefiero uno de más alzada.

Entonces el general Villa le dijo:

—Escoja usted, de los caballos de mi cuadra, el que más le guste.

El general Ángeles escogió un retinto. Un caballo de mucha alzada, entero y muy bronco. Ese fue, nada menos, que el que escogió el general Ángeles.

—Muy bien. Que se lo ensillen —ordenó el general Villa.

La cuadra de caballos del general Villa era de siete. Todos eran caballos de mucha alzada. Lo ensillaron, y en cuanto el bruto desconoció al jinete, se inquietó y emprendió desbocada carrera. Salvó una cerca de piedra. Luego otra, y por fin regresó.

El general Villa exclamó:

—¡Cómo es hombre mi general Ángeles!

El general Ángeles era una persona que, a más de muy culta, era muy valiente.



A todos nosotros, sus ayudantes, nos hacía sentirnos hombres de honor.

Mientras tanto, empezaron a concentrarse las fuerzas en la hacienda de Santa Gertrudis. Todos los jefes villistas respondieron con exactitud al llamado del general Villa. El ambiente que advirtió el general Ángeles, al revistar las fuerzas, fue de resuelta decisión.

Una vez que los generales Villa y Ángeles examinaron la situación, vistas las posibilidades del histórico momento, decidieron organizar las tropas en brigadas:

Brigada Morelos, con un efectivo de 1 600 hombres, comandada por los generales Nicolás Fernández, Alberto Jiménez, Juan Cárdenas y Sóstenes Garza.

Brigada José Rodríguez, comandada por los generales Hipólito Villa, Ricardo Michel, Gabriel Valdivieso, Ildefonso Sánchez y Porfirio Ornelas, con un efectivo de 1 400 hombres, y varios coroneles.

Brigada Pablo López, con 1 700 hombres, bajo el mando de los generales Martín López, Lorenzo Ávalos, José María Llagunas, José Corral, Ramón Vega, J. Manuel Castro y Jesús Verdugo.

Una fracción de brigada, con 800 hombres, al mando de los generales Albino Aranda, José Chávez, José E. García, José F. Fernández, etcétera.

En la primera fase de la nueva campaña se determinó una concentración de las fuerzas en Río Florido, donde se dio a conocer el Plan de Río Florido.

Al general Felipe Ángeles, naturalmente, tocó dirigir la palabra al ejército:

Compañeros:

Luchamos por el restablecimiento de las legítimas leyes fundamentales de la República, y el acatamiento absoluto a los



mandatos del pueblo. Carranza invocó la Constitución de 1857 para levantarse en armas. Luego, para asirse a la presidencia cambió la Constitución de 1857, por la de 1917.

En ningún país se permite cambiar la Constitución. Se pueden hacer reformas, pero no cambiarla.

Nosotros, hoy como ayer, vemos escarnecidos los derechos del pueblo, y hemos salido a reivindicarlos haciendo uso de los únicos medios para tratar con los autócratas: las armas.

Luego, Villa preguntó en voz alta, a cada uno de los generales presentes, si aceptaban... Naturalmente que todos lo aprobaron.

Con todo, y sin que nadie pudiera evitarlo, los revolucionarios de la Mesa Central de México seguían en pie de guerra. Precisamente ese mismo día se presentó el coronel Matías Rodríguez, acompañado de un numeroso grupo de revolucionarios de la región lagunera. Ocho días antes había muerto el valiente general Julio Aviña, combatiendo en la hacienda Del Toro en la región lagunera. Matías Rodríguez, viejo luchador, miembro del Partido Liberal, por cuyo motivo estuvo en San Juan de Ulúa. Leal villista.

TESTIMONIO DE VARIOS

El acento ardiente con que el general Felipe Ángeles pronunció las palabras, turbó un momento a todos aquellos rancheiros convertidos en soldados del ejército de los pobres, y de los *pelados*, como despectivamente les llamaban los llamados *conservadores*...

Desde esa fecha se dejó sentir el efecto de la nueva organización: se nombraron numerosas comisiones especiales para distintos puntos fuera del estado de Chihuahua.



Los comisionados para distintas partes fueron seleccionados por el general Villa, pero las misivas fueron escritas de puño y letra de mi general Ángeles.

Durante las tardes, el general Ángeles nos impartía conferencias sobre táctica.

Para nosotros —relata el mayor Martín Rivera Domínguez—, que mal sabíamos leer y escribir, y formados militarmente bajo la disciplina del general Villa, aquellas enseñanzas del general Ángeles nos ilustraban. Se empeñaba el general Ángeles en hacernos comprender la psicología de la tropa, e insistía en hacernos entender la necesidad que tiene todo oficial de hacerse estimar del soldado y, a la vez, respetar. El oficial ha de sopesar, por sí mismo, las cuestiones básicas.

Nos decía: “Cuando dos ejércitos se enfrentan, cada uno de sus jefes tiene planes particulares para derrotar al adversario”. Y muchas cosas que nosotros no entendíamos.

Fue en dicha ocasión cuando sucedió el caso de los enviados por el general Rosalío Hernández al campo villista, con el propósito de matar a los generales Villa y Ángeles.

A la entrada de un valle, cuyos alrededores están cubiertos de bosque, estaba el campamento de las fuerzas del general Albino Aranda Calderón. Cierta tarde llegaron unos soldados con dos individuos que una avanzada había capturado, y el general Aranda los llevó personalmente ante el general Villa, que estaba en el cuartel general, establecido debajo de un frondoso encino, a cuyo frente ondeaba la bandera tricolor.

Villa personalmente interrogó a éstos:

—¿Conque ustedes desean unirse con nosotros? ¿Cómo es que dieron con nosotros? ¿Por qué desde tan lejos vienen a morirse? ¿Quién los mandó?



En esos instantes llegaron al cuartel general unos jefes, a los que Villa tuvo que atender para un asunto urgente, ordenando que mientras que él se desocupaba, pusieran presos a los dos desconocidos, por separado.

Al día siguiente, Villa los requirió para interrogarlos. Llamó primero a uno de ellos, y como no le contestara las preguntas satisfactoriamente, sin tardanza lo mandó colgar.

Entonces el general Felipe Ángeles, que se hallaba presente, no pudo ocultar su disgusto por aquella injusticia, calificándola de brutalidad, y se retiró hasta un encino, para no presenciar la ejecución del sujeto.

Pero Villa, sin hacer el menor aprecio de la protesta del general Ángeles, ordenó la ejecución, y señaló, apuntando con la mano, un encino para colgarlo. Como se ordenó se hizo. Lo ahorcaron.

Luego mandó que le llevaran al otro, y éste, al mirar a su compañero suspendido de una rama, temblando de miedo contestó a todas las preguntas que le hicieron, afirmando que el motivo del viaje de ambos era matar a los dos generales: Ángeles y Villa. Que un tercero estaba por llegar ese mismo día, que venía en un burro, y que también iba con el mismo motivo, mandado por el general Rosalío Hernández.

Villa le ofreció dejarlo en libertad, si decía la verdad, y éste, sin tardanza, declaró lo que arriba queda anotado, y agregó y juró que Rosalío Hernández era quien los había mandado.

Villa escuchó con toda atención; pero estaba aún inconforme, dudaba todavía de la veracidad del relato. Pero cuando llegaron unos soldados con el otro en el burro, y confesara lo mismo que el anterior, le ordenó que todo lo que había confesado lo repitiera al general Ángeles, que leía un libro debajo de un encino. Entonces Ángeles era el obstinado en que a los dos les aplicaran la misma pena que al primero. Pero Villa había empeñado su palabra de dejarlos



en libertad, si decían la verdad. Los despachó con un recado para el general Rosalío Hernández:

Chalío:

Le devuelvo a sus muchachitos, que lo hicieron muy mal; sólo que nomás van dos, porque el otro se quedó en la rama de un árbol de aquí.

El general Felipe Ángeles estaba asombrado de lo que había estado presenciando, pues apenas unas semanas antes le tocó ser testigo de las marranadas que se cometieron por los soldados villistas en el pueblo de Satevó, Chihuahua. Allí pudo presenciar cómo los soldados se vengaban de los habitantes de los pueblos que suministraban ayuda a los soldados norteamericanos del general Pershing. Allí casi exterminaron a la defensa social, entre la cual se contaban muchos exvillistas que habían traicionado a Villa. Allí superó, en su furor, a todas las infamias de la guerra. Cerró los ojos, y dejó en libertad a sus soldados para que se volvieran bestias. Todas estas miserias le fueron dando al general Ángeles el convencimiento de que aquella guerra era interminable, y que sólo una naturaleza como la de Villa podría continuarla. Y recordó todo lo que él había leído acerca de la guerra mundial. Recordó *Los diez días que estremecieron al mundo...*

Hubo una nueva concentración de fuerzas en la sierra de Santa Gertrudis, donde el propio Villa les pasó revista. Nuevamente se fijó Río Florido como punto de reunión.

La Alianza Liberal, desde Nueva York, contaba con la ayuda militar del general Villa, de manera que por conducto del coronel Alfonso Gómez Morentín —hombre de todas las confianzas de Villa—, le enviaron el plan que ésta había formulado, para que lo estudiara y lo aprobara, devolviéndolo



ya firmado, para hacerlo del conocimiento público. No hubo acuerdo.

Para esa fecha ya el general Felipe Ángeles dedicaba todo su tiempo en la elaboración del plan estratégico. En plena campaña. Y todavía le quedaba o se daba tiempo para ilustrar a jefes y oficiales.

Pero, de buenas a primeras, el general Ángeles comenzó a cojear. Todos sus ayudantes nos dimos cuenta. Y luego, de repente, ya no pudo dar un paso siquiera.

Entonces, el general Villa, muy alarmado, ordenó al enfermero, que acababa de incorporarse al cuartel general —era un japonés—, que procediera a examinar el pie del general Ángeles. Ninguna importancia concedía al dicho dolor, pero otro día ya no pudo soportarlo, y ni siquiera ponerse el zapato.

Entonces el general Villa se alarmó mucho, y sin pérdida de tiempo ordenó al coronel Jesús Verdugo, el Zarco, que, con el también coronel Silverio Tavares, el Indio, y con cinco soldados, se metieran a Chihuahua, por la noche, y sacaran de allí, y lo llevaran al rancho de Ochoa, al doctor Francisco Ornelas.¹ Les fijó fecha precisa y órdenes de dar buen trato al señor doctor: sacar de Chihuahua al doctor y llevarlo al rancho del extinto coronel Manuel Ochoa, donde lo esperarían.

Entretanto, la columna de Martín López tomó rumbo al norte, para acantonarse en la sierra de Santa Clara. Y mientras nosotros, ayudantes y escolta del general Ángeles, llevando al general nos fuimos con rumbo a Santa Cruz de Herrera. El general Villa, con un escuadrón de su escolta, encabezaba la columna. Y sin ningún contratiempo llevamos al general Ángeles hasta el citado rancho, donde ya nos esperaba el coronel Álamo. El general Villa en ningún momento se apartó del general Ángeles.

¹ N. del E. El autor menciona aquí que el nombre del doctor es Francisco Ornelas, pero más adelante lo llama Arreola.



Doña Isidra, viuda del extinto coronel Manuel Ochoa, dueña del mencionado rancho, nos recibió con grandes muestras de cariño.

Se establecieron tres puestos de vigilancia, en lugares estratégicos. A las primeras horas del siguiente día arribó el doctor Arreola, quien al ver al general Ángeles, lo reconoció en el acto. Y sin pérdida de tiempo puso manos a la obra.

Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer —relata el mayor Martín Rivera Domínguez—. Comenzó el doctor por bajar la temperatura. Pasaron cerca de tres horas antes que el doctor operara. Extirpó el tumor en presencia del general Villa.



General Felipe Ángeles.



Personal militar del Colegio Militar, *ca.* 1900.
El general Ángeles fue director de la institución.



El presidente Francisco I. Madero en una ceremonia en el H. Colegio Militar. A su izquierda, el director del Colegio, general Felipe Ángeles.





Retrato de grupo. El general Felipe Ángeles saliendo a campaña.



El gobernador del estado, licenciado Aniceto Villamar, en Yauhtepec, Morelos, acompañado de los generales Felipe Ángeles y Fortino Dávila, en 1912.



J. Delgado, Victoriano Huerta, García Peña y Delgado
 José Delgado, Victoriano Huerta, Ángel García Peña y Felipe Ángeles, discuten ataque a la Ciudadela, febrero de 1913.



De izquierda a derecha: Manuel Mondragón, Victoriano Huerta, Félix Díaz y Aureliano Blanquet, febrero de 1913. Osuna Foto.





El Primer Jefe Venustiano Carranza. Atrás: Francisco Escudero, general Felipe Ángeles y Rafael Zubaran Capmany, en 1913.

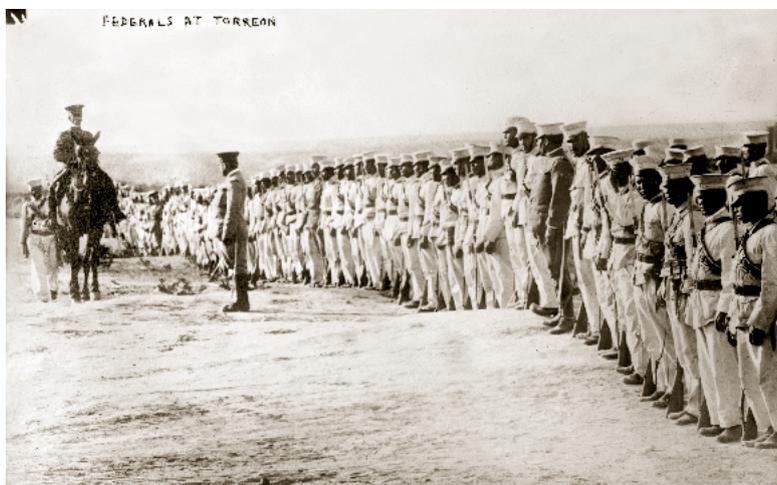


El general Álvaro Obregón y su Estado Mayor, en 1913.





Francisco Villa: "¡Cómo es hombre mi general Ángeles!".



Tropas del general Felipe Ángeles en Torreón, 1914.



Felipe Ángeles y su Estado Mayor en el Cerro de la Bufa, después de la toma de Zacatecas, en junio de 1914.





Artillería cerca de la Bufa, preparándose para la acción en el sitio de Zacatecas.



Disparos de artillería en las trincheras de El Refugio en las inmediaciones de Zacatecas.



Eulalio Gutiérrez con un grupo de convencionistas en el Teatro Morelos. Sentados José Isabel Robles, Felipe Ángeles, Eulalio Gutiérrez, octubre de 1914.



El general Felipe Ángeles firma la bandera de la Convención de Aguascalientes, octubre de 1914.





Felipe Ángeles, general.





Felipe Ángeles y miembros de su Estado Mayor al llegar a la Ciudad de México, retrato de grupo. Octubre de 1914.



Felipe Ángeles, Néstor Enciso Arce y Antonio Trillo ante el consejo de guerra. Noviembre de 1919.





EL DEMOCRATA

DIARIO LIBRE DE LA MAÑANA



MEXICO, JUEVES 27 DE NOVIEMBRE DE 1919

EL EXGRAL. FELIPE ANGELES FUE FUSILADO AYER A LAS SIETE DE LA MAÑANA

LA TERRIBLE SENTENCIA DEL CONSEJO DE GUERRA QUE LO JUZGO, FUE CUMPLIDA EN EL INTERIOR DEL CUARTEL DEL 21 REGIMIENTO DE CABALLERIA

NO INCAUTARA EL GOBNO. LAS FABRICAS

LA INDUSTRIA ES ESTAN APORTEZ EN LA COMISION DE NEGOCIOS DE LOS SEÑORES BEZERRA...



SERENAMENTE DIRIGIO EL SU EJECUCION



EL GOBIERNO DE MEXICO DA UNA ENERGICA CONTESTACION A LA NOTA DE ESTADOS UNIDOS

El Tono de la Representacion Enviada a Nuestra Cancilleria es en Extremo Valiente, Pues Dice que el Departamento de Estado se Hala Sorprendido y Exasperado por la Presion de Jermis...



RECAUDACION, ESTA EMPEZA A 'SER DEMOCRATICA' POR EL CANCELLO CIVIL, EMPLEANDO DE EL CONSEJO FUE PERO PERO DE SE LE PLANEA

El Gobierno de Mexico se ha comprometido a pagar el pago de los intereses de la deuda...

Graves Sucesos en la Capital del Estado de Yucatán

El Atro de las Operaciones Militares, Causo, Quince, De... a la Gobernatura...



VILLA QUIERE VENGAR LA MUERTE DE ANGELES

El Excmo. Sr. Carranza, jefe de las fuerzas revolucionarias, ha expresado su deseo de vengar la muerte del Excmo. Sr. Felipe Angeles...

El Excmo. Sr. Carranza, jefe de las fuerzas revolucionarias, ha expresado su deseo de vengar la muerte del Excmo. Sr. Felipe Angeles...

El Excmo. Sr. Carranza, jefe de las fuerzas revolucionarias, ha expresado su deseo de vengar la muerte del Excmo. Sr. Felipe Angeles...

EL PRIMER REEMBOLSO DE INTERES

El primer reembolso de intereses de la deuda mexicana se ha efectuado...

RE SUPLENIA LA CAPILLA

Reemplaza la capilla de San Juan de los Rios en el templo de San Juan de los Rios...

LA COMISION DE NEGOCIOS

La Comision de Negocios de los Señores Bezerra...

EL GOBIERNO

El Gobierno de Mexico se ha comprometido a pagar el pago de los intereses de la deuda...

LA REBELION SE ENCUENTRA CASI QUINADA EN LA REPUBLICA

La rebelion se encuentra casi quinada en la Republica...

HOY HABRA UN IMPORTANTE CONSEJO EXTRAORDINARIO DE MINISTROS

El dia de hoy habra una sesion importante de los ministros...

ES EL SE TENDRA SIEMPRE LA SITUACION INTERNACIONAL, ESPECIALMENTE DE UN MUNDO, CON EL SE

Es el se tendra siempre la situacion internacional, especialmente de un mundo, con el se...

El Demócrata, 27 de noviembre de 1919.



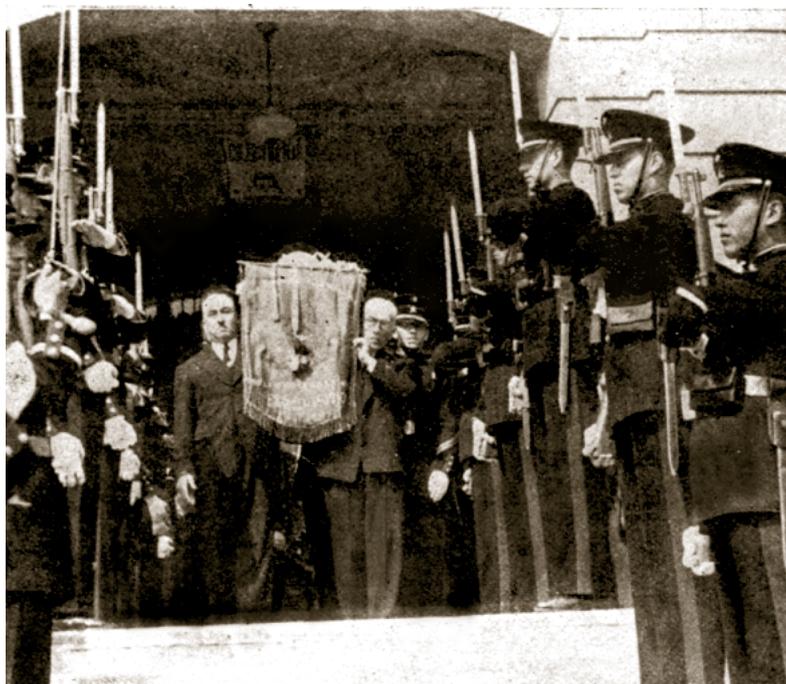


Funerales del general Felipe Ángeles, en Chihuahua,
26 de noviembre de 1919.



Monumento de Felipe Ángeles en el Cerro de la Bufa, Zacatecas.





El diputado José Gómez Esparza y el coronel Manuel Ángeles sacando del Colegio Militar la urna que guarda los despojos del revolucionario, para depositarla en la carroza que la conducirá a la capital hidalguense. Noviembre 26 de 1941.



Tumba del general Felipe Ángeles en el panteón de Pachuca, Hidalgo. Oscar Rodrigo Rivera, foto.



Tres días permaneció el doctor cuidando al general Ángeles, con el general Villa, que no se apartó.

Mientras tanto, las brigadas habían tomado rumbo: unas con dirección a la Estancada; otra para Torreón de Cañas; y la de Hipólito Villa para Rosario.

Pues la gravedad del general Ángeles motivó el cambio de fecha para la iniciación de la campaña de 1919.

COQUETEO DEL DESTINO

El señor general Felipe Ángeles, en los instantes en que nos alistábamos para emprender la marcha, decidió dejarle a doña Isidra (viuda del coronel Manuel Ochoa), encargada su maleta, con dos de sus uniformes, ropa interior, unos libros, etcétera, y suplicó que le guardara toda correspondencia que le llegara. Ese simple detalle facilitará la traición de que luego será víctima. Recuérdele el lector.

Antes de proseguir nuestro relato, permítame el lector retroceder un poco del punto a que hemos llegado. Por los agentes de Villa y Ángeles que operaban dentro de la ciudad de Chihuahua, se tuvo conocimiento de las actividades de los conservadores disfrazados de revolucionarios en la entidad norteña.

La presencia del general Felipe Ángeles entre los revolucionarios chihuahuenses inquietó a los políticos disfrazados de revolucionarios en la capital de la República. No es una broma. No, es lo cierto: con don Venustiano Carranza estaba 90 por ciento del porfirismo. El mismo señor Carranza fue senador de la República por el estado de Coahuila. ¿Entonces? Bien lo decía el general Ángeles: “Puede ser que Villa sea malo. Pero no lo suficientemente malo...”.

Llega a Chihuahua el coronel Ignacio Enríquez y pomposamente anuncia que organizará las defensas sociales, para perseguir a los bandidos.



Mientras tanto, llegan a Chihuahua trenes y más trenes cargados de soldados y de pertrechos de guerra, que desde México manda don Venustiano Carranza.

Por acuerdo del nuevo jefe de las Operaciones Militares en el estado de Chihuahua, general J. Agustín Castro, se construyó una serie de torreones de puro adobe, en los alrededores de la población, en cada uno de los cuales se instalaron varias ametralladoras y fuerte sostén de soldados. De esta manera se creía que la ciudad estaba a salvo de una sorpresa por parte de los villistas.

NUEVO GOBERNADOR DEL ESTADO

El presidente Carranza nombró al ingeniero Andrés Ortiz gobernador provisional del estado. También aprovechó la situación para hacerse de fuerza política entre los mentados jefes de la defensa social de cada uno de los pueblos. Como ejemplo citaremos a unos: de Balleza y Los Olivos, el exvillista mayor Gabino Sandoval; de Namiquipa, Fidel Heras, Anastasio Tena y Donaciano Loya, y de Ciudad Guerrero, los hermanos Comadurán, etcétera. Todos ellos fueron de los “patriotas” que ayudaron a los soldados estadounidenses del general Pershing. Y por el estilo...

Con todo, y sin que nadie pudiera evitarlo, los villistas —todos ellos, sin excepción, revolucionarios de 1910, descendientes de los liberales de las guerras de Reforma y de las luchas contra el Imperio y la Intervención Francesa; esto constituye una verdad tan grande como el cielo de toda la América...— seguían operando por todos los rumbos de los estados de Chihuahua, Coahuila, Durango y parte de Zacatecas.

Terminaba la primavera silenciosamente. Se inicia la campaña de 1919, y es como decir se desata el huracán de fuego.



Del rancho de Ochoa nos fuimos para el lugar conocido por La Capilla, encontrándose allí don José María Rodríguez, padre del extinto general José E. del mismo apellido. Mi general Ángeles lo abrazó; lo conocía de tiempo atrás. Platicaban muy animados cuando arribó el coronel Pedro Gómez Ortega, y surgió una fuerte discusión entre los generales Villa y Ángeles, porque el primero ordenó que se fusilara, en el acto, a cuatro prisioneros.

El coronel Pedro Gómez se presentó y rindió parte de novedades, diciendo:

—Mi general Villa, sostuve un fuerte encuentro con los traidores de la Bavicora, en la Mesa del Huracán, y capturamos a estos cuatro. Nos deben mucho...

El general Ángeles no estaba de acuerdo en que se fusilara a los cuatro prisioneros, y con ese motivo surgió la discusión.

Todo aquello pareció depresivo. El general Villa, irónico, pregunta:

—General Ángeles. Me ha dicho usted, en varias ocasiones, que a usted le desespera el que la mayoría de nuestro pueblo sea tan servil, al grado de besar la mano del verdugo... Ahora, quiero que usted conozca a estos prisioneros.

El general Villa manda llamar al coronel Pedro Gómez, y le ordena que se explique acerca de quiénes son dichos prisioneros, para que el general Ángeles diga qué ley puede protegerlos.

—... De la hacienda de San Jerónimo situada al norte de Bachíniva salimos comisionados para revolucionar en el estado de Sinaloa —explica el coronel Pedro Gómez Ortega—, los generales José E. Rodríguez y Carlos Almeida, los coroneles Gustavo Nevárez y yo, con una escolta de cuarenta hombres. Otro día, al filo de la media tarde arribamos a la hacienda de



Nahuárachi, una de numerosas haciendas del latifundio de la Bavícora, propiedad del multimillonario norteamericano William Randolph Hearst. Pues allí se puso de acuerdo el general Tomás Olivas, jefe del estado mayor del general Rodríguez, con los traidores Maximiano Márquez, Pablo Salcido y Librado Acosta. Nos invitaron a comer, y a la hora de entrar a la pieza comedor apresaron al general Rodríguez, y nosotros con el general Almeida nos batimos con los traidores, quedando muerto el general Carlos Almeida, y yo, con un balazo en una pierna, junto con los demás compañeros nos batimos y logramos salir de la trampa que nos habían puesto esos traidores caporales de dicha hacienda, con cuatrocientos vaqueros organizados militarmente y bien armados. Y sucedió que, después de tanto tiempo, ellos ya acostumbrados a sentirse a salvo y de haber cometido muchas tropelías, muy confiados se me echaron encima al vernos en la Mesa del Huracán, y les matamos algunos y capturamos a estos cuatro que tiene aquí. Son de los responsables de la traición de que fue víctima el general José E. Rodríguez y demás compañeros, entre ellos mi general Carlos Almeida.²

Estábamos en La Capilla cuando pasó la columna del general Martín Lopez, y tras de recibir órdenes de mi general Villa, reemprendió la marcha y se acantonó en el monte del Pingorongo, en espera de nuevas órdenes.

Don Venustiano Carranza lanza sobre Villa poderosos contingentes. Miles de soldados de línea y las llamadas defensas sociales cabalgan por todos los senderos del extenso estado de Chihuahua...

² Testimonio del mayor Martín Rivera Domínguez, en Enrique León Ruiz, *Memorias de un soldado*.



LA ENÉSIMA EMBOSCADA

En esa fecha los carrancistas y villistas no dejaron de buscarse unos a otros. En esta ocasión se juntaron con sus fuerzas los generales Pedro Fabela, Joaquín Amaro y el coronel J. Gonzalo Escobar, los que formaron una compacta columna de caballería, fuerte en 3 700 hombres, y se pusieron a buscar a los villistas del bravo general Nicolás Fernández, Alberto Jiménez y Juan Cárdenas, que merodeaban por la región de Jiménez, Chihuahua. Los villistas se emboscaron y esperaron a que la columna carrancista se les pusiera, como quien dice, a tiro, y cuando lo consideraron oportuno, tomaron a los carrancistas completamente desprevenidos en un punto de los Bajíos de Salaís, cerca de Estación Troya, y los destrozaron, y les tomaron muchos prisioneros, aunque ellos, los villistas, no eran más que 600 hombres. La derrota fue completa y perfecta.³

Testimonio del mayor Martín Rivera Dominguez:

Partimos del rancho La Capilla con dirección sur. Pasamos por el rancho del extinto general Gorgonio Beltrán, donde pernoctó mi general Felipe Ángeles dos días, y de ahí mandó numerosas misivas con oficiales de la escolta de Dorados. Cerca de Balleza, en el rancho de una familia Loya, nos detuvimos por cinco días, mismos que mi general Ángeles dedicó a escribir. De ese lugar se desprendió mi pariente, capitán Teodomiro Domínguez, con la correspondencia del general Ángeles.

Por caminos poco transitados cabalgamos tres días y medias noches, para salir en plena sierra cañón de Rosario. Las tropas de Martín López habían ocupado los ranchos de la región.

³ *Idem.*



Corrían los días de la primera decena de abril de 1919. Se había determinado el ataque y toma de la plaza de Hidalgo del Parral, Chihuahua.

Nosotros, en la columna de Martín López, tomamos la estación de Rosario, de donde avanzamos con dirección norte, y la vanguardia de Martín López tomó la plaza de Santa Bárbara, capturando a la vez dos trenes con todo y tripulación.⁴

Ángeles, con su escolta y ayudantes, marcha junto a la escolta de Villa. Por cierto, todo el día 18 de abril cabalgamos juntos, platicando de muchas cosas. Tenía la confianza de que el plan se realizara con éxito.

Las fuerzas villistas se presentaron frente a Parral, bajo el mando directo del general Albino Aranda Calderón. Sus fuerzas invictas quedaron dueñas de la plaza, tras derrotar al general Manuel Madinabeitia, quien dejó abandonadas a su suerte las fuerzas de la defensa social. Éstas, al verse perdidas y sin esperanza de auxilio, optaron por defenderse hasta morir. El general Ángeles, como digo, venía junto con Villa, en la vanguardia de la columna de Martín López.

—Cuando bajamos la cuesta, el general Ángeles escuchaba al general Villa decirle:

—General Ángeles, a mí Parral me gusta hasta para morir.

—No conozco esta población —respondió Ángeles—, pero siempre he tenido interés por conocerla.

La plaza para entonces ya estaba tomada. Solamente las defensas sociales, al verse perdidas y sin esperanza de auxilio, se concentraron en un cerro, dispuestas a morir. Entonces el general Felipe Ángeles les ofreció el perdón si deponían las armas, lo que aceptaron inmediatamente.

⁴ *Idem.*



Villa firmó un pliego, comprometiéndose a respetarles la vida si deponían las armas. Fueron desarmados y conducidos a un cuartel, donde estuvieron detenidos hasta el siguiente día.

Villa fue a la plaza, donde lo saludaban muchos de sus amigos, vecinos de la ciudad de Parral. Mientras que un “bolero” le limpiaba las mitazas, se presentó el general Ángeles pidiendo que le entregaran los prisioneros.

—Todos son suyos, menos los Herrera. Eson son míos.

—Pero —dijo el general Ángeles—, usted...

—No hay pero. Los Herrera tienen que morir.

El general Ángeles apenas tuvo tiempo para decirle al general Villa: “Usted prometió”, cuando en ese preciso instante llegó el coronel Baltasar Piñones, con la noticia de que el general Emiliano Zapata había sido asesinado en una emboscada.

—General Villa, usted es hombre malo. No sabe perdonar... —le dijo el general Ángeles.

El rencor que consumía al general Villa contra la familia del general Maclovio Herrera, que con sus fuerzas lo había abandonado después de la Convención, y cuyo jefe encontrara la muerte en los campos de Laredo, se revolvió nuevamente contra los que consideraba traidores, y dictó órdenes estrictas de pasar por las armas al anciano don José de la Luz Herrera, padre de Maclovio del mismo apellido, y además a sus hijos Zeferino y Melchor. Para entonces ya había muerto el general Luis, en Torreón, Coahuila.

Con el fusilamiento del anciano don José de la Luz Herrera, y sus dos hijos Zeferino y Melchor, se extinguía esa familia, pues en combate anterior sobre la misma plaza, en que pereció el general carrancista Jesús Manuel Sobarzo, se lamentó la muerte de otro de los Herrera, hermano del general Maclovio Herrera, el señor Encarnación del mismo apellido.



Drástica medida tomada por el general Villa en esa nueva toma de Parral. Se lamentó mucho, aun entre los mismos elementos de sus fuerzas donde se recordaba con admiración y respeto al general Maclovio Herrera.⁵

De Parral, los villistas salieron divididos en varias columnas, y se registraron numerosos encuentros casi siempre favorables: derrotaron al general Amaro, Mateo Muñoz, Pedro Favela y otros jefes de menor categoría, en los Llanos de San Felipe; combate fallido en Santa Rosalía; combate en Cerro Blanco; combate en el Monte de Pingorongo, etcétera.

LA MARCHA SOBRE CIUDAD JUÁREZ

Los generales Villa y Ángeles, después de haber caído sobre la minera ciudad de Parral, Chihuahua, ordenan el avance, como un huracán de fuego, sobre la plaza fronteriza de Ciudad Juárez, Chihuahua. Y como si quisieran repetir la hazaña de 1913, amagan la ciudad de Chihuahua; siguen al norte y levantan la vía férrea, y el día 13 de junio de 1919 están frente a dicha plaza.

La plaza de Ciudad Juárez estaba defendida por fuerzas carrancistas con varias brigadas: fuerzas en número de 2887 hombres, repartidos en las siguientes brigadas o corporaciones: 62o. Batallón a las órdenes del coronel Francisco del Arco, con 411 hombres; 75o. Batallón, a las órdenes del teniente coronel Carlos Espinoza, con 380 hombres; fracción del 44o. Regimiento, a las Ordenes del coronel Agustín G. Ceballos, 160 hombres; Primer Regimiento de Ametralladoras, a las órdenes del coronel Primitivo González, 113 hombres y 18 ametralladoras, a las órdenes de oficiales competentes; fracción del Tercer Regimiento de Artillería, al mando del capitán Alfredo M. Sosa, 22 hombres y 2 cañones de 75 mm;

⁵ De cuando fuimos compañeros en la División del Norte.



y 150 fiscales a las órdenes de Marcelino M. Murrieta y Emilio P. Campa.

El jefe de las armas era el general Francisco González Villarreal, que acababa de volver a la jefatura del sector militar de la frontera, y el coronel Gonzalo Escobar, también recién llegado a Ciudad Juárez.

La columna villista arribó a Villa Ahumada, donde estableció su cuartel general, y se dispuso el avance de las columnas de aproximación a Ciudad Juárez. Las avanzadas villistas, mandadas por el general Martín López y coroneles Ramón Vega y J. Olgúin, ocuparon Torres, Puente Alto, Guadalupe y San Lorenzo. El corresponsal de la Prensa Asociada, y el corresponsal del *Arizona Daily Star*, se presentaron ante el general Hipólito Villa cerca de San Lorenzo. Río abajo, el ejército continuó la marcha. Cada vez más cerca de Ciudad Juárez, por un lado, y prosiguió la marcha con dirección norte.

Pasando por las haciendas avanza aquel ejército; son casi todos veteranos de muchas y sangrientas campañas. Pero cuando el general Felipe Ángeles —ilustre soldado y poseedor de una ciencia militar profunda— pasó revista a la columna, pudo comprobar que, del temible cuerpo de los Dorados, solamente quedaban ya unos cuantos. Esos Dorados se hicieron célebres y temibles durante la larga lucha. En esto, Martín López, general de los Dorados, había visto con sus propios ojos cómo esos sus grandes compañeros de armas, como no se han conocido otros, se habían ido uno tras otro para “el más allá”. Entre los que quedaban se contaba el mismo Martín López, Juan y Ramón Vargas, Ernesto Ríos, Reynaldo Mata, Macedonio Franco, José Nieto, Ramón Córdoba, Teodomiro Ortiz, Martín Rivera Domínguez, José Corral, Nicolás Fernández y Pedro Ortega, etcétera. Fueron unos cientos de valiosos elementos, pero no pertenecieron al grupo original



de los Dorados. Ya desde 1914 los Dorados se identificaron con el señor general Felipe Ángeles; pero cuando en el mes de abril de 1919 Villa junta sus fuerzas para darles a conocer el Plan de Río Florido, el gran artillero nota la ausencia de los famosos y temibles guardias del Centauro.

Las legiones villistas marchaban con rumbo al norte por las llanuras del extenso valle, entre la capital de Chihuahua y Ciudad Juárez. Pasaron por El Cobre, El Sauz, y por cada una de las fabulosas haciendas de don Luis Terrazas. Recogían los carros y mulas para cargar con su poca impedimenta.

La columna avanzaba. La retaguardia la cubrían los generales Albino Aranda y José E. García. A medida que avanzaban iban levantando la vía férrea, en previsión de un rápido movimiento del enemigo: los carrancistas encerrados en la ciudad de Chihuahua y los sociales en sus casas.

El corresponsal de guerra de la prensa extranjera, Jack T. Harris, dice:

Yo estaba en Douglas, Arizona, cuando mi periódico me telegrafió acerca de los rumores de que Villa avanzaba hacia el norte con intenciones de atacar la plaza de Ciudad Juárez, y que el general Felipe Ángeles lo acompañaba. Inmediatamente me trasladé a El Paso, Texas, y me comuniqué con el ingeniero Manuel Bonillas, agente confidencial de Villa, y un buen amigo mío. No se trataba de rumores. Era la verdad. El ejército de Villa debería hallarse en Villa Ahumada, al amanecer del día siguiente, que era el 11 de junio de 1919.

Sin muchas dificultades amanecí en Villa Ahumada, Chihuahua. Llegó la vanguardia con el general Alberto Jiménez. Lo encontré en la estación del ferrocarril, y me identifiqué.

“—Aquí se está usted, míster, en la estación” —me dijo el general Jiménez.



Yo guardaba muy bien un salvoconducto firmado por Villa. Databa del año de 1914. No obstante, nadie lo objetó.

Unas tras otras estuvieron arribando las tropas. Llegó Villa y con él se juntaron muchos generales, entre los cuales reconocí a Gabriel Valdivieso y a Nicolás Fernández. Muy tarde arribaron los generales Felipe Ángeles y Martín López. Ambos llegaron con uniformes amarillos y tocados con sombreros tejanos de copa baja color olivo. Unos oficiales me dijeron que habían arribado a Villa Ahumada otros periodistas americanos, pero no los encontré. Ya muy tarde me recibió el general Hipólito Villa, pero se negó a contestar a mis preguntas.

Los coroneles Juan B. Vargas y Erasmo Jalomo me llevaron con ellos, en un carruaje, hasta donde estaban los generales Villa, Ángeles y Ramón Vega.

Al verme, me dijo Villa:

“—¿Pero qué vientos lo han aventado a usted por aquí míster?”.

“—General Villa —le respondí—, mi periódico me ha mandado a preguntar a usted si es verdad que va a atacar Ciudad Juárez”.

“—Antes de veinticuatro horas lo van a saber. Y no me haga más preguntas por ahora, espérese hasta después”—respondió Villa.

Entonces el coronel Juan B. Vargas me llamó y me dijo que podía irme con ellos. Más tarde el coronel Daniel Rudecindo ordenó que me proporcionaran un caballo. Y a la medianoche se emprendió la marcha y, por supuesto, ya adelante iban algunas fuerzas.

Nadie decía nada del próximo combate. Aun cuando soldados y oficiales se mostraban alegres, como si la idea de entrar a Ciudad Juárez les gustara. ¡Esa plaza tan conocida para muchos de ellos!...

Con el amanecer del día siguiente arribamos a un rancho que le dicen Los Papalotes, y el cual está hacia el norte



de la Laguna de los Patos. Al mismo tiempo que llegaban las fuerzas de Martín López, las que habían acampado durante la noche iniciaban de nuevo la marcha rumbo al norte. Una cosa me llamó la atención, y es que las tropas que habían partido dejaron a varios soldados destazando más de diez reses para que los que llegaran tuvieran carne fresca que comer.

Fue el jueves 12 de junio de 1919, cuando el general Felipe Ángeles nos entregó a los reporteros norteamericanos sus declaraciones puntualizando que el jefe de todas aquellas fuerzas era el general Francisco Villa y no él, como se había propalado; sin embargo, los dos firmaron la invitación que hicieron al general Francisco Villarreal, para que saliera de la ciudad a batirse en campo abierto, con el objeto de evitar desgracias entre los habitantes de ambas ciudades de la frontera.

El plan de ataque fue trazado por el general Ángeles, aprobado por Villa y todos los generales. El general Felipe Ángeles, jefe de las operaciones; y el general Martín López, jefe de las fuerzas de ataque.

Las fuerzas de la brigada de Martín López se acantonaron en las laderas de San Lorenzo, y allí mismo se estableció el puesto de mando del general Ángeles, teniendo como sostén un regimiento comandado por el general Ramón Vega. El Estado Mayor del general Ángeles lo comandaba el coronel Daniel Rudecindo (antiguo alumno de la Escuela de Aspirantes).

Entre unas y otras laderas formábase una alameda, donde se hicieron pabellones de armas formando un cuadro dentro del cual la tropa y escolta del general Ángeles descansó y comió.



Voy a reproducir solamente unos párrafos de mi libro *Villa contra todo y contra todos*, en el cual se reseña, paso a paso, todo lo sucedido en esta batalla:

A las once y media de la noche del sábado 14 de junio de 1919, se inició el ataque. Los villistas, en número de dos mil hombres, bajo el mando superior de Martín López, se aproximaron a la ciudad por los caminos paralelos al río Bravo. Un cañonazo del Fuerte Hidalgo dio la señal.

La arremetida fue por parejo, y el ímpetu con que los villistas atacaban obligó a retroceder, poco a poco, a los defensores.

Para la medianoche se combatía ferozmente, cada vez más cerca del perímetro de la población. Los norteños, decididos a todo y sin importarles nada, arrollaban a todo lo que les ponían enfrente; empezaron a ganar terreno, que palmo a palmo le iban disputando al bravo Francisco del Arco, pero quemando gente. Martín López, con los de su escolta, fue de los primeros en llegar a las casas de la orilla de la población, por el camino por donde entran y salen las gentes que llegan de los ranchos y pueblos situados a lo largo de la margen sur del río Bravo.

De las tres a las cinco de la mañana del domingo (15 de junio de 1919), Villa era dueño de Ciudad Juárez, ocupando los principales edificios; los defensores, por la fuerza del ataque, se refugiaron en el Fuerte Hidalgo, y los villistas detuvieron su embestida y se dedicaron al jolgorio de que estaban deseosos... después de tanta fatiga y tiempo de errar por los desiertos de la vasta mesa central del norte, siempre combatiendo. La plaza cayó en poder de los villistas bajo el mando de Martín López.

Pero Martín se durmió en sus laureles. Los carrancistas reaccionaron aprovechando el titubeo, y a las cinco de

la mañana, dos columnas de infantería y una de caballería, partiendo precisamente del Fuerte Hidalgo, se lanzaron al contraataque, con furia incontenible.

Los villistas retrocedieron hasta San Lorenzo, donde estaba el campamento del general Martín López, a cuyo cargo estuvo el primer ataque contra la plaza, de la cual lo sacaron tras una lucha espantosa.

Llegó el general Villa a un puesto de vigilancia del resguardo aduanal, y se detuvo unos instantes hablando con los celadores, cuando en esos momentos salió una fuerza villista combatiendo en retirada. El coronel Miguel Castorena levantó polvo corriendo con unos de sus soldados, y Villa aprovechó ese polvo como cortina para retirarse. En medio de nutrida balacera, Villa se batió en retirada; con él iban Antonio Lara y Miguel Castorena.

Se reúne Villa con Ángeles y Martín López, y con toda la energía que era característica en él, llama a Martín López, y le dice:

—¿Qué es lo que ha pasado? Te mandé para Juárez.

—Mi general —intercedió Ángeles—, Martín tuvo que ordenar la retirada para evitar que una parte del ejército quedara atrapada dentro de la ciudad”.

—¿En dónde está Castro? —inquirió Villa con voz tronante. Alguien gritó:

—Lo vi caer en las labores.

Y enseguida mandó llamar a varios jefes. Ordenó que se diera un descanso a la tropa.

Enseguida, Ángeles y Villa, retirados de los otros jefes, hablaron por espacio de dos horas, sin que nadie se enterara de lo que trataron. —Mayor Martín Rivera Domínguez.

Y para las nueve de la noche se abrieron, se abrían nuevamente paso, arrollando a todas las defensas. Un temporal de fuego barría la población.

La voz potente del Centauro avivaba la trifulca, gritando:



“—¡Adelante, muchachos... que el que es gavilán no chilla!”. Ciudad Juárez estaba en poder de los villistas.

La intervención yanqui

Los primeros cañonazos del ejército norteamericano estremecieron la frontera, desde las 12:30 de la noche del domingo 15 hasta el lunes (16 de junio de 1919).

Se abatían sobre el pueblo de Ciudad Juárez las granadas de los cañones del 82o. Regimiento de Artillería norteamericana.

Se protegía el avance de las infanterías, que cruzaban el puente internacional; y el 16o. Regimiento de Caballería entraba por el vado de San Lorenzo, lanzado a toda rienda, pretendiendo, con fuego y rencor, pescar al fantasma (Villa) que se zafaba de la trampa.

Cuando los americanos iniciaron su avance cruzando el río por el vado de San Lorenzo, los generales Felipe Ángeles y Martín López, con sus respectivas escoltas, se batieron admirablemente. Villa había ordenado la retirada. Crispando los puños y haciendo un gesto de rabia indescriptible, gritó:

“¡Mi general Ángeles, ya está bueno...! ¡No caímos en el lazo! ¡Ni modo... vámonos para atrás!”.

La caballería americana, equipada con magnífico armamento y protegida con el fuego de su artillería, se lanzó sobre los dragones villistas de los generales Felipe Ángeles y Martín López. Por una orden de Villa, el general Ángeles, con los oficiales ayudantes y escolta, se retiraron, mientras los soldados de Martín López, y su escolta, por un momento parecieron estar pegados al suelo. No se movieron; y tumbando güeros permanecieron en medio de la polvareda que levantaban las granadas gringas, que al estallar cegaban a los soldados. Algunos de ellos cayeron aturcidos y se incorporaban sin mostrar asombro. El co-



ronel Jesús Verdugo (el Zarco) perdió su caballo, y en esos mismos momentos Martín López animaba a la gente. El coronel José Corral cayó a unos tres metros de donde estaba Martín López. Rápidamente desmontó Martín y trató de levantar a Corral. Todo fue inútil: el valiente revolucionario José Corral estaba muerto. En esos instantes cayó el caballo de Martín López, y éste se retiraba caminando y disparando, hasta que le dieron un caballo. Juan B. Vargas se hallaba entre los oficiales de la escolta de Ángeles y de Martín López. Tres soldados americanos se adelantaron corriendo al galope de sus caballos, y en el último de los tajos de las labores, ya para entrar a terreno desértico, los tumbaron Gaspar Valles, Othón Vega y Juan Álamo (hermano de Félix, del mismo apellido).

Con todo, los americanos le hicieron a los villistas *lo que el viento le hizo a Benito Juárez...*

Ante la imposibilidad de tomar esa plaza, Villa ordenó la retirada, y se detuvieron en Villa Ahumada, donde se citó a los principales jefes para una junta.

Desde que partieron de Samalayuca, donde tenía Villa su cuartel general, hasta arribar a Villa Ahumada, el general Ángeles procuró no verse con el general Villa. Y al reunirse en dicho lugar, Villa manifestó, en presencia de todos sus generales, que el ataque a Ciudad Juárez se había ordenado a instancias del general Felipe Ángeles, y los resultados eran de todos conocidos. El mismo general Ángeles externó su extrañeza por la actitud del general Erwin.

Siendo el general Ángeles quien aconsejó el ataque villista a dicha plaza, era a él a quien correspondía pedir explicación al jefe americano, y desde luego se dictó la siguiente carta, que firmaron los generales a nombre del "Ejército Reconstructor Nacional", autorizando al general Ángeles para protestar enérgicamente por la agresión de las fuerzas americanas:



Al margen un sello que dice:

República Mexicana,
Ejército Reconstructor Nacional.
Cuartel general.

Designamos únicamente al señor general don Felipe Ángeles, en nombre de las fuerzas del Ejército Reconstructor Nacional, con el fin de que haga las gestiones que crea necesarias para tener conocimiento del motivo que originó la agresión de las tropas americanas contra parte de las del mencionado Ejército Reconstructor, el día 16 de junio de 1919.

Constitución, Reforma, Justicia y Ley.

Cuartel General en Villa Ahumada, Chihuahua. —Junio 18 de 1919. —El general en jefe Francisco Villa; el general de brigada Nicolás Fernández; el general Ildefonso Sánchez; el general Ricardo Michel, el general Martín López.

Acompañado del coronel Alfonso Gómez Morentín, y de una pequeña escolta bajo el mando del capitán Fidencio Márquez, el general Felipe Ángeles se acercó a la línea fronteriza, en un lugar frente a Isleta, Texas, y allí determinó que fuera el coronel Gómez Morentín quien se entrevistara con el general Erwin, mientras él esperaba el resultado de este lado de la línea internacional.

El señor Theodoro Kyriacópulos —agente villista y amigo personal de Villa— fue avisado a tiempo para que estuviera en Isleta, Texas: esperaba a Gómez Morentín en la hacienda del texano George Holmes, y de allí lo condujo a la residencia del ingeniero Manuel Bonilla —villista—, y los tres juntos, Bonilla, Kyriacópulos y Gómez Morentín, convinieron en ir a ver al general Erwin, para hacerle entrega de la carta del general Felipe Ángeles (y no la que firmaron los



generales). Una hora más tarde fueron recibidos en la casa particular del general Erwin, donde el jefe americano se enteró de la carta personal del general Ángeles, indicándoles que tuvieran la bondad de esperar un momento.

Tras breves instantes apareció el general Erwin por una de las puertas que conducían al interior de la habitación, y haciendo una ligera inclinación de su cuerpo, dijo gravemente:

—General Erwin.

Los comisionados, puestos de pie, saludaron, igualmente.

—¿Quién es la persona que viene de México? —preguntó el jefe americano.

Alfonso Gómez Morentín se adelantó entonces, y puso en manos del general la carta particular de Ángeles. El jefe yanqui leyó la carta lentamente, y al acabar dijo dirigiéndose a los tres:

—Los señores harán el favor de pasar al cuartel general dentro de una hora —y se despidió cortésmente.

(Al decir de Gómez Morentín, eran las once de la noche del día 20 de junio de 1919).

Llegamos a Fort Bliss —dijo el ingeniero Manuel Bonilla—, eran las once de la noche, y un soldado, desde la puerta de entrada principal, nos condujo al edificio del cuartel general. Nos pasaron a una antesala, y después de haber permanecido por espacio de una hora y media esperando, por fin un joven oficial nos pasó al despacho del general Erwin. Era una pieza grande y elegantemente amueblada, el general estaba de pie detrás del escritorio elegantísimo y rodeado de muchas personas, la mayor parte de ellas vistiendo uniforme militar.

—¿Quién es la persona que ha venido de México? —preguntó el general Erwin con sequedad.



Gómez Morentín se adelantó y el general Erwin le dice, en el acto:

—Caballero: informe usted a la persona que firma la carta que usted me ha entregado, que el gobierno americano ha reconocido a un gobierno en México y que, por lo tanto, no puedo dar las explicaciones que se me piden...

—Ahora, caballero, quiero que me diga usted si entró legalmente a los Estados Unidos...

—No, señor, crucé la frontera por un lugar cercano a Ciudad Juárez —respondió Gómez Morentín, expresándose en el idioma inglés.

—Caballero, como usted ha infringido las leyes de inmigración de los Estados Unidos, me veo en la necesidad de entregarlo al Departamento de Justicia.

—Míster Johnson, tiene usted a su disposición al señor.

Inmediatamente el señor Johnson tomó del brazo a Gómez Morentín, y, en tanto, el general Erwin se despedía con:

—Buenas noches, caballeros.

A bordo de un poderoso automóvil condujeron a Gómez Morentín hasta un punto cercano a Isleta, y le preguntó míster Johnson si era por donde había cruzado el río.

—Bueno, como yo comprendo que usted no ha de pretender permanecer dentro de este país ilegalmente, desde luego está libre, pero con la súplica de que a la mayor brevedad posible abandone el territorio de los Estados Unidos.

La carta que firmó el general Felipe Ángeles fue la que entregó al general Erwin, y la que firmaron los generales quedó en poder de Gómez Morentín, y finalmente pasó a manos de los señores Casasola.

Al mismo tiempo que Ángeles y Gómez Morentín regresaban al campamento en Villa Ahumada, también llegaban el coronel José María Jaurrieta, acompañado del señor doc-



tor Andrés Villarreal, que por súplica del general Villa iba con el objeto de atender a Hipólito Villa, que se encontraba grave y ya le había examinado el doctor Ignacio Ochoa.

Tome nota el lector: desde el mes de diciembre de 1918, en que el bravo general Martín López les dio a los de la defensa social la tunda en el cañón de Encinillas, y luego al general Eduardo Hernández en la hacienda de Rubio el 18 del mismo mes, y una semana más tarde le dio otra aporreada a los carrancistas y defensa social, no se volvió a saber nada de dichos elementos, con los que tan pomposamente había gritado el ilustre general Ignacio C. Enríquez que iba a perseguir a Villa... Palabras de políticos baratos...).

Una palabra más:

La intervención americana

Los primeros cañonazos del ejército americano estremecieron la frontera, a las 12:30 de la noche del lunes 16 de junio de 1919.

Se abatían sobre el pueblo de Ciudad Juárez las granadas de los cañones del 82o. Regimiento de Artillería norteamericana.

A las tres de la mañana, míster H. Dow, cónsul en Juárez, que ya estaba en El Paso, Texas, comunicaba telefónicamente al C. Andrés García, nuestro cónsul en esa población, la siguiente nota:

El señor general Erwin, jefe de las fuerzas norteamericanas, quiere hacer llegar al conocimiento del jefe de las fuerzas en Ciudad Juárez, que no tiene la intención de que sus fuerzas permanezcan en territorio mexicano, sino que al cumplir su misión se retirarán en breve plazo.



Como la cosa era muy grave, nuestro cónsul dispuso que el vicecónsul Alberto Ruiz Sandoval acompañara a míster Dow y a un teniente de las fuerzas de Erwin, que pasaran a Ciudad Juárez.⁶

Así fue como estos señores lograron reunirse con la avanzada del Hidalgo, por cuyo conducto llegó a poder del general González la citada nota, a la que respondió:

—Antes que cualquier cosa, le hago presente mi más enérgica protesta por la invasión de las tropas de Norteamérica. No puedo dar ninguna contestación a la nota del general Erwin, la que yo procuro hacerla del conocimiento de mi gobierno, de quien espero órdenes, para adoptar las determinaciones necesarias.

La necesidad de retirar inmediatamente a sus fuerzas para evitar un choque sangriento, porque ya me es muy difícil contener la agresiva actitud de las fuerzas y del pueblo de Ciudad Juárez.

El patriota pueblo de Ciudad Juárez, ciertamente, se había echado a la calle, sombrío, y dispuesto a pelear con las uñas contra los invasores.

Al pasar la raya, los *primos* fueron recibidos a balazos entre las calles Ocho y Nueve, resultando muerto un teniente del Estado Mayor del general Erwin, y el soldado Sam Turco; y heridos los soldados B. Casey, Edward Reily y Earl Smith.

En una casa de la calle Nueve, la guardia prebostal mató al americano Floyd Hintoy...

Catorce mexicanos —cuyos nombres perdimos— cayeron prisioneros por disparar contra los invasores; media docena

⁶ Véase Alberto Calzadías Barrera, *Villa contra todo y contra todos*.



de muertos anónimos: villistas, carrancistas y civiles, cayeron esa noche en defensa de la patria mexicana.

Los comentarios violentos, malsonantes y agresivos, contra los invasores, atronaban en todas partes; y los soldados carrancistas murmuraban amenazadores. Sólo la disciplina había impedido, hasta allí, que se unieran al pueblo.

La actitud arrebatada de la gente de la calle, sus blasfemias, sus miradas insultantes y su odio a punto de reventar, evidenciaban al general Campbell que estallaría la violencia.

En nuestra Embajada en Washington la noticia cayó como una bomba, ocasionando la rápida protesta de Cándido Aguilar, jefe de nuestra Misión Diplomática, atendido por el secretario de Estado.

La protesta y la escapatoria de Villa impusieron la inmediata salida de las fuerzas, manifestándole Campbell a González que: “en caso de no haber inconveniente, permítale al general Emilio P. Campa que acompañe a un capitán de mi estado mayor, para localizar más fácilmente a la columna de caballería americana, a fin de que se reconcentren a Fort Bliss”.

A las 11 de la mañana, ante el alboroto delirante de todos los mexicanos, cruzaban el puente internacional los últimos *primos* que invadieron México durante un poco más de 10 horas, el 16 de junio de 1919.

Fue entonces cuando levantamos los ojos al cielo, sentimos las caricias del sur, el bravío viento de la Sierra de Chihuahua, trayéndonos susurrante el canto de combate de los hombres del Fantasma de Columbus...

“¿Qué pensarían los americanos... que agarrar a Villa es un baile de carquís? ... Pos onque traigan una bola de texanos... Pancho Villa no saldrá de su país...”.

De las fuerzas villistas, sólo 2000 hombres entraron al combate, bajo el mando directo del general Martín López, dirigido por el general Felipe Ángeles, que no se separó del puesto de mando, sino cuando se batió, junto con su escolta



y ayudantes, con todo valor; porque Ángeles fue, en todo, un jefe muy valiente, con muy buen corazón.

De los villistas murieron el general Jesús Manuel Castro —compañero de Pablo López en lo de Santa Isabel— y el coronel José Corral; y en el hospital que se improvisó en la Escuela de Agricultura, 110 heridos (entre éstos se contaron los capitanes José Vega, Arturo Tena y Juan Bustillos —serranos chihuahuenses—, y el sargento Antonio Landabazo).⁷

Los defensores de Ciudad Juárez perdieron cinco oficiales y 65 soldados. Fue herido varias veces el bravo J. Gonzalo Escobar.

Fue tan notoria la injusticia, que el diputado míster Dudley, caracterizado como enemigo de Villa, protestó, y el diputado míster Gould, de Nueva York, declaró que el caso de tropas americanas en territorio mexicano constituye una tácita alianza militar entre México y Estados Unidos, de la cual el Congreso no tiene conocimiento.

ONCE MESES

PREPARATIVOS PARA LA SIGUIENTE CITA CON LA MUERTE

Tras la retirada villista de los alrededores de Ciudad Juárez, hicieron alto en Villa Ahumada, tal como se ha dicho en páginas atrás, para cuya fecha las fuerzas carrancistas que de Chihuahua salieron en auxilio de las de la frontera, comandadas por los generales Joaquín Amaro, Pablo Quiroga, y otros menos conocidos, libraron combate un poco hacia el sur de Villa Ahumada; los soldados villistas combatieron sin ánimo, sosteniéndose, dando tiempo a que el grueso del ejército se retirara por Santo Domingo. Era el día 27 de junio

⁷ Véase Enrique León Ruiz, *op. cit.*



de 1919: la columna villista se acantonó en las haciendas de los Terrazas, y precisamente otro día, que fue el 28, lanzó Villa un manifiesto firmado por todos los generales, en primer lugar el general Felipe Ángeles. Villa puso estas palabras respecto a su conducta para con los extranjeros:

No teman de nuestra parte represalias los americanos que viven en nuestro país, pues no haremos caer sobre inocentes o el error de un gobernante o de su subalterno, y, como hasta la fecha, seguiremos dando garantías tanto a ellos como a los demás extranjeros, lo mismo que a los mexicanos.

Villa, hombre práctico en cuestiones de organizaciones, y que nunca gustó de perder el tiempo, allí en las haciendas que antes fueron de los Terrazas, se entregó por completo a la tarea de preparar con la eficaz cooperación del general Felipe Ángeles la siguiente campaña. Es lo cierto, el general Ángeles, en todo momento estuvo a su lado. Juntos planearon la campaña sobre la capital de Durango. En esa hacienda se tomaron todo el tiempo necesario, como si los carrancistas no existieran para ellos. Veintidós días estuvieron en dicho lugar.

Por primera vez, dice el mayor Martín Rivera Domínguez, cerca de dichos jefes, algo de lo que ellos planeaban:

Por órdenes expresas del general Villa, fui a Mexicali, vía Estados Unidos, para entregar una comunicación a los coroneles Esteban Cantú, Juan Antonio García, Francisco Reyna Canizales, y general Félix Ortega Aguilar. En aquel territorio todos eran villistas-convencionistas.



*Se reunieron dichos jefes en junta, y de acuerdo entre ellos, manifestaron que el señor general don Felipe Ángeles era el candidato a la presidencia de la República.*⁸

Desde aquel instante, para mí, ya no fue un misterio aquello de tanta misiva que el general Ángeles escribía y dirigía para distintas partes del país. A mi regreso me incorporé a la columna, todavía en la hacienda de El Carmen. Mi general Ángeles me felicitó.

Después de esos sucesos, el general Ángeles, seguido de su escolta de quince hombres, al mando del mayor José Muñoz, y capitán Trinidad Yrigoyen, con nosotros sus cinco ayudantes, nos internamos en la sierra de Los Tanques.

Los cinco ayudantes éramos en dicha fecha los coroneles Miguel Castorena, José Natividad Rodríguez, y mayores Ponciano Rascón Domínguez, Antonio Domínguez Leyva y yo, Martín Rivera Domínguez.

En la parte más alta de dicha sierra hay una meseta muy amplia, bordeada de pinos y táscales, y en unas rinconadas habitan muchas familias tarahumaras.

(Durante todo ese tiempo, mi general Ángeles traía a su lado, como invitados de honor, a los prisioneros mayor Néstor Enciso de Arce y soldado Antonio Trillo).

Todas las mañanas escribía mi general Ángeles. Por las tardes platicaba con nosotros. Leía mucho. Así estuvimos por espacio de veinte días, hasta que se presentó un enviado de mi general Villa. Era el capitán de la escolta de Dorados, Teodomiro Ortiz Domínguez. Se llevó toda la correspondencia que había preparado mi general Ángeles. Y nosotros todos, por orden de Villa, nos fuimos para la sierra frente a San José de Gracia. También allí escribió mucho mi general Ángeles. Después nos fuimos para la sierra al poniente de Balleza, y en el rancho del extinto general Gorgonio Beltrán nos recibieron

⁸ N. del E. El subrayado es del autor.



con mucho cariño, en cuanto descubrieron al general Ángeles. Lo atendieron con tanta amabilidad, que parecía que él era el padre de la casa. En este rancho permanecimos hasta nueva orden, para irnos a Minas Pintas. Aquí vivimos en buenas casas y con buenos alimentos. Durante veinte días, asistidos por mujeres tarahumaras. Mi general Ángeles, como siempre, dedicaba todo el día a escribir misivas.

Para esa fecha se había iniciado la marcha del ejército con destino a Durango, y por orden del general Villa, nos incorporamos en San Juan Bautista.

Cuando se encontraron los generales Villa y Ángeles, el primero preguntó:

—General Ángeles, ¿cómo va su tarea?

Contestó Ángeles:

—Puedo asegurarle que todo camina de acuerdo con nuestro plan, y de lo que son por ahora nuestras circunstancias.⁹

Hasta aquí escuché (yo) Martín Rivera Domínguez.

Desde antes de abandonar la hacienda de El Carmen, Villa había mandado emisarios para distintas partes de Coahuila, Durango y Zacatecas, a los generales Bernabé Ávila y Alberto Salazar, con instrucciones para destruir la vía férrea entre Torreón y Pedriceña; y a los generales Isidro López y Manuel Domínguez, a Zacatecas, para destruir la vía férrea entre Cañitas y Durango, el día 1o. de septiembre siguiente.

Unas horas antes de que el general Felipe Ángeles arribara a San Juan Bautista, pasó el general Martín López a la cabeza de su brigada.

⁹ La única persona que estuvo presente —a veces— cuando Villa y Ángeles hablaban acerca de los detalles de la organización, fue el general Hipólito Villa, hermano del Centauro.



Testimonio del coronel Ponciano Rascón Domínguez: Martín López —el más joven de todos los generales villistas—, a la cabeza de su temeraria brigada pasó por La Quemada y llanuras de Bustillos, y procuró ver a sus padres. Tuvo conocimiento de que los carrancistas los habían perseguido y molestado mucho, y no sé, ni puedo asegurar, si fue su hermano Jesús quien lo condujo hasta el sitio donde se hallaban: en una cueva del Paredón del Conchos; allí los encontró, muy necesitados del todo. Martín Se entristeció y lloró.

—¿De modo —dijo Martín— que, después de ocho años de lucha en esto hemos venido a parar? ¿Es que ustedes no disponen ni tan siquiera de lo más indispensable?

—Martín —le dijo don Jesús—, desde antes de que muriera tu hermano Pablo, yo les pedí que se separaran de esta vida, y ni él ni tú hicieron caso.

—Papá —respondió Martín—, usted nos pedía lo imposible. Rendirnos era seguir el camino de la humillación. ¡Eso nunca!

En medio de aquella miseria infrahumana se hallaba don Jesús López Manríquez, con su esposa doña Antonia y sus hijas, cuando llegó Martín. Miseria material... que, por otro lado, no pudo ser lo que realmente debió significar para don Jesús, al ver a su hijo y saberse padre de hijos tan hombres como lo fueron Pablo y Vicente, ya muertos para esas fechas; por eso se dio valor y le dijo a Martín:

—¡Hijo, mis pensamientos están siempre contigo! Me siento orgulloso de ti. ¡Dios te acompañe! ¡Adiós Martín!

Les dijo Martín que iba para Durango.

Se alejó. Muy triste, llorando...

La marcha para Durango sería la última aventura del bravo general Martín López. En San Juan Bautista se reunieron



todas las brigadas, y durante la junta de jefes y generales, el general Felipe Ángeles dirigió las siguientes palabras:

¡Compañeros!

La bandera de nuestro movimiento es la misma que se agitó desde el 20 de noviembre de 1910: luchamos en contra de los Emisarios del Pasado...

La causa de los pobres, es nuestra causa.

No olvidemos que la Soberanía Nacional reside, esencial y originalmente, en el pueblo; que todo poder público dimana del pueblo, y se instituye para su beneficio; y que la potestad de los mandatarios públicos es únicamente una delegación parcial de la soberanía popular, hecha por el mismo pueblo.¹⁰

Al filo de la medianoche se inició la marcha con rumbo a la capital de Durango.

Testimonio de los mayores Martín Rivera Domínguez y Celso Apodaca:

Desde San Juan Bautista, el estado mayor, ayudantes y escolta del general Felipe Ángeles, formamos en la columna del general Martín López. Y con mucha frecuencia se juntaban los generales Villa, Ángeles y Porfirio Ornelas, y charlaban muy animados.

En la marcha hacia Durango, el ejército se dividió en tres columnas, siguiendo caminos paralelos. Se movían lenta pero constantemente.

¹⁰ Véase Enrique León Ruiz, *op. cit.*



Era el día 27 de agosto de 1919. Al filo de la media mañana arribó la columna de Martín López a la hacienda del Rodeo. Cabalgaban los generales Ángeles y Martín López a uno y otro lado del Centauro.

Hicieron alto frente a la casa residencial de la familia Tavison. Martín López, con la alegría de quien llega a donde se encuentran su esposa e hijo, invita a los generales Ángeles y Villa a tomar una taza de café.

Ángeles y Villa fueron recibidos por el señor Tavison. Allí estaba María Tavison, esposa de Martín López, con un niño en sus brazos: era Martín López, hijo.

Villa, quien siempre fue cariñoso con los niños, tomó en sus brazos al pequeño Martín López. Después de tomar el almuerzo, el general Ángeles agarró al niño y lo besó...

Si hubieran sabido vaticinar el futuro, habrían sabido que esa iba a ser la última vez que el bravo general Martín López acariciara a su único hijito.¹¹

Prosiguió la marcha, y Villa contemplaba, allá en la lejanía, la sierra de la Silla, Durango, y les decía, apuntando con la mano, al general Ángeles y Martín que allí en el cerrito que divisaban estaba el rancho donde vivieron su mamá y sus hermanas, cuando él le dio de balazos al rico abusivo que burló a su hermana. Y les decía:

“Allá están las ruinas de lo que fue, en un tiempo ya lejano, la hacienda de Santa Isabel de Berros, donde vivió el viejo rico López Negrete”.

La columna villista se movía lenta pero constantemente. A las primeras horas de la madrugada del día 28 de agosto (1919), llegó la vanguardia de la columna con Martín López, a la hacienda de Huichapan, Durango.

¹¹ Dos años más tarde, el general Villa recogió al niño del extinto general Martín López, véase Enrique León Ruiz, *op. cit.*

Entretanto la columna avanzaba, y sin que Villa ni Ángeles lo pudieran evitar, fueron advertidos en Canatlán, Durango. Desde ese momento vibró el telégrafo dando la noticia, por lo que el enemigo tuvo tiempo de prepararse, cundiendo la alarma, pero el plan de los norteros pudo llevarse a la práctica, a despecho de haber sido descubierto por los carrancistas.

Ante el asombro de propios y extraños, Francisco Villa y Felipe Ángeles con cerca de 5000 hombres se iban acercando a la capital del estado de Durango, tan sólo 42 días después de haber tomado la plaza de Ciudad Juárez, Chihuahua.

El cuartel general quedó establecido poco adelante de Cacaria, y el puesto de mando al pie de uno de los cerritos, al norte de la ciudad de Durango.

El general Ángeles hizo un rápido estudio del terreno y dispuso el orden de ataque.

Los carrancistas, bajo el mando del general Gabriel Gavira, comenzaron a evacuarla sin combatir, sin esperar siquiera ser atacados por los norteros.

La brigada de Martín López cruzó el río y, dejando del lado izquierdo el pueblito de Coronado, marchó directamente hacia la Labor de Guadalupe, estación situada adelante de “Francisco I. Madero”, sobre la vía del ferrocarril de Durango a Torreón. El cuartel general de la expedición a Durango, asignó a la brigada de Martín López atacar Durango, por el lado oriente, y por sobre la vía como centro.

Desde el lomerío que se levanta frente a la población, observaron Villa y Ángeles cómo las fuerzas enemigas, bajo el mando del general Gabriel Gavira, evacuaron la ciudad, pero no se decidieron a ocuparla porque se vislumbró en el horizonte los trenes de auxilio que, procedentes de Torreón, llegaban en convoyes militares a reforzar la guarnición de Durango amenazada seriamente por el ejército villista. El humo de las numerosas locomotoras que marchaban sobre



Durango, indicaban que no se habían cumplido las órdenes del cuartel general villista. El coraje bullía en el interior del Centauro. El mismo general Ángeles se inquietó...

También el bravo general Martín López había avizorado la llegada de numerosos trenes con muchas fuerzas (12000 hombres; toda la división del general Cesáreo Castro), y sin tardanza determinó interceptarlos en su avance y los atacó en la estación Labor de Guadalupe, es decir, en las goteras de la ciudad. Allí casi aniquiló a los primeros contingentes carrancistas que descendieron de los primeros trenes exploradores; pero mientras combatía fieramente contra esos contingentes de la vanguardia, los del centro y los de retaguardia dispusieron del tiempo suficiente para desembarcar sus elementos y marchar en auxilio de sus compañeros, que estaban siendo batidos más adelante. Cayeron como torbellino sobre las fuerzas de Martín López.

Comprendiendo lo comprometido de la situación, y ante el peligro de verse flanqueado, ordenó Martín López la retirada al lomerío norte de la estación. En aquellos instantes, Villa y Ángeles se dieron cuenta de lo difícil de la situación de la brigada del bravo general Martín López, y en vez de caer sobre las fuerzas carrancistas que continuaban evacuando la ciudad, cargaron contra el enemigo que tantos daños estaba causando a las fuerzas del chihuahuense Martín López, en los momentos en que éste ordenó la retirada hacia el monte antes citado.

Martín López, sin embargo, observó que su retaguardia estaba muy comprometida en el movimiento de retirada, y acompañado de su escolta, como estaba acostumbrado, se colocó frente al enemigo, y protegiendo a su retaguardia, empeñado en una lucha desigual, con su pecho y el de sus hombres de escolta impidió que sus aguerridos soldados fueran capturados.



En estos momentos entró en acción la escolta del general Ángeles, con el mayor José Muñoz. También sus ayudantes, con los coroneles Carlos Tamborel, José Natividad Rodríguez y otros...

El choque fue brutalmente duro, las filas de uno y de otro ejército estaban clareadas por las bajas que estaban padeciendo. Fue en los momentos en que la misma escolta de Ángeles llegó en auxilio.¹²

Las fuerzas carrancistas del general Cesáreo Castro resultaron tan quebrantadas de aquella pelea que, no obstante su superioridad numérica y lo excelente de sus elementos de refresco, traídos de la región lagunera, no se atrevieron a emprender la persecución de las fuerzas villistas que se retiraban, precisamente por haber sido herido el general Martín López.¹³

La muerte de Martín López

Villa y Ángeles acordaron ordenar la retirada al norte, sin importar ya la toma de la ciudad de Durango, sino la salvación del principal y el más grande de todos los generales villistas de los últimos años: Martín López.

A la siguiente mañana se continuó la marcha hacia el pueblito de Ocotán, tierra natal de los hermanos Vargas (Dorados de Villa).

¹² *Memorias de un soldado*. Véase Enrique León Ruiz.

¹³ Hace ya muchos años que mi amigo, el coronel Joaquín Rodríguez, me presentó con Jesús María López, hermano del general Martín López, y me platicó que cuando hirieron a Martín estaba combatiendo montado en su caballo, cuando él le dijo: “—Martín, mira cómo vienen, vámonos”. Martín le respondió: “—Si tienes miedo, vete”. En ese momento Martín recibió un tiro en el estómago. Así mismo me lo relató uno de los hombres más bragados de la escolta de Dorados, a quien yo conocí desde los años de mi infancia: mayor Celso Apodaca, testigo ocular.



El cuartel general ordenó que violentamente se trajera un doctor de Canatlán, para atender al herido, que cada vez se ponía peor. Llevan al doctor Francisco Morales, de Canatlán, que dista de allí tan sólo unas tres leguas. Villa ordena que no omita ningún esfuerzo para salvar la vida del bravo guerrero chihuahuense.

El general Martín López fue herido en las orillas del jagüey que está ubicado entre el poblado de José María Morelos (antes Tinajas) y San Juan de Dios, a siete kilómetros de distancia de la orilla de la ciudad de Durango.

El doctor Francisco Morales, después de examinar bien la herida, les anunció a los generales Villa y Ángeles que Martín no sobreviviría 24 horas más, no obstante el optimismo del herido, que acompañaba a la columna, que ya había reanudado la marcha hacia el norte, ocupando el bosquecito donde el joven revolucionario pasaba sus últimas horas, con la esperanza de salvar la vida, porque ni Villa ni el general Ángeles le habían revelado la terrible verdad.

El semblante de Villa comienza a ensombrecerse ante la muerte de Martín López. Se le va para siempre Martín López Aguirre, “El Güero Martín”, en los momentos en que más lo necesita. Silenciosamente abandona la columna el campo de Ocotán; y esa misma noche, en el rancho de Las Cruces, el general Martín López rinde su postrer tributo a la madre naturaleza, en manos del doctor Francisco Morales, y de los oficiales y jefes comisionados por Villa para que cuidaran del bravo guerrero chihuahuense.

Todos lo recuerdan: Villa se sintió herido por aquella tremenda pérdida. Como un padre a su hijo, lo muda de ropa suya. Ordena que envíen un ataúd de San Lucas; lo envuelve en su palerina, tras de ponerle el uniforme de general; besa su frente rubia y derrama copiosas lágrimas. Dispone que se le sepulte en un sitio donde no vayan a profanarlo los carrancistas, y, dejando fragmentos de su corazón y jirones de su alma, le rinde los



últimos honores a su grado. En esos instantes, el general Felipe Ángeles no se apartó del Centauro.

El general Felipe Ángeles comprendió mejor que todos los demás jefes el dolor del general Villa por la muerte de un revolucionario que, desde la edad de 18 años —en 1910—, se incorporó a la Revolución, precisamente a él, Francisco Villa, y desde esa fecha, al lado del Centauro participó en 163 combates durante los nueve años consecutivos de los cuales salió herido 22 veces. Veintidós veces estuvo tan cerca de la muerte que sintió su hálito. Y siempre pareció ser obra de la mera casualidad. Quizá haya sido así. Pero al decir de Amado Nervo, la fe otorga el divino privilegio de la casualidad a quien la tiene en grado heroico.

Veintiséis años de edad tenía Martín López. Sí, es lo cierto... Pero esa fue otra época. Una generación que no se puede medir en años...

ENTREVISTAS AL GENERAL HIPÓLITO VILLA

Sr. General Brigadier
Hipólito Villa
Ciudad
Agosto 7 de 1934

Mi General:

Con la entusiasta aprobación de mi general Plutarco Elías Calles, Jefe Máximo de la Revolución, esta *Revista de Aviación Militar* está preparando una Edición Monumental dedicada como merecido homenaje al glorioso Ejército Nacional.

El formidable adelanto que éste ha adquirido durante los últimos tres lustros, lo coloca a envidiable altura, que hemos



considerado digna de darla a conocer de una manera efectiva, en toda la República y en el extranjero, por lo que me permito invitar a usted a darnos su valiosa cooperación para la formación de esta trascendental obra que llenará de energía a todos los que tenemos el honor de pertenecer a esta institución y seguir luchando con mayores bríos hasta lograr su perfección.

De la manera más respetuosa, me tomo la libertad de invitar a usted para que de acuerdo con sus vastos conocimientos acerca de nuestra gran Revolución, se sirva ilustrar las páginas de esta obra con su fotografía y algunos conceptos sobre el particular y que naturalmente nos será honroso reproducir.

Mis representantes, a quienes me permito presentar a usted, le expondrán detalladamente este asunto, y seguro de recibir su atención, doy a usted las anticipadas gracias y tengo el honor de protestarle mi subordinación y respeto.

El Director
Cor. P. A. *Gustavo G. León*
(Rúbrica)

La primera y segunda de las seis entrevistas que nos concedió el señor general Hipólito Villa tuvieron lugar en el despacho del señor general Raúl Madero.

Al general Hipólito Villa le acompañaban los tenientes coroneles Juan C. Villegas y Juan Caballero.

En representación de *Aeronáutica* estuvimos el general Enrique León Ruiz, la periodista Teresita Guillén y quien esto escribe.

Segunda entrevista

No se siguió el procedimiento protocolario de las entrevistas formales.



Después de los saludos, abordó el tema el general Enrique León, diciendo:

—Usted, general Hipólito Villa, sabe que yo fui distinguido con la amistad de su hermano, general Francisco Villa. Usted ya me conoce. Usted y yo estuvimos juntos durante las entrevistas que mi general Villa concedió al psicólogo Frazier Hunt; fui yo quien a nombre del gobierno entregó la hacienda de Canutillo, y a usted le consta la confianza que su hermano, general Francisco Villa, me dispensó.

Esto lo digo porque quiero que usted nos ayude a poner en claro ciertos hechos en los que usted y yo participamos. Usted de un lado, y yo en el otro.

Los partidarios y admiradores del extinto general don Felipe Ángeles, insisten en propagar la falsa versión de que dicho general se había separado del general Villa. Queremos que usted, conocedor de aquellos acontecimientos, nos ayude con sus luces.

Dijo el general Hipólito Villa:

—Efectivamente. Mi hermano Pancho y el general Felipe Ángeles siempre caminaron de acuerdo en todo. Nunca estuvieron en desacuerdo, y menos que Ángeles se hubiera separado de mi hermano.

Esta es la historia

—Después del ataque y toma de Ciudad Juárez, nos retiramos para la hacienda de El Carmen, donde permanecimos durante seis semanas, tiempo que se aprovechó para pastear la caballada, y al mismo tiempo mi hermano y el general Ángeles lo aprovecharon para redondear la última parte del plan de



campaña que se había trazado desde el regreso del citado general Ángeles.

Durante el trayecto de regreso, un grupo de jefes del estado mayor, exigieron el castigo para los generales Isidro López, Alberto Salazar y Bernabé Ávila, por desobedecer las órdenes previamente giradas por el cuartel general, no levantaron la vía férrea ni entre Torreón y Durango, ni entre Cañitas y la citada ciudad de Durango.

Mi hermano, el general Francisco Villa, aprobó la determinación del general Felipe Ángeles. Se les formó consejo de guerra. Después de haber dejado la hacienda El Rodeo se determinó la salida de una columna bajo el mando del coronel Daniel Rudecindo —jefe del estado mayor de Ángeles—, con destino a la región de Cerro Blanco, con instrucciones de hacer correr la voz de que allí iba el general Felipe Ángeles.

Poco más adelante se cortó otra columna, con el general Nicolás Fernández, llevando con él a los generales Alberto Jiménez y Juan Cárdenas, para operar en la región de La Estançada, y haciendo correr la voz de que con ellos iba el general Villa. Todo esto, se comprende, era parte del plan para desorientar al enemigo.

Mientras tanto, el general Ángeles seguía junto a mi hermano, general Francisco Villa, marchando de noche y durante el día descansando en la sierra, para ocultar nuestro movimiento.

Era la medianoche cuando pasamos por San Juan Bautista. Tomamos rumbo a la sierra de Cumbres. Soportamos terribles tormentas. Por fin escalamos a la planicie de Cumbres. Eramos 1 000 hombres y numerosos jefes y oficiales.

Esto es, 500 hombres entre oficiales y jefes de la escolta de Dorados, 200 hombres del general Ricardo Michel, 100 hombres a mi mando y 200 hombres, entre oficiales y jefes, seleccionados por el señor general Felipe Ángeles, para la preparación de los mandos de los cinco comandos que preparaba



para la próxima campaña, que se planeaba iniciarla durante la primera semana de marzo de 1920.

El plan consistía, en una de sus partes, preparar 25 comandos. Cada uno integrado por cinco sargentos, cinco subtenientes, cinco tenientes, cinco capitanes segundos, cinco mayores, cinco tenientes coroneles, cinco coroneles o, en su caso, cinco generales, equipado con cinco ametralladoras, más cinco rifles Reuxer y 25 soldados seleccionados y preparados, por cada unidad.

Estas unidades estarían listas para entrar en acción, la primera semana de marzo de 1920, en los estados de Hidalgo, Guanajuato, Jalisco, Nayarit y Zacatecas.

Como parte de este plan estratégico, ya de Baja California Norte el general Esteban Cantú había hecho una remesa de carabinas nuevecitas. Esperábamos en esos días la llegada de una fuerte remesa de cartuchos. Además, ya el mismo general Cantú había reunido una fuerte cantidad de dólares.

Ese fue el motivo de que el señor general Felipe Ángeles permaneciera en Cumbres y no acompañara a mi hermano, general Francisco Villa, en la nueva cabalgata.

Le decía el general Ángeles:

“—Yo le aseguro a usted, mi general Villa, que no me equivoco. Carranza ya no dilata en caer. No tiene opinión pública. Y un gobierno sin opinión pública no tiene fuerza. El éxito de nuestro plan estratégico no puede fallar. Para cuando usted regrese ya tendré listo al grupo de mando y tropa, y todo lo relativo a este plan. No me retire a los oficiales y jefes que ya he seleccionado. Viva usted seguro que este plan no fracasará”.

Así le hablaba a mi hermano el señor general Felipe Ángeles. Y era lo cierto. Ángeles tenía un espíritu muy amplio. Esta es la historia y la verdad.

Lo demás sucedió como ya lo he dicho en la entrevista anterior.



Durante esta entrevista acompañaban al general Hipólito Villa el coronel Carlos Jáuregui y los capitanes primeros de la escolta de Dorados Francisco del Valle Uribe y Librado Suárez, de los que acompañaron al general Villa hasta el último día.¹⁴

LA COLUMNA FANTASMA

Testimonio del mayor Martín D. Rivera

Partimos de Guajumar durante las primeras horas de la noche, llevando la extrema vanguardia el general Felipe Ángeles, y como a eso de la medianoche nos cogió una tormenta en la llanura, ya para entrar a lo escabroso de la sierra.

La columna, soldados del norte, como fantasmas se movían con rumbo al estado de Chihuahua.

Seguramente las diez semanas que precedieron al combate y toma de Ciudad Juárez, han de parecer curiosamente irreales a cuantos no participaron de ninguna manera en estas acciones. Y menos a los que no estuvieron cerca del señor general Felipe Ángeles.

Está lloviendo a cántaros...

Recuerdo, como si fuera ahora, que yo acompañé al señor general Ángeles al rancho del extinto coronel Manuel Ochoa, donde dejó guardada su maleta con la ropa y otros objetos. Era la primera semana de marzo de 1919 —recuerda el mayor Martín Rivera Domínguez, veterano de la escolta de Dorados—.

Cabalgamos en medio de una tormenta. El general Ángeles se cubre con uno de los capotes que usaron los jefes y oficiales de la División del Norte.

Lentamente seguía moviéndose hacia Chihuahua la columna.

¹⁴ Segunda de las seis entrevistas que el general Hipólito Villa nos hizo el honor de concedernos.



A la derecha de Ángeles iba el general Albino Aranda, y a la izquierda el famoso “Zarco”, coronel Jesús Zazueta, un hombre de mucho valor que nunca lo dejaba ver al peligro.

Como si hubiese sido un coqueteo del destino, esa noche, inolvidable para mí, el coronel Verduzco Zazueta le ofreció al general Ángeles ir él personalmente y recogerle, del rancho de Ochoa, la maleta y la correspondencia.

El general Ángeles guardó silencio un instante. Luego dio las gracias al coronel Zazueta, expresando que prefería esperar unos días más...

Lo que es la vida: allí, a unos cuantos metros de donde estaban Ángeles y Zazueta, estaban —entre otros— el mayor Félix Salas y Néstor Enciso de Arce. Y el tiempo nos lo dirá, el 19 de noviembre, es decir, 29 días más tarde a partir de esa fecha.

Las últimas jornadas transcurrieron tranquilas, dentro de lo que cabe. No cesa de llover y nuestra existencia dista mucho de ser cómoda. No cesa de llover y nosotros a la intemperie.

Lo recuerdo muy claramente, fue a mediados de la segunda semana de octubre de 1919, ya muy avanzada la tarde subimos a la sierra de Cumbres del Gato, por la parte sur. Llegamos detrás de los compañeros del coronel Morales, con una partida de ganado destinado a ser parte del alimento de las tropas que en dicho campamento permanecerían hasta el mes de marzo de 1920, fecha en que se iniciaría la próxima campaña.

Para esta fecha ya el señor general Felipe Ángeles había seleccionado el personal: capitanes, mayores y tenientes coroneles con los cuales se integrarían los comandos para la próxima campaña.

El general Ángeles trazó un plan: formar 25 comandos especiales: un sargento primero, un subteniente, un teniente, un capitán segundo, un capitán primero, un mayor y un teniente coronel, seleccionados entre los mejores, para integrar cada uno de los 25 comandos, con 25 plazas cada uno.



Durante los últimos cinco meses el general Felipe Ángeles se ocupó en observar y seleccionar los mandos.

Yo no hice ninguna gestión —afirma el mayor Rivera Domínguez— ni creía merecer esa distinción: el señor general Felipe Ángeles me nombró su ayudante de estado mayor. Este detalle me hizo recordar que igualmente ocurrió en el mes de junio de 1913, cuando se organizó la escolta de Dorados, entre numerosos oficiales el general Villa se fijó en mí. Ahora, en octubre de 1919, el general Ángeles me confiere una comisión muy honrosa: jefe de sus ayudantes.

Dentro de una boscosa rinconada de la sierra, estaba el cuartel general, y a unos doscientos metros el sitio donde estaban los jefes y oficiales del general Felipe Ángeles. Los jefes, Villa y Ángeles, sólo se separaban el uno del otro por momentos.

Durante esas dos últimas semanas, Ángeles hizo lo posible para que Villa aceptara por entero sus puntos de vista.

Decía Villa:

—No tiene usted idea de lo difícil que resulta convencer a esta gente. Yo la conozco bien. Toda se ha formado conmigo. En otras épocas consideraron algunos jefes las batallas de movimiento como algo que se debía evitar a toda costa. Pero, ya lo ha visto usted, conecedor de estas cosas como pocos. Es fácil tomar una plaza, pero conservarla es otra cuestión. Carranza tiene en su poder todas las plazas, pero nosotros tenemos la libertad de movimiento. Quiero que usted, general Ángeles, haga lo posible para aceptar por entero mis puntos de vista.

El general Ángeles quería organizar el ejército. Pero sólo esperaba la toma de una plaza importante.

Le decía Villa:

—Mi general Ángeles, el ejército es suyo. Puede usted organizarlo. Pero, por ahora, ocúpese de la formación de los mandos. De esos cuadros formados por oficiales, bien entre-



nados y de acuerdo con lo mucho que usted sabe de cómo han de actuar en los comandos de que usted se ocupa. Yo doy mi cabal aprobación. Si es que usted así lo ha planeado, se queda usted en este campamento con todos sus oficiales ayudantes, en tanto yo, con una parte de la tropa que tenemos aquí, salgo a cumplir con una parte de nuestro plan.

Dijo Ángeles:

—Mi general Villa. Tengo listo el personal de mando para cinco comandos. Si usted no dispone otra cosa, saldrán a operar en la zona que se les ha designado, es decir, Guanajuato, estado de Hidalgo, Jalisco, Nayarit y Zacatecas.

Ese mismo día —28 de octubre de 1919— salieron del campamento los generales Gabriel Valdivieso y Manuel Banda. El primero para la región lagunera, y el segundo para la Ciudad de México, con la misión de recoger el dinero que las fuentes de poder económico reunían cada año.¹⁵

Otro día por la noche tuvieron el último acuerdo los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles. Estuvo presente el general Hipólito Villa, hermano del Centauro. Y al aclarar el día salió del campamento, para Sonora, el coronel José María Jaurrieta, con la comunicación para don Adolfo de la Huerta.

Eran las primeras horas del día 29 de octubre de 1919. En mi calidad de jefe de ayudantes del general Felipe Ángeles, estuve presente y cerca de dicho jefe, para atender lo que se ordenara. Es decir, fui testigo.

Los generales Villa y Ángeles tomaban una taza de café.

El general Villa mandó llamar al general Ricardo Michel. Le dijo estas palabras:

¹⁵ El general Valdivieso fue denunciado en un punto cercano a la hacienda de El Toro, región lagunera. Allí murió peleando. Y al general Banda le tocó la misma suerte: murió peleando en un punto entre Lerdo y Torreón. Todo esto ocurrió durante el mes de diciembre de 1919.



—General Michel, aquí se queda usted con 400 hombres. Está usted a las órdenes del general Felipe Ángeles. Hasta nueva orden.

Luego, los generales Villa y Ángeles se dirigieron hacia donde ya estaba formada la escolta de Dorados, bajo el mando del coronel Ernesto Ríos.¹⁶

Frente a la escolta de Dorados estaba la tropa del general Albino Aranda, la cual siempre estuvo cerca del general Villa. Villa y Ángeles platicaban, caminando despacio; platicaban y de “vez en cuando”.

Cuando se despidieron ambos generales, se encontraban parados y cerca de los oficiales del general Ángeles. Lo recuerdo perfectamente.

Dijo Villa:

—Una vez más, le recomiendo que no se ande usted con confiancitas. Si es que baja hágalo por la parte sur. No quiero que los *changos* descubran este campamento.

El Centauro montó su famoso caballo alazán, y partió con rumbo al desierto y a la historia.

ÚLTIMO ACUERDO DE LOS GENERALES VILLA Y ÁNGELES

Durante las primeras horas de la noche del 29 de octubre de 1919, fue el último diálogo que sostuvieron los generales Francisco Vilia y Felipe Ángeles en su vida.

De dicho diálogo surgió la idea de comunicarse con don Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora, en la fecha.

¹⁶ En la escolta del general Villa iban los hermanos Salvador y Salomón Alanís, el mayor Celso Apodaca, los capitanes José Gómez, Rafael Balvanero, Francisco Uribe Valles, Librado Suárez y el coronel Carmen Delgado, entre otros que ya murieron, y que fueron amigos del autor de esta obra.



Esa comunicación fue entregada personalmente por el coronel José María Jaurrieta al señor De la Huerta, en Hermosillo, el día 15 de noviembre de 1919.

Pero nadie va contra lo que está escrito...

Cuando el general Villa recibe la contestación de don Adolfo de la Huerta, el general Felipe Ángeles había pasado ya a mejor vida...

Rigurosamente histórico.

Era pues, la madrugada del día 30 de octubre de 1919, cuando los dos generales, Villa y Ángeles, después de tomarse una taza de café, se despidieron.

Última recomendación:

—Aquí se queda usted, general Ángeles, y si decide bajar y recorrer por las rancherías, baje por lado sur. No quiero que los *changos* descubran este campamento. No se me ande usted con confiancitas.

Fueron las últimas palabras de Villa al general que él tanto estimó. Al frente de 500 hombres partió del campamento Cumbres del Gato, con rumbo al desierto y derecho a la historia.

Dos días más tarde, sale el general Felipe Ángeles, con 15 hombres de escolta, con rumbo al lugar en donde cayó en una trampa...

FELIPE ÁNGELES, ÚNICO HOMBRE QUE DOMINABA A VILLA

Era el mes de octubre de 1919.

Nos afirma el general Enrique León Ruiz:

Comandaba yo un regimiento: el 3ro. de caballería, en campaña contra los yaquis, cuando recibí la orden de presentarme en la Jefatura de la Zona Militar, donde el general Plutarco Elías



Calles me informó de la comisión que se me confiaba, y que me presentara en Palacio de Gobierno, donde ya me esperaba don Adolfo de la Huerta.

Don Adolfo, una persona muy fina, y sin duda el más limpio de todos los revolucionarios en Sonora —quizá en todo el país—, me recibió con estas palabras:

“Usted estuvo en Chihuahua y fue el jefe de las defensas sociales del estado. Bueno, usted conoce bien a los villistas de toda la entidad, y se trata de que usted lleve y entregue este sobre cerrado al propio general Francisco Villa.

“En este otro sobre van sus instrucciones y el dinero para sus gastos”.

Antes de despedirme entré en larga disertación acerca de quiénes eran los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles:

“—Desde el principio de la Revolución conocí y traté a los dos. Villa es un hombre de sentimientos nobles, y generoso en favor de los desheredados, en favor del pueblo. Sufre cuando ve sufrir a un niño; cuando considera que le falta el pan, que le falta abrigo, que sufría aquella criatura. Cuando mira a un pobre viejo se enternece también.

“Con todo, es salvaje en sus procedimientos; cruel con el enemigo; no sabe distinguir el bien del mal. Lo hace a su modo de ver y entender.

“Llega a un lugar, toma provisiones, les da a sus fuerzas y también le da al pueblo. Saca dinero, pero jamás para él; nunca toma dinero para sí. No sabe perdonar...

“Es un personaje activísimo en la lucha. Mata a todo aquel que él considera enemigo.

“Pues, con todo, el único hombre que ha comprendido a este guerrero y le ha hecho cambiar sus procedimientos, es nada menos que el general Felipe Ángeles. Es Ángeles el único que domina a la fiera. Gracias a su cultura, valor y sentimientos humanos, es al único que Villa escucha”.



Con esa imagen en mi mente, me despedí de don Adolfo de la Huerta.

PRIMERO DE NOVIEMBRE DE 1919

Rememora el mayor Martín D. Rivera

Eran las primeras horas de la mañana. Se escuchó el toque de diana y forraje. La tropa se puso en movimiento.

Tres horas antes, el general Villa, al frente de 500 hombres, había abandonado el campamento de Cumbres.

Se sentía una especie de vacío.

Mientras tanto, el general Ángeles, muy animado, platicaba con el general Hipólito Villa y sus oficiales Ramón Vargas y Carlitos Jáuregui, y otros de sus ayudantes.

Antes de formular la presente memoria consultamos a varios de los compañeros que les tocó ser testigos directos, por haber estado a las órdenes, unos, del general Hipólito Villa, y otros, con el general Felipe Ángeles; y, por último, varios de los que militaban bajo el mando del general Ricardo Michel:

Mayor Ramón Vargas, capitanes Carlos Jáuregui, José Rentería, Cipriano Montes, Cayetano Loya, y los que fueran ayudantes del general Michel: Juan Burciaga, Alberto Olguín y Laureano Ornelas.

Los otros compañeros, que junto conmigo estábamos a las órdenes de mi general Felipe Ángeles, ese día 19 de noviembre de 1919, fueron: coronel Miguel Castorena, José Natividad Rodríguez y Carlos Tamborel, y como ayudantes estaban allí, ese día: mayores Ponciano Rascón Domínguez, Antonio Domínguez Leyva y (yo) Martín Rivera Domínguez. También se encontraban allí varios de los oficiales del general Ildefonso Sánchez —que estaba herido—. Y naturalmente que se encontraban allí muchos elementos de los que mi general Ángeles



había seleccionado, los cuales eran 25 capitanes y muchos otros oficiales que yo no recuerdo sus nombres.

Todo ese día 29 de octubre de 1919, mi general Ángeles se dedicó a revisar los apuntes de la parte técnica del plan estratégico. Cerca de él estuvieron los coroneles Carlos Tamborel y Francisco Anguiano.

Otro día —fue el 1o. de noviembre de 1919—, a las 6 de la mañana se presentó el general Ricardo Michel a rendir parte de novedades:

“—Sin novedad”.

Michel habló con los generales Ángeles e Hipólito Villa, y enseguida sus soldados comenzaron a herrar caballos.

Luego, tras de tomar una taza de café, me ordenó que le reuniera todos los papeles y planos. Y al mismo tiempo ordenó al mayor José Muñoz, jefe de su escolta, que con el capitán Trinidad Irigoyen y 15 soldados de su escolta, se alistaran, para bajar de la sierra.

Estando presentes los generales Hipólito Villa y Ricardo Michel, nos dijo:

“—Voy hasta el rancho de Ochoa. Necesito recoger mi maleta, ropa y correspondencia”.

Y agregó:

“El mayor Félix Salas tiene permiso para ir a dar una vuelta a su familia, y él se ha ofrecido a conducirnos hasta el rancho de Ochoa”.

No había motivo para desconfiar del mayor Félix Salas, puesto que fue jefe de la escolta del extinto general Martín López. Con él iban Francisco Vázquez y Arnulfo Basurto.

El general Ángeles agregó a su escolta a sus “dos invitados”: mayor Néstor Enciso de Arce y el soldado Antonio Trillo.¹⁷

¹⁷ Ambos prisioneros, por los cuales el general Ángeles se hizo responsable.



Bajaron de la sierra y nosotros no supimos nada de ellos, hasta la noche del 6 de noviembre que se incorporó a Cumbres el capitán Trinidad Irigoyen, con ocho de los de la escolta, dando parte de la traición de Félix Salas y Enciso de Arce.

Inmediatamente se organizó una fuerza con la mayoría de los oficiales y jefes que estábamos comisionados con mi general Felipe Ángeles, saliendo con nosotros el general Ricardo Michel con la esperanza de que todavía se pudiera salvar al general Ángeles.

En la casa —cueva— de Félix Salas, encontramos a su mujer llorando y nos recibió maldiciendo a su esposo, mayor Félix Salas, y nos decía, gritando:

“—Félix se ha convertido en un miserable.

Ellos dos se pusieron de acuerdo. El tal Basurto aconsejó a Félix que le ofreciera al general Ángeles ir él al rancho de Ochoa y recoger la maleta y ropa y todo lo demás. Pero, en vez de eso, Félix se fue derecho a Huejotitlán y denunció el lugar en donde se encontraba el general Ángeles. Por eso volvió, pero con la defensa social de Olivos. De esto hace ya una semana.

Tal y como lo había informado el capitán Trinidad Irigoyen.

LA TRAICIÓN

*El general Felipe Ángeles capturado,
debido a una delación del mayor Félix Salas*

En el Cañón de Salomé, municipalidad de Valle de Olivos, Chihuahua, fue aprehendido el general Felipe Ángeles, por Gabino Sandoval, jefe de la defensa social de Balleza, Chihuahua.

El mayor villista Félix Salas, a quien se le confió la misión de recoger las pertenencias del general Ángeles en el



rancho del extinto coronel Manuel Ochoa, reveló a Gabino Sandoval (carrancista, exvillista) el lugar donde se hallaba esperándolo, en el puerto de La Mora —Cañón de Salomé—, municipio de Valle de Olivos. El mayor Salas hizo tal delatación a cambio de que él y sus cinco hombres fueran amnistiados.

Fue el 10 de noviembre de 1919. Ninguna resistencia opuso el general Ángeles al ver llegar a Gabino Sandoval acompañado del mayor Félix Salas. ¡Qué lejos estaba de saber de la traición de éste!

Seis de los miembros de la escolta del general Ángeles se pusieron a salvo. Solamente el mayor José Muñoz, jefe de su escolta, permaneció a su lado, así como el mayor Néstor Enciso de Arce y el soldado raso Antonio Trillo —ningún parentesco con la familia Trillo (villista).

Conducido Ángeles a Parral, la noticia corrió como reguero de pólvora. Era comandante militar de la zona el general Manuel M. Diéguez.

Llegaron con el prisionero al hotel Casa Fuentes, y de allí fue conducido Ángeles a la estación de los Ferrocarriles Nacionales, donde una escolta de soldados yaquis se hizo cargo de los prisioneros.¹⁸

Un numeroso grupo de vecinos acompañó al prisionero, hasta que éste, fatigado, sucio, sin rasurar y posiblemente hasta con hambre, se sentó en uno de los bancos que había afuera de la sala de espera.

Arribó el tren especial militar del general Manuel M. Diéguez y saludó muy atento al general Ángeles. Platicó con él por espacio de dos horas.

Un grupo de personas prominentes de Ciudad Parral se acercó al general Diéguez para pedirle que se respetara la

¹⁸ Testimonio de Villalobos, Ochoa y Loya, principales cabecillas de la defensa social de Balleza. General de Brigada León Ruiz.

vida del ilustre militar. Se hicieron acompañar por la señora Elvira Núñez (a quien el general Diéguez cortejaba), con la esperanza de que con sus gestiones tuvieran éxito. El general Diéguez se excusó, aduciendo que sólo obedecía las órdenes del centro, y en consecuencia sería el consejo de guerra de Chihuahua donde se decidiría la suerte del prisionero.

El general Diéguez abordó su tren y partió de inmediato, y allí mismo recibió un telegrama de Chapultepec.

Mientras tanto, en la estación esperaba un pelotón de soldados yaquis, del general Antonio Amarillas, para hacerse cargo del prisionero y conducirlo a Ciudad Camargo.

Fue en esos momentos cuando el fotógrafo Agustín González tomó unas fotos del general Ángeles. En una libreta de taquigrafía —facilitada por el capitán primero Manuel Torres Valdés—¹⁹ escribió el general Ángeles lo siguiente:

Mi muerte hará más bien a la causa democrática que todas las gestiones de mi vida. La sangre de los mártires fecundiza las buenas causas. *Felipe Ángeles.*

Junto con el general Ángeles iban el mayor Néstor Enciso de Arce y el soldado Antonio Trillo. Y separado de éstos llevaban al mayor José Muñoz, jefe de la escolta del general Ángeles.

Era el día 16 de noviembre de 1919, y ya, desde allí, en Parral, comenzaron a orquestar la versión oficial los dos licenciados que dejó el general Diéguez. La versión oficial resultó ser una mentira que, a su tiempo, el general Felipe Ángeles, con todo valor, refutó: “Es falso todo lo que afirma

¹⁹ Manuel Torres Valdés llegó a general de División, fue ayudante en el Colegio Militar y, posteriormente, jefe de Guardias Presidenciales durante el gobierno del licenciado Gustavo Díaz Ordaz. Y muy amigo del autor de esta obra.



Sandoval. Es falso todo lo que afirma Félix Salas, y falso todo lo que dicen los testigos...”.

Por la tarde del día 16 de noviembre de 1919, en el tren mixto que va a Jiménez, fue conducido Ángeles con una escolta especial de 10 soldados yaquis, bajo el mando del capitán Salomón. En Jiménez fue cambiado al tren que lo condujo a Ciudad Camargo, donde permanecieron hasta el día 20. Aquí, dos abogados llegados de la Ciudad de México continuaban orquestando la versión oficial para juzgarlo en consejo de guerra; y como el mayor José Muñoz no aceptara cooperar en la orquestación de dicha versión oficial, fue fusilado allí en Camargo, el día 20 de noviembre. Y el general Ángeles nunca se enteró de la suerte que corrió el mayor José Muñoz, nativo de Ciudad Guerrero, Chihuahua.

El general Diéguez recibió, del señor presidente de la República, un mensaje referente al juicio de Ángeles, redactado en los siguientes términos:

Gral. Manuel M. Diéguez,
Chihuahua, Chih.

Enterado de la formación del consejo de guerra que juzgará a Felipe Ángeles. Cúmplase en todo con la ley. (?) Sin admitir influencias de ninguna especie ni a favor ni en contra del reo.

Salúdolo afectuosamente.
V. Carranza.

Le enviaron una canasta con alimentos, tres veces al día, de la casa de la familia Revilla, hasta el día 25 por la noche, en que fue sentenciado. Una ola de tristeza se dejó sentir. Tristeza general...



ÚLTIMOS DÍAS Y MUERTE DEL GENERAL FELIPE ÁNGELES

*Memorias de un soldado, general
de brigada Enrique León Ruiz*

Llegué a la ciudad de Chihuahua el día 20 de noviembre de 1919. Ese día la prensa local dio la noticia de la captura del señor general Felipe Ángeles a quien conocí en Hermosillo, Sonora, donde lo tratamos y apreciamos. Me encontraba yo en Chihuahua recogiendo a mi familia: mi esposa y mi hijito, para llevarlos a Sonora, en donde yo comandaba el 3er. Regimiento de Caballería. Al día siguiente partí para Cusihuiriachic, en donde estaba mi esposa, y el 22 amanecí en Chihuahua, de regreso. Me presenté a la guarnición de la plaza, y mi compañero coronel Otero y Gama me dio la noticia de que estaba por arribar a Chihuahua el señor general Felipe Ángeles, custodiado por soldados yaquis de mi paisano general José Amarillas [...]

Se había hecho del dominio público que ese día arribaría el señor general Ángeles a la ciudad de Chihuahua. Millares de gentes, de todas las clases sociales, se concentraron en la estación del Central a esperarlo. Allí me encontraba yo [...]

El Gobierno tomó precauciones, pues se temía que el prisionero fuera arrebatado por simpatizadores del reo [...]

Se determinó en la guarnición de la plaza que el prisionero fuera alojado en el cuartel del 21o. Regimiento de Caballería, de las fuerzas del general Cavazos. Entre los jefes y oficiales de esta corporación contaba yo con la amistad de varios, pues juntos hicimos la campaña en la sierra de Chihuahua durante todo el año de 1916 y parte de 1917, circunstancia que me permitió estar allí presente en los instantes en que llega-



ban con el señor general Felipe Ángeles al cuartel del citado 21 regimiento, en donde se le alojó a que esperara.

Fue preparada una de las piezas que ocupaban los de la plana mayor, y allí se alojó al señor general Ángeles. Enciso de Arce y Antonio Trillo pasaron a una de las celdas. Solicitaron permiso varios jefes para pasar a saludar al prisionero, y entre éstos Luis Reyes, Francisco Ibarra, Alejandro Gallegos y yo —Enrique León Ruiz.

Se hallaban presentes el coronel Otero y Gama, comandante de la guarnición de la plaza, y el mayor Elguero. Se nos permitió sólo unos instantes para saludarlo, mas no para platicar con él.

En el cuartel general se recibían numerosos mensajes de todas partes, principalmente de los Estados Unidos y de la capital de México, pidiendo informes sobre el general Ángeles.

Personas civiles y militares solicitaban permiso para saludar al prisionero. El general Diéguez dispuso que toda persona que deseara saludar al general Ángeles podía pasar si el prisionero los recibía. Numerosísimas personas, amigos, excompañeros de estudios, etcétera, se presentaron en el cuartel general desde unas horas después de que se conoció la noticia en la ciudad.

Un cuarto de hora en la celda del prisionero

Ocupa el señor Ángeles una pieza como de cinco metros por lado, de piso de ladrillo y pintada de blanco. El mueble con que cuenta se reduce a una cama, dotada de limpia ropa, una mesa, un lavabo y dos sillas, así como una pequeña tina de lámina, en la cual, al llegar nosotros, acababa de tomar su baño matinal. Sobre la mesa encontrábase dos o tres libros, y esparcidos varios papeles. Como aún era muy de mañana y la luz del día era escasa, sobre la mesa había una linterna que,



con su mortecina luz y a través de su ahumada bombilla, daba un aspecto de tristeza a la habitación.

En los momentos en que entrábamos a la habitación del prisionero, éste estaba terminando de vestirse. Nos brindó los únicos asientos que había en la habitación, sentándose él sobre la cama de hierro, hasta un momento en que, tomando más viveza nuestra conversación, se puso de pie, dando vueltas en la habitación, como queriendo entrar en calor, y haciendo esto hasta que nos despedimos de él.

Nuestra plática con el prisionero no pudo ser muy larga; el permiso que nos fue otorgado para que ella se efectuara, señalaba el plazo de cinco minutos de duración.

Sin embargo, en lo acalorado de las preguntas y contestaciones dadas con toda claridad por Ángeles, el tiempo transcurrió rápido, y fue más de un cuarto de hora el que permanecimos en el interior de la celda número 8, que es la ocupada por nuestro entrevistado.

El general Ángeles muestra mucho mejor aspecto físico que el día que lo vimos llegar prisionero a esta ciudad; encuéntrase perfectamente rasurado; porta traje de mezclilla a rayas y unos zapatos bajos de lona blanca. Su conversación es amena y fluyen sus palabras con gran facilidad, si bien antes de responder a nuestras preguntas pensaba un momento lo que iba a contestarnos.

Procuramos verter en estas líneas las palabras textuales de nuestras preguntas y de las respuestas del señor Ángeles.

—¿Quiere usted hacernos favor de narrarnos, en pocas palabras, ¿cómo fue su captura por las fuerzas del gobierno?

Ángeles:

—Con todo gusto. Encontrándome yo en condiciones bastante difíciles en la sierra, en donde llegué a pasarme días enteros sin probar alimento, Félix Salas, antiguo jefe de la escolta de Martín López, me ofreció que me hospedara en su casa, que no era otra cosa que una cueva en donde vivía en



unión de su mujer y en donde, en un principio, fui atendido por ambos con toda clase de consideraciones y me proporcionaban tortillas y frijoles; poco tiempo después de esto, Salas se amnistió y señaló a las fuerzas del gobierno el lugar en que yo me encontraba, llegando y aprehendiéndome sin mayor dificultad.

—¿No hizo usted, como se dice, resistencia a sus aprehensores?

Ángeles:

—No, señor; ellos me ofrecieron que respetarían mi vida, y yo me entregué, como dejo dicho, sin hacer resistencia.

—¿Quiere usted decirnos con qué objeto pasó nuevamente a territorio mexicano, si, como se decía, no estaba de acuerdo con el proceder vandálico de Villa?

Ángeles:

—Yo vine a México a procurar la unión de todos los mexicanos, para con ello impedir la intervención americana en nuestro país. Había formado en Nueva York la Alianza Liberal Mexicana, que tiene por objeto procurar el acercamiento de todos los mexicanos en estos momentos de peligro para nuestro país, pues con la terminación de la guerra europea, todas las naciones del mundo están pendientes de nosotros, y culpan a los Estados Unidos del estado de revolución que perdura aquí; por lo que dicha Alianza, de la cual yo formé parte, se empeñó en hacer labor de concordia; y conociendo, como conozco los elementos revolucionarios del norte y sur del país, quise venir a procurar ese acercamiento, pues considerábamos que los Estados Unidos tomarían medidas enérgicas contra México, en caso de que no llegáramos a zanjar nuestras dificultades en un periodo de tiempo muy limitado. Como soy, ante todo, patriota, quise, aun a riesgo de mi vida, contribuir, en la medida de mis fuerzas, a impedir que un país extraño viniera a pacificarnos.



—A propósito de la guerra europea, ¿quiere usted decirnos si es cierto que tenía en Nueva York comisión de revisar el armamento que para Francia se embarcaba?

Ángeles:

—No es cierto. Esa es una de tantas versiones sin fundamento que alrededor de mí se han bordado. La prensa de México aceptó esa versión sin preocuparse por confirmarla, pues en verdad dicha prensa gasta muy poco dinero en informaciones. La comisión de que ustedes me hablan hubiera sido muy honrosa para mí, pero era imposible que se me hubiera conferido.

—¿Qué injerencia tomó usted en el último ataque de Villa a Ciudad Juárez?

Ángeles:

—Absolutamente ninguna. Yo me oponía a que Villa fuera a la frontera. Se lo dije en repetidas ocasiones; le hice ver que no era querido por los americanos, así como tampoco lo era Martín López, por ser hermano de Pablo, y que, por lo tanto, el acercarse a la línea divisoria era importuno. Después del ataque a Ciudad Juárez, me concreté a tratar de averiguar el porqué de la intervención de las fuerzas americanas.

—¿Quisiera usted darnos su opinión sobre la Constitución de 1917?

Ángeles:

—La encuentro con algunos adelantos muy acertados sobre todo en cuestión de legislación social; me hubiera gustado para que a la de 1857 se le hubieran hecho reformas que trajeran por consecuencia el que quedara como está la actual, pues no soy partidario de que se haya hecho una nueva Constitución, por muy buena que ésta sea, pues considero que en ningún país del mundo debe permitirse tal cosa, y me extraña más, que quien haya derrocado la Constitución de 1857 fuera un gobierno que nació de una revolución que se hizo para derrocar a quienes violaban la Carta Magna.



—Y de Villa, ¿qué opina usted?

Ángeles:

—Villa es un hombre a quien han hecho malo tanto los gobiernos despóticos que hemos tenido, como los que lo rodean. Los gobiernos al lanzarlo a los desiertos y perseguirlo, lo han vuelto fiero, y los que andan con él por aprobar sus mayores barbaridades. Villa en el fondo es bueno; de él se hubiera podido hacer un buen ciudadano. Con sus amigos es todo bondad.

—Si Villa es bueno con sus amigos, ¿cómo se explica que a sus más queridos, como el compadre Urbina y otros, los mandara matar?

Ángeles:

—Arrebatos que suele tener.

—¿Qué impresiones ha recibido usted desde que cayó prisionero?

Ángeles:

—Muy buenas. Veo el contraste que hay en las poblaciones por las que he pasado, las veces que entré a ellas después de los combates y que presentaban un aspecto triste y sucio, y ahora se ve movimiento, alegría y limpieza. He sido objeto de un sinnúmero de atenciones de parte de todos, principiando por el señor general Diéguez, a quien conocí hace algún tiempo en Sinaloa. Se me ha estado suministrando toda clase de comodidades compatibles con mi estado de prisionero. Estoy muy agradecido para todos. Han sido muy finos.

Después de esta serie de preguntas y respuestas, el general Ángeles nos habló de la Revolución, diciéndonos que es un revolucionario de corazón, que lo ha sido siempre, desde el tiempo del general Díaz; que él quiso mucho a don Francisco I. Madero, quien no tuvo, como se le achacaba, el error de ser demasiado clemente para con sus enemigos; al suprimirlo, error que más tarde han de convencerse ellos mismos de su error [*sic.*]. Que una de las decepciones más grandes de su



vida fue la muerte del señor Madero. Lo consideró como uno de los crímenes más grandes que registra nuestra historia.

Nosotros vimos sobre su mesa una máquina de escribir. Preguntamos al cautivo:

—¿Estaba usted escribiendo, general?

—Sí; escribí algo anoche.

—¿A su familia?

Ángeles vaciló un momento. Después, con voz queda nos dijo:

—No, a mi familia no. No sé la dirección de ella en Nueva York. Recuerdo solamente que vivíamos en la calle de Wyoming, en una casita que ocupa toda ella una manzana, pero no puedo precisar si mi esposa y mis hijos viven aún en esa casa, pues hace más de un año que salí de allá.

Al tocar este punto, hablamos extensamente al prisionero de sus hijos e hija.

Visiblemente emocionado, el preso iba y venía en la pequeña habitación en que nos encontrábamos. Después, con frases que deja sin terminar, nos decía:

—Digan ustedes que en los ratos en que me reconcentro en mí mismo, ellos son mi único consuelo, que no he dejado de pensar en ellos ni un solo momento; que cuando yo muera, para ellos serán también mis últimos pensamientos.

En estos momentos un oficial —capitán Santos Chávez G.— del 21o. regimiento, que había presenciado la entrevista, nos manifestó que el tiempo que se nos señaló para hablar con Ángeles había transcurrido ya, y que era hora que nos retiráramos.

Y al salir, como quisiéramos tomar una fotografía de él, solicitamos su consentimiento y nos dijo:

—Estoy muy mal vestido. O que pensarán mis amigos, antes yo vestía muy bien.

Pero cuando le brindamos nuestra palabra de que esos retratos jamás serían publicados por los periódicos, por reservarlos nosotros para nuestros álbumes, consintió.



Al despedirnos, Ángeles sonrió y nos dijo:
—Hasta luego.²⁰

Gestiones en favor de Ángeles

Fuimos a ver al gobernador del estado, ingeniero Andrés Ortiz. Y apenas nos dejó hablar, nos cortó la palabra y nos dijo que era asunto militar, y que nada podía hacer, que si fuera un caso civil podía salvar la vida del general Ángeles, que sentía mucho que se arrancara la vida a un hombre hábil e ilustrado como él. Esta comisión la integraron el doctor Gómez, coroneles Enrique León y Alejandro Gallegos.

Ya en los momentos en que nos retirábamos del despacho del gobernador —habla el general Enrique León—, llegó una nutrida comisión de damas, entre las que se contó la esposa del general Lázaro Alanís y la viuda del extinto general Trinidad Rodríguez, más numerosas damas de la sociedad chihuahuense.

El señor doctor L. M. Gómez hizo cuantas gestiones le fue posible en favor del general Ángeles, y otros señores que, como él, representaban a distinguidas personalidades radicadas en los Estados Unidos. No se logró nada en favor del procesado.

Consejo de guerra

Es muy cierto: en la ciudad de Chihuahua se abrigaba la esperanza de que el general Felipe Ángeles no iba a ser fusilado, ya que varios días se le había respetado su vida, la cual bien se le pudo haber quitado en el camino, como se hizo con uno de sus compañeros, el mayor José Muñoz, jefe de su

²⁰ De *El Heraldo*, de Chihuahua.



escolta, quien fue ejecutado en Camargo, cuando era conducido para Chihuahua.

La noticia de que se iba a formar consejo de guerra para el general Ángeles y compañeros fue dada en el cuartel general —establecido en la antigua residencia de la familia Terrazas, en esquina de calle Ojinaga y avenida Ocampo— y publicada por la prensa local, así como que el acto se verificaría en el Teatro de los Héroe.

A las ocho y treinta de la mañana del día 24 de noviembre de 1919, hora citada en la orden extraordinaria de la plaza que se leyó a las tropas de la guarnición, se presentaron en el foro del teatro, donde se habían colocado una amplia mesa, un gran número de sillas, las mesas y asientos de los defensores, la del agente del Ministerio Público, taquígrafos, testigos, soldados de guardia, etcétera. Los generales que formaron el consejo de guerra lo fueron Gabriel Gavira, Gonzalo Escobar, Fernando Peralta, Miguel Acosta y Silvino M. García.

También tomaron sus sitios el agente del Ministerio Público, general y licenciado Vítores Prieto; el juez instructor de la plaza, general y licenciado Leandro Díaz de León; el asesor militar, general y licenciado Salvador Franco Urías; el defensor de oficio, licenciado Alfonso Gómez Luna; el licenciado Alberto López Hermosa, defensor de uno de los reos; el secretario del juzgado militar, y algunos taquígrafos y empleados de este mismo juzgado.

La llegada de los reos: Ángeles y otros dos

Debidamente custodiados por un grupo de soldados del 21o. Regimiento de Caballería, llegaron el general Ángeles, el exmayor Néstor Enciso de Arce y el joven Antonio Trillo.

Más o menos a cinco metros de la mesa del consejo de guerra, fueron colocadas tres sillas, en las que tomaron



asiento; en la central el exdirector del Colegio Militar, a su derecha Antonio Trillo y a su izquierda Enciso de Arce.

Después de varios ligeros incidentes entre los defensores y los vocales, por razones de competencia, el general Gabriel Gavira —presidente— declaró formalmente instalado el consejo de guerra que debía juzgar a los tres reos mencionados por el delito de rebelión, acumulándose al mayor Enciso de Arce el cargo de desertión frente al enemigo, que tuvo lugar en Hidalgo del Parral, en ocasión de la entrada de los villistas.

El general Gavira da principio al interrogatorio

—General Felipe Ángeles, favor de ponerse de pie.

—Perdón, no soy general, lo he sido.

—Favor de decirme sus generales.

—Me llamo Felipe Ángeles, soy hijo de Felipe y de Juana Ramírez, nacido en Zacualtipán, estado de Hidalgo, el día 13 de junio de 1859, así es que tengo poco más de cincuenta años de edad, y de estado civil, casado.

—Puede usted sentarse. ¿Qué hacía usted en la sierra del distrito de Hidalgo cuando fue capturado?

—Me encontraba en una cueva donde vivía el antiguo jefe de la escolta de Martín López (subjefe), Félix Salas, esperando unas actas de adhesión que debían llegar del sur, cuando Salas se amnistió al gobierno, delatando mi presencia en dicha cueva y dando lugar a que se enviaran todas las defensas en mi persecución, y se me aprehendiera sin ninguna resistencia de mi parte.

—¿Qué especie de actas de adhesión eran las que usted esperaba, y a las que acaba de referirse?

—Esas actas se refieren únicamente al desempeño de la labor que yo mismo me había asignado, de buscar la unión de



todos los mexicanos en los difíciles momentos porque atravesaba el país cuando yo regresé de los Estados Unidos.

En la ciudad de Nueva York se había formado una Alianza Liberal Mexicana, cuyos fines eran trabajar activamente para buscar la unión entre los diferentes bandos existentes en nuestra patria, con el objeto de estar en posibilidad de evitar la intervención de los Estados Unidos, que parecía inminente tan luego como terminara la guerra europea, por razón de los múltiples atentados cometidos contra los extranjeros que habían presentado serias reclamaciones para que sus gobiernos las hicieran al de México.

—¿En la Alianza Liberal Mexicana, qué clase de personas podían ingresar para coadyuvar con ellas en su proyecto de unir a los mexicanos?

—Todos, con excepción de los directamente responsables del cuartelazo de febrero de 1913, y de los asesinatos del presidente y del vicepresidente de la República, siendo el objeto de la agrupación el procurar que fuera evitada la intervención de los Estados Unidos en los asuntos interiores de nuestro país.

En este momento el general Gonzalo Escobar, vocal del consejo de guerra pide permiso, que le fue concedido, para dirigirse al acusado Ángeles, haciéndolo en estos o parecidos términos:

—No creo que el modo de unir a los mexicanos y de evitar una intervención de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores por medio de la fuerza sea el de atacar Ciudad Juárez, como lo hicieron los villistas a mediados del mes de junio anterior, dando origen a uno de los más delicados incidentes internacionales que se han presentado en los últimos años, y que estuvo a punto de provocar la intervención americana.

El licenciado Alfonso Gómez Luna, defensor, pidió permiso para hablar, manifestando que, por el momento, los vocales del consejo de guerra no están capacitados para hacer



cargos al prisionero, cosa que harán después en unión del agente del Ministerio Público, y que deben limitarse tan sólo a interrogar.

El incidente fue satisfactoriamente terminado, y continuó el interrogatorio del general Gabriel Gavira. Contestando al general Escobar, Ángeles se expresó en los siguientes términos:

—Mi situación al lado de Villa era sumamente delicada, y por ello fue que no pude iniciar desde el primer momento mis trabajos para que Villa suspendiera su lucha. Vine a hacer labor humanitaria y principié tratando de que Villa suspendiera las órdenes de ejecución de los prisioneros que caían en su poder después de los combates.

—¿En qué fecha llegó usted al estado de Chihuahua, para unirse con Villa?

—El 11 de diciembre anterior, es decir, hace cerca de un año, pero solamente cinco meses estuve al lado de Villa, pues a raíz de los acontecimientos de Ciudad Juárez me separé de él. Desde mi separación de Villa permanecí mucho tiempo en Norias Pintas, ocupado solamente de hacer propaganda de las ideas en pro de la unión entre los habitantes de aquellas regiones, muy poco numerosas, por cierto. También prestaba atención a la batida que los soldados del gobierno daban a las tropas del coronel Morales, procurando escapar tan luego como veía que se aproximaban los soldados federales, pero regresando a Norias Pintas tan luego como me permitían las circunstancias. Por fin mi presencia en la región se hizo imposible, y abandoné Norias Pintas.

“La prensa de todo el mundo, especialmente la de nuestro país, gasta muy poco dinero en obtener informaciones precisas sobre los asuntos de más trascendencia, que debían ser cuidadosamente tratados. La versión de que yo haya aparecido como *Presidente provisional* es absolutamente falsa. Todos los que militaron en las filas del villismo, que ahora están



amnistiados o prisioneros, pueden atestiguar que yo nunca figuré como presidente. Aquí mismo de entre los testigos, los miembros de la defensa social que me capturaron, y estos dos compañeros de infortunio que tengo a mi lado, pueden manifestar lo que aseguro en estos instantes.

“La misma prensa, y así lo acabo de manifestar a unos periodistas que me entrevistaron hoy en la mañana, ha aseverado una falsedad al decir que yo tenía en Nueva York un importante puesto en la inspección de las municiones que eran enviadas a Francia durante la guerra. Todo eso es falso, todo. Sería muy honroso para mí el haber sido inspector de municiones, pero no es posible.

“Yo considero que una de las más graves dificultades por que atraviesa el país estriba en que hombres sin ninguna educación, hombres sin cultura, hombres que no son de Estado, ocupan altos puestos y se atreven a tratar de solucionar los difícilísimos problemas que se han presentado.

“Yo mismo que he dedicado toda mi vida al estudio, que aún a los cuarenta años procuraba aprender, no me considero con capacidad suficiente para ocupar el primer puesto de la República que me achacaban mis enemigos.

“A la prensa y al público en general, se les ha metido en la cabeza que yo soy el *Presidente provisional* de Villa, como se les metió que era el jefe de la artillería de Villa. En los Estados Unidos, cuando llegan a referirse a mí, siempre dicen: *El jefe de la artillería de Francisco Villa*. Esta frase, al repetirse refiriéndose a mí miles de veces, es mi eterna pesadilla.

“Antes, cuando yo era un oficial, mis compañeros dieron en decir que yo era un matemático. Ángeles es un matemático, me decían unos, matemático me decían otros, y aquella palabra fue mi obsesión, mi pesadilla. Parecíame que querían significar que era yo un viejo sabio de negras gafas, encorvado y cubierto con amplia bata negra —matemático—. Se les figuraba que yo no podía montar a caballo, dedicarme a la



gimnasia militar, a las prácticas de guerra. No, yo era un matemático y nada más.

“Después les dio por llamarme artillero; yo era solamente un artillero, y no un oficial, ni un matemático. Los oficiales de estado mayor decían que yo no tenía conocimiento alguno de táctica, que no sabía nada de técnica, que desconocía el arte de la guerra, que yo era solamente un artillero.

“Así pasa ahora, soy el presidente y así lo dicen todos”.

General Gavira:

—Usted es un militar competente, un científico, mas no en el sentido que le hemos querido dar a la palabra en los últimos años, sino un hombre de ciencia en el ramo de la guerra. La llegada de usted al país concuerda con el anuncio del desembarco de Aureliano Blanquet en las costas del Golfo, para hacer labor en contra del gobierno establecido. Usted era considerado después por la prensa como el cerebro de la revolución. No pueden coincidir los regresos al país de usted y Blanquet, demostrando que la Alianza Liberal Mexicana perseguía diversos fines que los de buscar la unión entre los mexicanos.

Ángeles:

—La junta central de la Alianza Liberal Mexicana no tiene ninguna participación en la venida mía al país. La prensa de los Estados Unidos publicó y comentó extensamente una carta que yo dejé a mi esposa, que claramente expresaba que yo venía a México para desarrollar una labor de concordia, y en ningún modo para oponerme con las armas en la mano al gobierno.

“Una ofensa se me hace que yo podía congeniar con elementos porfiristas que yo odiaría si el odio no sentara mal en mi alma. Odio a Blanquet porque es el principal autor del cuartelazo de febrero, del que Huerta, a pesar de su amoralidad, no es responsable más que a medias. Odiaría a Blanquet porque es feroz, inútil como militar, de inteligencia estrecha.



“La opinión pública estuvo contra él desde que cañoneó al pueblo en la plaza de toros de la Angelópolis, que hizo que los porfiristas lo incesaran para convertirlo más tarde en un instrumento de esos mismos elementos. La prensa antimaderista también contribuyó mucho a hacer de este hecho salvaje un mérito más para Blanquet.

“En lo que respecta a su incapacidad militar puedo atestiguarla, pues fui su superior cuando yo era jefe de las operaciones militares en los estados de Morelos, Guerrero, Tlaxcala y Puebla, donde yo, siguiendo un plan de dar garantías, había diseminado mis fuerzas en guarniciones en todos los pueblos, que no eran atacados por los zapatistas. La poca pericia de Blanquet quedó demostrada en cierta ocasión, cuando yo le había ordenado que sorprendiera al enemigo, y salió a tambor batiente y dando toques de corneta que hicieron huir a los zapatistas [...].²¹

“Yo protesto por la idea de ligarme con Blanquet. En cuanto a Félix Díaz, era un hombre bueno, aunque inepto. Hemos estado siempre contra ellos, no solicitamos ni aceptaríamos su adhesión.

“Yo he sido puesto por los porfiristas, usando una frase vulgar, como *lazo de cochino*. Que yo recibí instrucción del general Díaz. ¡Falso! La recibí con el dinero del pueblo. Que recibí favores, comisiones, atenciones del general Díaz, no es eso, es que se me hizo justicia, en la idea propia de la palabra.

“Madero decía que el general Díaz tenía una fe ciega en la fuerza de las armas, sin fijarse que valen más las ideas que la fuerza, que vale más el amor que la fuerza, y que si se somete a los pueblos arrojándolos, sólo se logrará establecer una paz mecánica, no una paz orgánica, que es la que debe

²¹ Este caso lo refiere Ángeles con lujo de detalles, que no creemos indispensable reproducir.



hacerse, no el uso de las armas para someter a un pueblo, que hay que hacer uso de la pasión contraria, el amor.

“Madero era benévolo con todos sus enemigos y, sin embargo, estos enemigos seguían en su contra, hasta hacerlo caer. La muerte de Madero hizo más bien al país que todas las gestiones que hizo en su vida.

“Si se hubiera seguido predicando y llevando a cabo su doctrina, la República habría avanzado.

“Los enemigos de Madero comprendieron su error, y si la revolución sigue el mismo procedimiento, ellos no habrían reincidido. Los enemigos políticos del actual gobierno desean fervientemente colaborar por el establecimiento del orden y de la prosperidad de México. Muchos de ellos son sumamente ilustrados, y asesorarían a los revolucionarios a resolver los problemas nacionales”.²²

²² De esta larga peroración de Ángeles, hemos tomado solamente lo principal, sin hacer caso de muchísimos detalles que en realidad no son de importancia para el público. Dijo que hay muchos revolucionarios de 1910 que están luchando todavía contra los porfiristas, etcétera. Aclaraciones del señor licenciado y general Víctores Prieto:

“Tengo la seguridad de que la mejor defensa la hizo el propio general Felipe Ángeles.

“Todavía el día 24 de noviembre se creía que el general Ángeles sería absuelto.

“Mi situación como fiscal fue muy comprometida. Lo acusé, sí es verdad. Cumplí con mi deber, pues Ángeles mismo se declaró enemigo del gobierno.

“Se esperaba que él mismo aportara los elementos para salvarlo. Con tan sólo expresar la intención de volver a la vida pacífica, no volver a tomar las armas en contra del gobierno establecido, ofrecer su cooperación para la pacificación de toda entidad.

“Pero nada de eso. Todo lo contrario; jamás reveló un solo dato en ayuda a las autoridades contra los rebeldes. Nos aseguró que hacía ya meses que él ni siquiera sabía por dónde podía encontrarse Villa, menos sobre los planes del rebelde.

“El general Diéguez tuvo aviso de que Villa podía tratar de rescatar al general Ángeles. Se tomaron las debidas precauciones, pero Ángeles no reveló un solo dato que ayudara al gobierno.



“Sin embargo, el día 25 por la noche se conoció oficialmente la noticia. Villa había sorprendido a las fuerzas del gobierno en la región norte de Coahuila tomando la importante plaza de Múzquiz.

“Ángeles sabía cuál era el objetivo de Villa, y no reveló el paradero del temible rebelde. Con esto mostró Ángeles su lealtad a Villa.

“Además, se dio gusto haciendo larguísimas sus peroratas. Aprovechando siempre la ocasión para ofender al gobierno de la República.

“La primera de sus peroratas, que se tuvo que condensar para darla a la prensa, fue cuando aprovecho su palabrería socializante para atacar de plano al gobierno con aquello de gobiernos despóticos, autócratas, etcétera.

“Decía que no podíamos imaginar a un Estados Unidos sin Lincoln. Tampoco se podía uno imaginar a una Francia sin Voltaire, y mucho menos a un México sin Benito Juárez... Menos sufrir la presencia, en la primera magistratura de la República, de hombres despóticos...

(No decía el nombre. Pero lo daba a entender. Luego repetía que su vida estaba en manos de Venustiano Carranza. En ningún momento reconocía al señor Carranza como presidente de la República).

“Atacó por parejo a los terratenientes. Dijo que en los Estados Unidos uno solo de esos tenía como dueño absoluto a 700 esclavos, todos de raza negra. Que esa clase de déspotas eran los que apoyaban a los gobiernos despóticos.

“Luego, más adelante se refirió a la guerra mundial. Dijo:

““Aquel día estaba yo en Nueva York, cuando se anunció la firma del armisticio. La alegría fue inmensa y el pueblo se echó a la calle. Conocidos y desconocidos se abrazaban y besaban. En este conflicto se usó por primera vez el gas venenoso, aviones y tanques, y decenas de millones de humanos resultaron heridos.

El conflicto cambió la historia. Incontables ciudades europeas quedaron en ruinas y muchas economías devastadas.

““El conflicto cambió la historia de Rusia, Europa y el mundo. La revolución bolchevique terminó con el zarismo y... nació la Unión Soviética...’.

“Pero, en defensa propia no dijo ni una sola palabra.

“Hay que reconocerlo. Se trató de un hombre excepcional, y como tal se supo sostener a la altura de su propia elevación.

“Cuando llegó el momento, le pregunté: ‘—General Ángeles: ¿reconoce usted como gobierno legal y constituido, al gobierno que



General Gavira:

—Los elementos que son hostiles al gobierno, y que están en Nueva York, se valieron de usted para hacerse de partidarios, procurando amenguar los rigores de la guerra. Y pude apreciar, desde Durango, que la unión de usted con Villa significaba un tratamiento benigno para con los prisioneros, y todo eso por su influencia. Luego supimos que la brutalidad de Villa le trajo el mayor desprestigio, y que ese grupo de elementos hostiles, tratando de poner un dique a ese desprestigio, había confiado a la inteligencia de usted el trabajo de mejorar la monstruosa actitud de Villa.

Ángeles:

—En México tenemos muy fuertes pasiones y nunca creemos en la bondad de nuestros enemigos. El orden de la formación de la Alianza Liberal Mexicana se debe a un señor Iglesias, de Puerto Rico, que en tiempo de la intervención de Estados Unidos en su país prestó sus servicios a la causa nacional. Iglesias hizo que el partido antiamericano ganara muchas elecciones de funcionarios, y se captó simpatías hasta en los Estados Unidos. Trató con la American Federation of Labor, y esta asociación lo envió a México con una comisión para los obreros. Iglesias no fue ante el gobierno mexicano, pues no es oportuno. Sólo trató obreros, industriales, hombres de ciencia, profesionistas, etcétera, y de ellos obtuvo como con-

preside el señor presidente de la República, como lo es don Venustiano Carranza?’

“¡No lo reconozco!’

“Entonces, en nombre mío, en forma personal, pido al H. jurado y a la H. asamblea un aplauso de admiración por usted... Y en nombre del gobierno de la República... pido para usted... ¡la pena de muerte!’”.

Guadalajara, Jal., junio de 1963.



secuencia la falta de estabilidad del gobierno. Iglesias informó que México iba hacia la intervención, pero mostrándose optimista por suponer que la sociedad uniría sus esfuerzos para evitar más disturbios en nuestro país.

“Iglesias, reconocido socialista, conoció a Antonio I. Villarreal, que lo es también, y le convenció de la necesidad de hacer gestiones en favor de México. Villarreal vivía cerca de Enrique Llorente, y a pesar de que eran de bandos opuestos se entendieron. Llorente temía que el proyecto de Villarreal fuera una maquinación, pero yo le creí: expuso sus ideas con tanta vehemencia, mostró la situación de un modo tan duro que confiamos en él unos cuantos, pero éramos pocos, y procuramos reunirnos más, lo que llegamos a hacer públicamente en un salón que se encuentra en la Union Square, de Nueva York. La fraternidad nacional era el objeto de la nueva sociedad que se llamó Alianza Liberal Mexicana.

“Cuando yo penetré a Chihuahua, vine buscando a Villa para pedirle la magnanimidad en el trato de los prisioneros, e hice gestiones para pasarme al sur, para hacer mi misma labor cerca de los demás jefes rebeldes, pero se me aconsejó que no lo hiciera, pues mi desconocimiento del terreno hacía fácil mi captura, y mandé emisarios, cuyo regreso esperaba cuando fui aprehendido.

“Mi objeto al venir a Chihuahua fue corregir los errores de Villa. La dominación española de tres siglos, y los gobiernos despóticos y dictadores han hecho servil al pueblo. Los soldados de Villa no le objetan ninguna de las atrocidades que les ordena hacer; tanto los pequeños grupos, como los grandes, cuando él abre la boca, aplauden, aunque sea un disparate. Culpo del estado actual de Villa, y los suyos, a los gobiernos que no han tenido compasión de los desheredados, y que los han vuelto fieras. Además, a Villa lo han echado a perder sus cómplices. Por corregir esos errores expuse mi vida. A pesar de las antiguas relaciones con Villa, expuse mi vida al venir a



tratar con él, que usó de la táctica de amedrentarme para que no lo contradijera.

“La primera discusión la tuvimos en Tosesihua, porque llamó imbécil a Madero; yo le contesté, y fuimos subiendo de tono hasta gritarnos. Los soldados de Villa esperaban que me mandara ahorcar, como lo hacía con todos los que lo contradicen, pero no fue así. Después, ya calmado, Villa me dijo: ‘Usted es el primer hombre que me contradice y no ha muerto’. Esto no hizo más que confirmarme en mi opinión de que Villa hubiera podido ser bueno, si no hubiera sido por los déspotas y por los serviles”.²³

²³ La peroración de Ángeles ha sido sumamente condensada. Hablé de la Revolución rusa, etcétera. “Villa es malo. ¡Pero es que combate a los emisarios del pasado! ¡Cristo nos enseñó que el hombre tiene congijas!

“¡El hombre tiene lágrimas! Todo lo que la Biblia ofrece en cada una de sus páginas: *Ten fe y serás libre*.

“El pueblo es muy grande, y es el que debe mandar. El pueblo debe gobernar”. Luego hace un breve comentario acerca de un publicado en *The Worker*, de Nueva York:

“Por espacio de muchos años, en París, Viena y Londres, habían estado considerando con detalle la estrategia de la Revolución Rusa. Por décadas habían discutido en sus periódicos sobre los planes teóricos y prácticos, las dificultades, los peligros, las posibilidades de sus proyectos. El mismo Lenin, durante toda su vida, consagró la mayor parte de su tiempo a este tópico, revisando los planes de la revolución una y otra vez hasta haber alcanzado una formulación definitiva.

“Durante parte de ese tiempo, yo estaba en Francia.

“Durante esa época, Lenin tuvo que sufrir, por una singular analogía, lo que había sido la triste suerte de Ricardo Flores Magón.

“Entre Lenin y Villa había alguna similitud; ambos, sometidos a un esfuerzo similar, usualmente son realistas, y muy peligrosos para sus adversarios.

“Lenin había determinado que la Revolución Rusa era su propia revolución, y luchó contra las intrigas de los emisarios de un odioso pasado.

“La lucha por la libertad es un fenómeno natural”.

Luego repitió que a Villa lo han hecho malo los gobiernos despóticos.



General Gavira:

—En los cinco meses que anduvo usted con Villa, ¿a cuántos combates asistió usted? En Parral no se limitó a predicar la unión del pueblo, sino que ayudó a la rendición de la plaza.

“Es malo Villa para sus adversarios. Y no es lo suficientemente malo.

“Cristo nos enseñó que el hombre tiene congojas... ¡Sí, Cristo nos enseñó que el hombre tiene lágrimas!

“En muchos aspectos Villa y Napoleón se parecen mucho. Villa es una mezcla de Napoleón y Bolívar. Sobre todo en el modo de guerrear. También con Sherman tiene alguna similitud.

“Los Estados Unidos declararon la guerra a los imperios centrales el 5 de abril de 1917. Y tres días después, el 9 de abril del mismo año, 1917, a las catorce horas y media, un pequeño grupo de personas mal vestidas, llevando sus propios equipajes, salieron del restaurante Zahringer Rof para la estación de Zurich. Entre el grupo iban tres hombres decididos y que se hicieron famosos: Lenin, Zinoviev y Radek.

“En la guerra mundial fueron disparados millones de tiros destructivos; los proyectiles más poderosos diseñados hasta entonces y de mayor alcance conocido. Pero ninguno de ellos fue tan fatal y de tan largo alcance como el tren que cruzó Alemania desde la frontera suiza, cargado con los revolucionarios más peligrosos y resueltos del siglo, con destino a San Petersburgo, donde harían pedazos el orden existente...”.
Vuelve a referirse a Villa y a don Francisco I. Madero:

“Porfirio Díaz reconoció públicamente que el pueblo de México ya estaba preparado para elegir a sus propios mandatarios. El pueblo lo creyó, y se fijó en don Francisco I. Madero, pero Porfirio Díaz no cumplió su palabra. El pueblo se fijó en Madero, un hombre educado y de sentimientos muy nobles, y su voz era de fuego. Yo lo quise mucho y le serví con toda lealtad hasta el último momento. El pueblo respondió, porque el pueblo es grande... Villa ha combatido y sigue combatiendo contra los emisarios del pasado, que no se resignan a reconocer que los tiempos ya son otros”.

Nota. Los miembros del consejo de guerra admiraban al general Felipe Ángeles, pero veían que éste nada hacía por defenderse. Nada hacía en defensa propia, pues con tan sólo haber declarado que reconocía al gobierno de la República, como lo era el presidente Venustiano Carranza, se habría salvado del paredón.

Opinión del señor licenciado y general Víctores Prieto.
Guadalajara, Jal., 1963.



Ángeles (versión condensada):

—Nunca entré a combatir al lado de Villa. En Parral no traté la rendición, sino de dar garantías. Los miembros de la defensa social recibieron un documento firmado por Villa diciendo que les perdonaba la vida si se rendían; yo guardé ese documento por si alguna vez Villa faltaba a su palabra, y se lo encargué a un señor Baca, que vive a espaldas de la parroquia. Esa fue toda mi intervención en la toma de Parral.

—En los demás combates, ¿qué papel desempeñaba usted?

—Ninguno.

—Algún tiempo después de su llegada, varios oficiales de su “estado mayor” trataron de unirse con usted, y fueron detenidos por las autoridades americanas. Si su misión hubiera sido solamente pacífica, ¿qué necesidad había de oficiales de estado mayor?

—Ellos no tuvieron conocimiento de mi salida, pues desde luego es de suponerse que debería haber sido reservado con todo el mundo para poder tener éxito en mi empresa, ya que de lo contrario hubiera sido capturado al pasar la frontera. Algunos amigos míos que después supieron, por la prensa, que yo me encontraba en territorio mexicano, supusieron que nuevamente me había lanzado a la lucha y se dispusieron a venir en mi busca, habiéndolo comunicado así a diversas personas, que fue por lo que las autoridades americanas tuvieron conocimiento del intentado pase y los aprehendieron.

Ángeles enseguida habló exactamente sobre la Constitución de 1917, poco más o menos en los mismos términos que en la entrevista que publicó *El Heraldo de Chihuahua*.

Se refirió al modo como pasó a la División del Norte, enviado por el señor Carranza, entonces Primer Jefe; a sus relaciones con el señor general Diéguez, a quien saludó en Santa Rosalía, de quien fue invitado a conspirar contra Madero; a su



actuación en la Decena Trágica, y su frialdad con Mondragón por los malos manejos de éste; a su prisión en la Penitenciaría de México, y a su libertad; su viaje a Francia y su regreso al país, para ir con el Primer Jefe; su nombramiento de subsecretario de Guerra, y su unión a la División del Norte.

Después pidió excusas al público y a los miembros del consejo de guerra, por la mala condición de su vestuario, y esto dio origen a una nueva disertación.

Habló de *Los miserables*, de Víctor Hugo; de Jesucristo; juntó a Jean Valjean con Villa. Habló del robo de pan, del héroe de Hugo, y de la toma de Parral; habló irónicamente sobre el pueblo, y tiene un arranque que le hace levantarse de su asiento para decir:

“Esos que me culpan y que me aprehendieron, todos fueron villistas, y el amo es el pueblo, el que debe gobernarse a sí mismo, el que debe dejar de ser servil, porque es grande”.

De los palcos y galerías se oyeron aplausos, y entonces se hizo necesario que el general Gavira diera a conocer que esas manifestaciones están prohibidas por la ordenanza.

Enseguida, Ángeles se refirió a su captura. Dijo:

Lo asentado en el parte de Sandoval es falso; falso que hubiera habido combate en Salomé; falso que fueran F. A. las iniciales de las chaparreras; falso que hubiera tenido servicio de vigías; falso que me hubieran perseguido, pues fui delatado y encontrado en una cueva; falso que hubiera sacado mi pistola frente a Sandoval, y también que hubiera pedido gracia de la vida.

Habló mucho del socialismo, volvió a citar a Jesús de Nazaret, junto con Roosevelt y el socialista austriaco Kautsky.²⁴

²⁴ N. del E. Karl Johann Kautsky, 1854-1938, en realidad nació en Praga, en el todavía poderoso Imperio austrohúngaro.



Dijo que no iba a unirse con Villa. Refirió muchísimos detalles del ataque a Ciudad Juárez, diciendo que había curado a un herido, y que riñó con Villa porque no quiso hablar en contra de los americanos, etcétera.

Narró cómo había salvado al jefe de la defensa social del Valle de Allende; esquivó responder sobre la voladura de un tanque de agua. Hablando de Estados Unidos, que los americanos del norte no son como los del sur, que odian a México. Defiende a Trillo sin que se le pregunte nada, y luego, en un arranque, se levanta y dice:

Yo sé que voy a morir, pero mi muerte hará más bien que mis acciones durante mi vida; que la sangre de los mártires fecunda el suelo donde brotan los ideales. No defiendo mi vida, porque sé que mi vida está en manos de Venustiano Carranza.

El agente del Ministerio Público y el procesado

Como el C. representante de los intereses sociales preguntara al acusado cuál era su manera de pensar, éste, en un arranque de elocuencia, dice:

“En el sagrado hogar del alma, o sea la conciencia, nadie ni nada debe entrar”.

Entrando después en diversas consideraciones, para terminar diciendo que, con profundo respeto, podía decir al agente del Ministerio que qué le importaba lo que pensara, ya que tenía que basarse en hechos y no en pensamientos.

Contesta después el licenciado Prieto, manifestando que íntimamente se ligan unos hechos con otros, y de allí su pregunta, en todo ajustada a la ley.

A pregunta especial que le hace el mismo señor, contesta Ángeles que acompañó a Villa porque allí encontró refugio, y siempre procurando que realizara obras buenas, citando en apo-



yo de su dicho varios casos que sería largo enumerar, agregando, en tono sarcástico, que se le trata de hacer aparecer como profundamente hostil al gobierno, a la sociedad y a todo el mundo.

Insiste el agente del Ministerio en preguntar a Ángeles si éste nombró servicio de vigías cuando fue aprehendido, contestando en sentido negativo, y diciendo que los que como tales fungían, no tenían carácter militar y desempeñaban este servicio voluntariamente.

La defensa

Interroga después al reo el defensor, licenciado Gómez Luna, el cual pregunta si es cierto que ha desconocido la Constitución de 1917 y si se encuentra en rebeldía en contra del gobierno actual, citando, para mayor comprensión del reo, el artículo que define cuál es la rebeldía.

Ángeles dice que estaba en el extranjero y que no es hostil al gobierno, hablando jurídicamente, pues sólo predicaba la fraternidad por su propia cuenta, sin obedecer órdenes determinadas.

López Hermosa interroga también al reo sobre si cree ser general actualmente, contestando que no, pues en el escalafón del ejército no figura para nada, ni tiene patente expedida por la Secretaría de Guerra.

La defensa, valiéndose de esto, pide al consejo se pida, por la vía telegráfica, a la secretaría mencionada, que diga si Ángeles es actualmente militar o no, petición que, tras algunos debates sin importancia, se desecha en parte, pues esos informes se pedirán cuando sea oportuno y después de conocer las constancias procesales, dando esto lugar a que la defensa proteste y el presidente se dirija al público para manifestar que debe creer en la honradez de todos y cada uno de los que integran el dicho consejo, ya que no son de los que obedecen consigna y



sólo cumplen con su deber, declaración que el general Gabriel Gavira protesta hacer bajo su honor de militar.

Varios detalles de la vida de Ángeles

López Hermosa se dirige al reo y le dice que desea conocer algunos detalles de su vida, a lo que el prisionero contesta que, contrariando su modestia, lo hará.

Dice que fue alumno del Colegio Militar, siendo siempre su ambición la de llegar a director de dicho establecimiento, para lo cual estudiaba día y noche, hasta lograrlo, viendo siempre la manera de ser útil a su patria. Dice que cuando Huerta, algunos personajes quisieron hacerlo cambiar de opinión, invocando para ello su inmenso amor al citado Colegio, cosa que no lograron. Habla después sobre la organización del Ejército Federal y sus grandísimos defectos, señalando los que actualmente adolece; citando, además, varias anécdotas referentes a los estados mayores de Francia y a su organización, así como a los sucios negocios que Mondragón hacía, y en los cuales él nunca quiso ser partícipe.

A pregunta especial que se le hace, manifiesta que carece de medios de vivir, pues nunca se ha preocupado por el dinero, citando en su apoyo el caso de que la ropa que trae se la facilitó el mayor Gabino Sandoval, y una moneda que conserva en el bolsillo es una que le fue obsequiada por una dama de Parral y que conserva como un recuerdo.

—¿Ha recibido alguna condecoración? —pregunta López Hermosa.

—Sí —contesta el reo—, soy caballero de la Legión de Honor de Francia, teniendo permiso para usar dicho honor, concedido por la Cámara de Diputados.

Contesta después que sólo portaba una pistola cuando entró a territorio mexicano, y que no se ha alzado en contra



del gobierno, pues ha venido, como ya ha dicho, tan sólo a hacer labor entre los diferentes grupos políticos, predicando y haciendo conocer la verdadera democracia.

Dice después que él no vino a México enviado por la Junta de Nueva York, pues ha obrado tan sólo como miembro de ella, habiendo dejado a un hijo suyo su renuncia de dicha Junta, en donde protestaba porque se le quisiera dar color político a los trabajos hechos, en beneficio de determinada bandera.

Se le pregunta después que si la gente que lo acompañaba estuvo en la toma de Parral, diciendo que no, pues la gente de Martín López, que es de la que él traía, llegó después de dicha toma a la ciudad.

Se suspende la audiencia

En vista de lo avanzado de la hora, López Hermosa solicita del C. presidente del consejo que se suspenda la audiencia por una hora para descanso y permitir tomar sus alimentos, tanto a los miembros del consejo como a los procesados.

En vista de esta petición, el general Gavira declara que la audiencia se suspende por una hora, para reanudarse a las tres de la tarde.

El proceso

La lectura de las constancias procesales es llevada a cabo por el señor teniente coronel Hinojosa, y no entramos en detalles por no hacerlo cansado y porque esas mismas constancias es lo que los testigos y reos manifiestan.

Hay también, en el proceso, un telegrama del general Frausto, en el que ordena que se juzgue a Ángeles por rebelión, y a Trillo y Arce por rebelión y desertión frente al enemigo, así como que las fuerzas que operan en el estado,



están consideradas como en campaña; y los nombramientos que el general Ángeles hace como defensores en las personas del licenciado Pascual del Avellano y Alberto López Hermosa, el primero de los cuales fue revocado.

Viene enseguida el hoy teniente coronel Gabino Sandoval, quien previa protesta de ley ratifica en todas sus partes sus declaraciones, manifestando que él vio perfectamente a Ángeles y Martínez hacer fuego con sus pistolas en el momento de ser capturados, así como también haber sostenido un tiroteo de 15 minutos, en el que hizo cinco bajas a Ángeles. Dice también, un tanto nervioso, que él tiene autorización para amnistiar, como lo hizo en el caso de Félix Salas, enseñando a la defensa los documentos en que prueba su dicho.

Félix Salas

Este individuo, antiguo compañero del jefe de la escolta de Martín López, es joven y se expresa con relativa facilidad. Ratifica también sus declaraciones en todo iguales a las de Sandoval. Relata sus aventuras durante el tiempo que anduvo con el villismo, para manifestar que por gratitud a Martín López ingresó a las fuerzas de Villa, hasta que éste fue muerto se separó para presentarse a las fuerzas de Sandoval solicitando amnistiarse. Dice que Ángeles sí tuvo mando de fuerzas cuando el ataque de Camargo, contestando de paso varias preguntas que los defensores le hicieron.

Arnulfo Basurto

Este testigo, que es de los hombres que comandaba Salas, y que últimamente se amnistió, dice que fue amigo de Trillo, y que con los demás presos no lo ligan ningunos lazos de amistad. Manifiesta que sí vio hacer fuego a Ángeles cuando



iba a ser aprehendido, y que también le consta que era jefe de los villistas cuando el fracasado ataque a Camargo.

Francisco Vázquez

El último testigo de cargo, que perteneció a la gente de Pablo Siáñez, y ahora se encuentra amnistiado, sostiene sus anteriores declaraciones, manifestando que él no pudo ver si Ángeles hacía fuego, en virtud de encontrarse algo distante del lugar de los acontecimientos, pero que él vio los movimientos de la mano, por lo que cree que sí usó su pistola, y que pudo ver un arma de las mencionadas, que fue recogida, la cual tenía todos los casquillos disparados.

El primer careo

Se pasa luego a carear al testigo último de que hablamos y a Ángeles, sosteniéndose ambos en sus declaraciones, y afirmando Vázquez que Ángeles sí traía gente cuando su aprehensión, así como que Ángeles tenía el mando de la columna cuando el ataque a Camargo.

Ángeles, por su parte, dice lo contrario y manifiesta que sólo tuvo intervención en el sentido de que conferenció con el general Petronilo Hernández, que se encontraba en Camargo, a fin de arreglar la rendición de los defensores de la plaza.

Para no ser cansados, ambos se sostienen en su dicho.

Sandoval y Ángeles

Como los anteriores, ambos se sostienen en su dicho. Sandoval afirma que sí hubo combate, y Ángeles dice lo contrario. Contestando Sandoval, a preguntas especiales del licenciado López Hermosa, que los cadáveres de los hombres que



fueron muertos en dicho encuentro deben de permanecer aún en el lugar en que manifiesta él, o sea a 40 leguas de Parral, siendo esta distancia la que impide la comprobación del dicho de Sandoval.

Como la defensa estuviese haciendo diversas preguntas, que más bien eran interrogatorios, el agente del Ministerio Público manifiesta que él no se había opuesto a ciertas preguntas, que se ve precisado a hacerlo hoy, en vista de que los defensores someten al testigo y reo a ciertos interrogatorios que originan, no precisamente, un careo, sino una discusión entre tres personas, convenciendo con sus razones al presidente del consejo, el cual explica a la defensa que haga sólo preguntas relacionadas con el punto que se trata de aclarar, en ayuda de la verdad de los hechos.

Después de varias discusiones, que sería largo enumerar, tanto Ángeles como el teniente coronel Sandoval se sostienen en su dicho.

Enseguida que se hubo retirado de la sala el hoy teniente coronel Sandoval sin desdecirse de su declaración anterior, le tocó su turno al mayor Félix Salas, exjefe de la escolta de Martín López, quien pasó ante el consejo para ser careado con el acusado Ángeles. Salas sostiene que Villa ordenó a Martín López, en pliego que el propio Salas llevó, que se pusiera a las órdenes de Felipe Ángeles para efectuar, en combinación, las operaciones militares, y Ángeles sostiene que la única misión que recibió de Villa, en la ocasión que Salas cita, fue de conferenciar con las tropas del general Petronilo Hernández en Santa Rosalía; insiste Salas en que no pudo ser sólo eso, pues a él consta haber recibido del general Ángeles las contraseñas y órdenes dadas a las tropas que comandaba Martín López, a lo que Ángeles replica que esas contraseñas efectivamente las daba, porque es lógico que cuidara de su seguridad en un campamento frente al enemigo, aunque ambos se encontraban parlamentando.



También sostiene Félix Salas que Ángeles hizo resistencia personal al ser capturado, y el general Ángeles sostiene, en su dicho, que al ser sorprendido por sus aprehensores se entregó sin resistencia alguna:

Pues, cuando llegaron los que me capturaron, yo platicaba con la mujer de Salas. Allí, a la puerta de la cueva, en donde Salas y su esposa me elogiaban. Me decían que era yo un hombre que México necesitaba. Que yo podía servirle a la patria, mucho...

Salas preguntó:

—¿Dónde?

—¡Allí!...

Se dio por terminado el careo. Enseguida pasó, para ser careado con Ángeles, Arnulfo Basurto, quien sostuvo su aseveración de que Ángeles tuvo mando de fuerzas, y que al ser aprehendido por las defensas sociales hizo resistencia, de la que resultaron cinco muertos.

Ángeles niega lo dicho por Basurto, y la defensa hace algunas preguntas al propio Basurto, tendientes a sorprenderlo en alguna contradicción, por lo que el señor agente del Ministerio Público dice que impidiera esas nuevas interrogaciones, por ser ya inoportunas.

Se mandó suspender el consejo por media hora, para dar lugar tanto a los generales que integraban el tribunal, como a los prisioneros, a que tomaran un refrigerio.

La suspensión se efectuó a las 8:30 de la noche.

Reanudóse la audiencia a las 10:35 de la noche.

La defensa insiste en su solicitud hecha en la mañana, de que recabara por la vía telegráfica un informe de la Secretaría de Guerra y Marina sobre si los acusados constaban en el escalafón del ejército nacional; esta nueva solicitud provocó otra discusión entre el presidente del consejo y el agente del Mi-



nisterio Público por una parte, y los defensores por otra; sostenían los primeros que no era procedente pedir tal informe por constarles demasiado a los miembros que integran el consejo el carácter militar de los acusados, y que a mayor abundamiento, no había tiempo, dada la rapidez con que deben ser llevados a cabo los consejos de guerra extraordinarios, a que llegara el informe que se trataba de recabar, pues siendo de noche, las oficinas de México se encontraban cerradas, y que la audiencia no podía ser suspendida por más de seis horas.

Nuevamente salieron a relucir diversos artículos del Código de Procedimientos Militares y de la Ordenanza general del Ejército, señalados unos por la defensa y otros por el señor agente del Ministerio Público, y una vez que la presidencia consideró suficientemente discutido el punto, acordó que no era de accederse a lo que solicitaban los defensores de los rebeldes. La defensa hizo que se asentara en el acta, formal, enérgica y respetuosa protesta por la determinación del consejo.

El representante de los intereses de la sociedad pidió la palabra para hacer su enérgica acusación, y en fulminante requisitoria desató sobre Ángeles y Enciso de Arce el fuego de su ira, haciéndoles a ambos los más duros cargos. Dijo el señor Vítores Prieto, con profunda ironía, que Ángeles venía ante el consejo de guerra queriéndose hacer pasar por un apóstol, por un predicador de amor, y que tratando de parodiar las santas prédicas de Jesús de Nazaret, decía venir predicando fraternidad y unión, pero que en realidad esas palabras de fraternidad y unión, en la prédica de Ángeles deberían considerarse como desunión y desfraternidad, y que el acusado, con su elocuente palabrería socialista, trataba de cubrir con una máscara falsa sus grandes crímenes.

No es mi voz, raquílica y pobre, la que debiera levantarse ante este respetable tribunal, en estos momentos en que la concien-



cia pública nacional tiene ocasión histórica de formular la más tremenda de sus requisitorias y de reclamar de los representantes de la justicia, la imposición de una pena ejemplar para el que, haciendo plegar sus alas de águila simbólica que la patria colocó un día sobre su cabeza, se apartó de su senda patriótica empezada bajo la inspiración del maestro de la democracia, con su escudo, con su intelectualidad y con sus gloriosas preesas, al bandolero feroz que, como centauro ebrio pisotea todavía nuestra institución, flagela con su genio perverso la tranquilidad social, detiene en su sombra todas las actividades sociales, políticas, industriales y comerciales, y provoca conflictos internacionales con su inconciencia rabiosa.

Pero si es débil mi voz, si está muy lejos de ella el genio de Esquilo o el de Shakespeare para describir cumplidamente los jirones de tragedia que cruzan en las imaginaciones de los que en estos momentos me escuchan, he de cumplir mi deber, ya que previamente en causas como la presente, el juicio se halla de antemano substanciado ventajosamente ante la opinión pública y pronunciada se encuentra ya por ella la sentencia que debe vindicar los intereses sociales; he de cumplir un deber, si lo he de expresar lo sienten todos los que me escuchan. Lo sienten también los que con su presencia han venido a completar la solemnidad del acto, y lo sienten también aquellos cuyos sentimientos de nobleza y de piedad borran pasajeramente la más grave de las culpas.

Abandonado, pues, en mis escasas fuerzas, paso a formular la requisitoria de ley, etcétera.

Para terminar, sentó las siguientes conclusiones:

Acuso a Felipe Ángeles del delito de rebelión; el caso está comprendido en los artículos 313, 1095 y 1121 de las leyes



procesales militares; la pena que conforme a dichos artículos corresponde al acusado, es la de muerte.

Sobre el acusado Enciso de Arce también descargó acusaciones tremendas, juzgándolo culpable de los delitos de rebelión y deserción, y para él también pidió la pena de muerte.

En cuanto al soldado Antonio Trillo, no lo consideró desertor, y sólo lo acusó por el delito de rebelión, pidiendo para él la pena de 10 años de prisión.

Declaró, asimismo, el señor agente del Ministerio Público, que el consejo de guerra extraordinario instalado para juzgar a los señores Ángeles, Enciso de Arce y Trillo, era competente para juzgarlos.

Acto continuo, el señor licenciado Alfonso Gómez Luna, uno de los defensores, en brillante peroración —que por su importancia se publica íntegra— sostuvo la inculpabilidad de sus defensas y la incompetencia del consejo de guerra, y pidió a nombre de la justicia que fueran absueltos.

Alegato del licenciado Gómez Luna

Señor presidente del consejo de guerra, señores vocales:

Como defensor de los procesados Felipe Ángeles, Néstor Enciso de Arce y Antonio Trillo, tengo la honra de dirigir mi palabra al muy honorable consejo, en la seguridad de que habré de obtener lo que deseo, porque sus miembros son personas ilustradas, de recto criterio y que no tiene más mira que la justicia; y en este caso la que asiste a mis defensos, es palpable y lo revela el proceso. Cada una de sus páginas dice a esta defensa que no son autores del delito que se les imputa, y por lo mismo yo no dudo de obtener la absolución de las personas a quienes defiendo.



Se trata, señores vocales, de un caso excepcional, pero no por este calificativo que le doy no deja de ser de fácil resolución, porque, ya lo dije, el proceso no revela la criminalidad de Ángeles, Enciso de Arce y Trillo, y donde no hay prueba no cabe otro recurso que la absolución. “Lo que no existe en el proceso, dicen los antiguos juristas, no existe en el mundo”.

De aquí concluyo que no existe la demostración del delito imputado a mis defensos. Si el consejo ha de hacer justicia, habrá de levantarse en una voz y proclamar: “Los que están allí sentados en esos bancos deben ser absueltos”.

Comenzaré por las imputaciones que ha hecho el Ministerio Público en su requisitoria al señor Felipe Ángeles.

¿De qué le acusa? Nada menos que de un delito terrible, un delito que reviste un carácter político, el delito de rebelión. ¡Ah!, tal delito no existe demostrado, porque primero debe existir la comprobación del cuerpo del delito y después la intención criminoso de haberse perpetrado aquél para que un individuo pueda decirse reo de un determinado delito.

La rebelión. ¿Pero qué significa esta palabra? El artículo 313 de la Ley Penal Militar, que es el invocado por el Ministerio Público, dice que serán castigados con la pena de muerte los militares que, sustrayéndose a la obediencia del gobierno, y aprovechándose de las fuerzas que mandan o de los elementos que hayan sido puestos a su disposición se alzan en actitud hostil por contradecir cualquiera de los preceptos de la Constitución Federal.

Lo primero que exige la ley es el carácter militar. ¿Y lo tuvo el inculpaado cuando dicen que se alzó contra el gobierno? ¿Dónde está la demostración de su carácter militar? Porque aquí, señores vocales, se trata de un delito puramente militar, y primero es ser militar para que pueda someterse el mencionado delito. El proceso no revela nada. Los testigos nada nos expresan sobre el particular. ¿Dónde está la infrac-



ción material de este delito y en qué consiste el cuerpo del mismo, o los elementos externos como se les llama en práctica? Yo, por más que los he buscado en las páginas de este proceso, no encuentro un dato, un indicio siquiera de la rebelión. No juzgo que se haya demostrado que el prevenido mandaba fuerzas, no distingo en qué consiste la distracción a alguna orden del gobierno, ni que se perciba tampoco ningún plan político, con el objeto de contrariar la Constitución, a menos que todos los constituyentes de 1917, y el país en general, sean autores de ese delito, porque la Constitución que entonces regía, se reformó.

No existe, pues, demostrado el cuerpo del delito, de rebelión, no hay autor del delito y, en consecuencia, la tesis que defiendo, o sea la absolución de Ángeles, debe ser acordada, lo mismo que la de los otros procesados. Pero, yo por convenir en algo con la acusación pública, concedo por un momento que se demostraran los caracteres externos del delito de rebelión, y también que los procesados tomaran participación en el mismo y hasta que coadyuvaran a consumarla. En este caso ha de decirse que son culpables del mencionado delito y acreedores a la terrible pena que se les amenaza. No, señores vocales, y la contención que he expuesto al consejo me la ha suministrado la misma ley penal que rige entre militares. Si se consuma una rebelión, los responsables no serán castigados si incondicionalmente se rinden a la primera intimación que les haga algún jefe por parte del gobierno. Ahora bien, el proceso revela que mis defendidos fueron sorprendidos en un punto que se llama Las Moras, perteneciente, según creo, al distrito Hidalgo, y su aprehensor, el mayor Gabino Sandoval, intimó a aquéllos su rendición y aceptaron mis defensas sin obstáculos, sin objeción de ningún género, actuando de esta manera un esforzado jefe de las defensas sociales. ¿Cómo ha, pues, de castigarse a los acusados? De ninguna manera.



Las ideas que indico sobre un delito, sobre su comisión, diré mejor, son de suyo claras, surgen de la esencia de toda infracción penal, y faltando una de ellas es absolutamente imposible que haya delito, ni por lo mismo delincuente. Se necesita, señores vocales, un sujeto del delito, un objeto material del mismo, y el lazo o neo-jurídico que una al autor con su obra. Pues bien: allí tenéis tres acusados, los tres han rendido sus declaraciones, testigos de cargo han declarado, no exentos de tacha, que es inútil indicar cuáles sean, porque se trata de aprehensores, mas el objeto del delito no se ha demostrado, ni menos aun la materialidad del mismo, conviene saber los hechos extensos en que aquélla consiste, o como antes he expuesto, la comprobación del cuerpo del delito de rebelión. No es entonces dable, al honorable consejo, dictar un fallo condenatorio. Donde la duda existe, la absolución se impone.

¿No ha explicado el señor Ángeles, de una manera detallada, su conducta desde la Convención celebrada en Aguascalientes? ¿No os ha hablado de una Liga Liberal para unir a todos los partidos, que por desgracia trataban de desquiciar las bases en que se funda nuestra sociedad en lo que se refiere al derecho público? ¿Y en qué combate se le ha visto mandar tal y cual facción, hacer prisioneros y tomar alguna resolución respecto a ellos? En ninguno, señores. ¿Cómo, pues, imputarle el delito a que llevo hecho referencia? Yo, en los pocos instantes, por decirlo así, de que he disfrutado para pensar sobre el contenido de ese proceso, he visto delinirse la conducta de los procesados y no me parece que sea criminal. Estaré equivocado; el error es el patrimonio de todos; pero en favor de la verdad.

No creo que deba agregar más a esta sencilla defensa, por cuanto la dicta mi conciencia, ajena de toda preocupación. Soy defensor de oficio y mi papel no es tergiversar los hechos, sino exponerlos tal cual los revela una causa o proceso, y el que está allí me indica elocuentemente la irresponsabilidad de mis defensos.



Voy a exponer a los honorables miembros del consejo de guerra que me escuchan, unas cuantas palabras sobre su competencia; y aun cuando parezca extraño que lo trate en este momento, debiéndome haber ocupado al principio, manifestaré haber obrado así únicamente por el deseo, por la ansiedad que me impulsa a proclamar, dentro de los muros de este recinto, la inocencia de los acusados.

Sabido es que desde antaño se abolieron los fueros especiales, quedando subsistente tan sólo el de guerra, para los delitos y faltas contra la disciplina militar.

Esto dicho, mi mente abriga la idea de que el consejo de guerra no tiene jurisdicción para aquilatar la conducta de los prevenidos. La rebelión, ¿es un delito contra la disciplina militar? La defensa lo duda.

La rebelión indica la idea que antes manifesté; es una especie de delito revestido, en cierto modo, de un carácter político, y no es lo mismo, verbigracia, murmurar de un jefe, no asistir a revistas, que pretender un cambio de la Constitución política del país, que inventar a éste el desobedecimiento de las autoridades; o bien, impedir, por los medios posibles, que se verifique la elección de algún funcionario del orden administrativo o judicial. Pero, en la hipótesis de que esto no fuese así el artículo 13 de la Constitución General de la República, viene en mi auxilio proporcionándome medios para demostrar la proposición sentada.

La ley que designé en su artículo 13, previene que los tribunales militares, en ningún caso y por ningún motivo, podrán extender su jurisdicción sobre personas que no pertenezcan al ejército.

Ahora bien, los inculpados Ángeles, Enciso de Arce y Trillo son militares. Sería difícil, por no decir imposible, sostener la afirmativa. El carácter militar no se demuestra con declaraciones de testigos, porque las cualidades que corresponden a ciertas personas y que no son de las que poseen todos los



hombres, requieren un título por demostrarlo. Así, por ejemplo, la culpabilidad de abogado, la de médico, etcétera, no se demuestran con el dicho del que las posee, ni con el de testigos, sino con documentos fehacientes expedidos por las autoridades o corporaciones encargadas de ello. ¿No es esto evidente, señores del consejo? Sí lo es, porque lo evidente de una proposición no necesita raciocinio para demostrarlo.

Así es en verdad. Abro un libro que todos los que nos encontramos aquí en este salón, con el carácter de vocales del consejo de guerra, de acusador público y defensores conocemos. Este libro es la *Ordenanza General del Ejército*, la que en su artículo 921 dice que el carácter militar sólo se demuestra con el nombramiento expedido por las autoridades a quienes concierne hacer tal cosa. En la causa no consta el nombramiento, el título de militares que se atribuye a los prevenidos; debe, por consiguiente, decirse que no se acreditó el carácter militar de los que están allí en el banquillo de los acusados y, en este caso, la incompetencia del honorable consejo, al que tengo la honra de dirigirme, está demostrada.

Si no temiese fatigar la atención de los señores vocales del consejo de guerra, me ocuparía del delito de deserción que se imputa a uno de los clientes. La lógica me manda que cuando no haya pruebas, ni remotas siquiera, de un delito, el papel de la defensa es negar la comisión de aquél. No hay deserción, ni menos frente al enemigo, que nunca ningún prisionero ha sido considerado, ni lo será, como desertor.

He demostrado, a mi modo de ver, que falta la comprobación del cuerpo del delito de rebelión, que la ordenanza se ocupa “de los delitos puramente militares”, o sea de aquellos que sólo pueden cometerse por militares; y éstos son las personas de la clase de soldados, y también los funcionarios militares que pertenezcan al ejército mexicano. Los que han sido acusados, no son militares, no; son paisanos y, en este caso, el consejo debió haber declinado su jurisdicción y no juzgarlos.



He concluido. En cuanto mis débiles fuerzas me lo permiten trabajé esta defensa. Ahora toca a vosotros resolver sobre la suerte de los acusados; pero yo no cerraré mis labios sin recordaros antes, a vosotros guerreros esforzados y hombres de corazón, que un antiguo filósofo, Séneca, en ocasión semejante a la en que nos encontramos, pronunció estas palabras que a través de los siglos ha conservado la historia: *“Res est sacra miser”*. Sí, señores: todo hombre caído en desgracia ha de verse como cosa sagrada.

Toca ahora al licenciado Alberto López Hermosa, que con su peculiar facilidad de palabra pronunció una bella pieza oratoria, en la cual vertió conceptos muy apropiados para el fin que se persigue, y terminó pidiendo al consejo que, haciendo a un lado los odios de partido, que ya es hora que desaparezcan de entre nosotros, fuera clemente para con los tres infortunados que se encuentran en el banquillo.

El agente del Ministerio Público replicó a los defensores, y en la réplica se suscitó un pequeño altercado entre él y el licenciado López Hermosa, debido a ciertas frases vertidas por éste en el calor de su peroración; el licenciado López Hermosa no tuvo inconveniente en retirar las palabras que desagradaban al señor Vítores Prieto.

Se concedió permiso al acusado general Felipe Ángeles para que hiciera uso de la palabra, y poniéndose de pie, con voz robusta, dijo que ya se encontraba sin fuerzas para seguir luchando para salvar la vida; que él ya no quería defenderla en esos momentos, que lo que defendía eran sus acciones; entró en largas diserciones de orden moral y terminó con esta frase: “Señores jurados; cuando ustedes hayan votado porque se me aplique la pena de muerte y yo haya desaparecido, mi único anhelo es que no se diga que fui un hombre malo”.



El presidente del consejo, general Gabriel Gavira, toma la protesta de ley a los vocales del mismo, pasando luego a declarar formalmente que el consejo de guerra extraordinario es competente para juzgar y condenar a los acusados Ángeles, Enciso de Arce y Trillo, por los delitos de rebelión y desertión frente al enemigo.

El asesor militar, general y licenciado Salvador Franco Urías, formula el interrogatorio a que deben contestar los miembros del consejo para decidir la suerte de los acusados, interrogatorio que es discutido por la defensa, pidiendo que se supriman algunas de las preguntas y se modifiquen otras.

Poco después de las cuatro de la mañana, el mismo general Gavira declara suspendida la sesión por cinco horas para descanso, debiendo reanudarse a las 10 de la mañana.

La deliberación de los miembros del consejo principió después de las 11 de la mañana, habiéndose llenado antes algunas formalidades que exigen las leyes.

Ángeles y sus acompañantes, que habían sido conducidos a los cuartos donde estaban sus celdas, en el cuartel del 21o. regimiento, fueron llevados de nuevo al foro del Teatro de los Héroes, cerca de las 10 de la mañana.

Es lo cierto. A esa hora, el amplio recinto del coliseo de la Plaza Hidalgo se encontraba pletórico de concurrencia, que pacientemente esperó durante varias horas, hasta conocer el resultado de las deliberaciones de los miembros del consejo, y la lectura de la sentencia respectiva.

Mientras duraban las deliberaciones del consejo, Ángeles y sus compañeros se encontraban en la parte posterior del foro, donde algunos militares (artilleros del cuartel de la Alameda, y otros jefes, coroneles Enrique León, Alejandro Gallegos y otros) cruzaban con ellos breves frases de aliento.

Ángeles se mostraba sonriente, y sólo al ser interrogado por Alberto Ruiz Sandoval sobre si tenía conocimiento



de que sus familiares venían en camino para Chihuahua, se mostró un poco nervioso y dijo:

“—No lo creo ni lo deseo. Para mí solo esto es un juego de niños, estando aquí mi familia sería muy diferente”.

RECURSOS DE AMPARO

Los señores licenciados Alberto López Hermosa y Alfonso Gómez Luna, defensores de los señores Ángeles, Enciso de Arce y Trillo, interpusieron el recurso de amparo ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación contra actos del consejo de guerra extraordinario que los juzga.

México, 25 de noviembre de 1919.

A un telegrama de los señores Gómez Luna y Alberto López Hermosa, por medio del que interponen directamente ante esta Corte el recurso de amparo a favor de los señores Felipe Ángeles, Néstor Enciso de Arce y Antonio Trillo, contra actos del consejo de guerra (extraordinario) de la plaza de Chihuahua, recayó el siguiente acuerdo de esta fecha:

“Fórmese y regístrese el expediente respectivo con la demanda de amparo formulada por Alfonso Gómez Luna y Alberto López Hermosa, como defensores de Felipe Ángeles, Néstor Enciso de Arce y Antonio Trillo, contra actos del consejo de guerra extraordinario de la plaza de Chihuahua, por conducto del juzgado de Distrito, dígase a los mencionados defensores que la suspensión del acto debe solicitarse ante la misma autoridad responsable, de acuerdo con lo prevenido en la fracción V del artículo 107 de la Constitución, y que recaban de dicha autoridad y remiten a esta Suprema Corte, las copias certificadas a que se refiere la fracción octava del precepto constitucional antes citado, y en relación con lo que disponen los artículos 100, 101 y 102 de la ley reglamentaria, de los



artículos 103 y 104 del Código político. Por la vía telegráfica comuníquese este acuerdo a los interesados”.

Así lo acordó la Suprema Corte de Justicia de la Nación. —Doy fe. —Comuníquelo para sus efectos y conocimientos de A. J. Orozco, R.

*Unos tras otros se siguen los telegramas
de recurso de amparo*

Una gran cantidad de familias y de señoras se han dirigido al C. Presidente de la República solicitando, aun antes de que se dicte la sentencia definitiva, el indulto para los procesados, sin haber recibido contestación alguna a sus mensajes.

Una comisión de damas de la ciudad de Chihuahua, a la que se ha hecho referencia anteriormente, ha hecho diversas gestiones ante las autoridades de esta plaza, sin haber podido ser escuchadas por el general Manuel M. Diéguez, a quien no se pudo encontrar en su tren especial.

Uno de tantos telegramas —mensajes— solicita la gracia para los reos, diciendo al señor Carranza: “Por el inolvidable recuerdo de su distinguida esposa...”, y algunas otras frases semejantes, tendientes a excitar la compasión del alto funcionario.

Mientras la defensa y las damas iniciaban y llevaban a cabo estas gestiones, los miembros del consejo de guerra contestaban en sesión secreta los interrogatorios a que fueron sometidos, dictando su fallo.

Dado el número de preguntas que contienen estos interrogatorios, y lo delicado del asunto que se tiene en estudio, la sesión secreta se prolongó por espacio de muchas horas, pasando luego los miembros del consejo, en unión de los abogados que los asesoran, a formular la sentencia.

Entretanto, el público no se impacientaba en la sala. Todos los asientos en el Teatro de los Héroes se hallaban ocupa-



dos. En los pasillos no se podía dar un paso. La guarnición se vio obligada a no permitir la entrada de más personas, no mostrando impaciencia alguna, permaneciendo sentados unos y parados otros.

En esos momentos se supone que el hermano del general Ángeles —Alberto—, que entonces se encontraba en Pachuca, se dirigió telegráficamente al señor licenciado Alberto López Hermosa, uno de los defensores del reo, suplicando que le informe sobre los resultados del consejo de guerra, al mismo tiempo que agradeciéndole sus gestiones en pro del acusado.

La sentencia de muerte

A las 10:15 minutos de la noche, el presidente del consejo de guerra declaró abierta nuevamente la audiencia, y el defensor, licenciado López Hermosa, solicitó hacer uso de la palabra, a cuya solicitud no se le contestó por el presidente del consejo. Enseguida, el general Escobar, con voz robusta dio la orden de: “Firmes... presenten armas”, y todos los militares presentes obedecieron la orden, habiéndose puesto de pie todos los concurrentes al acto. El licenciado juez instructor dio lectura a la sentencia, misma que duró por espacio de una hora.

Considerandos

Considerando primero. El procedimiento en el caso presente, desde el momento en que ha tenido por base la comprobación de la existencia de un hecho reputado como delito por la ley, como es el que menciona la orden de proceder dictada por el C. general en jefe de las operaciones militares en el norte de la República, por acuerdo de la Secretaría de Guerra y en



las diligencias practicadas por el C. juez instructor militar, se ajustó a derecho, de acuerdo con lo prevenido por el artículo 46 de la Ley de Procedimientos Penales en el fuero de guerra. Establecida en la legalidad dicha por lo que toca a la forma común que debe usarlo en el procedimiento, aparece también comprobada, en cuanto al caso excepcional de esta causa que se ha visto en consejo de guerra extraordinario, ya que están cubiertos los extremos del artículo 390 de la ley procesal citada, según se justifica con las constancias de autos en que aparece glosada la orden de proceder que antes se mencionó, expedida por la autoridad competente según lo prevenido en el artículo 79 de la Ley de Organización y Competencia de los Tribunales Militares y con los requisitos que el mismo artículo 390, en relación con el 36 de la referida ley procesal exigen.

Considerando segundo. El consejo de guerra extraordinario es competente para juzgar del caso actual sometido a su jurisdicción, a pesar de lo alegado en contrario por los acusados y sus defensores si se relacionan las constancias de autos, con los preceptos legales y reglamentarios que deben regir en este asunto. [1a.] Los acusados y sus defensores propusieron en virtud de que, ordenando el artículo 15 de la Constitución General de la República, que en cualquier clase de asuntos penales en que se halle complicado como responsable un paisano, sería la autoridad civil a quien corresponda el conocimiento del negocio, esa autoridad debía haber conocido del presente, supuesto que, según sus apreciaciones, los tres acusados son paisanos, sin que en auto aparezca comprobado alguno que conforme a la ley revele la calidad de militares que se les atribuye. 2a. Que no habiéndose formado auto de formal prisión en contra de los acusados según lo previene la Constitución General de la República en su artículo 19, están siendo ilegalmente juzgados. 3a. Que no habiendo sido aprehendidos infraganti los acusados y siendo este hecho uno de los requisitos exigidos para que sea juez un consejo de guerra



extraordinario, se está procediendo ilegalmente en su contra. 4a. Que no estando comprobados los elementos constitutivos del delito de rebelión están siendo también ilegalmente juzgados los reos.

Tales objeciones carecen de fundamento a pesar de los esfuerzos que los acusados y los defensores han hecho, para justificar su acerto y dejarlo comprobado. En efecto: si bien es cierto que el artículo 921 de la Ordenanza General del Ejército dice que ningún individuo del ejército podrá considerarse en posesión del empleo que se confiera, si no tiene la patente respectiva, también lo es que esa disposición en manera alguna significa que tal patente sea requisito indispensable para comprobar, en cualquier momento, la calidad de militar en un individuo; pues examinando sólo la misma redacción del referido artículo, vemos que comienza con los siguientes términos: "Ningún individuo del ejército", para agregar después las palabras que antes se han dicho, lo cual da idea clara de que hay individuos del ejército con dos calidades, unos como considerados en posesión del empleo y que son aquellos que han recibido su patente y otros que siendo individuos del ejército, no pueden ser considerados en posesión del empleo por falta de esos requisitos. Esta sola diferencia, que en el mismo artículo 921 establece, revela claramente el caso de que individuos que ingresan al ejército tanto con el grado efectivo como con el grado asimilado, empiezan a ejercer sus funciones antes de que se les expida su patente, pues casi de un modo invariable se les conoce, por la Secretaría de Estado, determinado tiempo para obtener dicha patente. Además sería verdaderamente pueril el negar el carácter de militares a individuos que de la milicia han hecho su profesión, que por tal motivo han servido siempre en el ramo militar, que han gozado de las prerrogativas y derechos militares, en ocasión en que la premura exigida por las mismas leyes, para cumplir tales o cuales formalidades, como en el caso de consejo de guerra



extraordinario, traen consigo la imposibilidad de presentar a la vista documentos que el mismo interesado puede fácil y dolosamente ocultar, para no estar al perjuicio de las disposiciones con que otras veces se han beneficiado. Si, pues, no es requisito indispensable ni el único medio de prueba justificar el carácter militar de una persona, el documento de referencia, debe estarse indiscutiblemente a lo prevenido no solamente por la ley expresa, sino a los principios generales de derecho y aceptar que el carácter militar de una persona se justifica por los demás medios de prueba que la ley establece. A mayor abundamiento, existen la circular número 14356 de la justicia dependiente de la Secretaría de Guerra y Marina, que previene que no debe desconocerse el carácter militar de individuos del ejército, sino cuando expresamente la expresada Secretaría los hubiese desconocido. Así pues, teniendo por lo que toca al acusado Ángeles la propia confesión de ser militar de profesión, de haber obtenido el grado de general brigadier, de haber servido con este grado al ejército tanto en la época anterior a la usurpación de Huerta, como en la posterior bajo las órdenes del señor don Venustiano Carranza, actualmente presidente de la República, confesión que conforme al artículo 205 de la Ley Procesal Militar y no existiendo prueba alguna de que la Secretaría de Guerra haya desconocido expresamente al general Ángeles su grado respectivo, sino que más bien le da ese título, como se justifica por el telegrama que obra a fojas veintiocho de estos autos, que claramente dice se procese al general Ángeles por delito de rebelión; y no habiendo, por otra parte, presentado el reo, ni tampoco sus defensores, prueba alguna de haber perdido tal carácter militar, y tener el que en la audiencia pretendió darse de paisano, es de tenerse a dicho acusado como militar. Por lo que respecta a los acusados Arce y Trillo, militan no sólo las razones para considerarlos militares, sino que existen también las listas de revistas y oficios de la Secretaría de Guerra y Marina,



que se pusieron a la vista durante el consejo y que con su carácter de documentos auténticos hacen prueba plena, 206, 207 y 210 del Código de Procedimientos Penales en el Fuero de Guerra. La segunda de las referidas objeciones no es seria ni casi debiera tomarse en cuenta; pero bastará para considerarla perfectamente destruida en tomar en cuenta que el artículo 13 constitucional, al establecer de un modo claro y terminante el fuero especial de guerra, no podía cometer la inconsecuencia que en los procedimientos para él establecidos se siguieran exactamente los trámites del fuero común y hasta se designaran con iguales tecnicismos. Ese artículo, el 13 constitucional, establece una excepción al precepto general contenido en el diccionario de la misma Carta Fundamental; y si la ley de la materia no establece el que en los asuntos que deban someterse a un consejo extraordinario de guerra se dicte auto de formal prisión, no se ve la razón de exigir un auto que recibiera ese nombre, pues sin duda el legislador estimó que tal auto, aunque no se llamara de formal prisión, quedaba comprendido, bien en la resolución de la autoridad militar al remitir un acta de policía judicial al juez instructor, o bien en la resolución de ésta al remitir las diligencias respectivas al presidente del consejo extraordinario, ya que cualquiera de estas resoluciones deben ser dictadas antes de las 72 horas que las leyes fijan para pronunciar el auto de formal prisión en el procedimiento ordinario. Por lo que toca a la tercera objeción hecha por los defensores y los acusados, de que no fueron sorprendidos en flagrante delito, basta recurrir a las declaraciones rendidas por los testigos que fueron examinados durante la audiencia de cuyos datos se desprende, precisamente, lo contrario; *esto es, que si Felipe Ángeles y coacusados fueron aprehendidos se debió al hecho de que tales individuos, al frente y en compañía de la partida derrotada días antes, fueron reconocidos por sus perseguidores pertenecientes a las fuerzas del gobierno, que tenían por objeto el de buscarlos y capturar a los enemigos de nuestras institu-*



ciones y a los que luchaban por el derrocamiento del gobierno de la República, como las fuerzas villistas, a las cuales pertenecen los acusados. En efecto: el jefe de la defensa social Gabino Sandoval tuvo conocimiento de la estancia de Ángeles y sus compañeros en el lugar en donde se desarrolló la acción a que se refiere en su testimonio, y de la concurrencia de ello en dicha acción, sin que baste a excluirlos de responsabilidad el hecho de que los mismos acusados manifiestan no haber usado de sus armas ²⁵ porque conforme a los tratadistas modernos del Derecho Penal la responsabilidad en los crímenes colectivos debe ser también colectiva. Además, suponiendo por un momento virídicas las declaraciones de los procesados, éstas ante la fuerza jurídica producida por las de los testigos, tienen que claudicar y caer desde su base; porque quienes establecen la concurrencia de los reos en el combate de referencia, verificado días antes de su captura, son los mismos que fueron compañeros de ellos en su lucha por derribar a las autoridades constituidas. A mayor abundamiento de tales testimonios, se desprende que Gabino Sandoval y sus soldados, al descubrir que Ángeles y socios formaban parte de la partida rebelde, no los perdieron de vista y siguiendo sus huellas y teniéndolos a su alcance emprendieron la persecución, cuyo resultado es ya conocido. Esos elementos vienen a comprobar la circunstancia a que se refiere el artículo 133, fracción I de la Ley de Organización a la Competencia de los Tribunales Militares, cuya circunstancia debe considerarse demostrada por los medios de prueba que señalan los artículos 205 y 212 de la Ley de Enjuiciamiento Militar. Por lo que toca a la cuarta de las objeciones antes dichas, y en lo que ellas se relacionan con el actual Felipe Ángeles, la propia confesión de éste que, según el artículo 205 antes mencionado, hace prueba plena, demuestra que estaba sustraído a la obediencia del gobierno general de la República, pues todos los hechos que él mencionó en sus

25 N. del E. El subrayado es del autor.



diversas explicaciones, aun queriéndolas aparecer como hechos no tendientes a esa sustracción, son la más clara manifestación de lo que se asevera, ya que no otra cosa significa el que el acusado se haya acogido al amparo de las fuerzas comandadas por el rebelde Francisco Villa, que con él haya asistido a diversos combates, que no haya querido presentarse a las autoridades asistentes en la República, que no haya reconocido a éstas, ni al presidente de ella, procurando siempre ponerse fuera de su alcance, que haya desconocido el valor y fuerza de la Constitución que rige en la Nación, y todos los demás actos relatados por él mismo, como actos inocentes y no de desobediencia, como real y efectivamente lo son, a pesar de que asevera, ya que en otra cosa significa el que el acusado haya tomado el mando de la columna que estaba a las órdenes de Martín López, por acuerdo del rebelde Francisco Villa, lo hizo solamente para lograr unas conferencias con el jefe de la plaza de Camargo; y que contra todo lo aseverado por los testigos, diga no haber hecho uso de sus armas y traer su pistola únicamente para los lobos. La misma desobediencia, por lo que toca a los acusados Néstor Enciso de Arce y Antonio Trillo, aparece también comprobado por su propia confesión, pues uno y otro, aunque disculpándose también con no haber asistido a los combates de los rebeldes villistas con las fuerzas del gobierno más que como simples espectadores y haber tenido la intención de presentarse ante las autoridades constituidas, no haciéndolo por falta de oportunidad, esas disculpas resultan vanas e inverosímiles, puesto que es incomprensible que hombres que han hecho de las armas su profesión, que han estado acostumbrados a tomar parte activa en todas las funciones de armas en que tuvieron oportunidad de estar presentes guardaran, como dicen, actitud espectante que, sin duda, les hubiera acarreado probabilidades de perder la vida a manos de los rebeldes villistas, de quienes se hicieron compañeros al notar que en semejantes ocasiones en que es indis-



pensable la cooperación del mayor número de actividades, se eximían de ejercer las suyas; tanto más cuanto que como ellos mismos manifiestan, Villa, bandolero vulgar y asesino feroz castigaba con la pena de muerte resistencias semejantes y, sobre todo, a individuos en quienes era de suponer fundadamente recaía su desconfianza por haber pertenecido en época no lejana a las fuerzas del gobierno que lo batía. Que los acusados Ángeles y Arce se aprovechaban de fuerzas que mandaban y de elementos que el gobierno puso a su disposición, no cabe duda dudarlo; la confesión del primero sobre el hecho de que Francisco Villa conservaba, cuando él lo acompañaba, fuerzas que en 1913 y 1914 se llamaban de la División del Norte, justifican plenamente la existencia de ese elemento constitutivo del delito, ya que él mismo ha confesado que después de haber sido nombrado subsecretario de Guerra por el señor don Venustiano Carranza, cuando era primer jefe de las fuerzas constitucionalistas, lo envió a colaborar con Villa con carácter de general brigadier, en la campaña que se hacía contra las fuerzas del usurpador Huerta. Se objeta que en la época en que Ángeles recibió esa orden y fue a mandar fuerzas armadas de la División del Norte, el señor Carranza no era presidente de la República; pero debe tenerse en consideración que para Ángeles sí lo era, como lo era para todos los que en esa época llevaron el título de constitucionalistas. Se niega tal cosa; pero no hay más que recordar el talento, la cultura y el conocimiento de los negocios públicos que Ángeles ha revelado, para estar cierto de que él sabía perfectamente bien que el nombramiento de secretario o subsecretario de cualquiera de los Departamentos de Estado, no podía conferirlo más que quien tuviera el carácter de presidente de la República; y si entonces Ángeles aceptó y usó de su cargo, reconociendo por ese solo hecho el carácter dicho y obteniendo con ello los beneficios consiguientes, no es de aceptarse que en la actualidad niegue la realidad de tal carácter y niegue que el gobierno de



la República puso a su disposición elementos armados con los que se rebeló primero, al surgir la discordia que él dice, de Aguascalientes, aprovechándolos después en la parte que naturalmente le restaban, hasta el momento de su captura, para poder, al amparo de ellos, sentirse bastante, según lo ha manifestado en sus declaraciones, para no considerarse obligado a reconocer ni al actual presidente de la República ni a ninguna de las autoridades que en ella funcionan. Sobre esta objeción y en lo que respecta a Enciso de Arce y Trillo, la confesión del primero prueba plenamente, también, que con fuerzas pocas o muchas, del 59 batallón del que era segundo jefe y que mandó como jefe nato el segundo día del ataque a Parral por los rebeldes villistas, se entregó al enemigo y con él permaneció hasta el momento de su captura, siendo indudable que esos hombres que estaban a su mando, y los elementos de guerra con que contaba, fueron puestos a su disposición, aunque de una manera indirecta, como es la sucesión de mando militar, por el gobierno de la República. El segundo de los últimos o sea Trillo no dispuso de fuerzas, porque en su calidad de soldado no las mandaba; pero sí con su arma, parque y caballo, permaneció con los rebeldes villistas hasta su captura. En cuanto a que el general Ángeles se substraiga a la obediencia del gobierno, aprovechó de las fuerzas que mandaba y dispuso de los elementos que habían sido puestos a su disposición para contrariar preceptos de la Constitución General de la República, bastan sus propias declaraciones, o sea la confesión que hace prueba plena, para estimar completamente justificado el cargo, ya que él mismo ha manifestado que no reconoce ni al presidente ni a ninguna autoridad, que siempre se ponía fuera del alcance de éstas por temor de ser capturado, que venía a procurar que fructificaran entre el pueblo las doctrinas que dice se había hecho el ánimo de hacerle comprender; siendo inconcurso que para que, según sus propósitos, pudieran tales doctrinas ser practicadas, necesitaban de



autoridades distintas a las que existían en la República, y como esas autoridades no podrían dejar de funcionar sin los medios que para ello establece la Constitución de 1917, Constitución que actualmente es el Código Fundamental de la República y que el señor Ángeles desconoce en lo absoluto y rechaza por haber sido, según su parecer, formada en virtud de procedimientos inadecuados, es claro que el objeto de todos esos actos y todos los demás que durante el proceso ha manifestado también a contrariar los preceptos de la referida Constitución.

Considerando tercero. Que comprobada la legalidad de procedimiento, la competencia del consejo de guerra extraordinario para juzgar y fallar en la existencia del delito, así como la responsabilidad criminal de los acusados, que ha quedado demostrada por los mismos reconocimientos y fundamentos de la ley que se expresaron en las consideraciones anteriores, procede examinar cuáles son las penas que a cada uno de los acusados debe aplicárseles, tomando en consideración lo resuelto por el consejo a los interrogatorios respectivos, supuesto que, por ellos aparece que Enciso de Arce y Trillo son inocentes del delito de deserción frente al enemigo, debiendo, en consecuencia, ser absueltos del cargo que con tal motivo se les formuló. Que debiendo tenerse en cuenta también lo resuelto por el consejo en la sesión que se celebró para contestar los interrogatorios formulados, que en su concepto concurren en favor del acusado Néstor Enciso de Arce, las circunstancias atenuantes de buena conducta anterior, confesión circunstanciada y la idea del mismo consejo de obrar tomando en consideración los principios de estricta justicia, y respecto de Antonio E. Trillo, la de ser tan rudo en el acto de cometer el delito no tuvo el discernimiento necesario para conocer toda la ilicitud de aquél; la ignorancia de las leyes penales y militares y la de buena conducta anterior, son aplicables a los procesados, las siguientes disposiciones



legales: al general Felipe Ángeles el artículo 315 de la Ley Penal Militar; al mayor Néstor Enciso de Arce los artículos 315, 94, 95, inciso 39 de la fracción primera, y 96, fracción primera, de la Ley Penal Militar, y 39, fracciones primera y cuarta, del Código Penal del Distrito Federal; y respecto a Trillo, los artículos 315, 314, 92 y 15 de la Ley Penal Militar, y 39, fracciones décima y decimaquinta, y 42, fracción séptima, del Código Penal del Distrito Federal.

Por todo lo expuesto, con fundamento en los preceptos legales ya invocados, y además en los artículos 131, 108, fracción décima, y 262 del Código de Procedimientos Penales en el Fuero de Guerra, y 9o. del Código Penal del Distrito Federal, el consejo debe fallar y fallará, con las siguientes

Proposiciones

Primera. Se absuelve al mayor Néstor Enciso de Arce y soldado Antonio E. Trillo, de los delitos de desertión frente al enemigo.

Segunda. Por el delito de rebelión, se condena a los acusados, general Felipe Ángeles y mayor Néstor Enciso de Arce, a sufrir la pena capital.

Tercera. Se substituye en favor del mayor Néstor Enciso de Arce, la pena impuesta por la extraordinaria de veinte años de prisión.

Cuarta. Por el delito de rebelión se condena al soldado Antonio E. Trillo, a sufrir la pena de seis años ocho meses de prisión ordinaria, más una cuarta parte de retención en su caso.

Quinta. Amonéstese a los reos acusados a prisión para que no reincidan.

Sexta. Quedan los reos a disposición del general en jefe de las operaciones militares en el norte, para los efectos legales.



El general Ángeles oyó la sentencia que lo condenaba a muerte con una seriedad absoluta, no notándose en su cara ni una contracción nerviosa.

Enciso de Arce, al ser notificado de que era condenado a la pena capital palideció un poco, pero enseguida que se le avisó que dicha pena le había sido conmutada por la de 20 años de prisión, una sonrisa de satisfacción pasó por su rostro.

El joven Trillo, después que le fue conmutada la pena que se le aplicara, lloró de emoción, habiendo sido la primera manifestación de que comprendía la importancia del juicio que se le seguía, pues mientras duró, parecía sumido en una importancia [*sic*] absoluta.

Durante el tiempo que tardó la lectura de la sentencia, el silencio que imperaba en la amplia sala era imponente, máxime si se tenía en cuenta que presenciaban el acto no menos de tres mil y tantas personas.

Con Ángeles y Enciso de Arce platicamos un momento después que les fue notificada la sentencia, y en cuanto al general Ángeles tenemos que manifestar que verdaderamente nos asombró su entereza y la frescura con que hablaba de su fusilamiento tan próximo, como si se tratara de un viaje.

Lo vimos felicitar a Enciso de Arce por la suerte que le cupo y, en algunas ocasiones, proferir bromas y reír tranquilamente. Nos dijo que se alegraba que a su familia le hubiera sido imposible venir a esta ciudad, pues esto hubiera sido sólo un motivo de mayores sufrimientos para ella, máxime para su señora, que se encontraba enferma. No quiso escribirles por considerar no tener nada que decirles, que demasiado podrían saber los detalles de su triste fin por medio de la prensa. Al hablar de su familia, se notaba que una nube de tristeza pasaba por su rostro. Aceptó, desde luego, que lo acompañara un sacerdote católico, que varias caritativas y compasivas damas ofrecieron llevarle.



El señor coronel Otero y Gama, jefe de la guarnición de la plaza, manifestó que podrían pasar a ver al general Ángeles quien él gustara, tanto un sacerdote como un notario o los amigos que quisiera recibir.

Terminado que hubo de leerse la sentencia, en todo condenatoria para el general Ángeles, los reos fueron conducidos al cuartel que ocupaba el 21o. regimiento.

En un potente auto tomaron asiento el coronel Otero, jefe de la guarnición, el mayor Elguero y el acusado, yendo en otro los soldados que formaban la escolta encargada de vigilar al reo.

*Comisiones de damas y numerosos amigos
visitan al general Ángeles*

Ya en el cuartel del 21o. regimiento, los defensores del acusado permanecieron con él por espacio de algún tiempo, pasando también a saludarlo una comisión de damas que estuvo haciendo cuantas gestiones pudo en favor del general Ángeles, así como varios exdiscípulos y amigos del sentenciado (entre éstos los coroneles Enrique León Ruiz y Alejandro Gallegos).

Las pláticas fueron largas, y en ellas Ángeles demostró su buen humor, no desmentido a pesar de la difícil situación en que se encontraba, haciendo que varias veces, no obstante la seriedad del acto, los presentes lanzaran sonoras risas.

En capilla

Cuando la hora fue más avanzada, algunas de las personas que fueron a visitar al general Ángeles se fueron retirando, quedando tan sólo en el cuarto Ángeles, el jefe de la guarnición, los representantes de la prensa local, algunos militares y amigos del sentenciado, y el presbítero José Valencia, del templo de la Sagrada Familia.



Ángeles, visiblemente fatigado, suplicó le dispensaran que se recostara en la cama, diciendo que por el momento no dormiría, pues deseaba platicar con sus amigos y en especial con el religioso Valencia.

La plática revistió el carácter de una verdadera discusión en materia de religión, pues Ángeles, como dijo, estaba educado en cierta escuela científica y demostrativa, y en cuestiones religiosas las demostraciones científicas no caben, lógicamente hablando, ya que todo es únicamente dogma de fe.

Este punto sirvió para que el sentenciado hiciera derroche de sus conocimientos y de su humorismo, prolongándose la conversación por bastante tiempo, hasta que Ángeles, ya sumamente fatigado, manifestó que deseaba dormir, cosa que hizo durante largo rato con toda tranquilidad.

El general Ángeles deja varios recuerdos a sus amigos

Ángeles, deseando dejar a sus amigos que lo acompañaban en el último momento, algún recuerdo, dedicó varios autógrafos, entre ellos uno que dice: "La mujer mexicana es la mayor riqueza que tiene nuestra patria. Felipe Ángeles". Dedicatoria puesta sobre un retrato de la señora esposa de un redactor de *El Herald*o.

A varias personas dejó también diversos pensamientos, disculpándose de que quizás no fuesen en todo correctos, pues comprendía que sus ideas empezaban a ser un poco confusas, tal vez hasta incoherentes, debido a la fuerte tensión nerviosa en que se encontraba su organismo en general.

Manifestó, también, que algunos tacos que le fueron llevados, solicitud de él, no los comía debido a que su estómago rechazaba en el momento todo trabajo, entrando también en este caso en diversas disertaciones de fisiología.



Llegó un momento en el que los que se encontraban presentes no pudieron reprimir su emoción y las lágrimas brotaron de sus ojos.

En este supremo instante, Ángeles, sereno, se dirigió a todos, y en particular a su defensor, licenciado Alfonso Gómez Luna, manifestándole que no lloraran, que si bien él moría no se le hacía sino un favor, pues estaba ya bastante viejo (tenía 50 años) y para nada servía.

Ante el valor de Ángeles, los presentes refrenaron sus arranques de sentimentalismo y trataron de llevar al espíritu del sentenciado una esperanza.

Desgraciadamente ésta era casi nula o, mejor dicho, imposible, y así lo comprendió, diciendo, con tono de suprema conformidad, al licenciado Gómez Luna:

“Es por demás, señor defensor, que haga usted gestiones, debo morir hoy mismo; pero... cumpla con su deber”.

Angustia de los compañeros de infortunio

El mayor Enciso de Arce, que se encontraba también en el cuarto de Ángeles, tuvo un momento de emoción, y Ángeles en esta vez sí se comprendió que se vio precisado a hacer un esfuerzo para no denotar sus sentimientos y aparecer tranquilo.

Arce, abrazado del general Ángeles, sollozaba profundamente y éste con una tranquilidad que se antoja espartana, llevaba al ánimo de aquél la suprema conformidad ante su sentencia.

El sentenciado Trillo, en tanto, lloraba fuertemente, hasta que se le condujo a otra pieza, en donde quedó profundamente dormido.

El último momento de reposo

Como a las tres y media de la mañana, Ángeles quedó dormido en su cama, y los que lo acompañaban en sus últimos momentos, salieron del cuarto con objeto de permitir al referido general algunas horas de completo descanso. Las horas transcurrieron con una rapidez que se antoja vertiginosa, no oyéndose sino el continuo “alerta” de los centinelas del vecino edificio penitenciario, grito que venía a recordar a cada momento que la hora señalada se acercaba.

La ejecución del general Ángeles

Como a las 6 de la mañana comenzaron a llegar al cuartel que servía de capilla al sentenciado, diversas facciones de tropa, así como el pelotón encargado de consumir la ejecución, compuesto de 10 soldados al mando de un teniente, todos pertenecientes al 21o. regimiento.

Sin dar muestras del más ligero temor, y únicamente con una ligera palidez en el rostro, continuó conversando, refiriendo algunas anécdotas de su vida y bromeando con el mayor Arce y con el soldado Trillo, a quien llamó a su presencia.

Momentos antes de la 6 de la mañana, el licenciado Leandro Díaz de León se presentó para cumplir sus últimos deberes como juez de la causa, oyendo en ese momento los pasos, la marcha y las voces de mando de los soldados que estaban formando el cuadro. El general Ángeles, con toda entereza, preguntó:

—¿Ya la hora?

Cuando se le respondió afirmativamente, se levantó de la cama, arrojó la ropa que lo cubría, se puso el mismo pantalón que había usado durante el proceso, los zapatos de lona que había traído, y cubriéndose con una frazada, se



sentó junto a la mesa, desde donde vio perfectamente, por una ventana, que el cuadro estaba ya listo.

El general Escobar, que se encontraba presente —junto al general Enrique León Ruiz—, suplicó al general Ángeles le escribiera algún pensamiento, y aquél, sentándose, escribió algunas frases llenas de realismo referentes al ejército, entregando después la libreta al general Escobar, el cual, emocionado, dio las gracias...

Cuando el reo fue entregado al jefe de día, mayor Ignacio L. Campos, preguntó dónde debería situarse, y suplicó que tan pronto como se presentara frente al pelotón, se hiciera la descarga.

El momento era solemne por el tráfico. La indecisa luz de la mañana apenas alumbraba el sitio de la ejecución y aquella triste estancia; ni una palabra se oía, y sus acompañantes guardaban un religioso silencio. Afuera únicamente se escuchaba la voz de mando de los oficiales.

El mayor Campos hizo una seña, el general Ángeles se levantó rápidamente, tiró la cobija en la que estaba embozado y abrazó al licenciado Gómez Luna, diciéndole que era el último abrazo de despedida para todos, haciendo votos por la paz de la República.

Salió erguido, con rapidez, al lugar de la ejecución, y apenas se había puesto frente al pelotón, cuando se oyó la voz de mando del teniente Ramón Ortiz y casi al mismo tiempo sonó la descarga, cayó el general Ángeles sobre el costado izquierdo, en una postura de semiflexión con la cabeza sobre uno de sus brazos. El doctor García se acercó, y como notara que aún no moría, pues su estertor produjo un extraño ruido, se le aplicó el tiro de gracia en la frente.

Las tropas desfilaron silenciosas. Los camilleros se acercaron, condujeron el cadáver al hospital, y se le practicó el reconocimiento médico para dar fe de que había muerto.

Se dio permiso para que los restos mortales fueran conducidos a la casa de la familia Revilla, y allí miles de vecinos



desfilaron para contemplar por última vez el rostro del hombre que había muerto por su causa.

Hombres, mujeres y niños, de todas las clases, lo acompañaron silenciosamente hasta el cementerio.

El general Ángeles dejó algunas cartas para el licenciado Manuel Calero e ingeniero Manuel Bonilla, y otra para su esposa, que decía:

26 de noviembre de 1919.

En el cuartel del 21o. regimiento, Chihuahua.

Adorada Clarita:

Acabo de dormir algunos cuantos momentos. Estoy acostado descansando dulcemente. Oigo murmurar la voz piadosa de algunos amigos que me acompañan en mis últimas horas. Mi espíritu se encuentra en sí mismo y pienso con afecto intensísimo en ti, en Chabela, en Alberto, en Julio y en Felipe. Hago votos fervientes porque conserves tu salud y por la felicidad de Chabela. Tengo la más firme esperanza de que mis hijos serán amantísimos para ti y para su patria. Diles que los últimos instantes de mi vida los dedicaré al recuerdo de ustedes y les enviaré un ardientísimo beso para todos ustedes.

Felipe Ángeles.

PROCESO Y MUERTE DEL GENERAL FELIPE ÁNGELES

General de brigada Enrique León Ruíz

El señor general Felipe Ángeles Ramírez, fue sentenciado a muerte el 25 de noviembre de 1919, por el fiscal licenciado Víctores Prieto, que en esa fecha fungía como agente del



Ministerio Público, en representación del gobierno de don Venustiano Carranza.

El fusilamiento se llevó a cabo el día 26, en el interior del cuartel del 21o. Regimiento de Caballería, de la Brigada Cavazos, sepultado después en el panteón de Dolores, de la capital del estado.

Ángeles nombró defensores a los licenciados Pascual del Avellano, Alfonso Gómez Luna y Alberto López Hermosa, pero el jurado rechazó al primero. Debemos confesar, sin tratar de ofender a nadie, que Ángeles casi se defendía solo, como que así nos lo confesó el licenciado Víctores Prieto, de palabra y por escrito, para el libro *Villa contra todo y contra todos*.

El proceso de guerra se llevó a cabo en el desaparecido Teatro de los Héroes de la ciudad de Chihuahua.

El fiscal, entre muchas otras cosas, le preguntó:

—¿General Felipe Ángeles, reconoce usted como gobierno legal y constituido, al gobierno que preside el señor presidente de la República, como lo es don Venustiano Carranza?

—¡No lo reconozco!

—Entonces, en nombre mío, en forma personal, pido al H. jurado y a la H. asamblea un aplauso de admiración por usted... Y en nombre del gobierno de la República... pido para usted... ¡la pena de muerte!

ÚLTIMAS HORAS DE VIDA

Dice el general Enrique León Ruiz, testigo presencial:

Mientras el señor general Felipe Ángeles vive las últimas siete horas de su vida muchas personas trabajaron para que salvara su vida del rencor sectario y musulmán de los carrancistas; recuerdo vivamente que el ex director del Colegio de Chapultepec me manifestó que moría con el más grande afecto para su familia, sus numerosos amigos que tenía en los Estados



Unidos, en Francia y, sobre todo, por nuestra querida patria, y que la única pena que llevaba era saber que había sido traicionado por Félix Salas, Arnulfo Basurto y Francisco Vázquez, en quienes el general Villa había confiado y distinguido, por haber sido de los que le acompañaron a Columbus, N. M., y de acuerdo con Gabino Sandoval lo habían capturado.

Eran las primeras horas del miércoles 26 de noviembre de 1919. Fueron muchas las personas que hicieron cuantas gestiones estuvieron en su poder para salvar la vida del general Ángeles. Desde los Estados Unidos se dirigieron al presidente Carranza pidiéndole clemencia hacia el general Ángeles. De Francia se recibieron numerosos mensajes pidiendo por la vida del sentenciado. La Legión de Honor de Francia...

Bien lo había dicho el general Ángeles: "Ya no tengo fuerzas para luchar por mi vida. Mi vida está en manos de Venustiano Carranza". *El Paso Morning Times*.

Se envió un telegrama al presidente Carranza, firmado por los vecinos más conspicuos de Chihuahua, entre ellos el cónsul francés y el doctor Castellanos, pero Carranza no se dignó contestar el mensaje.

"Ya lo sabía, pero para el hombre que no tiene miedo, da lo mismo morir hoy que mañana. He vivido bastante para recibir la muerte; lo único que siento es por la suerte que tenga mi familia y mi patria".

El Paso Morning Times.



St. Albans, W. Va. Noviembre 25 de 1919.
Sr. D. Venustiano Carranza,
Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.
Ciudad de México.



Señor:

El temor de que en nombre de la justicia vaya a perpetrarse un acto inhumano en la persona del ciudadano don Felipe Ángeles, actualmente en manos de los soldados de usted, me mueve a dirigirme a su señoría, con el respeto necesario, en demanda de garantías y respeto para la vida del mal afortunado campeón de la ley.

No se me escapan la importancia que en el momento actual tienen los antecedentes de este hombre limpio; antecedentes que por intachables resultan de dos filos, según sea quien los juzgue. Sin embargo, el aspecto legal del caso no presta lugar a duda. Se trata de un reo de rebelión y no de un *enemigo personal* de usted, ni menos de un *bandido fuera de la ley*; se trata de un hombre cuyos ideales predicados, y por los que se aprestaba a combatir, son: el restablecimiento de las legítimas leyes fundamentales de la República y el acatamiento absoluto a los mandatos del pueblo. *Es el mismo delito que usted llevó encima mientras fue rebelde, y para mayor coincidencia las circunstancias de ayer no son muy distintas de las de hoy.* En efecto, aquel poder que usted combatió nació del terror y de la violencia; el actual surgió del terror y de la intriga; no existiría si no fuese por el apoyo de las bayonetas. Usted invocó la Constitución de 1857 para levantarse en armas, y él sostiene aún la bandera que su señoría abandonara para asirse a la presidencia. Él, como usted, vio escarnecidos los derechos del pueblo y salió a reivindicarlos, haciendo uso de los únicos medios para tratar con los *autocrátas*: las armas, no sin haber esperado por largo tiempo que la ley y la justicia imperaran de uno a otro confín en el país.

Preciso es aclarar que el paralelo bosquejado no ha sido para deprimir a usted ni para elevar al reo, sino para hacer ostensible que los motivos de orgullo y satisfacción para usted, para él constituirán delitos graves, previstos y penados severamente por las leyes.



Agregando a lo anterior la frecuente comisión de violencias y atentados, así como la ausencia absoluta de respetos por las vidas de los hombres, resultan perfectamente justificados los temores a que me he referido al comienzo de esta carta, por cuyo motivo excito a usted para que, cumpliendo con sus deberes, se den garantías al ciudadano Felipe Ángeles, no como un acto de piedad o de misericordia, que sería ultrajante para su honorabilidad, sino como un acto de justicia.

Soy de usted, respetuosamente, S.S.
Ingeniero *Domingo López*.

El ingeniero Domingo López es un instruido militar mexicano, salido del Colegio de Chapultepec, conocedor de varios idiomas y de la química de explosivos. También fue uno de los aventajados discípulos del general Ángeles.



Washington, noviembre 25.

Muchos funcionarios y particulares de esta capital y de otras ciudades de los Estados Unidos, han enviado telegramas a sus amigos de México, pidiéndoles que persuadan al presidente Carranza de la necesidad de respetar la vida del general Felipe Ángeles...



Nueva York, noviembre 25.

Un pedimento para salvar la vida del general Felipe Ángeles se envió ayer por Federico González Garza, ex gobernador del Distrito Federal durante la administración de Madero. González



Garza implora la clemencia para Ángeles, debido a la fidelidad de éste a la causa que tanto Carranza como Garza sostuvieron durante la Decena Trágica, que fue el principio de la caída del gobierno de Madero.

“Mucha sangre mexicana —dice en su telegrama el señor González Garza— se ha derramado ya. Por la memoria de su esposa, cuyos restos aún están calientes; por la memoria de su hermano, sacrificado en el altar de la pasión política; por la memoria de Madero, precursor de la redención cívica de México, no permita que la de un ciudadano leal a su patria y a sus principios, sea derramada”.

Otro mensaje, en los mismos términos, del general David de la Fuente, excondiscípulo del general Ángeles. Los dos estudiaron en el Colegio Militar de Chapultepec, viviendo juntos por siete años en aquella institución, y por tres años los dos fueron profesores de artillería en el mismo Colegio. Aunque distanciado de él por cuestiones políticas, dijo:

Siempre lo consideré como un hombre de honor...

Es verdad que se le considera como uno de los mejores artilleros del mundo, habiendo recibido diplomas no sólo en México sino también en Europa.

No debe juzgársele ante una corte marcial, pues no ha cometido un delito de orden militar. Únicamente se le deberá juzgar como rebelde, y quizá de destrucción de propiedad del gobierno; y por esto se le debe consignar al juzgado de distrito, tal como sucedió con los villistas que últimamente fueron juzgados en Ciudad Juárez.

El Paso Morning Times.



No podemos menos que admirar al que en la hora de la suprema prueba demuestra ser hombre. Sean cuales fueren los errores de Ángeles, su actitud actual es la de un varón y de un soldado. La guerra es cuestión de vida o muerte, y el que elige la carrera de las armas no tiene derecho a lamentarse como una mujerzuela, como no lo ha hecho Ángeles [...]

En los precisos momentos que llegamos con el coronel Otero y Gama, los también coroneles Ballesteros, Alaniz, Alcalá y yo Enrique León Ruiz, al cuartel del 21o. regimiento, se escuchó el toque de “levante y forraje”. Todo se puso en movimiento. Sin embargo, el señor general Felipe Ángeles dormía en esos instantes supremos: recostado sobre un catre con ropa limpia. Y las personas que le acompañaban guardaban respetuoso silencio, en uno de los extremos de la pieza que servía de cárcel al reo.

En aquel instante se dejó oír el relincho de un caballo. Despertó el general Ángeles.

El coronel Otero y Gama, jefe de la guarnición de la plaza, manifestó que podrían pasar a ver al general Ángeles quien él gustara, tanto un sacerdote como un notario o los amigos que quisiera recibir.

El Paso Herald.

Comisiones de damas visitan a Ángeles²⁶

Los defensores del acusado permanecieron con él, pasando también a saludarlo una comisión de damas que estuvo haciendo gestiones —cuantas pudo— en favor de Ángeles, así como varios exdiscípulos y amigos del sentenciado a muerte.

²⁶ N. del E. Aquí y en los tres siguientes apartados, el autor presenta textos con encabezados idénticos incluidos en páginas previas, pero con algunas variaciones de redacción o información.



Las pláticas fueron largas, y en ellas Ángeles demostró su buen humor. Muy a pesar de lo difícil de la situación en que se encontraba, tuvo el valor para bromear, no obstante, la seriedad del acto.

En capilla

Cuando la hora se aproximaba, algunas de las muchas personas que fueron a visitar al general Ángeles se fueron retirando, quedando tan sólo en el cuarto del general Ángeles, el jefe de la guarnición de la plaza, varios de los representantes de la prensa local, algunos militares y amigos de Ángeles, y el presbítero José Valencia, que llegó en esos instantes.

El general Ángeles, visiblemente fatigado, suplicó le dispensaran que se recostara en la cama, asegurando que por el momento no se dormiría, pues deseaba platicar con sus amigos, y en especial con el religioso Valencia.

La plática se tornó en una verdadera discusión en materia de religión, pues Ángeles, como lo dijo, estaba educado en cierta escuela científica y demostrativa; y en cuestiones religiosas las demostraciones científicas no caben, lógicamente hablando, ya que todo es únicamente dogma de fe —palabras textuales—.

—General, vengo como sacerdote a prestarle mis servicios espirituales. ¿Desea usted confesarse?

—No; no señor, yo no necesito de sus servicios. Yo lo que necesito es un psicólogo que estudie mi vida y vea si es justa la pena que se me acaba de imponer... Pero, siéntese por favor, platicaremos.

—Muchas gracias, general. Y dígame usted... ¿dónde nació?

—Nací en el estado de Hidalgo, cerca de Molango, en la tierra donde nos dicen “los changos”. Estudié en el Colegio



Militar, donde fui profesor de matemáticas; también estudié en Francia.

—¿Y qué estudió en Francia?

—Allá estudié artillería y ciencias sociales.

—A propósito de ciencias sociales, ¿qué opina usted del comunismo?

—Mire usted, señor sacerdote, el comunismo es una doctrina social que sería útil en México, pero desgraciadamente nuestro pueblo no está preparado para recibirla.

—¿En qué se basa usted para decirlo, general?

—Porque conozco la República de costa a costa y de norte a sur; experiencia que tuve durante mis andanzas como artillero de la División del Norte, bajo las órdenes del señor general Francisco Villa. Con tristeza he visto que mucha gente en México, por ignorancia, no pide a su diputado lo que necesita, porque no sabe ni quién es su diputado; y muchos diputados no conocen ni su distrito. Hay también mucho contraste económico en México: mucha gente muere de tanto trabajar y no come, mientras otros se mueren de tanto comer y nunca trabajan.

Ya ve usted, señor sacerdote, que usted y yo podremos entendernos y ser buenos amigos, pero lástima que me quedan muy pocos minutos de vida. (Faltaban 10 minutos.)

Enseguida habló con uno de sus defensores, licenciado Alberto López Hermosa, quien acongojado le dijo: “Lo siento mucho general, se hizo lo humanamente posible, ¡pero no se pudo!”.

En esos instantes nos acercamos Escobar, Ballesteros, Alcalá y yo, Enrique León Ruiz, con Alberto Ruiz Sandoval, director de *El Heraldito*. Nos vimos a los ojos sin decir una palabra.

Luego, se escuchó el toque de diana —eran las seis de la mañana—. Todo en el cuartel se puso en movimiento:²⁷

²⁷ Testimonio del general Enrique León Ruiz.



El general Ángeles deja varios
recuerdos a sus amigos

Me es imposible recordar detalle por detalle de qué ocurría en aquel momento histórico: el general Ángeles, deseando dejar a sus amigos que lo acompañaban en el último momento algún recuerdo, dedicó varios autógrafos, entre ellos uno, el cual dice: “La mujer mexicana es la mayor riqueza que tiene nuestra patria. *Felipe Ángeles*”, dedicatoria puesta sobre un retrato de la señora esposa del director de *El Herald*o.

Sobre la cubierta de mi tarjeta de identificación escribí: “La amistad es cuestión de hombres. *Felipe Ángeles*.”

Mientras tanto, las horas transcurrieron con una rapidez que diríamos vertiginosa, escuchando el continuo “centinela, alerta” de los centinelas de los cuatro torreones de la penitenciaría del estado, grito que venía a recordar —es cierto— que el momento se acercaba... la hora señalada.

En esos instantes comenzaron a llegar al cuartel que sirvió de capilla al señor general Felipe Ángeles, diversas facciones de tropa, así como el pelotón encargado de consumir la ejecución, compuesta de diez soldados al mando del teniente Ramón Ortiz, todos pertenecientes al 21o. regimiento de la brigada que comandaba el general José Cavazos.

Las fuerzas formaron en derredor del patio en donde debería efectuarse el fusilamiento de Ángeles, en tanto éste se preparaba para el instante supremo.

Salió y volvió a entrar a la pieza el coronel Otero y Gama y mayor Helguera. Fue en este momento cuando Ángeles fue entregado al jefe de día, mayor Ignacio L. Campos, y el general Felipe Ángeles preguntó dónde debería situarse, y suplicó que tan pronto como se presentara frente al pelotón, se hiciera la descarga.



El general Ángeles también dejó algunas cartas para el licenciado Manuel Calero y Manuel Bonilla, y otra para su esposa, que decía:

26 de noviembre de 1919.

En el cuartel del 21° regimiento.

Chihuahua.

Adorada Clarita:

Acabo de dormir algunos cuantos momentos. Estoy recostado descansando dulcemente. Oigo murmurar la voz piadosa de algunos amigos que me acompañan en mis últimas horas. Mi espíritu se encuentra en sí mismo, y pienso con afecto intensísimo en ti, en Chabela, en Alberto, en Julio y en Felipe. Hago votos fervientes porque conserves tu salud y por la felicidad de Chabela. Tengo la más firme esperanza de que mis hijos serán amantísimos para ti y para su patria. Diles que los últimos instantes de mi vida los dedicaré al recuerdo de ustedes y les enviaré un ardientísimo beso para todos ustedes.

Felipe Ángeles.

Después volvió a dormir un poquito tranquilamente, volviendo a conversar con el licenciado Gómez Luna, a quien hizo algunos encargos.

Preguntó que quién recogería su cadáver, y se le contestó que la familia Revilla, pidiendo que no hiciera gastos, pues sabía que la familia era pobre.

Unos instantes antes del toque de diana —6 de la mañana— se presentó el licenciado Leandro Díaz de León, para cumplir sus últimos deberes como juez de la causa, y unos minutos después se oyeron los pasos, la marcha y las voces de mando de los soldados que estaban formando el cuadro.



El general Ángeles con toda entereza preguntó:

—¿Ya la hora?

Cuando se le respondió afirmativamente, se levantó de la cama, arrojó la ropa que lo cubría, se puso el mismo pantalón que había usado durante el proceso, los zapatos de lona que había traído y, cubriéndose con una frazada, se sentó junto a la mesa, desde donde vio perfectamente, por una ventana, que el cuadro ya estaba listo.

El momento era solemne por el tráfico: la indecisa luz de la mañana, ni una palabra se oía y sus acompañantes guardaban un religioso silencio. Afuera únicamente se escuchaba la voz de mando de los oficiales.

El mayor Campos hizo una seña, el general Ángeles se levantó rápidamente, tiró la cobija en la que estaba embozado y abrazó al licenciado Gómez Luna, diciéndole que era el último abrazo de despedida para todos, haciendo votos por la paz de la República.

Frente al pelotón

Salió erguido, con rapidez, al lugar de la ejecución, y apenas se había puesto frente al pelotón, cuando se oyó la voz de mando del teniente Ramón Ortiz, y casi al mismo tiempo sonó la descarga, cayó el general Ángeles sobre el costado izquierdo, en una postura de semiflexión, con la cabeza sobre uno de sus brazos. El doctor García se acercó, y como notara que aún no moría, pues su estertor produjo un extraño ruido, se le aplicó el tiro de gracia en la frente.

Las tropas desfilaron silenciosas. Los camilleros se acercaron, condujeron el cadáver al hospital, y se le practicó el reconocimiento médico para dar fe de que había muerto.

Se dio permiso para que los restos mortales fueran conducidos a la casa de la familia Revilla, y allí miles de vecinos



desfilaron para contemplar por última vez el rostro del hombre que había muerto por su causa.

Hombres, mujeres y niños de todas las clases sociales lo acompañaron silenciosamente hasta el panteón de Dolores.

Así terminó una de las glorias del ejército nacional.

EL GENERAL FELIPE ÁNGELES FUE VÍCTIMA DE UNA TRAICIÓN

Testimonio del general Enrique León Ruiz:

Una semana después del asesinato del señor general Felipe Ángeles, estuvimos en el cuartel general a saludar al general Manuel M. Diéguez, Armando Escobar y yo. Diéguez se hallaba muy molesto por el fallo del consejo de guerra. Nos mostró un centenar de telegramas que recibió del extranjero y del país.

Pedimos autorización para ver en la penitenciaría al mayor Néstor Enciso de Arce, lo cual se nos concedió en el acto.

Nos despedimos del general Diéguez y fuimos a la penitenciaría del estado. Pero no se pudo hablar con el dicho mayor Enciso de Arce, pues se hallaba en compañía de varios sujetos tomando cerveza y cantando, acompañados de guitarra.

Con esto aumentó la sospecha. Y luego, sin mucho trabajo, nos informamos y comprobamos que al mayor Néstor Enciso de Arce le fueron cubiertos sus haberes atrasados —siete meses— y ascendido al grado inmediato: teniente coronel.

Ante tanta evidencia —sí, evidencia— decidimos, de acuerdo los dos, aprehender al mayor Félix Salas y a Vázquez y a Basurto.

Le dijo Escobar:



—Mayor Félix Salas, ha declarado el mayor Néstor Enciso de Arce que usted ideó la traición al general Ángeles. ¿Qué dice usted de esto?

El mayor Félix Salas, sorprendido, nos miraba a nosotros.

Luego expresó:

—No entiendo cómo es que él diga que yo tramé la traición. Siendo que él fue el de la idea. Él me sugirió, a mí, la conveniencia de salvar al general Ángeles de aquella situación. Varias veces me habló de que el general Ángeles era una de las grandes figuras de México. Eso me lo estuvo repitiendo cuantas veces hablamos solos los dos. Y sucedió que yo invité al general Ángeles a pasar al punto donde estaba mi familia, y él aceptó gustoso.

Le preguntó Escobar:

—¿Y en dónde vivía tu familia?

—Yo tenía a mi mujer en un lugar del cañón de Salomé, en un lugar muy escabroso. Allí descansó y comió, muy bien atendido. Y estando allí, el general Ángeles nos confió que sus planes eran llegar hasta el rancho del extinto coronel Manuel Ochoa, donde esperaba unas adhesiones y su ropa. Entonces yo, aconsejado por Enciso de Arce, le ofrecí que, en vista de que dicho rancho aún estaba muy lejos y que había mucho peligro en esa zona, yo podía ir y recoger todo lo que fuese necesario. El general Ángeles aceptó gustoso, dándome las gracias.

Enciso de Arce me dijo: “Esta es la oportunidad. Tú te presentas en Huejotitlán con Gabino Sandoval pidiendo amnistía, y delatas el lugar donde se halla el general Ángeles. Así le haremos un gran favor al general Ángeles y gran servicio al país”.

La captura de Ángeles

Dentro de una cañada, al pie del Cerro de la Mora, en el cañón de Salomé, hay una cerca de piedra, y la entrada



queda cerca del arroyo, como a unos cien metros de la casita y cueva. El general Felipe Ángeles platicaba con la mujer parada en el patiecito y el general montado en su caballo. Por el lado de atrás el mayor José Muñoz y capitán Trinidad Irigoyen, y otros de sus compañeros, se alistaban. En la puerta o entrada cerca del arroyo, se hallaban sentados platicando el mayor Néstor Enciso de Arce y el soldado Antonio Trillo.

Llegaron los de la defensa social con Gabino Sandoval, y guiados por el mayor Félix Salas se acercaron y detuvieron a Enciso de Arce y Antonio Trillo.

Fue el mayor José Muñoz quien gritó:

—¡Mi general, nos están cercando!

Luego, unos de los compañeros de Muñoz se dispusieron al combate. Pero ya era tarde. El general Ángeles, al reconocer al mayor Félix Salas entre los que llegaron, todavía confió en éste.

Los compañeros que estaban por la parte de atrás, con el mayor José Muñoz, escaparon por entre el monte de la falda del Cerro de la Mora. Fue el día 15 de noviembre de 1919.

Félix Salas, Arnulfo Basurto y Francisco Vázquez fueron muertos por soldados del general José Amarillas. Gabino Sandoval fue muerto por Juan Mendoza, por órdenes superiores, en La Palmilla.

Epílogo

Tres meses después de que el consejo de guerra sentenciara a muerte al señor general Felipe Ángeles, por no reconocer a Venustiano Carranza como presidente de la República, el general Gabriel Gavira, presidente del consejo de guerra, se incorporó al Plan de Agua Prieta desconociendo al presidente Venustiano Carranza, y al mismo tiempo y fecha, el señor licenciado y general Víctores Prieto, llegó a Torreón,



Coahuila, como secretario particular del general de división Eugenio Martínez en representación del presidente Adolfo de la Huerta, a tratar la incorporación del general Francisco Villa al gobierno emanado del Plan de Agua Prieta.

Don Venustiano Carranza había caído asesinado por los mismos de su escolta...

EPÍLOGO

El señor general Felipe Ángeles fue fusilado dentro del cuartel del 21o. Regimiento de Caballería de la Brigada Saucedá, integrado por elementos del estado de Coahuila, comandado por el coronel Otero y Gama, y mayores I. L. Campos, José Cordero y L. Elguero.

El mayor José Cordero, comandante del primer escuadrón, tuvo a su cargo la ejecución del señor general Felipe Ángeles.

El teniente Ramón Ortiz fue el comandante del pelotón de fusilamiento.

El general Ángeles ocupó el cuarto número 8, el cual tiene una ventana —alta, con rejas— para el lado de la Penitenciaría.

Y, MIENTRAS TANTO, ¿VILLA DÓNDE ESTABA?

Hemos dejado bien claro de qué modo comenzó y cómo terminó la trágica aventura del señor general Felipe Ángeles. Ahora, sigamos tras la huella del incansable Pancho Villa, que dos días antes de que el general Felipe Ángeles bajara de la sierra Cumbres del Gato, se ponía a la cabeza de una parte de las tropas que allí tenía acantonadas y emprendía la marcha.



En el plan de Villa y Ángeles estaba el propósito de mantenerse activos y no dejar descansar a los carrancistas. Desorientarlos.

Ha convertido a sus hombres en réplica de sí mismo: hombres duros y resistentes a las inclemencias del tiempo y a las mayores exigencias de una campaña dura. Gente escogida y arrastrada por la poderosa voluntad de Francisco Villa.

Ahí va el bravo Pancho Villa, azote de los ladrones y traidores a la Revolución.

Los villistas se iban acercando a Río Florido, cuando les salieron al encuentro los tercios carrancistas, que también peleaban ya más bien por no perder la costumbre que por otra necesidad. Se libró un furioso combate, en que ambas partes dejaron muertos y se llevaron a sus heridos.

Con la captura del general Ángeles, los carrancistas recobraron ánimos, y la persecución fue cada vez más tenaz. Villa perseguía a los “changos” y luego se hacía perseguir de éstos, y los llevaba al punto escogido de antemano para la emboscada.

Villa, a la cabeza de sus hombres, tomó rumbo al norte, dando la impresión de que se dirigía a los ranchos y poblados del río Conchos, pero bruscamente torció hacia el oriente, esquivando todo encuentro con las numerosas columnas carrancistas que por todos lados estaban; lo hizo así por no convenirle empeñarse en combate.

Mientras tanto, otra columna villista, a las órdenes de los generales Lorenzo Ávalos y Lucio Contreras, llegaron a la hacienda de Chupadero, llevando a Félix Díaz (el de Nayarit), que se incorporaba buscando al general Felipe Ángeles. Por alguna razón los villistas retrocedieron, y en Cerro Blanco se libró el furioso combate en el que participaron las fuerzas —infanterías yaquis— de los hermanos Antonio y José Amarillas. Allí



iba el grandioso soldado de la revolución —sonorense— Manuel Torres Valdés, que llegó a general de división.

Mientras tanto Villa, que se hallaba por aquella región, de pronto, con toda la agresividad de que era capaz, se lanza en la atrevida aventura, preñada de peligros, sobre el temido desierto: la tropa mal vestida y falta de cobijas y mantas para resistir el frío cortante de la llanura infinita. Al caer la noche, emprende la marcha y, de frente al horizonte, van derecho al desierto. Alguien con una brizna de perversión literaria, diría: “Ahí van hombres lobos”. Todavía con la claridad de la luna llegaron al rancho de Metates, donde una parte de la tropa remudó caballada. De allí en adelante, con Villa y Felipe Garza a la cabeza de la columna, siguen por pleno desierto, pasando por algunos ranchitos de poca importancia, pero de mucha para ellos. Llegaron a Barreal y entraron al estado de Coahuila, en pleno Bolsón de Mapimí...

Ese mismo día, a las 12 en punto, llegaban los sociales de Gabino Sandoval a Parral, llevando prisionero al general Felipe Ángeles.

Y ese mismo día —19 de noviembre de 1919— voló por el desierto un aeroplano militar.

Y ese mismo día 19 de noviembre, los villistas de Lorenzo Ávalos le arrebataron a los carrancistas una gran partida de ganado robado que arreaban con rumbo al sur de Escalón. Noviembre 19 de 1919.

Cabalgando con rumbo al noroeste —700 kilómetros—, en línea recta y tomando toda clase de precauciones, llegaron y tomaron la plaza de ciudad Múzquiz, Coahuila, donde desarmaron resguardo y policía municipal, sin tan sólo disparar un tiro...

¿Y cómo se realizó ese milagro?

Los habitantes de Múzquiz en justicia contestan: “Sólo Villa fue capaz de tal proeza...”.



Para fortuna del comandante militar de la plaza, general Manuel Madinabeitia (mismo jefe que Villa derrotó en la ciudad de Parral, el 19 de abril de 1919), éste había salido de la población con destino a Barroterán, llevando a todos sus oficiales, dejando un sostén bajo el mando de un sargento primero.

Los soldados y la policía municipal quedaron presos en el mismo cuartel. Como jefe de los soldados villistas que entraron a Múzquiz iba el coronel Baltasar Piñones, y Villa con su escolta de Dorados.²⁸

Villa se instaló en el edificio del Ayuntamiento. Luego mandó localizar al presidente municipal, y una vez en su presencia, lo saludó cortésmente y le pidió una lista de todos los hombres pudientes en el pueblo: comerciantes, ganaderos y hombres de negocios en general.

Se les fijó una hora de plazo para presentarse en la presidencia municipal. Todos los citados concurrieron a la junta y saludaron a Villa con claras muestras de simpatía.

Villa toma la palabra:

—Siento mucho tener que molestar a personas que, como ustedes, nunca han dado qué sentir a mi gente. Necesito un poco de dinero para comprarle una “garra” a mis muchachos, que mucho la necesitan y merecen. Así es. Entre todos ustedes me reúnen 100 000 pesos, y tienen un plazo hasta las tres de la tarde de hoy. No trate nadie de ocultarse y menos de huir, porque recibirá mi castigo.

Antes del mediodía se incorporó uno de los agentes de Villa, procedente de la frontera, y con él llegó la noticia de que el día

²⁸ Incorporados a la escolta de Villa iban los dos hermanos Salvador y Salomón Alanís, ambos conocidos del autor desde la infancia. Los dos estuvieron en Cumbres donde se quedó el general Ángeles.



26 de noviembre —hacía dos días— el general Felipe Ángeles había sido fusilado en la ciudad de Chihuahua.

Villa recibió la noticia asombrado.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿Adónde se fue a meter? Tanto que le recomendé yo que no anduviera con confiancitas.

Una fotografía del famoso general Ángeles, y un autógrafo de éste a la señorita Elisa Greinsse, ilustraban la primera plana del diario *La Prensa* de San Antonio, Texas.

Villa lloró, sacó un pañuelo y limpió sus ojos.

Luego tuvo esta expresión:

—¡Ángeles fue víctima de una traición!

Se organizó una comida en honor de Villa y los jefes que le acompañaban, por las fuerzas vivas del pueblo.

Después de la comida, Villa dio las gracias a nombre de todos los oficiales y jefes.²⁹

²⁹ Dejaremos que los vecinos de Múzquiz nos cuenten sus impresiones.

Habla don Ángel Galán:

La noche del 28 de noviembre de 1919, llegaron dos desconocidos a la cantina de don Ángel —se trata de un próspero hombre de negocios (el principal en Múzquiz)—, y uno de éstos pidió una copa de coñac, y luego el precio de la botella. Pagó con moneda americana (oro). Su aspecto era el tipo clásico de vaquero fronterizo, y por la clase de ropa que vestía se comprendía que era norteamericano. Don Ángel, intrigado por aquello de pagar con oro americano, se acercó a ellos con la intención de entablar conversación.

—Buenas noches —dijo don Ángel.

—Buenas noches —respondieron ellos (eran dos).

—¿Qué hay de bueno por allá en los Estados Unidos? —les preguntó don Ángel.

—Nada de nuevo, sólo mucho trabajo y dura la vida. Por eso ando por aquí. No quiero volver. Quisiera darme de alta en el ejército. ¿Qué no hay soldados aquí?

—Sí hay —respondió don Ángel—. Y, a propósito, este sargento que está en la puerta es asistente del general Madinabeitia, con él se puede orientar.

¡Señor! En brazos se llevaron al sargento. Y allí terminó todo. Pero, al aclarar el día, estaba la plaza completamente ocupada por soldados. Nos sorprendimos. Y luego cuando los restaurantes y las



De regreso de Múzquiz, Coahuila, Villa atravesó otra vez el temido desierto: sólo que ahora lo hizo por la parte norte. Desde luego, se dejó sentir la actividad de los villistas por todas partes en el estado.

Por su parte, el general Enrique León Ruiz afirma:

Conducido por Santiago Estrada —hermano del extinto general Agustín del mismo apellido—, tío de mi esposa María, llegué al rancho de Gaytán, de donde me llevaron a presencia del general Francisco Villa, a quien entregué la comunicación de don Adolfo de la Huerta.

Cuando estuve frente al general Villa, me taladró con su mirada. Acerada.

Preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy el general Enrique León Ruiz, vengo de Hermosillo, Sonora. Traigo esta comunicación de don Adolfo de la Huerta, para usted.

Estaba parado a tres metros de él.

—Bueno —me miró directamente a mis ojos. Luego me dijo—: Abra usted el sobre.

Cuando abrí el sobre y mostré el contenido, me di cuenta de que estaban atrás de mí dos soldados armados.

Me sentí impresionado. ¡No era para menos! ¡Estaba frente a Francisco Villa!...

tiendas abrieron sus puertas, se vieron invadidos por soldados comprando y pagando todo lo que pedían.

Todos los ranchos y haciendas de la comarca fueron previamente ocupados por los villistas y no dejaron ni un buen caballo, ni mulas. Por la noche, sin que nadie lo sospechara, abandonaron la población sin dejar rastro del camino que seguían. Después se supo que salieron por la Sierra del Pino.



Estoy seguro, porque lo sentí, que es real la identificación y sentimiento personal de una persona hacia otra. Creo que el general Villa sintió igual hacia mí.

Mientras que el general Villa se enteraba de la carta de don Adolfo de la Huerta, Santiago y yo platicábamos con el general Albino Aranda, amistosamente, como si se tratara de compañeros.

Luego regresó el general Villa, y nos dijo que uno de sus muchachos nos conduciría a Santiago y a mí hasta dejarnos en un lugar lejos del peligro. Se mostró muy conmovido recordando y elogiando cada vez más al extinto general Felipe Ángeles. Luego tuvo palabras de mucho aprecio para don Adolfo de la Huerta, y para terminar dijo que don Adolfo de la Huerta era el revolucionario más honrado y era el único capaz de conciliar a los revolucionarios.

Para despedirnos nos dijo:

—Diga usted a “Fito de la Huerta” que muy pronto me comunicaré con él.

Regresé precipitadamente a Sonora, y cuando informé del resultado de la comisión que se me confiara, don Adolfo de la Huerta —gobernador del estado—, estaba acompañado del licenciado don Gilberto Valenzuela.

Don Adolfo de la Huerta se hallaba muy mal impresionado por el proceder de don Venustiano Carranza.

“La sangre de Felipe Ángeles, que nunca debió ser derramada de tan infame manera como se ha hecho, caerá sobre Venustiano Carranza”. Estas frases sacramentales las hemos oído en labios de gentes de ambos sexos, y de todas las clases sociales.

Nuevamente al frente del tercer regimiento de caballería, recibí órdenes de concentrarme en la plaza de Agua Prieta.

Los acontecimientos se precipitaban sin que nada ni nadie pudiera contenerlos.



Las relaciones políticas entre el gobierno de Sonora y el gobierno de la Federación habían llegado a su máxima tirantez. La situación de don Venustiano Carranza se agravaba...

Hartos ya de las zorrerías de Venustiano Carranza, los jefes sonorenses lanzan el

PLAN DE AGUA PRIETA

Considerando:

1. Que la soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo; que todo el poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio; y que la potestad de los mandatarios públicos es únicamente una delegación parcial de la soberanía popular, hecha por el mismo pueblo.

Querido lector: Recuérdelo, han pasado tan sólo cinco meses desde el 26 de noviembre de 1919, cuando asesinaron en Chihuahua al señor general Felipe Ángeles, por haber sostenido la misma verdad que, ahora, 23 de abril de 1920, hacen suya los jefes sonorenses como bandera, para desafiar al autócrata.

Dos días después de firmado el Plan de Agua Prieta, nos llegó la noticia: los generales Antonio Amarillas y Gabriel Gavira se han rebelado contra el régimen carrancista.

Una pregunta quemante

Testimonio del general Enrique León Ruiz.

—Señor general Gavira, ¿usted presidió el consejo de guerra que asesinó al general Felipe Ángeles? —preguntó el general Plutarco Elías Calles.



—No, señor; presidí el consejo de guerra, pero al general Ángeles no lo asesinó el consejo de guerra. A Felipe Ángeles lo asesinó Venustiano Carranza —respondió el general Gabriel Gavira.

Estábamos presentes los generales Jesús M. Aguirre, Miguel Piña, y coroneles Fausto Topete, Abelardo L. Rodríguez y yo.



Por fin, durante la primera decena de mayo de 1920, se inició la marcha de la columna sonorenses, bajo el mando superior del general Plutarco Elías Calles, con destino a la capital de la República, cruzando la Sierra Madre, y el día 22, de paso por Casas Grandes, nos llegó la noticia de que don Venustiano Carranza había sido asesinado por los mismos de su escolta, en un punto de la sierra del estado de Puebla.

Al arribar a Chihuahua, el general Calles me comisionó para llevar una comunicación al general Francisco Villa. Pero luego hubo un cambio. Se me ordenó ir a Parral y tomar el mando de la jefatura del sector militar del distrito Hidalgo del Parral.³⁰

Unos días después del combate en Hidalgo del Parral — reseña el general Enrique León Ruiz—, recibí órdenes de la superioridad en el sentido de pasar a la ciudad de Torreón, Coahuila, a tomar posición de la 6a. Zona Militar. Región lagunera.

Al arribar a dicha plaza me sorprendió que todo estaba cerrado. No había autoridad ni civil ni militar. Las autoridades militares se hallaban ocultas. El comercio cerrado.

³⁰ Estos hechos se relatan copiosamente en mi libro *Villa contra todo y contra todos*. Por ahora vamos a consignar los hechos relacionados con el tema de este trabajo.



En esa situación me hice cargo de la autoridad militar. Luego se presentaron tres batallones de soldados yaquis. Luego se presentó el general Lindaro Hernández con una brigada. Una vez restablecido el orden, se presentó el general Juan Andrew Almazán. Muy asustado, según él, el general Villa había pasado por Tlahualilo, y se sentía temeroso de un ataque por los villistas. Luego arribó el general Francisco Urbalejo, con fuerzas yaquis, y con sorpresa me encontré con Néstor Enciso de Arce —ya ascendido a teniente coronel—. Pregunté al coronel Luis Buitimea:

—¿Y, éste?

—Pues lo mandaron con una orden de no sé de quién.

Luego arribó el general de división Eugenio Martínez, en su tren del cuartel general, y lo primero de que me enteré fue ver al señor general y licenciado Vítores Prieto como secretario del divisionario Eugenio Martínez...

Seis meses antes de esta fecha habían asesinado al general Felipe Ángeles porque no reconoció a Venustiano Carranza, y ahora ya todos cometían el mismo crimen...



Por órdenes del general Calles regresé a Parral, con los diez de mis oficiales que me acompañaban, y tomé el mando del sector militar.

Al general Pedro Sosa —mi segundo en el mando— y a mí nos desesperaba saber de todo aquello: traiciones, traiciones y falta absoluta de vergüenza. Pero, ¿qué se podía hacer?

Un día, muy temprano en la mañana, se presentó en el cuartel el recientemente ascendido a teniente coronel Gabino Sandoval, a pedirme protección, porque, según él, lo perseguían, por ser él quien capturó al general Felipe Ángeles.



Por si fuera poco, unos días antes de esta fecha, el general Barrios, por orden superior, o por sus propias pistolas, desarmó a toda la defensa social del estado.

A Gabino Sandoval lo desarmé y luego lo corrí del cuartel. Otro día se presentó el señor Juan Mendoza, con una orden del gobernador del estado, pidiendo que le entregara a Gabino Sandoval. Lo mató en La Palmilla, con el aplauso del pueblo.

Todos los autores de la traición al señor general Felipe Ángeles pagaron con sus vidas.



El 25 de septiembre de 1920, el general Villa llega a Canutillo, que, como jefe del sector militar, fui yo quien le entregó dicha hacienda.

El general Villa fue siempre un hombre muy desconfiado. Una semana después de hallarse en Canutillo, comenzaron a llegar numerosas personas nacionales y extranjeras a entrevistarlo. Y una de esas personas fue el psicólogo norteamericano Frazier Hunt. El general Villa era muy desconfiado y no recibía a ningún extranjero, a menos que estuvieran presentes otras personas.

Ahora bien. El general Villa me pidió que estuviera yo presente durante las entrevistas de dicho personaje.

Estuvimos presentes el general Hipólito Villa y yo.

Las primeras tres entrevistas fueron larguísimas, y en la cuarta se trató exclusivamente acerca del extinto general Felipe Ángeles. Pregunta míster Frazier:

—General Villa, y del general Felipe Ángeles, ¿qué me puede decir usted?

—Del señor general Ángeles puedo decirle a usted muchas cosas —exclamó Villa—. Usted, señor Hunt, ha tenido



palabras de mucho elogio para la División del Norte. Pues bien, todo el éxito se lo debí a él, Felipe Ángeles. Organizó los batallones, los regimientos, las divisiones, la artillería y el cuerpo del servicio sanitario. Los cuerpos de zapadores. Comunicaciones. Un hombre muy educado, instruido en la ciencia de la guerra. Todo se lo debí al general Ángeles. Una gloria de mi raza. Eso fue Felipe Ángeles. Un hombre muy bueno a quien debo gran parte de mis conocimientos militares. Valiente, honrado, de buen corazón. Un hombre a quien yo quise mucho...

Durante más de dos horas, el general Villa elogió, cada vez más, y muy conmovido, al extinto general Felipe Ángeles. Luego le pregunta Hunt:

—General Villa, la Universidad de Chicago se interesa en adquirir los derechos literarios de sus memorias. Me han autorizado para ofrecer a usted la cantidad de cincuenta mil dólares. ¿Qué opina usted sobre el particular?

—¡No, mis memorias no las vendo! Conservo nota de toda mi vida, las he mandado escribir en taquigrafía —un sistema de taquigrafía militar—. Pertenecen a mis hijos.

Después de una larguísima charla, Frazier Hunt vuelve al tema sobre el general Felipe Ángeles, preguntando:

—Cuando Ángeles regresó a México y se juntó con usted, fue pocos días después de que la guerra mundial había terminado. Seguramente Ángeles pudo haber hecho sesudas observaciones, enseñanzas que solamente [personas] preparadas pueden captar.

—Bueno —dice Villa—. El general Ángeles fue un hombre muy preparado en la ciencia de la guerra; pero también se doctoró en ciencias sociales, y estuvo relacionado con varios de los grandes pensadores europeos.

Cuando yo le preguntaba acerca de cuáles eran los hechos más importantes de la guerra mundial, él siempre me explicó



que la guerra mundial había cambiado la historia. Y que la Revolución Rusa era la más grande revolución de la historia.

Pregunta míster Hunt:

—Bueno, ¿Ángeles era procomunismo?

A esta pregunta, Villa responde:

—Señor Hunt, yo sólo puedo decirle que Felipe Ángeles fue un jefe muy preparado en la ciencia de la guerra, y doctor en ciencias sociales. En él no cabían los dislates patrioteros.

Las entrevistas se sucedieron por espacio de 17 días, y en casi todas se repitió con el mismo calor la personalidad de Felipe Ángeles.³¹

GENERALES FELIPE ÁNGELES Y FRANCISCO VILLA

Breve estudio psicológico por Frazier Hunt

Todo observador agudo descubre, a primera vista, que las cualidades básicas en todo jefe son la *iniciativa* y cualidades de *mando*.

Los generales Felipe Ángeles y Francisco Villa fueron jefes con estas cualidades en grado superior —100/100—. Ambos jefes tuvieron confianza en sí mismos, debido a las cualidades de mando e iniciativa.

Los seis más peligrosos enemigos naturales del hombre son:

1. Miedo a la pobreza.
2. Miedo a la muerte.
3. Miedo a la enfermedad.
4. Miedo a perder a la familia.

³¹ Todas estas entrevistas fueron publicadas en The Chicago Tribune. En la biblioteca pública de Los Ángeles, California, sita en la Grand Avenue, hay una colección completa.



5. Miedo a la vejez.
6. Miedo a la crítica.

Toda persona normal teme a algo.

El general Ángeles categóricamente declaró, durante el consejo de guerra que lo juzgó:

“No, no tengo dinero, porque nunca me ha interesado. Esta moneda que conservo en mi bolsa es un obsequio que me hizo una dama en Parral”.

Durante el proceso, declaró:

“No defiendo a mi vida. Ya estoy viejo. Debo morir”. Enseñada dio una interesante cátedra:

Sufrir es la marca de la tribu humana —dijo Ángeles—. Es una ley eterna. La madre sufre para que el hijo pueda vivir. La vida sale de la muerte. La condición para que nazca el trigo es que muera el grano de la semilla. Ningún país ha sobresalido nunca sin purificarse en el fuego del sufrimiento... Es imposible apartar la ley del sufrimiento, que es una condición indispensable de nuestro ser. El progreso debe medirse por la cantidad de sufrimiento soportado... Mientras más puro es el sufrimiento soportado... Mientras más puro el sufrimiento, mayor es el progreso.

Famoso pasaje sobre el sufrimiento.

Lo que antecede es demostración de que Ángeles no temió a la muerte.

En cambio, sí tuvo temor a la vejez.

En cuanto al general Villa, no se le puede juzgar con las mismas luces. Entre la preparación de uno y de otro, había un abismo. Ángeles estudió la ciencia de la guerra y se doctoró en ciencias sociales.



En Villa fue un caso excepcional: no tenía educación, pero tenía intuición. Y en cuanto a su capacidad de jefe militar, lo parieron general.

Decía Villa:

“A mí no pueden matarme, mientras la revolución no triunfe”.³²

En muchos otros aspectos tenían mucho en común: el respeto al amigo. En ambos, el apretón de mano a todo mundo era firme.

Este es otro de los aspectos positivos, y que fue, precisamente, lo que los identificó desde el instante en que se conocieron. Villa a Hunter.

Felipe Ángeles confiaba, antes que nada, en el análisis. Fue en cada momento un matemático.

Para algunas personas, Ángeles estaba en desacuerdo con Villa, lo que es otra cuestión extraña y sugestiva. Quizá sea lo cierto. Pero no existe prueba de que Ángeles y Villa hayan procedido en desacuerdo en nada de importancia. Siempre analizaron el pro y el contra en todos los casos de importancia.

Ángeles admiraba en Villa el que éste supiera muchísimas cosas sobre la cuestión de la guerra.

Ángeles nunca ocultó su admiración y respeto hacia su amigo y jefe Villa.

Ambos generales tuvieron personalidad magnética y positiva.

Ambos generales admiraron y respetaron siempre el valor y la lealtad de sus subordinados.

Ninguno de ellos fue envidioso. Con sus amigos fueron pura bondad.

³² Todas estas entrevistas fueron publicadas en el The Chicago Tribune. En la biblioteca pública de Los Ángeles, California, cita en la Grand Avenue, hay una colección completa.



Por su educación militar y científica, Ángeles fue un sincero socialista con los colores mexicanos.

Ambos generales tuvieron propósito definido.

Ángeles fue siempre un jefe muy prudente.

Villa fue en todo momento intolerante. Jamás supo perdonar a un enemigo.

Ángeles siempre tuvo control de sí mismo.

Villa no supo controlarse. No tuvo control de sí mismo.

Ambos generales tuvieron gran capacidad para la concentración.

Villa fue siempre rudo a la hora del combate.

Ángeles siempre tuvo control y aplomo a la hora de los hechos decisivos.

Ángeles detestó siempre a los políticos convenencieros. Los consideraba como aliados agentes al servicio de quien más paga. De ahí que siempre sostuvo que el pueblo es grande y es quien debe gobernar. Fue un socialista por vocación e ideal.

Ángeles admiraba el poder intuitivo de Villa.

El pensamiento de dos revolucionarios

Mi muerte hará más que mi vida por la causa democrática.
Porque la sangre de los mártires fecunda las grandes causas.

FELIPE ÁNGELES

Puede ser que yo no sea el indicado para llevar a cabo la lucha hasta el triunfo. Puede ser que me falte educación y experiencia para hacerlo. Puede ser que yo haya errado en mis procedimientos. Indudablemente he cometido errores... pero la causa por la que he peleado veintidós años vivirá. Es la causa de la libertad, la causa de la libertad humana, la causa de la



justicia largamente retardada y largamente negada a mis sufridos compatriotas.

FRANCISCO VILLA



Plutarco Elías Calles, general de división del ejército nacional, actualmente Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos

Certifica:

Que el hoy general de brigada Enrique León, con fecha 11 de noviembre de mil novecientos diecisiete, y con el grado de coronel, recibió el mando del regimiento auxiliar de Sonora y concurrió a los siguientes hechos de armas:

12 de febrero de 1918. —Tiroteo en el Tablón de Movas, Sonora, contra partida de yaquis rebeldes.

2 de abril de 1918. —Combate en la Higuerita, Sonora, contra partida de los mismos yaquis rebeldes.

10 de mayo de 1918. —Tiroteo en el Cerro de la Tuna, Sonora, contra los mismos yaquis rebeldes.

1o. de junio de 1920. —Combate en Parral, Chihuahua, contra fuerzas del rebelde Francisco Villa.

Creo de justicia hacer constar que el referido jefe demostró su valor en todos los hechos expresados, estando siempre a la altura de su deber, desempeñando con acierto todas las comisiones del servicio que se le confiaron.

A solicitud del interesado, y para los usos que a él con vengan, extendo el presente en la Ciudad de México, D. F., a los treinta días del mes de enero de mil novecientos veintiséis.

Plutarco Elías Calles. (Rúbrica)



Considerando:

- I. Que la soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo; que todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio; y que la potestad de los mandatarios públicos es únicamente una delegación parcial de la soberanía popular, hecha por el mismo pueblo.
- II. Que el actual presidente de la República, C. Venustiano Carranza, se ha constituido jefe de un partido político, y persiguiendo el triunfo de ese partido, ha burlado de una manera sistemática el voto popular; ha suspendido, de hecho, las garantías individuales; ha atentado repetidas veces contra la soberanía de los estados y ha desvirtuado radicalmente la organización política de la República.
- III. Que los actos y procedimientos someramente expuestos, constituyen, al mismo tiempo, flagrantes violaciones a nuestra Ley Suprema, delitos graves del orden común y traición absoluta a las aspiraciones fundamentales de la revolución constitucionalista.
- IV. Que habiéndose agotado todos los medios pacíficos para encauzar los procedimientos del repetido Primer Mandatario de la Federación, por las vías constitucionales, sin haberse logrado tal finalidad, ha llegado el momento de que el pueblo mexicano asuma toda su soberanía, revocando al mandatario infiel el poder que le había conferido, y reivindicando el imperio absoluto de sus instituciones y de sus leyes.

En tal virtud los suscritos ciudadanos mexicanos, en pleno ejercicio de nuestros derechos políticos, hemos adoptado en todas sus partes y protestamos sostener con entereza, el siguiente



PLAN ORGÁNICO DEL MOVIMIENTO REIVINDICADOR DE LA DEMOCRACIA Y DE LA LEY

Artículo 1o. Cesa en el ejercicio del Poder Ejecutivo de la Federación, el C. Venustiano Carranza.

Artículo 2o. Se desconoce a los funcionarios públicos cuya investidura tenga origen en las últimas elecciones de Poderes Locales verificadas en los estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas.

Artículo 3o. Se desconoce, asimismo, el carácter de concejales del Ayuntamiento de la ciudad de México a los ciudadanos declarados electos con motivo de los últimos comicios celebrados en dicha capital.

Artículo 4o. Se reconoce como gobernador constitucional del estado de Nayarit al C. José Santos Godínez.

Artículo 5o. Se reconoce también a todas las demás autoridades legítimas de la Federación y de los estados. El Ejército Liberal Constitucionalista sostendrá a dichas autoridades siempre que no combatan ni hostilicen al presente movimiento.

Artículo 6o. Se reconoce expresamente como Ley Fundamental de la República, a la Constitución Política de cinco de febrero de mil novecientos diecisiete.

Artículo 7o. Todos los generales, jefes, oficiales y soldados que secunden este Plan, constituirán el Ejército Liberal Constitucionalista. El actual gobernador constitucional de Sonora, C. Adolfo de la Huerta, tendrá interinamente el carácter de Jefe Supremo del Ejército, con todas las facultades necesarias para la organización militar, política y administrativa de este movimiento.

Artículo 8o. Los gobernadores constitucionales de los estados que reconozcan y se adhieran a este movimiento en el término de treinta días, a contar de la fecha de la promulgación de este Plan, nombrarán, cada uno de ellos, un representante debidamente autorizado, con objeto de que dichos delegados, reunidos a los sesenta días de la fecha del presente, en el sitio



que designe el Jefe Supremo interino, procedan a nombrar, en definitiva, por mayoría de votos, el Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista.

Artículo 9o. Si en virtud de las circunstancias originadas por la campaña, la junta de delegados de los gobernadores constitucionales a que se refiere el artículo anterior, no reúne mayoría en la fecha indicada, quedará definitivamente como Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista el actual gobernador constitucional del estado de Sonora, C. Adolfo de la Huerta.

Artículo 10. Tan luego como el presente Plan sea adoptado por la mayoría de la nación y ocupada la ciudad de México por el Ejército Liberal Constitucionalista, se procederá a designar un Presidente Provisional de la República, en la forma prevista por los artículos siguientes.

Artículo 11. Si el movimiento quedare consumado antes de que termine el actual periodo del Congreso Federal, el Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista convocará al Congreso de la Unión a sesiones extraordinarias en el lugar donde pueda reunirse, y los miembros de ambas Cámaras elegirán el Presidente Provisional, de conformidad con la Constitución vigente.

Artículo 12. Si el caso previsto por el artículo anterior llegare a presentarse con posterioridad a la terminación del periodo constitucional de las Cámaras actuales, el Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista asumirá la Presidencia Provisional de la República.

Artículo 13. El Presidente Provisional convocará a elecciones de Poderes Ejecutivo y Legislativo de la Federación, inmediatamente que tome posesión de su cargo.

Artículo 14. El Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista nombrará gobernadores provisionales de los estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas, de los que no tengan gobernador



constitucional y de todas las demás entidades federativas cuyos primeros mandatarios combatan o desconozcan este movimiento.

Artículo 15. Consolidado el triunfo de este Plan, el Presidente Provisional autorizará a los gobernadores provisionales para que convoquen inmediatamente a elecciones de Poderes Locales, de conformidad con las leyes respectivas.

Artículo 16. El Ejército Liberal Constitucionalista se regirá por la Ordenanza General y leyes militares actualmente en vigor en la República.

Artículo 17. El Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista y todas las autoridades civiles y militares que secunden este Plan, darán garantías a nacionales y extranjeros y protegerán, muy especialmente, el desarrollo de la industria, del comercio y de todos los negocios.

Sufragio efectivo. No reelección.
Agua Prieta, Sonora, abril de 1920.



Carta del licenciado Víctores Prieto

Marzo 12 de 1964.
Señor Alberto Calzadías Barrera.
Apartado Postal 259.
Hermosillo, Son.

Muy estimado amigo:

Ya acabé de leer su segundo tomo de *Villa contra todo y contra todos*. Para mí, uno de los más veraces libros que contribuyen a la auténtica historia de la Revolución. Me faltan sólo las no-



tas finales, que leeré detenidamente, por ser documentos muy importantes y la mayoría desconocidas para mí.

Le suplico lo siguiente: que me mande a mí, por correo reembolso, en primer lugar, el primer tomo de la misma obra *Villa contra todo y contra todos*, y en segundo lugar su obra en tres tomos *Hechos reales de la Revolución*; y a las siguientes personas sus dos tomos de *Villa contra todo y contra todos*: licenciado Juan Manuel Álvarez del Castillo, calle del Día número 2381, Jardines del Bosque, Guadalajara, Jal.; general de brigada Salvador Miramontes, 60 A del Sector Hidalgo número 712, Guadalajara, Jal.; doctor Hilarión Hernández Camacho, Liceo 189, Guadalajara, Jal.; Cleofas Gutiérrez Pruneda, calle Sonora Sur número 197, Guadalajara, Jal. (a éste sólo el segundo tomo); Elvira Brambila Higareda, calle 36 del Sector Reforma número 113, Guadalajara, Jal.

Sobre el libro de usted me permito hacer las siguientes respetuosas observaciones en honor de la verdad histórica: en la página 253, penúltimo párrafo, dice usted que “en tren especial arribó a Sabinas el general Martínez, a quien se le había juntado el general J. Gonzalo Escobar, efectuándose la primera entrevista entre ambos generales, de la manera más amistosa y cordial. La plática se efectuó debajo de un árbol, ese fue el único testigo. A esa plática siguieron otras, y así se levantó el acta y se firmó, por ambos generales: Eugenio Martínez y Francisco Villa.

El informe de usted es inexacto. En primer lugar no era tren especial, sino el tren militar de campaña de mi general Martínez, que abordamos en Torreón y marchó violentamente a Sabinas, deteniéndose solamente en Saltillo, donde por sugerencias del jefe de estado, mayor Héctor Ignacio Almada, el general Eugenio Martínez pretendió subir a nuestro tren 500 hombres del general Urbalejo, pero yo contrarié, como asesor militar y secretario particular del general Martínez, la opinión de Almada, haciéndole ver a mi general que no iba



mos a Sabinas a pelear, sino a una plática amistosa de paz y amistad con Villa, y aquel alarde de fuerza era, por tanto, innecesario, que seguramente molestaría al general Villa, después de las actuaciones del general Ignacio Enríquez en Valle de Allende, en que las pláticas de paz se desvirtuaron, resolviéndose en una pretensión de captura de Villa, y después de la actuación del general Amaro, en que también otra plática de amistad fue desvirtuada por otra pretensión de captura. Le dije que, dado mi concepto de la psicología del general Villa, nuestra actuación debía ser de presentarnos inermes con sólo 75 hombres que llevábamos de escolta y estado mayor; porque con nobleza podríamos impresionar mejor al general Villa. Yo agregué, cuando Almada objetó que Villa no se enteraría del refuerzo armado que sugería: “No, mi general; Villa tiene espionaje en todas partes y con toda seguridad que le sobra quien le informe que hemos subido 500 hombres”. Mi argumento convenció a don Eugenio, de quien recuerdo esta textual expresión: “Muy bien, tiene razón, licenciado; de las grandes resoluciones nacen los grandes triunfos. Vámonos, así como estamos, sin agregar nada”. Y con sólo 50 hombres de escolta del general Pablo Rodríguez marchamos hacia Sabinas. Todavía después, cuando rumbo a Sabinas pasamos por Espinazo, donde estaba el general Manuel Madinabeitia, también le sugirió Almada al general Martínez que subiéramos 200 hombres, siquiera para reforzarnos; pero también yo me opuse, bajo el mismo argumento de que debíamos presentarnos inermes a pláticas de paz. Lo único que se aumentó a nuestro tren fueron dos ametralladoras, y así nos fuimos hacia Sabinas: con 50 hombres de escolta y 20 de estado mayor, más 5 individuos no soldados, que eran un chino cocinero y cuatro agregados paisanos sin importancia, entre ellos un tipo chistoso cuyo apodo no recuerdo de momento. ¡Matilde!

En segundo lugar, no es cierto que el general Escobar se haya agregado o juntado al general Martínez en el camino



rumbo a Sabinas, pues Escobar llegó hasta Sabinas después, cuando ya las pláticas de paz habían terminado y Villa había firmado el convenio de Sabinas, que yo redacté personalmente, como usted acertadamente lo dice.

En tercer lugar, las pláticas no fueron bajo un árbol, sino en la casa de unos señores de Sabinas, donde Villa estableció su cuartel general. En las pláticas sólo estuvimos Almada y yo; en las posteriores pláticas fui sólo yo el que traté con Villa, naturalmente con instrucciones del general Martínez, quien a su vez las recibía por telégrafo del presidente De la Huerta.

Efectivamente, usted publica unas fotografías en torno a un árbol; pero allí fue sólo un descanso del viaje por tierra rumbo a Hermosillo, y el motivo fue el que los fotógrafos tomaron fotografías y una película de cine, en que empezaron por posar, primero, sólo Villa y Martínez, y después, poco a poco, y uno tras otro, se fueron arrimando, para salir en la fotografía, Gonzalo Escobar, don Elías Torres y otras personas más.

A cambio de la observación anterior, confirmo su aseveración de usted en el sentido de que es falso que Elías Torres haya sido el factótum de la rendición de Villa, pues don Elías llegó a Sabinas también hasta después, cuando la rendición estaba arreglada por mí en lo material y por el general Martínez en lo teórico. Elías Torres, al contrario, fue el hombre que, según Villa, servía de gancho a Enríquez y a Amaro para engañar y atraer al general Villa para capturarlo. Ciertamente, como usted me lo pide que lo diga y yo grito con todas mis fuerzas, que Villa no quería recibir al ingeniero Torres, recordando sus maniobras con Enríquez y con Amaro, y yo fui quien conseguí, con insinuaciones pacíficas, que el general Villa no tuviera siquiera palabras de desprecio para él.

Ciertamente, don Elías Torres explotó muchísimo su aseveración de que él hizo la rendición de Villa. Yo quise desmentirlo públicamente, pero en primer lugar nunca tuve tiempo para escribir y ponerme en polémica con él, y, en segundo



lugar, me daba lástima con el pobre viejo de don Elías, que hizo de ese punto un *modus vivendi* para él y su familia. Ahora, en que deben suponerse extintos los intereses de beneficio pecuniario, es conveniente que nos pongamos a construir la auténtica historia de la Revolución, sin mentiras y sin reservas. Yo haré mi propio libro, porque tengo en mi poder copia de lo actuado entonces, con todos los nombres y fechas.

Para terminar, dígame una cosa: ¿no nos conocimos usted y yo en esas cosas? ¿Cómo es que usted recuerda hasta detalles que yo no recordaba? Muy afectuosamente

Lic. Vítores Prieto.

(Rúbrica)



GENERAL FELIPE ÁNGELES

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.
Se terminó en septiembre de 2019 en la Ciudad de México.

Aclara Alberto Calzadía, autor del presente libro, que estas memorias son hechos reales de la Revolución narrados por jefes y oficiales que no deben ser olvidados. Entre ellos Miguel Alessio Robles, Carlos N. Durazo, Jesús Arias Sánchez y varios más referidos por el general de brigada Enrique León Ruiz. A través de los testimonios de quienes conocieron al general Felipe Ángeles, Calzadía nos lleva de la mano para describir su carrera militar y su importante participación al lado de Francisco Villa. Cadete egresado del Colegio Militar, Ángeles fue comisionado en varias ocasiones al extranjero; maderista al inicio de la Revolución estuvo luego bajo las órdenes de Venustiano Carranza, quien le ordenó presentarse ante Villa para colaborar en las campañas de la División del Norte.

Felipe Ángeles se convirtió así en compañero y consejero del Centauro del Norte; hombre íntegro y honorable siempre expuso sus opiniones, aunque fueran contrarias a las de éste. Su participación en las batallas de Trinidad, Aguascalientes y Zacatecas dejó huella indeleble en el villismo. Por testimonio de León Ruiz sabemos de la opinión de Villa sobre Ángeles, expresada al psicólogo norteamericano Frazier Hunt durante una entrevista:

Usted, señor Hunt, ha tenido palabras de mucho elogio para la División del Norte. Pues bien, todo el éxito se lo debí a él, Felipe Ángeles. Organizó los batallones, los regimientos, las divisiones, la artillería, y el cuerpo del servicio sanitario. Los cuerpos de zapadores. Comunicaciones. Un hombre muy educado, instruido en la ciencia de la guerra. Todo se lo debí al general Ángeles. Una gloria de mi raza. Eso fue Felipe Ángeles. Un hombre muy bueno a quien debo gran parte de mis conocimientos militares. Valiente, honrado, de buen corazón. Un hombre a quien yo quise mucho...



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

